

BIENVENIDOS A LA LIBRERÍA HYUNAM-DONG

El fenómeno coreano que ha dado la vuelta al mundo.



Índice

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:








Sinopsis

Premio al Mejor Libro del Año, Premio de los Libreros de Corea y Premio de los Libreros de Japón a la Mejor Novela Extranjera.

Yeongju ha pasado toda su vida haciendo lo que se esperaba de ella: estudiar, casarse y tener un trabajo respetable. Hasta que un día, cansada, abandona su trabajo de oficina para perseguir su sueño: abrir una librería en un barrio tranquilo y encantador de Seúl. Allí, rodeados de libros, Yeongju y sus clientes se cobijan del mundo. Del barista solitario a la vendedora de café infelizmente casada, todos han vivido decepciones en el pasado. La librería Hyunam-Dong se convertirá en el lugar donde todos ellos aprenden a disfrutar de la vida.

Una tierna historia sobre la importancia de encontrar paz y aceptación en la vida, y sobre el poder curativo de los libros.

Una tierna historia sobre la importancia de encontrar paz y aceptación en la vida, y sobre el poder curativo de los libros.

«Quería escribir una historia que brindase consuelo y que diera fuerza a todas aquellas personas que se han esmerado demasiado en hacerlo todo bien y que han perdido la alegría de la vida.» Hwang Bo-Reum

Bienvenidos a la librería Hyunam-Dong

Hwang Bo-Reum

Traducción de Andrea Rivas Alamillo



Para comodidad del lector, los títulos de aquellas obras literarias extranjeras que no han sido editadas en español, pero que se citan en la novela, se han traducido. En el apartado “Referencias literarias” pueden consultarse, en orden de aparición, las referencias bibliográficas completas de las obras.

¿QUÉ CARACTERIZA A UNA BUENA LIBRERÍA?



Un hombre daba vueltas delante de la librería. Ligeramente encorvado, se puso una mano sobre los ojos para protegerse de la luz del sol y miró por el cristal del escaparate. Se había equivocado con el horario de apertura y había llegado demasiado temprano. Mientras se dirigía hacia la tienda, Yeongju reconoció al hombre desde atrás. Era un cliente habitual que los visitaba dos o tres tardes por semana, siempre vestido con traje formal.

—Hola.

Sobresaltado, el hombre giró la cabeza con rapidez. Al ver a Yeongju, bajó las manos y se enderezó, sonriendo con timidez.

—Suelo venir por las tardes. Es la primera vez que estoy aquí a esta hora —dijo.

Yeongju le devolvió la sonrisa.

—Del resto no sabría decir, pero sin duda me da envidia que su trabajo comience a la hora del almuerzo —bromeó él.

—Me lo dicen a menudo —rio ella.

El hombre desvió la vista cuando sonaron los pitidos del código de entrada que ella marcó en el teclado y no se volvió hasta que oyó el clic de apertura. Su rostro se relajó cuando atisbó a través de la puerta entornada.

Tras abrir de par en par, Yeongju lo miró de frente.

—Olerá un poco... a aire nocturno y a libros. Si no le molesta, es bienvenido a entrar.

El hombre dio un paso atrás agitando las manos.

—No, no. No pasa nada. No quiero molestarla, en especial fuera del horario de trabajo. Volveré más tarde. Oh, Dios, ¿no hace mucho calor hoy?

Yeongju sonrió ante su gesto considerado y no insistió.

—Apenas estamos en junio y ya hace un calor abrasador —respondió. Los rayos del sol hacían que le picara la piel del brazo.

Se detuvo en el umbral de la puerta y, antes de entrar en la librería, observó la figura del hombre mientras se alejaba. En el momento en que puso un pie dentro, se relajó como si su cuerpo y sus sentidos disfrutaran del confort de volver a su lugar de trabajo. En el pasado, solía creer fervientemente en mantras como *pasión* y *fuerza de voluntad*, como si al fijar esas palabras en su mente de algún modo otorgaran sentido a su vida. Luego, un día, se dio cuenta de que se sentía como si estuviese arrinconándose a sí misma, y decidió que no volvería a dejar que esas palabras gobernaran su vida. En lugar de eso, aprendió a escuchar a su cuerpo y sus sentimientos y procuró pasar tiempo en sitios felices. Se hacía a sí misma estas preguntas: «¿Este lugar me hace sentir positiva?», «¿Aquí me siento verdaderamente plena y puedo ser yo misma sin concesiones?», «¿Me quiero y me valoro aquí?». Para Yeongju, la librería cumplía todos los requisitos.

Era, en efecto, un día sofocante, pero antes de encender el aire acondicionado necesitaba renovar el ambiente, viciado del día anterior, y dejar entrar aire limpio. «¿Podré huir del pasado o es una tarea imposible?» Un feo hábito irrompible, la negatividad, asomaba su fea cabeza para desmotivarla, pero se apresuró a alejarlo con pensamientos positivos.

Conforme abría una a una las ventanas, entró el aire cálido y húmedo del exterior. Se abanicó con una mano y observó la librería. En su mente se amontonaban las preguntas. Si fuera su primera visita a la tienda, ¿confiaría en las recomendaciones de los libreros? ¿Cómo logra una librería ganarse la confianza de los

clientes? ¿Qué caracteriza a una buena librería?

Se imaginó a sí misma entrando por primera vez. «Probablemente miraría con emoción esa pared», pensó. Las estanterías iban del suelo hasta el techo y estaban atestadas de novelas. «No, espera», refutó. No todos los clientes, ni siquiera si son grandes lectores, disfrutan con la ficción. Era algo que había aprendido después de entrar a trabajar en la librería Hyunam-Dong. Aquellos a quienes no les gustaba el género seguramente ignorarían la pared por completo, reflexionó.

La sección de novelas de la librería era su forma de cumplir su propio sueño de la infancia. Cuando iba al colegio, la pequeña Yeongju atosigaba a su padre para que llenara las cuatro paredes de su habitación con libros de cuentos. Cada vez, él la regañaba, le decía que no podía ser tan avariciosa, aunque se tratara de libros. Ella sabía que no estaba enfadado y que solo intentaba quitarle el hábito que tenía de coger berrinches para conseguir todo lo que deseaba. Aun así, Yeongju solía romper a llorar ante la firme negativa de su padre hasta que, cansada de hacer pucheros, se tumbaba sobre su pecho y se dormía en sus brazos.

Yeongju se apartó de la estantería contra la que se había apoyado, se dirigió hacia las ventanas y las cerró una tras otra, empezando por la primera de siempre, la que estaba situada más a la derecha. Con la última cerrada con firmeza, encendió el aire acondicionado y puso su álbum favorito: *Hopes and Fears*, de Keane. El álbum había salido en 2004, pero ella no había descubierto a la banda británica hasta el año anterior. Fue amor a primera escucha. Desde entonces, lo escuchaba prácticamente a diario. La voz lánguida y soñadora del cantante llenaba el aire mientras comenzaba un nuevo día en la librería Hyunam-Dong.

ESTÁ BIEN DEJAR DE LLORAR



Yeongju se sentó a su escritorio, al lado del mostrador, y abrió el correo para consultar los pedidos online. Lo siguiente que debía hacer era revisar la lista de las tareas pendientes que había preparado la noche anterior. Era un hábito que había adquirido cuando iba al instituto y que conservaba en la vida adulta: escribir todas las tareas que debía llevar a cabo al día siguiente, empezando por la más importante. Años después, aún mantenía la costumbre, aunque con un propósito diferente. Su versión más joven quería gobernar sus días con mano de hierro; para entonces, en cambio, a Yeongju le relajaba elaborar listas. Registrar aquellas actividades en las que necesitaba trabajar le confería la confianza de saber que sería otro día bien aprovechado.

Los primeros meses tras la apertura de la librería, se olvidó por completo tanto de las listas como del resto de sus buenos hábitos. Cada día pasaba entre un torbellino de complicaciones, como si el tiempo se hubiese detenido de golpe. Antes de abrir la librería había sido aún peor, sentía que algo le succionaba el alma... O, tal vez, sería más adecuado decir que no se sentía ella misma en absoluto.

Solo tenía una cosa en mente.

«Tengo que abrir una librería.»

Se aferró a ese pensamiento y obligó a los demás a salir de su cabeza. Por fortuna, Yeongju era de ese tipo de personas que logran dominarse cuando tienen algo en lo que concentrarse. Esa era el ancla que necesitaba, así que se lanzó de lleno al proyecto: eligió una ubicación, encontró un local adecuado, se ocupó de la reforma y del mobiliario y compró el inventario. En medio de todo ese ir y venir, incluso se sacó un título de barista.

Y fue así como nació la librería Hyunam-Dong, emplazada en el barrio residencial del mismo nombre, en Seúl, Corea del Sur.

Al principio, Yeongju se limitaba a dejar la puerta abierta y no hacía nada más. Los paseantes entraban, atraídos por la atmósfera acogedora del lugar. Pero, en realidad, la librería era como un animal herido, que se quejaba débilmente, y pronto las pisadas de los visitantes fueron disminuyendo. Era por la imagen de Yeongju sentada en una silla, con el rostro tan gris que uno se preguntaba si aún le corría sangre por las venas: entrar en la librería era como una intromisión en su espacio privado. Ella los recibía a todos con una sonrisa, pero nadie se la devolvía.

La madre de Mincheol, una mujer atractiva con un sentido ostentoso de la moda, era una de las pocas personas que percibían la sinceridad de su sonrisa.

—¿Quién querría entrar en una librería como esta? Vender libros también es un negocio. ¡Mírate, encorvada en esa silla! ¿Crees que el dinero te va a caer del cielo?

Dos veces por semana, la madre de Mincheol asistía a clases de dibujo y de chino en el centro cívico del barrio. Después de las clases, se pasaba por la librería para ver cómo estaba Yeongju.

—¿Te encuentras bien hoy? —le preguntó un día la mujer, con un deje de preocupación en la voz.

—Siempre estoy bien. —Yeongju sonrió con languidez.

—Ya, todo el mundo estaba feliz de tener una librería en el barrio, pero luego ven a esta joven anclada a su silla, con cara de haber perdido un tornillo y como si, en realidad, ¡debiera estar en un hospital! ¿Quién se va a atrever a entrar? —exclamó la madre de Mincheol mientras sacaba un monedero brillante del bolso,

igual de ostentoso.

—¿Solo he perdido un tornillo? Oye, pues no está tan mal... —repuso Yeongju.

La madre de Mincheol soltó una carcajada.

—Un americano con hielo, por favor.

—Solo trataba de ser menos perfecta, más humana. Supongo que me ha salido el tiro por la culata... —explicó Yeongju, inexpresiva.

—Hummm. ¿Te han dicho que adoro el buen sentido del humor?

Yeongju presionó los labios de manera que formaran una línea recta y arqueó las cejas como diciendo: «Saca tus propias conclusiones», a lo que la mujer respondió frunciendo el ceño con expresión divertida. Se apoyó en el mostrador y observó a Yeongju mientras le preparaba el café.

—A mí me sucedió algo similar —dijo entonces en voz baja, como si hablara consigo misma—. Mi cuerpo se cerró y me sentía agotada. Después de dar a luz a Mincheol, hubo un periodo de mi vida en el que viví como una enferma. En realidad, me convertí en una enferma. Mi cuerpo estaba dolorido, pero lo que no podía entender era por qué también me dolía la mente. Ahora que lo pienso, probablemente fuera depresión.

—Tu café está listo.

Yeongju se disponía a poner una tapa al vaso de café para llevar cuando la madre de Mincheol le apartó la mano. Cogió una pajita y se sentó a una mesa; Yeongju se acomodó frente a ella.

—Lo peor era tener que actuar como si estuviera bien cuando no lo estaba —prosiguió—. Lloraba todas las noches y me compadecía de mí misma porque no era capaz de hablar de mi dolor. Me pregunto si las cosas habrían sido diferentes si hubiese podido estar como tú, ahí sentada, olvidándote de todo lo demás. Las lágrimas no se detenían, pero, ¿sabes?, cuando tenemos ganas de llorar, es importante dejar que salga todo. Reprimir el llanto solo hace que las heridas sanen más despacio.

La madre de Mincheol hizo una pausa ante el silencio de Yeongju y, de un trago, se bebió todo el café.

—Te envidio —añadió entonces—, envidio que tengas el espacio para hacerlo.

Durante los primeros meses, Yeongju también había llorado hasta no poder más. Dejaba que las lágrimas fluyeran, pero, si entraban clientes, se secaba los ojos y los saludaba como si todo anduviera bien. Nadie decía nada sobre su rostro surcado de lágrimas; nadie le preguntaba por qué lloraba, simplemente asumían que debía de haber alguna razón. Yeongju sabía muy bien por qué lloraba. Desde hacía mucho tiempo —tal vez durante toda su vida— se había cernido sobre ella una sombra que la hacía llorar.

Nada había cambiado. La razón, atrapada en el pasado, seguía exactamente igual. Pero un día Yeongju se dio cuenta de que las lágrimas se habían detenido. Consciente de que estaba bien dejar de llorar, sintió como si, en ese momento, alguien le hubiera retirado una piedra muy pesada del pecho. Los días de sentarse indiferente en su silla iban disminuyendo, pues cada mañana era un poco más esperanzadora que la anterior. Aún no tenía la energía suficiente para hacer más por la librería, pero había vuelto a leer con voracidad.

Era como si hubiese regresado a esos días en que leía desde el amanecer hasta el anochecer, riendo mientras apilaba más y más libros, frunciendo el ceño concentrada mientras pasaba las páginas. Volvía a ser la pequeña Yeongju, la que leía durante las comidas ignorando las reprimendas de su madre; volvía al júbilo de leer incluso cuando sus ojos protestaban. «Si puedo experimentar esa felicidad una vez más, tal vez sea posible empezar de nuevo», pensaba.

Hasta el instituto, Yeongju había sido una ávida lectora. Sus padres estaban siempre ocupados y la dejaban leyendo en un rincón de casa. Una vez que hubo devorado todos los libros de su colección, comenzó a ir a la biblioteca. Amaba los libros. Las novelas eran sus favoritos, pues la llevaban de expedición a través de distintas tierras y mares desde la comodidad del hogar. Cuando tenía que obligarse a volver a la realidad —arrancándose de los dulces sueños lectores—, se le encogía el corazón. Pero no solía

estar triste demasiado tiempo, pues solo necesitaba abrir un libro para sumergirse de nuevo en sus aventuras.

Leer en la librería vacía le traía recuerdos de la infancia, y sonrió. Se le ocurrió, mientras se frotaba los ojos con las palmas de las manos, que ya no tenía edad para participar en una maratón de lectura. Parpadeó varias veces antes de devolver la vista a la página y, como si intentara enmendar una amistad rota de su niñez, se abstrajo en los libros día y noche, sin despegarse nunca de su lado. No pasó mucho tiempo hasta que sanó su anhelada relación. Los libros la recibieron con los brazos abiertos sin juzgar el tipo de persona en que se había convertido y la aceptaron tal y como era. Y como si fuese una persona bien nutrida que hacía tres buenas comidas al día, se volvió más fuerte. Un día, al levantar la cabeza de las páginas, se encontró observando la librería con la mirada más clara y la mente más aguda.

«Necesito hacerlo mejor que esto.»

Yeongju buscó recomendaciones de libros y trabajó arduamente para llenar los estantes medio vacíos. Cada vez que leía un libro, anotaba sus pensamientos en una tarjeta que luego metía entre las páginas; en el caso de aquellos tomos que aún no había leído, recogía las opiniones de críticos literarios y de lectores que encontraba en internet. Cuando los clientes le preguntaban por un título que no le resultaba familiar, se aseguraba de buscarlo. No hacía nada de eso por los beneficios; su prioridad era crear una librería que luciera y se sintiera como tal. Sus esfuerzos fueron dando frutos. Los vecinos cercanos dejaron de lanzar miradas dubitativas a la tienda; los más perspicaces incluso notaron los cambios. Cada vez que entraban, la librería parecía un poco más cálida, más acogedora, y proyectaba un encanto magnético sobre los transeúntes que pasaban por delante. El cambio más importante fue el de Yeongju: la librera que ponía nerviosos a los clientes con el rostro lleno de lágrimas ya no existía.

La librería comenzó a recibir visitantes de barrios cada vez más alejados. La madre de Mincheol estaba encantada de ver tantos rostros desconocidos buscando en las estanterías.

—¿Sabes cómo han encontrado la librería?

—Por nuestro Instagram.

—¿La librería está en Instagram?

—Sí. ¿Y sabe las notas escritas a mano que dejo entre las páginas de los libros? También cuelgo fotos de ellas online.

—Ah, ¿y la gente viene hasta aquí solo por eso?

—Bueno, no solo por eso. Soy muy activa en Instagram. Normalmente, a la hora punta de las mañanas, publico una foto con un cálido saludo. O escribo sobre un libro que estoy leyendo. A veces comparto pequeñas quejas de la vida. Ah, y más saludos a la hora de salir del trabajo, cuando la gente vuelve a casa en transporte público.

—Lo que hay en el cerebro de la gente joven me supera. ¿Para qué desplazarse hasta tan lejos por eso? Bueno, como sea, es maravilloso. Pensaba que solo te sentabas como un maniquí, pero parece que estás haciendo algo.

No había encontrado mucho que hacer cuando no le importaban las cosas, pero una vez que habían empezado a importarle, de pronto el trabajo era infinito. Desde el momento en que introducía el código para abrir la librería hasta que cerraba al final del día, sus manos y sus pies no paraban quietos un solo instante. Cuando sus extremidades comenzaron a enredarse entre sí mientras hacía equilibrios con los pedidos que se amontonaban, tanto de la librería como de la cafetería, decidió que era hora de buscar ayuda, así que puso una oferta de empleo para baristas. Minjun llegó al día siguiente. Ese mismo día, tras dar un sorbo al café que el chico había preparado, Yeongju retiró el anuncio y él comenzó a trabajar al día siguiente, cerca del primer aniversario de la librería.

Había pasado un año desde entonces. Minjun llegaría en cinco minutos, y, como siempre, con una taza del café que le preparaba, Yeongju se sumergiría en una novela hasta la una, la hora en que la librería estaba lista para recibir a los clientes.

¿CUÁL ES EL CAFÉ DEL DÍA?



De camino a la librería, Minjun lanzó una mirada de envidia a un hombre que pasó por su lado con un abanico en la mano. Decir que era un día caluroso era quedarse corto cuando incluso el cuero cabelludo le ardía bajo ese calor implacable. No había sido así de insoportable el verano anterior, ¿o sí? Pensar en el tiempo le recordó que había sido por esa misma época cuando, el año anterior, se topó con la oferta de empleo.

SE BUSCA BARISTA
8 horas al día, 5 días a la semana.
Sueldo a discutir en persona.
Cualquiera que prepare un buen café
es bienvenido a presentarse.

Por aquel entonces, Minjun estaba desesperado por conseguir trabajo. No le importaba de qué. Hacer café estaba bien, pero tampoco le parecía mal mover cosas pesadas, limpiar baños, dar la vuelta a hamburguesas, repartir paquetes o escanear códigos de barras; para él, todo era más o menos lo mismo mientras le pagaran. Así que se presentó en la librería.

Eran alrededor de las tres de la tarde cuando abrió la puerta.

Como cabía esperar, la librería estaba vacía, excepto por una mujer que parecía ser la dueña. Se hallaba sentada a una de las mesas cuadradas de la zona de la cafetería, ocupada escribiendo en una libretita del tamaño de las palmas de sus manos. Al oír que la puerta se abría, la mujer levantó la cabeza y lo saludó. Su cálida sonrisa parecía decir: «Siéntete libre de curiosear, no voy a molestarte».

Cuando la mujer volvió a su trabajo, Minjun decidió tomarse las cosas con calma y dar una vuelta por la tienda. El lugar era espacioso —grande, en realidad— para una librería independiente; había sillas pegadas a las estanterías que parecían invitar a los clientes a tomarse su tiempo para hojear los libros. Una tercera parte de la pared situada a la derecha estaba cubierta por completo con estantes de libros que iban del suelo al techo, mientras que, a ambos lados de la puerta, había expositores que llegaban a la altura de las ventanas. A primera vista, no quedaba claro cómo estaban organizados los libros. Minjun cogió uno al azar del estante más cercano. Un pedazo de papel asomaba por la parte superior. Abrió el libro, sacó la nota y leyó.

> Cada uno de nosotros es una isla; aislado y solitario. Eso no es malo. La soledad nos hace libres y el aislamiento puede traer profundidad a nuestras vidas. En las novelas que me gustan, los personajes son islas solitarias. En las novelas que me encantan, los personajes solían ser islas solitarias hasta que sus destinos se entrelazaron poco a poco; son el tipo de historias en las que susurras: «¿Aquí estabas?», y una voz responde: «Sí, desde siempre». Entonces piensas: «Estaba un poco solo, pero gracias a ti estoy más acompañado». Es un sentimiento maravilloso, y el libro que tienes entre las manos me ha dejado probar esa alegría.

Minjun devolvió la nota al interior del libro y leyó el título: *La elegancia del erizo*, de Muriel Barbery. Intentó imaginarse a un erizo, caminando elegantemente con sus púas. ¿Un erizo? ¿Soledad? ¿Aislamiento? ¿Profundidad? No podía unir todos esos conceptos. «La soledad nos hace libres y el aislamiento puede traer profundidad a nuestras vidas.» Nunca había pensado —ni negativa ni positivamente— en la soledad y el aislamiento, y, por lo tanto, nunca había intentado evitarlos. En ese sentido, era libre. Pero ¿había profundidad en su vida? No estaba seguro.

Parecía que la librera estaba trabajando en una nota similar en ese preciso momento. ¿Escribía ella misma todas las notas a mano? Siempre había pensado que las librerías se limitaban a clasificar y vender libros, pero parecía que allí había algo más.

Minjun terminó de hacer el breve tour, echó un vistazo rápido a la máquina de café y se acercó a la mujer.

—Disculpe —le dijo.

Yeongju se puso de pie.

—¿Puedo ayudarte?

—He visto la oferta de empleo. Para ser barista.

—¡Ah, sí! Toma asiento, por favor.

Yeongju le sonrió como si se tratara de una persona a la que había estado esperando largo tiempo. Caminó hasta su escritorio, al lado de la caja registradora, y volvió con dos hojas de papel que luego colocó en la mesa antes de sentarse frente a él.

—¿Vives cerca?

—Sí.

—¿Y sabes hacer café?

—Sí. He trabajado a tiempo parcial en varias cafeterías.

—¿Sabrías usar esa máquina de café?

Él echó un vistazo hacia donde ella le señalaba.

—Eso creo.

—Está bien. ¿Podrías prepararme un café?

—¿Ahora?

—Dos tazas. Charlaremos mientras lo tomamos.

Unos instantes después, él volvió a la mesa con el café recién hecho. Mantuvo la mirada fija en Yeongju mientras ella bebía. Incluso con la petición repentina de preparar dos tazas de café, no estaba nervioso; no tenía razón para estarlo, pues servir un café decente le resultaba algo sencillo. No obstante, empezó a sentir algo de tensión cuando vio que Yeongju se tomaba su tiempo para saborear la oscura bebida, empinando lentamente la taza para dar un segundo trago antes de levantar la vista.

—¿Por qué no bebes? —le preguntó ella—. Bebe, está rico.

—Vale.

Pasaron los siguientes veinte minutos hablando, o, más bien,

Yeongju habló mientras él escuchaba. Ensalzó el café que había preparado y le preguntó si estaba disponible de inmediato. Él respondió que sí. «Como barista, debes concentrarte en el café», le dijo ella, y añadió que su única petición era que desempeñara todas las tareas relacionadas con el café para aligerarle un poco la carga de trabajo. Cuando Yeongju siguió con la pregunta de si también podría ocuparse de seleccionar y adquirir los granos de café, él se preguntó por qué una tarea tan mínima merecía ser mencionada aparte, pero en voz alta solo respondió: «Sí».

—Hay una empresa tostadora con la que ya he trabajado antes —le dijo ella—. Su dueña es una buena persona.

—Está bien.

—Tú y yo tendremos cada uno nuestro propio rol, pero si alguno de los dos está demasiado ocupado, el otro lo ayudará.

—Entendido.

—Para que quede claro: no solo yo puedo pedir ayuda. Si en algún momento tienes demasiado trabajo, yo también te ayudo a ti.

—Entendido.

Yeongju le entregó los papeles. Era un contrato. Le dio una pluma para que firmara si estaba de acuerdo con los términos y las condiciones y comenzó a explicarle cada una de las cláusulas.

—Trabajarás cinco días a la semana; los días de descanso son los domingos y los lunes. La jornada laboral es de doce y media a ocho y media. ¿Te parece bien?

—Entendido.

—La librería abre seis días a la semana, de modo que yo solo descanso los domingos.

—Ya veo, entendido.

—En caso de que alguna vez tengas que trabajar más tiempo, aunque no creo que llegue a pasar, te pagaré las horas extras.

—De acuerdo.

—El salario que ofrezco es de doce mil wones la hora.

—¿Doce mil?

—Trabajarás cinco días a la semana, y la cantidad de horas son equivalentes a las de un empleo de jornada completa. Si se remunera adecuadamente, esa es la suma.

Minjun no pudo evitar mirar a su alrededor. Desde el momento en que había puesto un pie en la librería, no había entrado un solo cliente. Se preguntaba si la dueña era consciente de ello. Parecía no tener ni idea de cuál era el rango salarial actual en el mercado, como si fuera la primera vez que contrataba a alguien para un empleo temporal. El modo tan desenfadado en que había llevado a cabo la entrevista lo hizo dudar, y a pesar de que sabía que estaba cruzando un límite, Minjun no pudo evitar decírselo.

—En general, el salario es bastante más bajo.

Yeongju levantó la cabeza con una mirada cómplice antes de devolver la vista al contrato.

—Ya, será difícil con un alquiler tan alto…, pero está bien, Minjun. No tienes que preocuparte.

Lo miró a los ojos; eran impasibles pero cálidos. Eso le gustaba. Tenía ese tipo de ojos en los que, a primera vista, no te fijarías, pero algo en ellos la llamaba a conocerlo más. También se alegró de que no intentara ponerse una máscara ni se esforzara en exceso por caerle bien, sino que se limitó a mantenerse cortés a lo largo de toda la conversación.

—Para trabajar bien es necesario descansar, y para descansar bien es necesario un nivel adquisitivo que te permita vivir cómodamente —dijo ella.

Minjun volvió a leer el contrato. Así que, para asegurar un buen equilibrio entre el trabajo y la vida privada, su nueva jefa había ideado un empleo de ocho horas cinco días a la semana, y para que la persona recibiese una compensación adecuada, había hecho cálculos y había terminado fijando un salario de doce mil wones la hora. ¿Se trataba de la bondad de alguien que era empleadora por primera vez? ¿O quizá la librería iba mucho mejor de lo que parecía? Tenía muchas preguntas, pero firmó el contrato, como se le había pedido, y Yeongju hizo lo mismo.

Minjun se puso de pie con su copia en la mano y asintió con la cabeza en dirección a la mujer, que se levantó para acompañarlo a la puerta.

—Por cierto —lo llamó—, es probable que solo pueda

mantener abierta esta librería durante dos años. ¿Te parece bien?

En los tiempos que corrían, ¿quién esperaba quedarse en un trabajo durante más de dos años? Su récord era de seis meses. A decir verdad, no se sentiría decepcionado si, al cabo de un mes, de pronto ella le comunicaba que ya no lo necesitaba. Pero contestó sin más:

—Entendido.

Ya había pasado un año desde que se había reunido con la misteriosa dueña de la librería Hyunam-Dong y había aceptado el trabajo. Durante ese periodo, habían seguido el acuerdo al pie de la letra. Yeongju empleaba su tiempo en experimentar con nuevas ideas y en observar cómo las recibían los clientes, mientras que Minjun, con su carácter tenaz, se encargaba de la selección de los granos de café y manejaba la máquina. Fiel a su palabra, ella no pedía de él nada más que un buen café. Cuando lo pillaba mirando a la nada durante los ratos en que no había clientes, Yeongju se echaba a reír. «¿No se supone que los jefes deben mirarte con desaprobación cuando te pillan holgazaneando?», se preguntaba él. Y, ante ese pensamiento, no podía evitar sino reír también.

Minjun se limpió las gotas de sudor que le caían por la frente, empujó la puerta y de inmediato fue recibido por el ambiente fresco del aire acondicionado.

—Ya estoy aquí.

Yeongju alzó la vista de su libro.

—Hace muchísimo calor en la calle, ¿verdad?

—Sí —dijo él mientras levantaba la barrera del mostrador de la cafetería y ocupaba su lugar de trabajo, al otro lado.

—¿Cuál es el café del día?

—Tendrás que adivinarlo. —Sonrió mientras se lavaba y se secaba las manos.

Después de poner una taza de café recién hecho al lado del libro de Yeongju, regresó tras la barra, pero su mirada permaneció fija en ella. La observó dar un sorbo con expresión pensativa.

—Es parecido al de ayer. Pero el sabor afrutado de este parece

más fuerte. Está delicioso.

Él asintió, complacido de que notara la diferencia. Como de costumbre, charlaron un poco más antes de volver de manera natural cada uno a su propio trabajo. Yeongju tenía el hábito de leer antes de abrir, mientras que Minjun preparaba los granos para el café del día y, en sus ratos libres, ayudaba a limpiar la librería. Sabía que ella lo había hecho la noche anterior, pero era en ese ámbito donde él podía ofrecer más ayuda.

HISTORIAS DE PERSONAS QUE SE FUERON



Antes de la hora de apertura de la librería, Yeongju solía pasar el tiempo absorta en alguna novela. Abstraerse en los sentimientos de los personajes le permitía descansar de los suyos. Lloraba, sufría y se volvía más fuerte con ellos; como si compartir sus experiencias y emociones le permitiera, hacia el final del libro, llegar a comprender a cualquier persona en el mundo.

A menudo leía porque estaba buscando algo; sin embargo, no siempre sabía con precisión qué era lo que buscaba cuando abría la primera página. En ocasiones ya había avanzado varios capítulos antes de poder decir: «Ah, de modo que esto es lo que estoy buscando». También había veces en las que sabía con certeza, desde el inicio, qué quería encontrar. Las novelas que había devorado desde el año anterior pertenecían, en su mayoría, a la última categoría. Quería historias de personas que abandonaban su estilo de vida, ya fuese durante unos días o para siempre. Y aunque la causa se debiera a una infinidad de razones e historias, todos tenían algo en común: sus vidas cambiaban desde el momento en que lo decidían.

Por aquel entonces, muchos le decían: «No te entiendo». A veces era una acusación. «¿Por qué solo piensas en ti misma?» Y

justo cuando Yeongju creía que comenzaba a olvidar las palabras hirientes, esas voces volvían a perseguirla como si de alucinaciones se tratara; justo cuando los recuerdos se desvanecían en la distancia, resurgían sin previo aviso y la inundaban al instante. Sus heridas se volvían cada vez un poco más profundas. Temiendo colapsar por completo, decidió enfrascarse en historias de personas que habían dejado atrás sus antiguas vidas. Leía con voracidad, como si coleccionar todas esas historias fuese una especie de misión; dentro de ella había una vasija vacía y la llenaba hasta el borde con esas historias, esos motivos, esas emociones y el valor que los protagonistas debían reunir. Quería saberlo todo sobre sus vidas posteriores, sus pensamientos a lo largo del tiempo, su alegría, su sufrimiento, su felicidad y su tristeza.

Cuando las cosas se ponían difíciles, Yeongju se encerraba en sí misma, acurrucándose al lado de los personajes mientras escuchaba sus historias y buscaba consuelo en sus palabras y sus experiencias.

Ahogaba las críticas dolorosas —«No te entiendo. ¿Por qué solo piensas en ti misma?»— con sus voces. Le daban fuerza y, finalmente, reunió toda la necesaria para decirse a sí misma: «En aquel momento de mi vida, esa era mi única opción».

Durante los días siguientes, Yeongju estuvo absorta en *Animal triste*, de Monika Maron, la historia de una mujer que, en el sentido más estricto de la palabra, abandona a su esposo y a su hija. Se ha enamorado de otro hombre, pero como nada es más importante en la vida que el amor verdadero, y como el camino que debe seguir —el único— es tan obvio, no siente remordimientos. Más tarde, cuando el hombre se va de su vida, ella deja de crear nuevos recuerdos por miedo a borrar los que tiene de él y su tiempo compartido. Desconecta por completo del mundo y vive en soledad el resto de su vida, durante décadas, hasta los noventa o los cien años.

Para Yeongju, una buena novela era aquella que la llevaba a lugares más allá de sus expectativas. En ese libro, al principio se había centrado en la mujer que «se va», pero más adelante se había dado cuenta de que el amor era lo que hacía que todo fuera

posible. Daba vueltas al modo en que la protagonista comenzaba a usar las gafas que el hombre se había dejado, a pesar de que le dañaban la vista; era su último intento desesperado de estar cerca de él. «¿Cómo puede alguien amar de manera tan incondicional?», se preguntaba Yeongju. Vivir décadas enteras en soledad, celebrando un amor que había desaparecido cuarenta o cincuenta años atrás. Y la mujer no se arrepentía de nada; ¿qué la hacía estar tan segura de que ese era el único amor de su vida? Yeongju no la entendía, pero la admiraba por haber vivido tan intensa y ferozmente.

Apartó los ojos de las páginas y reflexionó sobre las palabras de la mujer: «De todo lo que la vida tiene para ofrecer, solo el amor es indispensable». ¿Era el amor lo más importante en la vida? ¿Nada más se le podía comparar? «El amor es genial —pensó—. Pero ¿indispensable?» No, no estaba de acuerdo. Así como algunos florecen con el amor, también es posible vivir sin él. «A mí me va bastante bien sin amor», se dijo.

Mientras ella seguía sumida en sus propios pensamientos, Minjun secaba las tazas con un paño de cocina. Cuando sonó la alarma que indicaba que ya era la una de la tarde, devolvió el trapo a su sitio y se dirigió a la puerta. El ruido sordo del cartel que decía ABIERTO la sacó de su ensoñación. Mientras él regresaba a la barra, ella sintió la necesidad de pedirle su opinión sobre el amor, pero se lo pensó mejor. Ya se imaginaba su respuesta; haría una pausa para pensar y respondería: «Bueno…». Ella deseaba saber qué le rondaba por la cabeza en ese momento de vacilación, pero Minjun nunca había sido de compartir sus pensamientos con facilidad.

Al ver que volvía a coger la misma taza, Yeongju pensó que había tomado la decisión acertada al no preguntar. Fuera como fuese, solo había una respuesta correcta: la que tenía en mente en ese mismo momento. ¿No era de eso de lo que se trataba la vida? Ir hacia delante con la respuesta que ya tienes, tropezando a lo largo del camino y levantándote, solo para que llegue un día en que te des cuenta de que la respuesta a la que te habías aferrado durante tanto tiempo no era la correcta. Cuando eso sucede, es hora de

buscar la siguiente respuesta. Así es como vive la gente corriente, como la propia Yeongju. A lo largo de nuestra vida la respuesta correcta continuará cambiando.

Él aún secaba las tazas cuando ella le dijo:

—Minjun, que hoy también sea un buen día.

POR FAVOR, RECOMIÉNDEME UN BUEN LIBRO



Antes de regentar la librería, Yeongju nunca se había planteado si serviría para vender libros. Ingenuamente, pensaba que cualquiera que amara los libros podía dedicarse a venderlos. No fue hasta el momento en que abrió su propia librería cuando se percató de que tenía un serio defecto. Se hacía preguntas como: «¿Qué libro es bueno?» y «¿Qué es un libro interesante?». Una vez hizo el ridículo por completo cuando un hombre de más de cuarenta años le pidió una recomendación.

—*El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger, es muy interesante —respondió ella con entusiasmo—. ¿Lo ha leído?

El hombre negó con la cabeza.

—Yo lo habré leído más de cinco veces si no recuerdo mal. Aunque no es tan interesante, no en un sentido estricto. ¿Conoce esa sensación cuando un libro te hace levantar la cabeza con una carcajada o con el mareo de la expectativa? Este libro no es interesante en ese sentido. Quiero decir..., va más allá del interesante genérico. No hay, eh..., un clímax o una trama central que cohesionen el libro. La historia entera sigue los pensamientos de un niño y se desarrolla en un periodo de unos pocos días. Dicho esto, quiero decir..., me parece un libro interesante —terminó de

manera patética.

—¿En qué piensa el niño?

El hombre estaba tan serio que Yeongju sintió una punzada de nerviosismo mientras se lo explicaba.

—Es sobre el modo en que el niño ve el mundo, sus pensamientos sobre las escuelas, los profesores, los amigos, los padres…

El hombre frunció el ceño.

—¿Cree que a mí me gustaría ese libro?

Ella estaba perpleja. «¿Le parecerá interesante si lo lee? ¿Por qué, de entre todos los libros, le he recomendado este?» Debió de notársele en la cara, pues el hombre simplemente le dio las gracias y se alejó. Más tarde, se dirigió a la caja y compró *Una mirada a Eurasia*, de Lee Byeong-Han. Así que eso era lo que le gustaba. La historia. Algo de lo que él dijo antes de salir de la tienda permaneció en la mente de Yeongju desde entonces:

—Lamento haberle hecho una pregunta difícil cuando cada uno tiene sus propios gustos.

¡El cliente pidiendo disculpas a la librera por buscar una recomendación cuando era ella quien debía disculparse por su incompetencia! Había aprendido una lección importante: no era buena idea recomendar ciegamente sus propios libros favoritos. Quería mejorar. Pero ¿cómo? Dedicó algunos de sus ratos libres en el trabajo a meditar al respecto y se le ocurrió lo siguiente:

> **Sé objetiva**. Evita juicios personales. En vez de «libros que me gustan» recomienda «libros que el cliente podría disfrutar».
>
> **Haz preguntas**. No te apresures a hacer recomendaciones. Haz las siguientes preguntas: ¿Qué libros ha disfrutado recientemente? ¿Qué libro le ha dejado una fuerte impresión? ¿Qué géneros le gustan? ¿Qué le ronda la mente estos días? ¿Quiénes son sus autores favoritos?

A pesar de su estrategia, aún se quedaba en blanco en algunas ocasiones.

—¿Hay algún libro que pueda liberar un corazón asfixiado? —le preguntó una vez la madre de Mincheol mientras esperaba el americano con hielo que había pedido, y añadió que se había

saltado las clases porque no estaba de humor.

¿Un libro que liberara un corazón asfixiado? La petición era demasiado abstracta y ninguna de las preguntas que había preparado parecía apropiada. Desesperada por no quedarse en silencio, buscó alguna pregunta nueva en su inconsciente:

—¿Hay algo que te preocupe?

—Así es como me he sentido los últimos días, como si estuviera llena de *injeolmi*,[1]llena hasta la garganta.

—¿Qué ha pasado?

Ante la pregunta de Yeongju, la mujer se puso rígida de pronto; le temblaban los párpados. Se bebió la mitad del americano con hielo de un trago, pero eso no le devolvió la luz a los ojos.

—Es Mincheol.

Un asunto de familia. De alguna manera, dirigir una librería hacía que Yeongju estuviera al tanto de varios asuntos personales de sus clientes. Había leído en alguna parte que los escritores a menudo logran que la gente se abra a ellos, como si ser un creador de palabras significara de alguna forma que entenderían cosas que ni siquiera los amigos más cercanos podrían entender. Al parecer, algunas personas pensaban lo mismo de los libreros, como si ser dueño de una librería te convirtiera en un ser con una inteligencia emocional excepcional.

—¿Le ha ocurrido algo? —preguntó Yeongju.

Había visto al larguirucho estudiante en algunas ocasiones. Había heredado el rostro pálido de su madre, y cuando sonreía tenía un aspecto puro y brillante.

—Mincheol… me ha dicho que no entiende cuál es el sentido de la vida.

—¿El sentido de la vida? —repitió Yeongju.

—Sí.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. No creo que lo dijera en serio, pero desde entonces no he podido concentrarme en nada. Me duele el corazón cada vez que pienso en sus palabras.

Según su madre, Mincheol decía que no tenía ningún interés en las cosas: ni en estudiar, ni en jugar, ni en salir con sus amigos.

No era como si hubiese dejado por completo de hacer todo eso —estudiaba cuando se acercaban los exámenes, jugaba cuando estaba aburrido y salía de manera ocasional con sus amigos—, pero esas actividades le eran indiferentes y casi todos los días volvía a casa después del instituto, navegaba por internet estirado en la cama y luego se quedaba dormido. Tenía dieciocho años y ya estaba cansado de la vida.

—¿No hay un libro que pueda ayudarme? —La madre de Mincheol introdujo la pajita entre los cubitos de hielo y sorbió las últimas gotas de café.

Yeongju podía elaborar una lista de lectura para Mincheol: había muchísimas historias sobre la fatiga o sobre sentirse perdido en la vida. Sin embargo, ¿qué podía sugerir a una madre cuyo hijo estaba atravesando una crisis adolescente? Sin importar cuánto lo pensara, no se le ocurría nada adecuado. No recordaba novelas sobre una madre y su hijo, tampoco había leído ningún libro sobre crianza. Tuvo miedo. No porque no encontrara un solo libro adecuado, sino porque de pronto se dio cuenta de que ella era el factor que limitaba la librería, el motivo de su visión estrecha del mundo. El catálogo de la librería Hyunam-Dong estaba basado en sus preferencias como lectora, en sus intereses y su repertorio de lecturas. ¿Cómo un lugar así podía ser de utilidad para los demás? Decidió ser sincera.

—No se me ocurre ningún libro que pueda serte útil.

—No te preocupes.

—En realidad..., espera. Hay una novela que acaba de venirme a la mente: *Amy e Isabelle*, de Elizabeth Strout. Trata de una madre y una hija que viven bajo el mismo techo y se odian tanto como se quieren. Tener una relación de progenitor y descendiente no significa que siempre haya que entenderse y amoldarse el uno al otro. Leer este libro me hizo pensar que, de algún modo, al final incluso los padres y los hijos deben vivir sus propias vidas por separado.

—Suena intrigante —contestó la madre de Mincheol—. Me lo llevaré.

Rechazó el ofrecimiento de llevarse el libro en préstamo

primero para ver si le gustaba. Mientras Yeongju la veía salir de la tienda con él en la mano, pensó en el poder que poseían los libros. «¿Existe un libro que pueda liberar un corazón asfixiado? ¿Puede alguno tener tanto poder?»

Dos semanas más tarde, la madre de Mincheol se dejó caer de nuevo por allí.

—Tengo que irme enseguida, pero quería decirte cuánto me gustó el libro. Me recordó a mi propia madre. Nosotras también discutíamos mucho, aunque no tanto como Amy e Isabelle. —Hizo una pausa, como sumida en sus pensamientos, y, cuando volvió a hablar, tenía los ojos ligeramente enrojecidos—. En la última escena, cuando la madre sigue llamando a su hija..., lloré pensando en que llegará un día en que yo también echaré mucho de menos a mi hijo. No puedo mantenerlo entre mis brazos para siempre, tendré que aprender a dejarlo volar, permitirle llevar su propia vida. Muchas gracias, Yeongju. Por favor, vuelve a recomendarme más libros buenos. Vale, ¡tengo que irme ya!

Aunque no era exactamente la historia que estaba buscando, la madre de Mincheol había disfrutado de eso que, con algo de temor, Yeongju le había recomendado. Aún sentía ese peso en el corazón, pero el libro le había traído recuerdos de su madre y la había impulsado a reflexionar sobre cómo manejar la relación con su hijo. ¿Podía considerarse una buena recomendación? A pesar de no cumplir con las expectativas, ¿podía un libro, si se disfrutaba, considerarse una buena lectura?

¿Un buen libro es siempre una buena lectura?

Sus recomendaciones podían no ser lo que esperaban los clientes, pero si decían «Aun así, es bueno», tal vez hubiera hecho un buen trabajo. Por supuesto, sugerir una novela sobre un estudiante de instituto —incluso si es una de las mejores novelas literarias sobre crítica social— a un *ajusshi*[2] de mediana edad al que le gustan los títulos de historia y no ficción podría considerarse un fracaso. Pero ¿quién sabe? Quizá un día tuviera ganas de leer una novela. O, tal vez, cuando quisiera comprender mejor a sus hijos, recordaría que le habían recomendado un libro así y lo buscaría. Si lo hiciera, tal vez incluso le gustaría. Como con todo en la vida, la

lectura tiene que ver con ponerse a leer en el momento adecuado.

Dicho esto, ¿qué se entiende por un buen libro? Para una persona normal, quizá sea un libro con el que ha disfrutado, pero, como librera, Yeongju necesitaba pensar más allá. Trató de buscar una definición.

> Libros sobre la vida. No algo genérico, sino una inmersión profunda y cruda en la vida.

Recordó los ojos enrojecidos de la madre de Mincheol e intentó buscar algo más detallado.

> Libros escritos por autores que entienden la vida. Aquellos que escriben sobre la familia, la maternidad y los hijos, sobre sí mismos, sobre la condición humana. Cuando los autores profundizan para comprender la vida y tocar los corazones de los lectores, ayudándolos a avanzar, ¿no es en eso en lo que debería consistir un buen libro?

UN MOMENTO PARA EL SILENCIO, UN MOMENTO PARA CONVERSAR



La librería era un frenesí de actividad —había clientes que necesitaban ayuda, pedidos continuos de café, formularios de inventario que había que rellenar—, pero cuando terminaba el bullicio, todo quedaba en silencio de nuevo. Sin clientes, sin pedidos de bebidas ni nada que necesitara atención inmediata. Durante esos momentos de paz, Yeongju insistía en que se tomaran un descanso. Ignorando el desorden en los estantes, cortaba un poco de fruta junto al fregadero y, como si lo hubieran planeado, Minjun ya tenía el café listo cuando ella le pasaba un plato.

El silencio se instalaba cómodamente entre ambos. Yeongju disfrutaba de esos momentos de tranquilidad; estaba contenta de compartir espacio sin la necesidad de forzar una conversación. Una breve charla podía ser un gesto considerado, pero, la mayoría de las veces, corría por tu cuenta y riesgo. Cuando no hay nada que decir, exprimir las palabras solo deja el corazón vacío y un deseo de escapar.

Compartir espacio con Minjun le enseñó que el silencio también podía ser una forma de consideración, que era posible sentirse cómodo sin necesidad de llenarlo. Poco a poco, aprendió a

acostumbrarse a la quietud natural.

Sin importar cuánto durara el descanso —diez, veinte o treinta minutos—, Minjun siempre hacía las mismas cosas, que eran pocas. En primer lugar, nunca sacaba el teléfono móvil. Yeongju sabía que tenía uno, pues había escrito el número en su currículum, pero nunca había necesitado llamarlo. A veces leía, aunque no parecía disfrutarlo en particular. La mayor parte del tiempo era como un investigador de laboratorio, jugueteando con los granos de café. Al principio ella pensaba que lo hacía para matar el tiempo, pero a medida que el aroma y el sabor de su café iban volviéndose más intensos, resultó evidente que sus experimentos tenían un propósito.

Había una persona con la que Yeongju podía discutir sobre el tema «Qué callado es Minjun» tanto como quisiera: Jimi, la dueña de la tostadora de café a la que le compraba los granos, quien, además, le había enseñado todo lo que sabía sobre café. Ambas se complementaban bien; a Yeongju le encantaba hacer bromas y Jimi era buena escuchando. La brecha de diez años de edad que las separaba no les molestaba lo más mínimo.

Al principio, Jimi solía ir a la librería, pero, en poco tiempo, el apartamento de Yeongju se convirtió en su guarida. A veces regresaba a casa del trabajo y se encontraba a Jimi en cuclillas junto a su puerta; al verla, esta se sacudía el polvo del trasero y se levantaba. Siempre llevaba bolsas con comida y bebida. Enseguida se convirtieron en ese tipo de amigas que pueden hablar de cualquier cosa habida y por haber; incluso con los temas más extraños, sus conversaciones fluían. Si la conversación se interrumpía, la retomaban con facilidad. Ninguna era más dominante que la otra; las bromas iban y venían con rapidez, como en una partida de tenis de mesa.

Una vez tuvieron toda una discusión sobre «Qué callado es Minjun» mientras bebían cerveza.

—Es un hombre de pocas palabras. Al principio pensé que era un robot. Ya sabes, te saluda y eso es todo. —Jimi hizo una pausa para masticar un trozo de calamar seco—. Pero es bueno respondiendo a lo que se le pide.

El calamar seco colgaba de la boca de Yeongju y se meneaba mientras ella asentía vigorosamente.

—Responde bien cuando se le habla, ¡sí! Es por eso por lo que nunca me he sentido frustrada hablando con él.

—Ahora que lo pienso, Minjun no es el único silencioso —dijo Jimi mientras seguía masticando—. Todos los hombres son iguales: una vez que se casan, las lenguas se les quedan pegadas, como si el silencio fuera su protesta sin palabras.

Durante un momento, los pensamientos de Yeongju se posaron sobre los hombres casados y sus protestas silenciosas; luego se obligó a volver al presente y confesó lo que pensaba del silencio de Minjun.

—Creía que le caía mal, que el problema era yo.

—¿Y esa mentalidad de víctima? ¿Los demás te rechazaban cuando eras pequeña?

—No es eso... Es como si no tuviera capacidad para acercarme a la gente. Antes siempre estaba sola, mis tacones sonaban furiosos mientras trataba de adelantar a los demás, de ir más y más lejos. Pero cuando por fin me detuve y me di la vuelta, todos pasaban por mi lado como si yo fuera invisible. Nadie se acercaba a preguntarme: «¿Te apetece probar esto? ¡Está delicioso!». ¿Eso cuenta como si te rechazaran?

—Sí.

—¡Lo sabía! —Yeongju suspiró con dramatismo al tiempo que Jimi se sacaba el trozo de calamar de la boca.

—¿Será eso? —exclamó.

—¿Eh?

—¡Tal vez Minjun no habla con nosotras porque nos ve como *ajummas*![1]

—¡Venga ya! Minjun y yo apenas nos llevamos algunos años —se quejó Yeongju, que puso ambas manos a la altura del rostro de Jimi y levantó ocho dedos para enfatizar el número—. ¡Solo ocho!

—¿Minjun está ya en la treintena? —rio Jimi.

—Ya había cumplido los treinta cuando empezó a trabajar conmigo.

—Ya veo. Bueno, si solo son ocho años de diferencia, no creo que te vea como una *ajumma*. Pero ¿no te parece que Minjun ha cambiado un poco?

—¿Qué? —dijo Yeongju.

—Últimamente habla un poco más.

—¿En serio?

—Cada tanto hace preguntas.

—¿Sí?

—También ríe y charla con mis empleados —dijo Jimi.

—¿De verdad?

—Es mono.

—¿Te parece mono? —preguntó Yeongju.

—¿A ti no? Con esa mirada de concentración cuando está absorto en una tarea.

—¿Te refieres a cuando está concentrado en…?

—En lo que sea —respondió Jimi—. Simplemente me parecen monas las personas que lo dan todo de sí. Me dan ganas de tratarlas bien.

Cuando Yeongju empezó a ofrecer fruta a Minjun todos los días, él se sintió un poco desconcertado, pero llegó a aceptarla con cortesía, entendiendo el gesto como la idea que tenía su jefa de tener un detalle con sus empleados, como un agasajo. A pesar de que nunca le había gustado mucho la fruta, se había acostumbrado tanto a ella que saltarse un día de fruta le parecía tan extraño que se esforzaba por comprarla él mismo los días que no trabajaba. Y así es como se crean los hábitos.

Para Yeongju, preparar fruta para Minjun era su forma de decirle que se tomara un descanso. A veces terminaba de cortarla y algo o alguien la llamaba —antes de que pudiera coger un pedazo siquiera— y exigía su atención. Luego, había días como ese, en los que ya habían disfrutado de veinte minutos de descanso ininterrumpido. Esos días, saboreaba la fruta lentamente y seleccionaba un libro de su pila. Se colocaba un mechón de cabello detrás de la oreja y se sumergía en el mundo de la palabra escrita, levantando de vez en cuando la cabeza con la mirada desenfocada, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte. Parecía estar

mirando al vacío cuando, de pronto, lanzaba una pregunta a Minjun.

—Minjun, ¿crees que deberíamos abandonar una vida aburrida? —Tenía la barbilla apoyada en las palmas, pero no lo miraba. Cuando hacía eso, él solía permanecer en silencio, pensando que hablaba consigo misma. Pero ya sabía que no era así —. Hay personas que, un buen día, deciden dejar su vida y comenzar de nuevo en otro lugar. ¿Crees que serán felices en su nueva vida? —Se volvió hacia él.

Era una pregunta difícil. Minjun se preguntó por qué Yeongju disfrutaba planteándole esa clase de cuestiones. Pensar y quedarse en silencio durante mucho rato habría parecido de mala educación, así que decidió ganar algo de tiempo:

—Bueno...

Esa, o alguna variación de una respuesta afirmativa, era la manera en que Minjun solía responder a sus preguntas. No podía evitarlo. No tenía forma de saber si esas personas estaban contentas con su nueva vida o no, ¿no es cierto?

—Estoy leyendo esta novela —continuó Yeongju—, en la que el protagonista conoce a una mujer por casualidad en un puente. Ella es un tanto enigmática y, tras su encuentro fortuito, el hombre, que vive en Suiza, un día parte hacia Portugal en tren. No se trata de unas vacaciones; solo compra un billete de ida. Me pregunto por qué elige marcharse. Está aburrido de su vida, pero tampoco es que lo esté pasando mal. Es uno de esos tipos tranquilos y con talento; no es famoso a escala mundial, pero aun así es apreciado en su círculo. Podría haber disfrutado sin problemas de una buena vida en Suiza y, sin embargo, abandona el país como si llevara toda la vida esperando ese momento. ¿Qué crees que espera encontrar en Portugal? ¿Será más feliz allí?

Normalmente, Yeongju era una persona pragmática, pero cuando estaba absorta en un libro, parecía convertirse en alguien que intentara aferrarse a las nubes en movimiento. Minjun encontraba interesante la yuxtaposición, como si tuviera un ojo en la realidad y con el otro contemplara algún lejano país de los sueños. Hacía poco, ella le había hecho otra pregunta sobre la vida:

—¿Crees que la vida tiene algún sentido?

—¿Eh? —contestó él.

—Yo creo que no. —Su proclamación se topó con el silencio como respuesta—. Es por eso por lo que las personas intentan darle sentido por sí mismas. Al final, la vida de cada uno es distinta, de acuerdo con el sentido que logra encontrar.

—Ya veo...

—Pero yo no creo que pueda encontrarlo.

—¿Encontrar qué? —quiso saber él.

—Sentido. ¿Dónde puedes encontrar sentido? ¿En el amor? ¿En las amistades, los libros, las librerías? No es fácil.

Minjun no sabía qué decir.

—Incluso si decides que quieres buscarlo, no será fácil ni rápido. ¿Tú qué opinas? —Alentada por el silencio de Minjun, prosiguió—: Es obvio que no será fácil. Después de todo, es el sentido de la vida. Bueno, aun así quiero intentarlo. Pero, si sale mal, ¿significará que mi vida no tiene sentido?

A Minjun le costaba seguir esa línea de pensamiento.

—Bueno...

Le parecía que, en lugar de buscar de verdad la respuesta de su interlocutor, Yeongju formulaba preguntas para dar sentido a los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Por lo tanto, a pesar de que él daba respuestas evasivas la mayor parte del tiempo, ella nunca le hacía reproches. Poco a poco, Minjun comenzó a comprender cómo viajar entre los dos mundos —flotar entre las nubes de pensamientos y conectarse a la realidad— enriquecía su vida, y empezó a contagiarse de las costumbres de Yeongju. Parecía haber algo al final de sus pensamientos, algo vasto, como un sueño. No algo tan concreto como un objetivo o una aspiración, sino algo más nebuloso; como lo que había motivado al hombre de la historia a coger un tren hacia Portugal para nunca volver. No estaba seguro de si el hombre encontraría la felicidad o sufriría al llegar a su destino, pero estaba seguro de que su vida cambiaría por completo. ¿No era suficiente? Para aquellos que sueñan con un mañana completamente nuevo, el futuro del hombre ya es un sueño que se ha convertido en realidad.

PRESENTACIONES DE LIBROS ORGANIZADAS POR LA LIBRERA



Si era tendencia ver el nacimiento de librerías independientes en todas las esquinas y callejones, lo mismo podía decirse de que dichas librerías se convirtieran en espacios culturales. Esto último no significaba que los vendedores se subieran al tren solo porque estaba de moda; organizar eventos era una estrategia comercial: tenían que atraer a un público amplio para mejorar las ventas. Una librería no podía sobrevivir solo de vender libros.

Al principio, Yeongju solo quería vender libros, pero enseguida se dio cuenta de que la librería nunca obtendría beneficios si dependía únicamente de las ventas de libros para llegar a fin de mes. Cuando empezó a contratar personal —aunque solo se tratara de Minjun—, se hizo más imperativo aún escapar de los números rojos y ser una empresaria responsable. Decidió ofrecer su espacio para reservas los viernes por la noche. Eran bienvenidas charlas sobre libros, espectáculos o exposiciones. Como la librería no proporcionaría más que el espacio, no había mucho trabajo extra para ellos. Solo ayudaban a promocionar el evento colocando un cartel en el expositor situado fuera de la librería o publicando el enlace de inscripción en sus redes sociales.

Al principio le preocupaba que el ruido pudiera resultar molesto para los clientes que buscaban un espacio silencioso para leer, pero resultó ser todo lo contrario. Muchos de los clientes preguntaban si podían quedarse para escuchar la lectura de algún autor o a alguna banda que tocaba en directo, así que decidió que, con la compra de cada libro o bebida, cualquiera podía unirse al evento del día si pagaba una tarifa adicional de cinco mil wones.

Las presentaciones y las charlas sobre libros eran el segundo miércoles de cada mes, mientras que el club de lectura se reunía el último miércoles. Durante los primeros seis meses, Yeongju dirigía personalmente las reuniones, pero a medida que se acumulaban más y más cosas en su lista de responsabilidades, todos aceptaron su sugerencia de que un par de participantes habituales asumieran el liderazgo.

Aun así, Yeongju ejercía de anfitriona en las presentaciones de libros. Se había desafiado a sí misma a asumir ese rol a sabiendas de que no tendría una mejor oportunidad para conocer a los autores y hacerles todas las preguntas que deseaba. Al mismo tiempo, pensaba que esas «presentaciones de libros organizadas por la librera» podrían convertirse en el distintivo de la librería Hyunam-Dong. Hacía, además, el esfuerzo adicional de grabar las charlas y transcribirlas; los autores se alegraban de ver fragmentos de sus conferencias compartidos en el blog y las redes sociales de la librería.

Por el momento, los eventos especiales solo se celebraban los miércoles y los viernes; Yeongju no había decidido aún qué quería hacer a largo plazo. Demasiado de algo, por muy divertido que sea, lo convierte en una obligación. O, si se trataba de algo que temía en primer lugar, en una tortura. La cantidad de diversión que puede generar un empleo va ligada a la carga de trabajo, por lo que tuvo cuidado de no permitir que ni su trabajo ni el de Minjun cruzaran ese umbral. Así pues, a él solo le pedía que se quedara media hora más en las presentaciones de libros y en el club de lectura los miércoles.

A pesar de que lo había hecho muchas veces, Yeongju siempre se ponía nerviosa cuando se preparaba para las charlas con los

autores. Unos días antes del evento, se cuestionaba la decisión de abrumarse con más trabajo y se arrepentía pensando en lo mucho que odiaba ser el centro de atención y lo mala anfitriona que sería. Sin embargo, una vez que entraba en acción, se divertía tanto que se disipaban todos sus temores. Nunca podría abandonar las presentaciones de libros, porque eso significaría perder la oportunidad de conocer a los autores y hablar sin parar sobre sus fragmentos favoritos de las obras.

De niña, Yeongju pensaba que los autores ni siquiera iban al baño, como si fueran distintos de los seres ordinarios, que sí necesitan tres comidas al día. Imaginaba que, por la noche, gotas de lluvia caían desde sus hombros mientras enredaderas de soledad les brotaban de la nuca, retorciéndose y envolviendo sus cuerpos hasta los dedos de los pies. Para la pequeña Yeongju todos los autores eran excéntricos, y ella debía intentar comprenderlos; después de todo, aquellos que están sumidos en la soledad a veces pueden parecer bruscos y antipáticos. Yeongju pensaba que los escritores sabían más cosas que el resto sobre el funcionamiento del mundo, y, por tanto, era el destino el que los arrastraba a pasarse la vida con la palabra escrita. ¿Había algo que los escritores no supieran? Probablemente no. Incluso a esas alturas seguía aferrándose a esa idea.

Sin embargo, los autores a los que conocía durante las presentaciones de libros eran mucho más normales y agradables de lo que había imaginado. Eran personas corrientes que también sufrían el síndrome del impostor. Había conocido a autores que nunca habían tocado el alcohol, otros que tenían vidas más rutinarias que los trabajadores de grandes corporaciones y otros que corrían a diario para entrenar su resistencia (una herramienta esencial para los escritores, o eso le habían contado). Una vez, un autor que escribía siete horas al día para convertirse en escritor a tiempo completo le dijo después de una presentación: «Escribir era algo que quería intentar. Así que, en lugar de preocuparme planteándome si tenía o no el talento, me dije a mí mismo que debía empezar a escribir, simplemente debía hacerlo. Quería vivir de este modo al menos una vez en la vida».

Yeongju había conocido también a escritores más tímidos que ella misma, que no se atrevían a mirarla a los ojos. Una vez llegó un autor que declaró que había terminado en la escritura porque no era bueno expresándose en voz alta. Hizo reír a los presentes cuando bromeó con que su cerebro no tenía la habilidad de hablar rápido. Yeongju se sentía reconfortada de un modo extraño por los autores que hablaban a su propio ritmo, con torpeza y lentitud; era como si le estuvieran diciendo que estaba bien mostrar sus vulnerabilidades a medida que uno atravesaba su propio camino en la vida, un paso detrás del otro.

Al día siguiente, la librería presentaría su siguiente charla sobre libros, titulada «Cincuenta y dos historias para acercarse a los libros», con Lee Ahreum, la autora de *Cada día que leo*. Yeongju apenas iba por la mitad del libro y ya sabía que quería conocer a la autora. Para cuando terminó su lectura, comenzó a escribir preguntas de inmediato. En poco tiempo, la lista era de veinte: una buena señal; tenía mucho que preguntar a la escritora.

Una conversación con la autora

(Transcripción publicada en el blog a las 22.30 h. Un fragmento fue publicado en Instagram a las 22.41 h.)

YJ: Adoro tu libro. Siento que soy una persona exitosa solo por el hecho de leer, y me gusta ese sentimiento. [Risas.] *Es absolutamente mi estilo de libro.*
AR: Sí, totalmente. [Risas.] Leer te hace ver con mayor claridad y comprender mejor el mundo. Cuando eres capaz de hacer eso, te vuelves más fuerte… Ese es el sentimiento que asocias con la idea del éxito. Pero, al mismo tiempo, leer causa dolor. Entre las páginas de un libro puede haber mucho sufrimiento, más allá del que hemos padecido a lo largo de nuestra experiencia finita de la vida. Leerás sobre sufrimientos que ni siquiera sabías que existían. Cuando has experimentado el dolor de otros a través de las palabras, se vuelve mucho más difícil perseguir la felicidad y el éxito individuales. Leer te hace desviarte de la definición

tradicional de éxito porque los libros no hacen que queramos ponernos por delante o por encima de los demás; nos guían para situarnos al lado de otros.

YJ: Me gusta esa frase: «ir al lado de otros».
AR: Alcanzamos el éxito de otras formas.

YJ: ¿Cómo?
AR: Nos volvemos más compasivos. Leer es ver las cosas a través de la perspectiva de alguien distinto, y eso te lleva, de manera natural, a detenerte y cuidar a otros, más allá de buscar el éxito como en una carrera de locos. Si más personas leyeran, creo que el mundo sería un lugar mejor.

YJ: Es habitual oír a la gente decir que le gusta mucho leer pero que no encuentra tiempo para hacerlo. Sin embargo, tengo entendido que tú lees mucho.
AR: En realidad, no tanto, un libro cada dos o tres días, más o menos.

YJ: Yo diría que eso es leer mucho.
AR: ¿En serio? [Risas.] Estamos tan ocupados que por lo general tenemos poco tiempo para leer… Tal vez por la mañana, durante el almuerzo, o por la tarde después del trabajo y antes de dormir. Esos breves espacios de tiempo pueden convertirse en algo muy sustancial.

YJ: Has mencionado que sueles leer varios libros al mismo tiempo.
AR: Sí, tengo poca capacidad de atención. Me aburro y me distraigo con facilidad, incluso si el libro es interesante. Así pues, cuando empiezo a sentirme inquieta, me pongo a leer otra cosa. Me han dicho que confundiré las tramas, pero hasta ahora no me ha pasado nunca.

YJ: Yo siento que olvidaré lo que había leído para cuando vuelva al libro anterior.

AR: Hummm… Cuando leo, no me obsesiono con la necesidad de recordar cada detalle. Por supuesto, necesito acordarme de lo que ya he leído hasta cierto punto, pero, dicho esto, también es poco probable que no guarde ningún recuerdo en absoluto. Normalmente recuerdo la mayor parte, pero si mi memoria está un poco confusa, releo los pasajes que he subrayado con lápiz antes de continuar.

YJ: Sí, es cierto que en tu libro mencionabas que no hay necesidad de obsesionarse con los detalles. Pero ¿de verdad está bien eso? [Risas.]
AR: [Risas.] Está la mar de bien. Los libros no deben permanecer en tu mente, sino en tu corazón. Quizá también existan en tu mente, pero como algo más que recuerdos. En una encrucijada de la vida, en una frase olvidada o en una historia de hace años pueden volver para ofrecer una mano invisible y guiarte para tomar una decisión. Personalmente, siento que los libros que he leído me han ayudado a tomar las decisiones que he ido tomando en la vida. Aunque puede que no recuerde todos los detalles, las historias siguen ejerciendo una influencia silenciosa en mí.

YJ: Es muy reconfortante oír eso. Para ser sincera, no recuerdo gran cosa de los libros que leí hace apenas un mes.
AR: Yo tampoco, y creo que a la mayor parte de la gente le ocurre lo mismo que a nosotras.

YJ: Algunos dicen que en estos tiempos ya apenas se lee, ¿tú qué opinas?
AR: Cuando estaba escribiendo este libro, usé Instagram por primera vez. Me sorprendió tan gratamente lo que vi que comencé a preguntarme a quién se le había ocurrido la idea de que la gente no lee hoy en día. Hay muchísima gente en la aplicación que devora libros a un ritmo increíble, y eso me convenció de que los lectores no son una raza extinta. Dicho esto, sé que esos lectores de Instagram no son representativos de la mayoría y es probable que sean un nicho de mercado en sí mismos. Hace algún tiempo leí un artículo que afirmaba que la mitad de los adultos en Corea del Sur

ni siquiera terminan un libro al año. Pero cuando la gente no lee, no puede considerarse un problema sin más; no es tan sencillo. Hay muchas razones: estar ocupado, no tener el espacio emocional ni el tiempo. Todo esto ocurre porque vivimos en una sociedad asfixiante.

YJ: ¿Eso significa que, hasta que creemos una sociedad mejor, será difícil que la gente lea?
AR: Hummm... No podemos sentarnos y esperar a que la sociedad mejore. Si más gente empieza a leer, serán capaces de empatizar con el dolor de los demás y el mundo se convertirá pronto en un lugar mejor.

YJ: ¿Y qué podemos hacer?
AR: No es un problema que yo pueda resolver. [Risas.] Pero creo que la gente todavía tiene apetito por la lectura y siente que leer es importante. ¿Qué pasa con las personas que quieren leer pero no pueden, por una razón u otra?

YJ: ...
AR: Como dice el dicho, el primer paso es siempre el más difícil. [Risas.] ¿Cómo empezamos? Oh, ¿ahora es cuando tengo que decir que precisamente escribí el libro con ese grupo en mente? [Risas.]

YJ: ¿Eso es todo? ¿Ni siquiera una pista? Vamos, comparte algo con nosotros.¿Qué tal eso de usar temporizadores cuando no puedes concentrarte?
AR: Claro, solo era una broma. En los días en los que no podáis concentraros, preguntaos qué habéis tenido en la cabeza recientemente. Los seres humanos sentimos curiosidad por las cosas que nos interesan de manera natural. Por ejemplo, muchos de nosotros queremos dejar nuestro trabajo. Si estáis pensando en dejar de fumar, leed libros escritos por personas que ya lo hayan conseguido. Hay muchos de ese tipo. Si deseáis emigrar, leed historias sobre personas que cruzaron tierras y océanos. Si estáis luchando contra una baja autoestima, habéis perdido el contacto

con un buen amigo u os sentís deprimidos, buscad libros sobre eso. Pero si no habéis leído durante mucho tiempo, puede que os resulte difícil concentraros y es posible que os distraigáis con facilidad. Cuando yo me siento así, pongo un cronómetro en mi móvil durante veinte minutos. Me concentraré en el libro hasta que suene el cronómetro. Establecer pequeñas restricciones como esta añade un poco de tensión que nos ayuda a concentrarnos. Una vez transcurridos los veinte minutos, tenemos la opción de dejar de leer, o, si queremos continuar un poco más, programar el cronómetro para otros veinte minutos. Si lo hacemos tres veces, ya llevaremos una hora leyendo. Intentemos configurar el cronómetro tres veces y completar una hora de lectura todos los días.

GOAT BEANS



Cuando Minjun empezó a trabajar en la librería, solía pedir que entregaran los granos de café dos veces por semana. Para conservar el aroma y el sabor, después de recibirlos, volvía a empaquetar los granos en pequeñas bolsas selladas al vacío. Últimamente había empezado a visitar Goat Beans cada dos días antes del trabajo para recoger su pedido y comentar con Jimi las variedades de café que quería probar a continuación.

Goat Beans era la primera y la única empresa tostadora con la que trabajaba la librería. Yeongju había buscado recomendaciones y había tenido la suerte de encontrar una tostadora de buena reputación con granos de calidad en el barrio. La dueña, Jimi, ponía tanta pasión en su trabajo que, cuando la librería aún la llevaba solo Yeongju, acudía en persona para examinar el café. Si bien la calidad de los granos era importante, las habilidades del barista suponían una gran diferencia en el sabor del café. Y, por eso, a veces Jimi intervenía incluso para prepararlo.

Cuando Yeongju contrató a Minjun, Jimi fue la primera persona en acudir corriendo a la librería. Se hizo pasar por una clienta y pidió un café, no solo una vez, sino varias. Cada vez, le daba su opinión a Yeongju justo después de salir de la librería.

—Es mucho mejor que tú. Por fin estoy tranquila.

—*Eonnie*,[1]no se me da tan mal, ¿o sí?

—Se te da fatal.

Durante su cuarta visita como clienta encubierta, Jimi se acercó a Minjun.

—No tienes ni idea de quién soy, ¿verdad?

Él la miró fijamente, como si no estuviera seguro de cómo responder a una clienta con la que nunca había hablado y que le insinuaba que debería conocerla.

—Soy quien tostó los granos que tienes en la mano.

—¿Viene de Goat Beans?

—Bingo. Minjun, ¿tienes algo que hacer mañana a las once?

Él guardó silencio sopesando la pregunta.

—Ven a nuestro local —continuó Jimi—. Como barista, deberías saber de dónde vienen los granos y cómo se tuestan.

Al día siguiente, Minjun se saltó la clase de yoga, a la que nunca había llegado tarde, y se dirigió a Goat Beans. La puerta principal daba a un pequeño café, pero si entrabas por la trasera llegabas al lugar donde se tostaban los granos.

Las máquinas tostadoras le recordaron a los sacapuntas antiguos. Era como si el pequeño dispositivo con manivela hubiera crecido hasta alcanzar un tamaño humano y, en su lugar, comenzara a tostar granos. Había tres empleados en la sala, cada uno de los cuales atendía una máquina tostadora; por su parte, Jimi estaba sentada a una mesa, donde seleccionaba un montón de granos de café. Le hizo un gesto para que se acercara.

—Estos son granos crudos, estoy quitando los podridos —comenzó a explicarle antes de que él se sentara—. A esto lo llamamos «selección a mano». —Seguía trabajando mientras hablaba—. Mira este. Es mucho más oscuro comparado con el resto, ¿verdad? Es el producto de un fruto podrido. Y este es marrón, lo que significa que se ha echado a perder. Huélelo. ¿Notas un hedor agrio? Hay que retirar los granos podridos antes de tostar el resto.

Minjun siguió el ejemplo de Jimi y la ayudó a separar los granos negruzcos, marrones y rotos. Incluso mientras las manos de

la experta estaban ocupadas en el trabajo, sus ojos seguían de cerca el progreso del chico.

—¿Sabes qué significa, en inglés, *goat*?

—Una cabra, el animal, ¿no?

—¿Y sabes por qué nuestra empresa se llama Goat Beans?

—¿Hay algún vínculo entre las cabras y el modo en que se descubrió el café?

—Ah, eres rápido. ¡Excelente! —Jimi se puso en pie de pronto—. Suficiente —dijo. Luego lo condujo a la máquina tostadora del extremo izquierdo. Un empleado estaba recogiendo los granos recién tostados—. Obtenemos café de mejor calidad si hacemos otra ronda de recolección manual después del tostado —explicó—. Estos son los granos que probarás después de que sean molidos.

Jimi y el empleado caminaron hacia el molinillo, seguidos por Minjun.

—Podemos hacer un molido grueso o fino ajustando la configuración. Por supuesto, la forma de extracción del café será diferente dependiendo de la molienda —dijo Jimi. Luego miró a Minjun, que escuchaba en silencio—. Tú haces un buen café, pero extraes demasiado de los granos, lo que lo vuelve un poco amargo. Cuando me percaté de eso, te di granos molidos más gruesos y el amargor desapareció. ¿Notaste la diferencia?

Minjun lo pensó un momento.

—Creí que había sido porque había intentado acortar el tiempo de extracción, pero supongo que no.

—¡Ajá! ¡Entonces tú también trabajabas en ello!

Mientras molían los granos, ella le dio una lección de historia del café. La leyenda contaba que habían descubierto el café gracias a un rebaño de cabras. Cuando estas ingirieron un pequeño fruto rojo y redondo, de pronto se pusieron muy enérgicas y comenzaron a hacer cabriolas, lo que llevó al pastor a descubrir el fruto del café y sus propiedades.

—Por eso nos llamamos Goat Beans. Es demasiado complicado pensar en otra cosa.

Negando con la cabeza, le dijo a Minjun que le resultaría difícil encontrar a una persona con menor tolerancia a la cafeína

que ella. Pero, como de verdad amaba el café, insistía en tomar unas cuantas tazas al día. Minjun se preguntó si podría dormir aquella noche, a lo que Jimi añadió, como si le hubiera leído el pensamiento:

—Por eso me ciño a tomarme la última taza antes de las cinco de la tarde. —Hizo una pausa—. Y, si realmente no puedo dormir, no hay nada que unos cuantos vasos de cerveza no puedan solucionar.

»El árbol del café es un arbusto perenne —continuó Jimi—, y las semillas de su fruto son lo que conocemos como granos de café. En términos generales, existen dos variedades de granos: arábica y robusta. Los de Goat Beans son sobre todo arábica. El sabor es mejor —añadió, antes de preguntarle si sabía cuál era el factor decisivo del aroma del café.

Él dijo que no.

—La altitud —respondió ella—. Los granos de café de árboles cultivados a baja altitud tienen una acidez más baja y el sabor suele ser suave y templado. Los granos de gran altitud tienden a ser más ácidos, lo que da como resultado un aroma afrutado o floral más fuerte y un sabor más complejo.

La primera vez que había ayudado a Yeongju con la selección de los granos de café para la librería, Jimi había notado que disfrutaba del sabor afrutado, y en adelante se esforzó por elegir granos con un perfil similar para la librería.

Minjun comenzó a visitar Goat Beans una vez a la semana y, a medida que sus visitas se volvieron más frecuentes, decidió que sería más fácil cambiar el horario de sus clases de yoga. Poco a poco, se fue adaptando al estilo de Goat Beans. Una atmósfera fría significaba que Jimi debía de estar tremendamente furiosa ese día. Y solo había una razón: su marido. Minjun se preguntaba si su marido sería un unicornio, en especial después de que el personal susurrara que nunca lo habían visto —ni una vez siquiera— en la tostadora. Era como si viviera solo en su imaginación, y la razón de su existencia fuera soportar el peso de toda su ira y sus tacos.

Sin embargo, las sospechas de Minjun se disiparon cuando vio una fotografía por casualidad. En ella aparecía una Jimi de treinta

y tantos años de pie al lado de un hombre, y ambos sonreían felices a la cámara. Jimi le contó que la habían tomado apenas un año después de la boda, y, a pesar de que había intentado romperla bastantes veces, no sabía por qué, nunca lo había logrado. Cuando contaba que su marido había convertido su casa en un vertedero y dejaba comida pudriéndose en el frigorífico, despotricaba durante diez minutos seguidos, que se convertían en veinte si hablaba de cuando este había ido a un funeral y se había pasado toda la noche bebiendo con sus amigos, o cuando descubrió que estaba divirtiéndose, riéndose y coqueteando con una joven en un café mientras ella trabajaba. Los días en los que sentía que él la veía nada más que como una máquina de hacer dinero, eran treinta minutos. Minjun estuvo a punto de llegar tarde al trabajo por primera vez cuando Jimi tuvo uno de esos episodios.

Ese día tocaba un episodio de treinta minutos.

—Fui yo la que se enamoró de ese hombre. Básicamente me salió el tiro por la culata. —Jimi siempre se refería a su esposo como «ese hombre»—. Me gustaban sus modales desenfadados, como si fuera un mochilero que viajaba por el mundo. Los miembros de mi familia solemos ponernos muy nerviosos cuando se presentan situaciones difíciles; explotamos en todas las direcciones, como palomitas de maíz en una sartén sin tapa. Pero ese hombre era la persona más tranquila que había conocido. Cuando su jefe le gritaba o cuando los clientes maldecían y lo señalaban con el dedo, él no movía ni una ceja.

Jimi dijo que se habían conocido trabajando en un pub.

—Yo di el primero paso porque él me pareció muy guay. También fui yo quien lo convenció de que nos casáramos después de haber sido novios algunos años. Antes de conocerlo, planeaba estar soltera para siempre. ¿Cómo lo llaman? *¿Antimatrimonio?* Cuando era niña, vi a demasiadas mujeres (mi madre, mis tías, mis tías políticas) sufriendo a causa del matrimonio; se daban golpes en el pecho por el arrepentimiento hasta que terminaban lastimándose la piel del corazón. Pero yo estaba perdidamente enamorada de él. Le dije que yo compraría la casa, él solo tenía que darme un anillo. Y aquí estamos ahora. Mi casa es como una perrera. Hay platos

sucios en el fregadero, ropa tirada por todos lados, el desagüe del baño está lleno de pelos. ¿Y sabes qué es lo peor? Ayer me moría de hambre y no había nada ni remotamente comestible en la nevera. Ese hombre dijo que se había terminado los últimos dos paquetes de ramen (uno para desayunar y otro para comer), junto con todas las guarniciones que compré el fin de semana. Yo no digo nada cuando ese hombre no tiene trabajo, pero ¿no debería existir un poco de consideración entre la gente que vive bajo el mismo techo? ¿Ese hombre piensa que yo no necesito comer? Si se había terminado el ramen, debería haber comprado más. Bueno, vale, incluso si no quería comprar más, ¡podría haberme avisado para que lo comprara yo! Cuando le dije eso, lo único que hizo fue encerrarse en su habitación. Estaba tan enfadado que incluso hoy, cuando he salido de casa, seguía con la guerra fría. —Jimi bebió un trago de agua—. Lamento ser así todo el tiempo. Si no dejo que salga, se me quedará atrapado en el pecho. Lamento que tengas que escucharme, debes de odiarlo.

Minjun no lo odiaba. De hecho, querría escucharla un par de horas más después del trabajo, tomando una cerveza o algo por el estilo. Pensó por qué debía de sentirse de ese modo y concluyó que quizá, si era capaz de escuchar a alguien despotricar un par de horas, él mismo sería capaz de poner palabras a sus propias preocupaciones. Por primera vez comprendía lo solo que había estado durante mucho tiempo.

—No lo odio. Puedes contarme más.

—No, me siento peor cuando me dices eso. Para la próxima seré más breve.

—...

—Bueno, como te decía antes, hoy hemos usado una mezcla de Colombia. El cuarenta por ciento de los granos son colombianos, el treinta por ciento de Brasil, el veinte por ciento de Etiopía y el diez por ciento de Guatemala. Los colombianos dan equilibrio al café. ¿Qué me dices de los brasileños?

Minjun guardó silencio.

—No pasa nada si te equivocas. No lo pienses demasiado.

—Eh..., dulzura.

—Muy bien. ¿Etiopía?

—Hummm..., ¿acidez?

—¡Bien! El último.

—¿Guatemala? Eh..., ¿el amargor?

—¡Correcto!

Cuando salió de Goat Beans, Minjun notó el paso del tiempo. El calor asfixiante del verano había disminuido y se había visto reemplazado por un toque de frescura otoñal. Durante todo el verano había cogido el autobús desde Goat Beans hasta la librería. Pronto el tiempo volvería a ser lo bastante fresco para caminar de nuevo.

Minjun comenzó a sentir su vida sencilla —yoga, trabajo, películas, dormir— como una rutina bien establecida. Quizá la vida estuviera bien tal y como era.

BOTONES SIN OJALES



Cuando Minjun descubrió que lo habían admitido en la universidad que quería, lo invadió una sensación de alivio. Odiaba que sus padres le recordaran el dicho coreano «La vida empieza bien después de abrochar el primer botón», con el que lo animaban a aguantar un poco más. Pero, con la carta de admisión en las manos, lo primero que pensó fue que ya había abrochado el primer botón correctamente. Según las personas mayores, la vida es más tranquila una vez que entras en una buena universidad; no hay obstáculos que una universidad de élite no pueda ayudarte a superar. Pero Minjun y sus amigos pronto se dieron cuenta de que una universidad prestigiosa no era garantía de un futuro estable. Durante toda la facultad, e incluso hasta el momento, la carrera de locos seguía sin darles tregua.

Para prepararse para la vida universitaria, dejó la casa de sus padres y se mudó él solo a Seúl. Incluso antes de la ceremonia de graduación, ya contaba con un plan de cuatro años para la universidad: una buena nota media, pasantías, certificaciones, trabajos de voluntariado e inglés. Sus amigos tenían planes similares. Si bien la velocidad y la facilidad con la que los estudiantes lograban un currículum brillante dependían de la

riqueza de sus padres, todavía había cosas que, ni siquiera viniendo de una familia adinerada, podían tenerse por ciertas. Minjun planificó cada semestre hasta el más mínimo detalle, elaborando un cronograma que le recordaba a su horario de vacaciones de verano en la escuela primaria. Siguió el horario al pie de la letra. Se sentía motivado y apasionado. Durante los cuatro años de universidad, él y su familia fueron como un solo equipo: trabajaron juntos para que él pudiera alcanzar las metas en lo que respectaba a matrícula, alquiler y gastos de manutención.

Para Minjun, la vida universitaria consistió en encadenar trabajos de media jornada y utilizar el tiempo libre para estudiar. Hacer malabares entre el trabajo y la carrera no era tarea fácil, pero lo veía como un rito de iniciación. «Solo necesito ser constante y las cosas mejorarán», pensaba. Creía con firmeza en trabajar duro en la vida. Debido a que estaba permanentemente agotado, los raros días en los que podía dormir le parecían los más felices. Logró mantener una actitud positiva porque su esfuerzo se veía recompensado, lo que le daba la convicción inquebrantable de que el trabajo duro siempre conduciría a los resultados que deseaba. Durante esos cuatro años, mantuvo la calificación máxima. Su currículum iba siendo cada vez mejor y confiaba en que estaba haciéndolo bien. Sin embargo, una vez que se hubo graduado, no encontró trabajo.

—¿Tiene sentido que no consigamos trabajo? Tú, yo. ¿Qué necesitamos? —preguntó Sungchul mientras se bebía de un trago su vaso de *soju*[1]en el bar cercano a la universidad. Sungchul y él eran compañeros de clase, se habían conocido durante las sesiones de orientación y habían permanecido juntos los cuatro años de universidad.

—No se trata de que nos falte algo, ese no es el problema. —El rostro de Minjun se ensombreció mientras bebía también su *soju*.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Esta era la pregunta que Sungchul le había hecho decenas, no, cientos de veces; la pregunta que a ambos los perseguía sin cesar.

—Que el agujero es muy pequeño. O tal vez ni siquiera haya un agujero... —respondió Minjun mientras le servía otro trago a

Sungchul.

—¿Qué agujero? ¿El agujero de quienes buscamos trabajo?

—No, el agujero del botón.

Ambos apuraron sus vasos.

—En el instituto, mi madre solía decirme que, si el primer botón se abrocha correctamente, el resto se alineará a la perfección y, así, la vida será navegable con viento en popa. El primer botón, me decía, es entrar en una buena universidad. Me sentí muy aliviado cuando recibí la carta de admisión. Si continuaba a ese ritmo, creía que podría abrocharme sin problemas el segundo, el tercero y el resto de los botones. ¿Fui tonto al pensar eso? No. Se me da bien estudiar. Soy inteligente. Debes admitir que tengo mejor cerebro que tú. Y, además, trabajo muy duro. ¿Cómo se atreve la sociedad a darme la espalda? —De repente, Minjun empujó el cuerpo hacia delante, como si empezara a hacerle efecto el alcohol. Volvió a alzar la vista—. Me he esforzado mucho en confeccionar los botones durante estos cuatro años. No solo yo, también tú lo has hecho. Esos botones me salieron preciosos. Mejor que a ti. No, tú me ayudaste muchísimo, así que gracias, Sungchul.

Dio unas palmaditas en los hombros a Sungchul, quien, complacido, rio con suavidad.

—Yo, el de los botones más coloridos, también te doy las gracias a ti —dijo Sungchul arrastrando las palabras.

La comisura de los labios de Minjun se torció mientras miraba a su amigo con los ojos enrojecidos.

—Pero Sungchul…

—¿Sí?

—Últimamente he empezado a pensar que gastamos todas nuestras energías haciendo los botones, pero hay algo que olvidamos.

—¿Qué?

Sungchul aguzó la mirada intentando permanecer despierto.

—En primer lugar, no había ojales. Imagina una camisa con botones carísimos y hermosos de un lado. Pero no hay agujeros. ¿Por qué? Porque nadie los cortó para nosotros. Qué imagen tan ridícula…, una camisa abotonada solo por el primer botón, con el

resto colgando sin sentido.

En el estupor de la borrachera, Sungchul bajó la vista. Había una hilera ordenada de botones en su camisa, pero ninguno estaba abrochado. Alarmado, se inclinó hacia delante e intentó abrochárselos con torpeza mientras sus ojos llorosos se esforzaban por enfocar. Cuando finalmente empujó el último botón a través del ojal, pensó: «¿Era por eso por lo que no conseguía trabajo? ¿Porque mi camisa siempre estaba desabrochada?». Ignorando a Sungchul, Minjun se quedó contemplando el vaso que tenía en la mano, como si lo viera por primera vez.

—Qué tontería. Podríamos haber usado una camisa sin botones. Pero ahora estamos atascados en una camisa abotonada solo por el primer botón con una hilera de botones inútiles colgando. Esto no es una camisa, es un chiste. Esta camisa es un chiste, y llevarla me convierte a mí en un chiste. ¿No es gracioso? He trabajado tanto solo para parecer un chiste. Mi vida es una tragicomedia.

—Eh, no está tan mal. —Sungchul se tiró del cuello de la camisa, intentando evitar la sensación de sofoco que le producía el cuello rígido.

—¿Que no está tan mal?

—No todo es trágico.

Minjun lo miró inexpresivo y le dio un golpecito en la frente con un dedo.

—Ah, ¿no? Dime, ¿qué es lo bueno de todo esto? ¿Qué hay que no sea malo?

—Maldita sea, ¿se puede saber qué diablos te pasa?

—¡El poder del pensamiento positivo, ah! ¡Pensamiento positivo, vida positiva! De verdad...

Como Minjun hablaba cada vez más y era más incomprensible, Sungchul se lanzó hacia delante para taparle la boca. Manoteando para quitarse a Sungchul de encima, Minjun levantó la voz:

—¡Trágicamente graciosas!

—Nuestras vidas trágicamente cómicas —dijeron al unísono, y acto seguido estallaron en carcajadas.

Minjun sujetaba un vaso vacío de *soju* y Sungchul tenía la botella vacía en las manos mientras ambos se desternillaban, porque al menos había algo de lo que reírse en medio de tanta miseria. Aún con hipo a causa de la risa, Minjun pidió otra botella de *soju* mientras Sungchul decía que le apetecía un rollo de huevo y un *budae jjigae*.[2]Al mirar la botella de *soju* sin abrir, ambos pensaron lo mismo: «Me gustaría que apareciera alguien que le hiciera ojales a mi camisa. Solo para demostrar que no soy un chiste y que también puedo abrocharme el segundo y el tercer botón. Y, mientras estuviera aquí, que hiciera ojales a las camisas de mis amigos también. Que hiciera suficientes ojales para todos, ojales grandes en los que cupieran incluso los botones más grandes».

Los meses que siguieron a esa noche de borrachera, Minjun y Sungchul perdieron el contacto. Minjun no recordaba cuándo habían dejado de hablar, pero estaba seguro de que habían pasado al menos dos años desde entonces. Tal vez Sungchul ya hubiera encontrado trabajo. Minjun pensó que entendería que Sungchul hubiera cortado el contacto porque lamentara ser el único en haber encontrado empleo. Y si Sungchul lo hubiera hecho porque, al contrario, aún no lo había encontrado, sería más comprensible todavía. Era lo mismo para él: había cortado el contacto con la mayoría de los amigos de la universidad; no contestaba a sus llamadas e ignoraba sus mensajes de texto; si se los encontraba por casualidad en uno de esos grupos de estudio para quienes buscan empleo, sus interacciones eran breves. En ese momento, Minjun estaba en dos grupos de estudio enfocados a prepararse para entrevistas de trabajo. No tenía problemas en aprobar la parte de la documentación ni las pruebas de aptitud y de personalidad, pero siempre lo rechazaban en las entrevistas. Se miraba en el espejo muchas veces al día. ¿Era por su físico? Minjun no era atractivo, pero tampoco era feo. Era un tipo común, tenía la clase de rostro que probablemente existía en cualquier empresa. No parecía distinto de quienes lo entrevistaban. ¿Era por eso por lo que lo rechazaban? ¿Porque parecía demasiado ordinario?

Trabajó para las entrevistas de prueba como si se tratase de

las reales. Se aseguró de que su expresión irradiara confianza —con el toque justo de humildad— mientras respondía a las preguntas de sus compañeros del grupo de estudio. Intentó mejorar su lenguaje corporal para parecer alguien a quien se le ocurrían con facilidad mejores ideas y más innovadoras que al resto, pero sin ser demasiado experimental. Adoptando una actitud que no era ni demasiado insistente ni dócil, actuó como si la razón por la que no podía encontrar trabajo dos años después de graduarse fuera porque las empresas no reconocían sus aptitudes, y no, no había nada malo en él.

Sin embargo, fue golpeado de frente con otro rechazo.

La empresa en la que había llegado hasta la ronda final de entrevistas le notificó el rechazo a través de un mensaje de texto. Lo leyó una sola vez y lo eliminó, de pie muy erguido, mientras intentaba definir sus sentimientos. ¿Era decepción lo que sentía? ¿Enfado? ¿Vergüenza? ¿Quería morirse? No. Sentía alivio. Antes de saber el resultado había tenido la sensación de que esa sería la última vez, su último intento. No había sido una decisión consciente, pero, en algún punto, simplemente había dejado de intentarlo. Hasta el momento se había presentado con diligencia cada vez que lo llamaban para una prueba de aptitud o para alguna entrevista. El sentimiento de que debía seguir intentándolo se había convertido en un hábito, junto con la ansiedad insoportable que le sobrevenía cada una de las veces. Todo eso terminaba entonces. Había trabajado lo bastante duro. Se sentía de verdad aliviado.

—Mamá, estoy bien. No te preocupes. Puedo sobrevivir siendo profesor. Me tomaré un descanso antes de volver a intentarlo.

Mientras hablaba con su madre, Minjun estaba sentado en el suelo de su habitación alquilada con la espalda apoyada en la pared.

—¿De verdad estás bien? —La voz de su madre sonaba falsamente alegre y él intentaba igualar su tono.

Sin embargo, era mentira. No tenía planes de ser profesor ni de seguir buscando trabajo. Odiaba la etiqueta de «buscador de

empleo». Quería dejar de buscar o de prepararse para las cosas. Odiaba el sentimiento de transitar por un camino que parecía no acabar nunca o de intentar empujar una pared sólida que no cedía.

Quería descansar. Desde el día en que se matriculó en el instituto hasta el momento, nunca se había sentido descansado de verdad. Una vez que se hubo convertido en el alumno estrella, esperaba seguir siéndolo siempre, por lo que tuvo que trabajar duro. No le molestaba hacerlo, pero como todos sus esfuerzos no lo habían llevado más que hasta ahí, creía que estaría mejor aflojar el paso. No deseaba arrepentirse de sus esfuerzos del pasado, pero pensaba que terminaría haciéndolo si seguía viviendo de ese modo. Comprobó el saldo de su cuenta bancaria: le bastaba para sobrevivir unos meses. Lo decidió en ese momento. Descansaría hasta que el saldo llegara a cero. Hasta entonces, no haría nada. «Muy bien, hagámoslo, pues. ¿Y ahora qué? ¿Qué hacer a continuación?...»

¿A continuación? No había «a continuación».

Al final del invierno, Minjun comenzó su vida de desempleado. Para evitar cualquier tipo de interrupción, decidió echar un vistazo al móvil solo antes de acostarse. Eso, si se acordaba. Antes de que se le olvidara, llamó al proveedor de telecomunicaciones y cambió su plan de telefonía móvil al más básico. No se veía haciendo más llamadas.

Una vez liberado de las cosas que se esperaba que hiciera, Minjun reflexionó sobre cómo pasaría sus días. Esperaba poder adoptar una rutina de forma natural, aunque no estaba seguro de cómo hacerlo sin un plan. También esperaba librarse por completo de las alarmas matutinas, de las miradas críticas de la sociedad, de la decepción de sus padres, de la carrera de locos, de la competencia, la comparación y el miedo al futuro.

Todas las mañanas holgazaneaba en la cama y solo se levantaba para comer cuando el hambre era insoportable. Después de alimentarse, volvía a meterse bajo las sábanas. Salvo por el ruido ocasional de la calle —tráfico, pasos y charlas— que se filtraba a través de la ventana, se pasaba el día envuelto en silencio. La falta de sonidos amplificaba sus pensamientos, hasta

que también estos se desvanecieron. Su estado de ánimo era como una montaña rusa: ahora deprimido, ahora rebosante de optimismo. Empezó a hablar solo.

—Todo lo que he hecho… —Minjun empezaba hablándole al techo y terminaba la oración en sus pensamientos: «… ha sido con el único propósito de conseguir trabajo».

Recordó aquel momento en el parvulario, cuando recibió la máxima puntuación en un dictado. En grandes letras rojas, la maestra escribió «100» en el papel y le propinó unas palmaditas afectuosas en la espalda: «¡Bien hecho, Minjunie!».

Aunque le dio un poco de vergüenza, se sentía orgulloso. Aquel día corrió de vuelta a casa y, cuando mostró la prueba a sus padres, estos lo cogieron en brazos y le preguntaron qué quería comer como premio especial.

—¿Fue ahí cuando comenzó todo? —se preguntó Minjun en voz alta mientras sacaba dos huevos del frigorífico.

Todo lo que había aprendido en infantil, primaria y secundaria. Todo lo que había hecho en la universidad. Todo lo que había conseguido. Una vez que hubo decidido dejar de buscar trabajo, todo perdió relevancia. «No, no puedo pensar así. Es decir…, ser capaz de hablar inglés es importante. Me evita muchos dolores de cabeza cuando viajo. Espera, esa idea es estúpida. ¿Cuántas veces al año puedo permitirme viajar? Bueno, pero también puedo dar indicaciones a los extranjeros en la calle. Bueno, como sea. Digamos que es útil. ¿Y el resto de las cosas? ¿Ser bueno en los exámenes? ¿Saber hacer presentaciones de PowerPoint? ¿Tener el culo cada vez más grande por todo el tiempo que paso sentado? ¿Poner a prueba los límites de la fatiga en un ser humano? ¿Todas esas cosas ahora son inútiles?»

Pensó en sí mismo, en la persona que era y en los logros que había acumulado. Sí, era el perdedor al que siempre rechazaban, pero no se odiaba a sí mismo. En realidad, nunca se había considerado un perdedor. Alguien le dijo una vez que no bastaba con trabajar duro, había que ser excelente y sobresalir. Pero ¿quién determina lo que es excelente? Pensó en sus botones, aquellos por los que había sacrificado tantas horas de sueño. Sus botones

coloridos y cuidadosamente elaborados. Nunca dudó que fueran excelentes.

Pero esos botones se confeccionaron con el único fin de buscar empleo, y eso le molestaba. No quería pensar que todo había sido una pérdida de tiempo. «En algún lugar de mí, en mi corazón, debe de haber habido un momento en el que me gustaba lo que hacía, ¿verdad? ¿O es toda mi vida un error?»

Pronto se instaló en una rutina de desempleado. Después de esos primeros días acostado, aprendió que dormía poco por naturaleza; dormir demasiado hacía que le doliera todo el cuerpo. Empezó a levantarse a las ocho sin alarma y ordenaba la habitación antes de prepararse un buen desayuno. Como se había dicho a sí mismo que no debía preocuparse por el dinero hasta que el saldo de su cuenta bancaria llegara a cero, comía bien tres veces al día. El desayuno solía consistir en tostadas con huevos fritos o revueltos; el almuerzo, en arroz con una variedad de verduras y, para la cena, comía lo que se le antojara ese día.

A las nueve y media daba un paseo de veinte minutos hasta el estudio de yoga, pensando en ese tiempo como un tranquilo paseo matutino. Había comenzado a practicar yoga para aliviar sus dolores corporales y había descubierto que disfrutaba de las clases. Al principio, el yoga le provocaba dolor en lugares en los que no era consciente de que hubiera músculos, pero para entonces se sentía renovado y ligero tras las sesiones. Los momentos de paz después de clase, tumbado bocarriba sobre la estera de yoga, eran sus favoritos. Le sorprendió cómo tumbarse sobre una colchoneta parecía drenar la ansiedad de su mente y su cuerpo. A veces se quedaba dormido. Cuando el monitor de yoga los llamaba con suavidad: «Por favor, ahora sentaos», se despertaba con un escalofrío, ligeramente aturdido. Mientras caminaba de regreso a casa sintiéndose un poco más ligero, pensaba que había hecho algo bueno por sí mismo. En esos momentos era feliz.

Pero ese breve instante de felicidad siempre se veía seguido de infelicidad. Estaba comiéndose un *ssam*[3]de verduras en su habitación cuando un pensamiento se coló en su mente: «¿De verdad puedo vivir así?».

El *ssam* era delicioso, pero el pensamiento le había dejado un sabor de boca amargo. Hizo otro *ssam* —no había nada que una comida deliciosa no pudiera curar— y se lo metió entero en la boca. Se tragó el momento de infelicidad junto con la comida y volvió a su estado de equilibrio.

Minjun solía pasar las tardes viendo películas o, también, programas de televisión que la gente recomendaba de forma encarecida afirmando que se trataba de «el mejor drama que habían visto en sus vidas». Finalmente vio la exitosa serie de 2007 *Behind the White Tower* y lloró por la muerte de Jang Joon Hyuk. Cuando vio *Stranger*, estaba nervioso todo el tiempo. «Uau, nuestro país está produciendo series muy buenas últimamente», pensó. Para encontrar la siguiente, solía buscar páginas profesionales de reseñas. Dos veces al mes visitaba una sala de cine independiente. Sungchul habría estado muy satisfecho con el Minjun actual.

Sungchul era un fanático del cine. A menudo iba a las sesiones de la noche, incluso en época de exámenes, y luego, con los ojos hundidos, miraba a Minjun y se metía con él por ver solo películas de acción.

Cada vez que Sungchul se ponía como un sabelotodo y decía «Deberías ver las películas que te gustan, no seguir a ciegas a la multitud», Minjun intentaba cerrarle la boca, en sentido literal, pero Sungchul nunca se callaba. Cuando Minjun veía una película porque era un éxito de taquilla, Sungchul incluso recurría a ataques personales y se burlaba de él: «Eso es solo para gente como tú».

—Una buena película puede convertirse en un gran éxito de taquilla, pero no todos los grandes éxitos de taquilla son buenas películas. ¿No lo entiendes? Una película se convierte en un éxito de diez millones precisamente porque antes fue un éxito de tres millones.

Minjun hacía caso omiso, pero Sungchul continuaba imperturbable:

—Lo que estoy diciendo es que miles de cineastas son esclavos del marketing. Una vez que una película rebasa la marca de los tres millones, la productora la utilizará para promocionar

aún más la película, y así es como venderá cuatro millones de entradas; entonces dirán algo como que esa película ha capturado a más de cuatro millones de espectadores, y la gente se pondrá en plan: «Oh, he oído que esta película ya ha atraído a más de cuatro millones de espectadores, ¿la vemos también?». Y así sube a cinco millones, seis, siete...

—Cállate. —Minjun intentó cortarlo—. Son solo sofismas.

—¿Y por qué te pones pedante?

—Bueno, es lo que estás intentando decir, ¿no? Que tener tres millones de espectadores equivale a un pase directo para convertirse en una película de diez millones. ¿Quieres decir que el objetivo de las productoras son tres millones de espectadores? Siempre que alcancen ese objetivo, ¿la película se convertirá automáticamente en un éxito de diez millones?

—Olvídalo, cabeza de chorlito. ¿Por qué lo entiendes todo de forma tan literal? Me refería a que tener diez millones de espectadores no significa que una película sea tan maravillosa como para que diez millones de personas hayan ido a verla. Como amantes del cine, en lugar de ver algo por la etiqueta, deberíamos elegir las películas que nos gusten.

—Si no la veo, ¿cómo voy a saber si me gusta o no me gusta? —preguntó Minjun mientras tomaba apuntes.

—¡Mirando el nombre del director! ¡La carátula! ¡La sinopsis! Piénsalo. ¿De verdad crees que hay más de diez millones de coreanos a los que les encantan esas películas de acción donde se enfrentan gánsteres contra fiscales? ¿O los dramones? ¿De verdad todo el mundo es fanático de Marvel? ¡La mayoría de la gente ve una película porque la ven todos los demás!

Minjun no entendía por qué Sungchul se exaltaba tanto al hablar de cine, pero estaba seguro de que él era el único que sabía cómo apaciguar ese fuego. Guardó silencio y lo miró a los ojos antes de volver a hablar.

—Sungchul, ya lo entiendo.

—¿De verdad?

—Absolutamente. Estaba equivocado. Gracias por tu explicación, es una información muy útil.

Entonces Minjun se levantaba y le daba un abrazo exagerado. Sungchul, sin percatarse de la actitud teatral de su amigo, le devolvía el abrazo con firmeza.

—Yo también estoy agradecido, amigo. Gracias por entenderme.

Sungchul tenía razón en un aspecto. Minjun no veía películas de acción porque le gustaran, solo iba a verlas porque no sabía lo que le gustaba, así que veía lo mismo que los demás. Aunque nunca se arrepentía de haberlas visto. ¿Qué había que lamentar? Si las había disfrutado en ese momento, era suficiente.

Ahora que tenía tiempo libre, poco a poco podía descubrir las películas que le gustaban. Querría decirle a Sungchul que, para saber lo que le gustaba, primero necesitaba la energía y el tiempo para comenzar a explorar; para comprender películas profundas y abstractas lejos de la oferta convencional, necesitaba la clase de concentración que solo era posible si tenía tiempo. «También debería preguntarle cómo se las arregló para ver tantas películas cuando estaba tan ocupado», pensó Minjun. ¿Cómo podía Sungchul mantenerse al día con sus aficiones? Sentía curiosidad.

Después de ver una película, Minjun reflexionaba sobre ella durante mucho tiempo; a veces pasaba un día entero dándole vueltas. Parecía algo extravagante dedicar todo un día a pensar en una película; nunca había dedicado tanto tiempo a algo que no sirviera para un propósito concreto, nunca había podido darse el lujo de tomarse todo el tiempo que quisiera. En el proceso de determinar sus preferencias, tuvo la vaga certeza de que, tal vez, dedicar tiempo a una sola cosa era como mirar dentro de sí mismo en profundidad.

LOS CLIENTES HABITUALES



Mientras limpiaba la mesa con la mano derecha, los ojos de Minjun estaban fijos en el hombre de mediana edad que acababa de entrar. Habían transcurrido unas cuantas semanas desde que el cliente había comenzado a entrar todos los días a la una y media en punto para usar la librería como si se tratase de una biblioteca. Según Yeongju, el hombre había pasado los primeros días examinando los estantes para encontrar un libro que le interesara. Cuando lo logró, comenzó a ir para hacer «lecturas de almuerzo», y no había faltado ni un solo día desde entonces.

—Es el dueño de esa agencia inmobiliaria que está a cinco minutos —dijo—, la que abrió hace dos meses.

El libro que había acaparado su atención era el grueso volumen de *Tribus morales*, de Joshua Greene. A diario pasaba entre veinte y treinta minutos con él —ya fuera leyendo o echando un vistazo a las páginas—, y parecía haber llegado a la mitad. Una vez terminaba su lectura del almuerzo, devolvía el libro a la estantería y salía con expresión serena, tal vez regocijándose en su exquisito gusto literario. Hacía pocos días, Minjun y Yeongju habían discutido sobre el mejor modo de manejar la situación, cómo decirle al hombre que estaba en una librería y no en una

biblioteca.

—Esperemos a ver qué hace cuando termine de leer el libro —dijo Yeongju mientras escribía en su pequeña libreta sobre la mesa.

Frente a ella, Minjun hacía más copias a mano.

—¿Sabes? —hizo una pausa y levantó la cabeza con la pluma aún ente los dedos—, resulta curioso que el cliente que está leyendo *Tribus morales* lo haga de manera inmoral.

Yeongju no alzó la vista.

—Incluso si lees, no es fácil reflexionar sobre uno mismo.

—En ese caso, ¿de qué sirve leer? —dijo Minjun, y retomó su trabajo.

—Hummm... —Durante un momento, la mirada de Yeongju se perdió a través de la ventana—. Es difícil, pero no imposible — respondió volviéndose hacia Minjun—. Aquellos que pueden reflexionar sobre sí mismos son capaces de cambiar un poco tan solo leyendo un libro. Incluso aquellos que no pueden..., creo que, si siguen estimulándose con la lectura, un día se volverán reflexivos.

—Ah, ¿sí?

—Sé que yo soy de esas personas que no pueden reflexionar, y es por eso por lo que leo con tanta voracidad; espero convertirme en mejor persona algún día.

Minjun asintió.

—¿Sabes por qué ese cliente eligió abrir una agencia inmobiliaria justo aquí? —El tono con el que Yeongju hizo la pregunta indicaba que ya conocía la respuesta.

—¿Están subiendo los precios de las propiedades?

—Aún no, pero el cliente cree que habrá demanda en los próximos años. Los barrios que están a veinte o treinta minutos caminando ya se han visto afectados por la gentrificación. ¿Dónde crees que terminará viviendo la gente? Él cree que aquí, en Hyunam-Dong. Su predicción es que aquí se producirá un auge inmobiliario dentro de un par de años.

Minjun miró de reojo al hombre, que había vuelto para hacer su lectura diaria. «Si llega el momento en que este cliente deba

agradecerles a los dioses su buena fortuna, será el día en que yo me vaya de este barrio», pensó. El precio del alquiler actual estaba más o menos dentro de sus posibilidades; sin embargo, si el barrio se ponía de moda, era probable que se duplicase. Es parte del equilibrio de la vida: que se haga realidad el sueño de una persona conlleva el hundimiento de la vida de otra. Estaba seguro de que él y el agente inmobiliario nunca estarían del mismo lado del destino.

Después de haber trabajado en la librería Hyunam-Dong durante más de un año, Minjun se había acostumbrado a hablar con los clientes habituales. Por lo general eran ellos quienes iniciaban la conversación; en raras ocasiones Minjun era el primero en saludar. Conocía a la mayoría de los vecinos, incluida la madre de Mincheol, que se pasaba por allí casi todos los días. También reconocía a aquellos que visitaban la librería al menos una vez por semana, en particular a los miembros del club de lectura, que acudían regularmente y se quedaban más tiempo. Y había quienes, por iniciativa propia, le daban su opinión sobre el café que les preparaba; a estos los recordaba aunque solo hubieran ido una vez.

También había hablado en varias ocasiones con un cliente que parecía trabajar en una oficina. Acudía dos o tres veces por semana y se quedaba a leer hasta el cierre. Algunos días, el hombre entraba corriendo mientras Minjun ya estaba limpiando. Entre jadeos, se sentaba a la mesa y leía, aunque fueran unas pocas páginas. Una vez llegó al mediodía, antes de la hora de apertura, y fue entonces cuando habló por primera vez con Yeongju. Al parecer, ya eran lo bastante cercanos para bromear; Minjun incluso los había oído llamarse por el nombre de pila. Su nombre era Choi Wooshik. Al oírlo, Yeongju aplaudió encantada y expresó con mucha efusividad lo bonito que le parecía. Minjun pensó que ese gesto era poco típico de Yeongju, quien por lo general no se emocionaba con tanta facilidad, pero luego descubrió que su reacción se debía a que el cliente tenía justo el mismo nombre que su actor favorito.

Wooshik, el cliente, tenía su rutina en la librería: los días que compraba un libro en la librería, leía en el café sin comprar ninguna bebida; los días en que no compraba un libro, pedía café, del que tomaba solo unos sorbos. De vez en cuando desaparecía

durante más de una semana. Por lo general, estaba exultante cuando regresaba y le explicaba a Yeongju el motivo de su ausencia.

—Acabamos de lanzar productos nuevos en nuestra agencia de viajes, así que hemos recorrido todas las sucursales para informar al personal. Tenía muchas ganas de encontrar tiempo para venir aquí y leer, pero no conseguía hacerme con un solo momento. Cuando por fin tuve un rato, ya era después de la hora de cierre, y recordé la tristeza que sentía de niño al pasar por delante de los recreativos porque me daba miedo que mi madre me regañara.

¿Era porque leía novelas? Minjun pensó que Wooshik tenía un alma sensible. ¿O era al revés? ¿Tenía un alma sensible y por eso leía novelas? O quizá en realidad no había conexión entre ambas cosas. Un día Wooshik se acercó a la mesa mientras Minjun limpiaba.

—Perdón por no presentarme hasta ahora. Mi nombre es Choi Wooshik.

—Ah, yo soy Kim Minjun.

—Me siento mal siempre que vengo aquí. —Wooshik miró a Minjun como disculpándose.

—¿Por qué? —respondió él alarmado.

—El café. Me siento mal porque siempre me lo dejo casi todo en la taza. La cafeína me produce palpitaciones; sin embargo, aun así disfruto tomando unos cuantos sorbos.

—No es algo por lo que tenga que disculparse.

—¿De verdad? Supongo que estoy siendo hipersensible de nuevo. —Rio—. No soy experto en café, pero incluso yo veo que sabes preparar una buena taza.

Minjun recordó que Yeongju había sentido simpatía por Wooshik solo porque compartía el mismo nombre que su actor favorito. ¿Las personas con el mismo nombre también emiten vibraciones similares? Minjun lo miró fijamente, como si hubiera encontrado algo precioso que ni siquiera sabía que había perdido.

—Gracias por sus amables palabras.

Si bien Yeongju y Minjun siempre se percataban de la

presencia de todos los clientes habituales, había alguien que, durante los últimos dos meses, había acaparado toda su atención. La clienta que estaba sentada a su lado en la mesa. Cuando los días se volvieron más calurosos, empezó a aparecer de manera ocasional y, cuando el verano alcanzó su apogeo, su rostro se había vuelto habitual en la librería. Entre semana pasaba cinco o seis horas al día en el café. Destacaba entre el resto de los clientes que leían o escribían porque ella no hacía ninguna de esas dos cosas. Tampoco hacía otra. Permanecía allí sentada sin más.

Al principio, cuando acudía a la librería una vez por semana y se sentaba mirando al frente durante una o dos horas, ni Yeongju ni Minjun le prestaban demasiada atención. Incluso cuando se acercó a hacerle una pregunta a Yeongju, la dueña pensó simplemente que se trataba de una persona algo peculiar.

—¿Cuánto tiempo puedo quedarme aquí si pido una taza de café?

—No tenemos límite de tiempo —respondió Yeongju.

—Oh. Pero eso me hace sentir incómoda. No puede ser bueno para la librería que me apropie de la mesa durante un día entero tomando solo una taza de café, ¿verdad?

—Es cierto, pero aún no hemos tenido ningún cliente así.

—Tal vez deberían comenzar a pensar en ello, porque yo podría ser la primera.

Fiel a sus palabras, la mujer fue quedándose más tiempo cada día; su récord fue de seis horas. Puesto que Yeongju no le había dado una respuesta sobre la política de límite de tiempo que tenía la librería, la clienta parecía haber establecido su propia política y pedía una bebida nueva cada tres horas. Minjun lo supo solo después de que ella misma se lo contara. Un día se acercó al mostrador para pedir una taza de café recién hecho y dijo:

—Han pasado tres horas, así que voy a pedir otro café. Si hago esto, no seré una molestia para la librería, ¿verdad?

Durante días iba a la librería solo para estar sentada con nada más que su móvil y una libreta sobre la mesa. Aunque a veces garabateaba en el cuaderno, pasaba la mayor parte del tiempo sentada, con la espalda recta y los ojos cerrados. A veces, movía la

cabeza con suavidad hacia delante al cabo de un rato, como si estuviera quedándose dormida. Solo más tarde Yeongju y Minjun descubrieron que había estado meditando y que el movimiento de la cabeza se debía a que, en efecto, se había quedado dormida. A medida que el aire comenzó a tornarse más frío, la mujer, que normalmente vestía una camiseta holgada de manga corta y pantalones cortos anchos, comenzó a aparecer con una camisa de manga larga y unos vaqueros *boyfriend*. Parecía un conjunto informal, pero en ella se veía elegante sin esfuerzo. Su sentido de la moda parecía irradiar comodidad. Casi al mismo tiempo que cambió la temperatura, dejó de sentarse en su sitio habitual y se trasladó a una mesa situada en un rincón a hacer ganchillo. Debía de ser el tipo de persona que odia molestar a los demás porque, antes de hacerlo, pidió permiso a Yeongju.

—¿Puedo hacer ganchillo en la librería? Trabajaré en silencio, ¿no seré una molestia?

La regla número uno de Yeongju era nunca mirar a los clientes ni hacerlos sentir incómodos, pero le resultaba difícil ceñirse a esa regla cuando se trataba de aquella clienta. ¡Maldito fuera el ganchillo! No podía quitarle los ojos de encima, como si su alma estuviera perdida en los movimientos de las manos de la mujer. Podía terminar una pieza del tamaño de una mano en un solo día, o incluso en un par de horas. También descubrió el nombre de la mujer: Jungsuh.

Tras un rato haciendo ganchillo, Jungsuh cerraba los ojos y se quedaba quieta. Más tarde descubrieron que, de nuevo, había estado meditando. Entre sus muñecos de diferentes patrones, el favorito de Yeongju era la barra de pan (con hilo marrón para la corteza y color vainilla para la miga). Era una combinación maravillosa y, si lo miraba desde lejos, era como si hubiera un pan recién horneado encima de la mesa. Jungsuh trabajaba en silencio y sin olvidar pedir una taza de café cada tres horas.

Aproximadamente un mes después de que Jungsuh empezara a hacer ganchillo en la librería, Yeongju comenzó a sentir curiosidad. ¿Cuántas piezas habría tejido hasta el momento? Se imaginaba la casa de Jungsuh llena de objetos de ganchillo, el pan

con su corteza de aspecto delicioso asomando entre el montón. Sin embargo, no le hizo preguntas y Jungsuh continuó tejiendo en silencio, hasta que, un día, llegó con una bolsa de papel abultada y se acercó a Yeongju.

—Quiero donar mis creaciones a la librería.

EL SORTEO DEL GANCHILLO



Colocaron la bolsa de piezas de ganchillo en el centro de la mesa y los tres se sentaron para mantener una breve conversación. Yeongju pensó que era muy amable por parte de Jungsuh donar el fruto de su arduo trabajo sin pedir ningún tipo de pago, y decidió que la librería tampoco debería beneficiarse de ello. No había mucho sobre lo que deliberar; acordaron por unanimidad realizar un sorteo de confecciones de ganchillo en la librería.

Martes, 18.30 h | Instagram
Nuestra librería realizará un sorteo este viernes. ¡Cada visitante podrá llevarse a casa una pieza de ganchillo! Todas están hechas a mano y hay muchas formas y diseños: corazones, flores, peces, hogazas de pan y más. Las piezas son limitadas, por lo que se entregarán por orden de llegada. Para evitar decepciones, consulta nuestras redes para obtener actualizaciones sobre la cantidad restante. Ven a pasar el viernes con nosotros y llévate una creación de ganchillo.☺

#libreríahynamdong #comerciolocal #libreríaindependiente #giveaway #nosencantaelganchillo #eventoespecialdeganchillo #adivinaquiénloshatejido #viernes

Viernes, 13.04 h | Instagram
Todos los que visiten hoy la librería recibirán una pieza de ganchillo de regalo. ¡Sed todos bienvenidos! Solo tenemos 70 unidades. ☺

#libreríahyunamdong #libreríalocal #libreríaindependiente #eventodelibreríaindependiente #solo70unidades

#noesobligatoriocomprarunlibro

Viernes, 17.02 h | Instagram
¡Caray! No esperábamos que el ganchillo fuera tan popular. Solo quedan 33. ☺
#libreríahyunamdong #libreríalocal #libreríaindependiente #eventodelibreríaindependiente #TGIFganchillo

El evento fue mejor recibido de lo esperado. Los clientes se sintieron tan atraídos por los hermosos patrones y las formas de las creaciones como Yeongju. Ese día recibió más preguntas sobre las piezas de ganchillo que sobre libros. Muchos le dijeron que ya habían comprado ese tipo de objetos, pero que nunca habían pensado en hacerlos a mano. Recibió muchas preguntas sobre cómo hacer uno, así que les contó lo que Jungsuh había compartido con ella.

Yeongju descubrió que los clientes respondían bien a ideas interesantes y únicas, y, tal vez animados por la felicidad de recibir un regalo tan bonito y delicado, muchos también compraron algo en la librería. En comparación con aquellos que fueron queriendo un libro y también recibieron un regalo, hubo muchos más que acudieron a buscar una pieza de ganchillo pero terminaron comprando un libro. «¿Y si planeo más obsequios de este estilo?», se preguntó. Seguramente la novedad desaparecería en poco tiempo. En cambio, debía centrarse en construir una buena librería, dando diversidad a las cosas con eventos novedosos de vez en cuando.

Durante las últimas horas de la tarde, con solo unos cinco clientes leyendo tranquilamente en la librería, Yeongju por fin pudo tomarse un breve respiro. Caminó hacia la mesa junto a la ventana donde estaba sentado Mincheol. Mirando por la ventana, con la barbilla apoyada en la palma derecha, parecía un pájaro cautivo en su jaula. ¿Quién había mantenido encerrado a ese niño? ¿Sabía que la puerta podía abrirse desde dentro? Lo que estaba a punto de intentar necesitaba de toda la sensibilidad que pudiera reunir. Intentaría ayudar al niño a liberarse de la jaula. Iba a empujarlo a moverse.

Delante tenía el libro que ella le había dado la semana anterior: *El guardián entre el centeno*. Por la forma en que se enderezó cuando ella se acercó, Yeongju tuvo la sospecha de que había vuelto a fallar en su recomendación. «Debería dejar de sugerir libros narrados por estudiantes de instituto que luchan por encajar en la sociedad», pensó con ironía.

—Supongo que no lo has leído, ¿no te ha gustado la historia? —preguntó al tiempo que se sentaba frente a él.

—No es eso, sé que es un buen libro —respondió Mincheol educadamente.

Ella tocó el volumen.

—¿Te ha parecido difícil?

—Yeongju *imo*,[1] ¿sabes cuándo aparece la primera línea de diálogo?

La semana anterior, Mincheol había decidido dirigirse a ella como la «tía de la librería».

—¿Cuándo? —preguntó Yeongju, hojeando el libro.

—En la séptima página del primer capítulo —respondió Mincheol con naturalidad, como si solo estuviera comentando que un día lluvioso significaba clima húmedo. Pero ella detectó un rastro de mal humor en su voz. Mincheol debió de advertir que ella se había dado cuenta, porque añadió entrecortadamente—: Lo siento. Porque nunca había leído un libro como este. Apenas toco los libros de texto.

La semana anterior, Mincheol había ido a verla a la librería. Sabía que él y su madre habían llegado a un acuerdo. Si pasaba por la librería una vez a la semana y leía los libros que Yeongju le recomendaba, se ahorraría las clases de repaso después de la escuela. Su madre también prometió no regañarlo por permanecer en la cama durante horas. Cuando Yeongju se enteró del acuerdo, protestó con firmeza. Era una responsabilidad demasiado grande para que ella la asumiera. ¿Cómo podría intervenir para educar al hijo de otra persona, cuando no tenía hijos ni sobrinos? Se disculpó y argumentó que no estaba preparada para la tarea, pero la madre de Mincheol la cogió de la mano y le dijo:

—Sé que te sientes agobiada. —Le soltó la mano y bebió un

largo trago de su americano con hielo—. ¿Qué tal si tratas a mi hijo como a cualquier otro cliente y le recomiendas algunos libros? No espero más. Sí, sé que soy yo quien lo obliga a venir, pero piensa en él como un estudiante de instituto que visita la librería una vez a la semana. Y haremos esto solo durante un mes. Cuatro visitas. Recomiéndale un libro cada vez que venga. Es que a nosotros ya no nos escucha. Los padres de hoy en día somos unos inútiles, no podemos conseguir que nuestros hijos hagan nada.

Yeongju cambió de opinión al día siguiente y accedió a hablar con Mincheol. Se lo había pensado; si hubiera un estudiante de instituto que visitara la librería una vez a la semana, para ella no sería una carga, sino una gran fuente de alegría.

Hojeando con indolencia *El guardián entre el centeno*, Yeongju trataba de encontrar en su depósito mental otra novela adecuada para estudiantes de instituto cuando él señaló el libro y preguntó:

—Yeongju *imo*, ¿crees que debo leer esto pase lo que pase?

—¿Eh?

—Lo haré lo mejor que pueda durante una semana. Seguramente me costará, porque no estoy acostumbrado a leer.

Yeongju lo miró. Ese chico era capaz de expresarse la mar de bien. Quizá no estuviera bien tratarlo como a una cría en cautiverio.

—Bueno, tal vez. ¿Te ves capaz?

—¿Qué? —Los ojos de Mincheol se abrieron como si no estuviera seguro de qué era lo que Yeongju le pedía.

—¿Te ves capaz de hacer el esfuerzo de leerlo?

—Si lo intento, es probable que lo logre.

—Hummm..., no es bueno esforzarse demasiado.

—Si no me esfuerzo, no puedo esperar obtener los resultados que deseo.

—Y si entiendes esta lógica, ¿por qué no haces nada? —le preguntó Yeongju, y lo miró como si ya supiera lo que iba a responder.

—Entenderlo es distinto de hacer realmente ese algo —contestó Mincheol, y se encogió de hombros con indiferencia.

A Yeongju le había gustado el niño desde que lo conoció. Le

recordaba a su yo más joven: siempre frustrada, pero sin saber nunca el motivo. Ella había tratado de superar la frustración esforzándose hasta la extenuación en los estudios, mientras que él hacía todo lo contrario y se dejaba llevar. Probablemente él fuera más inteligente, pues sabía cómo hacer una pausa para volver a calibrarse y encontrar una nueva dirección, algo que ella no había llegado a hacer hasta entonces, muchos años después.

Yeongju charlaba de vez en cuando con el chico mientras hacía su trabajo. Él miraba fijamente por la ventana y solo se volvía si ella le hablaba; no evitaba sus preguntas y las respondía lo mejor que podía, pero no leía. Era inteligente y franco; un atisbo de descaro contradecía su actitud cuidadosa. Yeongju decidió cambiar su enfoque. Se inclinó hacia delante, acortando la distancia entre ellos, y susurró:

—Vamos a idear una estrategia.

Sobresaltado por el movimiento de Yeongju, Mincheol se echó hacia atrás.

—¿Qué clase de estrategia?

—No vas a leer. En lugar de eso, ven a la librería una vez por semana y charla conmigo. Tu madre me dio dinero para libros, no se lo devolveré hasta que termine el mes, así que, mientras tanto, mantendremos este trato entre nosotros.

—¿No tengo que leer?

Nunca lo había visto tan feliz.

Viernes, 20.30 h | Instagram

Aquellos que os llevasteis una pieza de ganchillo, ¿la habéis usado ya? Nos quedaron cuatro, así que las conservaremos para usarlas en nuestra cocina. Gracias a quienes nos han visitado hoy. ☺

#libreríahyunamdong #libreríadebarrio #libreríaindependiente #eventoindependiente #eventodeganchillo #buenasnoches #quedescanses

Minjun terminó su trabajo del día, pero siguió deambulando por la librería. Se aferraba al paño de cocina y miraba furtivamente a Yeongju mientras cogía una taza para secarla de nuevo, antes de limpiar la máquina de café por segunda vez. Parecía estar trabajando hasta tarde ese día. Si pudiera ayudarla en los días de mayor afluencia de clientes, ambos podrían irse a casa antes. A

esas alturas, ya estaba familiarizado con la mayor parte de las tareas de la librería; no obstante, con una jefa como Yeongju, que insistía en pagarle sin falta las horas extras, no había manera de ofrecerse a trabajar un tiempo adicional. Hacerlo habría sido como pedirle un aumento de sueldo. Así que al final cogió su bolsa e hizo una pausa antes de levantar la barrera del mostrador y acercarse a ella.

—Jefa, ¿trabajarás hasta tarde esta noche?

—Sí, me quedaré un rato más. —Yeongju levantó los ojos de su portátil—. ¿Por qué?

—Me gustaría ayudar si hay cosas que hacer. No trato de pedir más paga, es solo que aún no tengo ganas de irme a casa.

—¡Oh! Yo tampoco. Me quedo porque en realidad no quiero volver.

—¿En serio?

—Estoy bromeando. —Le dedicó una sonrisa traviesa—. No te preocupes, no tengo tanto que hacer. Me iré pronto; Jimi *eonnie* irá a mi casa más tarde, así que solo me quedaré una hora más.

Cuando lo planteaba de ese modo, le era imposible ofrecerse a acompañarla. Asintió.

—Está bien, entonces me iré a casa.

—Nos vemos mañana, Minjun.

Viernes, 21.47 h | Instagram

Hay un dicho que afirma que los hombres son más melancólicos en otoño y las mujeres en primavera. Nuestras hormonas aumentan y disminuyen junto con las estaciones. ¿Cómo están nuestros hombres estos días? Otoño también es época de celebraciones. Siempre que salgo del trabajo estoy famélica. Como no es bueno comer demasiado, he comenzado a leer novelas sobre comida como si estuviera atracándome de vídeos de cocina. Ahora mismo leo *Como agua para chocolate*, de Laura Esquivel. Os recomiendo que veáis la película antes de leer la novela. 😊

#libreríahyunamdong #libreríadebarrio #libreríaindependiente #librosdecomidaparacurarelhambre #lauraesquivel #comoaguaparachocolate #primerotrabajoluegolectura #hastamañana

De camino a casa, Yeongju pensó que Minjun parecía haber cambiado un poco. Antes de darse cuenta, ya había llegado a la entrada de su casa y Jimi estaba en cuclillas junto a la puerta. En la mano derecha llevaba un pack de seis cervezas y, en la

izquierda, una bolsa de papel que parecía contener quesos.

—*Eonnie!* —dijo Yeongju.

Jimi protestó mientras se ponía en pie. Parecía un levantador de pesos con dos mancuernas. Yeongju se apresuró a ayudarla con una de las bolsas.

—Es mucha comida.

—¿Cómo va a ser mucha? —replicó Jimi—. De todas formas, yo me comeré la mayor parte.

—¿De verdad no te importa quedarte toda la noche?

—Claro. Ese hombre no volverá hasta el amanecer. Ya no me importa.

Yeongju y Jimi colocaron el queso en un plato y lo depositaron en el suelo antes de tumbarse con comodidad la una al lado de la otra. De vez en cuando, se sentaban para tomar un trago de cerveza. Cuando Yeongju hubo terminado de decorar el interior de su casa, había dedicado todos sus esfuerzos a la iluminación. Las lámparas emitían un cálido resplandor sobre las dos mujeres acostadas plácidamente en el suelo.

—Lo único bueno de tu casa es la iluminación —dijo Jimi.

—Y los libros —replicó Yeongju.

—Solo a ti te gustan los libros.

—También la dueña es bastante increíble.

—Solo tú dirías eso de ti misma.

Yeongju se incorporó con brusquedad.

—*Eonnie*, yo sí lo creo.

—¿De qué hablas?

Jimi miró a Yeongju de reojo y su expresión parecía decir: «Muy bien, allá vamos otra vez, poniéndote toda seria. Deja de ser tan seria».

—Lo he estado pensando últimamente. Mi existencia solo es buena para mí, pero no hace nada bueno por los demás. Quizá ni siquiera sea buena, solo tolerable.

—Piensas demasiado. —Jimi también se enderezó—. No hay nadie en el mundo que no se sienta así. ¿Te parece que yo soy buena persona? Del mismo modo que yo no soporto a ese hombre, ese hombre no me soporta a mí. Estamos en paz. Y creo que así es

como he sobrellevado las cosas hasta ahora.

Yeongju quitó el envoltorio de un queso del tamaño de un pulgar y preguntó:

—¿No crees que habrá alguien por ahí que sepa quererse a sí mismo y no hacer daño a los demás a pesar de todo?

—¿Hay alguien así en las novelas que tanto te gustan? ¿Estás segura de que no esconden algo? —respondió Jimi con aspereza mientras se recostaba y miraba al techo—. Fuiste tú quien me dijo que los personajes de las novelas son un poco imperfectos, y que así es como prestan su voz a una persona común. Como somos imperfectos, nos golpeamos y nos hacemos daño en el proceso. Tú eres otra persona común y corriente —continuó con su monólogo —. Todos somos iguales. Por supuesto, a veces hacemos el bien.

—Tienes razón. —Yeongju se tumbó a su lado—. Pero..., *eonnie*...

—¿Sí?

—¿Te acuerdas del cliente del que te hablé? El que lee durante la hora del almuerzo.

—Ah, sí. ¿Qué pasa con él?

—Dejó de venir durante un tiempo, pero hace unos días volvió a aparecer y siguió leyendo desde donde lo había dejado.

—Todo un personaje.

—Ayer, justo cuando estaba a punto de irse, me acerqué a él.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que, si iba a leerse todo el libro y no solo unas páginas, era muy probable que el libro sufriera algún tipo de deterioro, y que entonces yo no podría venderlo.

—¿Y qué te contestó?

—Se puso pálido y se fue sin decir una palabra.

—¿Ves? Él también es un incordio para los demás.

—Hoy ha vuelto a venir a la librería.

—¿Ha montado un escándalo?

—No. Ha elegido más de diez libros, incluyendo el que había estado leyendo, y los ha comprado todos. No me ha mirado a la cara ni una sola vez.

—Probablemente reflexionó en casa y dijo: «Oh, estoy siendo

una molestia».

Yeongju se rio.

—Ah, por cierto, *eonnie*, te he comprado una manopla de ganchillo.

—¿Una manopla?

—Está hecha a mano y tiene forma de hogaza de pan. Es muy bonita. Me gustaría que la tuvieras.

—¿Quién te la ha dado?

—Una clienta habitual. Celebramos un evento en el que regalábamos piezas de ganchillo y pensé en ti; Minjun y yo nos quedamos con las que sobraron.

—¿Él cocina en casa?

—No sé.

—Parece muy inteligente. Seguramente cocine en casa.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Parece ser de los que pueden cuidarse a sí mismos, no es alguien con quien tengas que hacer de niñera.

Después de cenar, Minjun fregó los platos y eligió una película para la noche. Encendió el móvil y revisó los mensajes. No había nada. Cuando iba a apagarlo de nuevo, el teléfono sonó. Era su madre, a quien había estado evitando. Puso en pausa la película e intentó sonar normal antes de contestar.

—Hola, mamá.

—¿Por qué es tan difícil contactar contigo? ¿Por qué siempre tienes el móvil apagado?

Ante el interrogatorio, dejó escapar un suspiro.

—Ya te dije que es difícil responder llamadas cuando estoy en el trabajo, y cuando vuelvo a casa no me acuerdo de encenderlo.

—¿Ya has cenado?

—Sí.

—Bien. —Hizo una pausa—. ¿Cómo va el trabajo?

—Bien, todo va bien.

—¿Cuándo vas a dejar de hacer esos trabajos a tiempo parcial? Tu padre lo sigue preguntando.

Minjun se levantó y luego se sentó en el suelo, apoyando el peso de la espalda contra la pared. Respondió irritado:

—No soy yo quien decide eso.

—Entonces, ¿quién?

Alzó la voz:

—¿El país? ¿La sociedad? ¿Las empresas?

—¿Vas a adoptar ese tono conmigo? Si vas a trabajar a tiempo parcial, ¡es mejor que vuelvas a casa! Te dije que volvieras y descansaras, ¿por qué no escuchas? ¡Descansa adecuadamente para poder esforzarte y conseguir trabajo!

Minjun echó la cabeza hacia atrás y guardó silencio.

—¿Por qué no me contestas? —insistió ella.

—Mamá.

—¿Qué?

—¿De verdad tengo que esforzarme? —murmuró.

—¿Qué?

—Estoy bien con el modo en que me van las cosas ahora.

—¿Qué es lo que está bien de todo esto? He estado tan preocupada que no he tenido una sola noche de descanso desde... Cuando pienso en ti así, me siento tan... ¿Sabes cuánto lamento no haber podido darte el ambiente que necesitabas para concentrarte en los estudios? ¡Seguías diciendo que estabas bien, y yo pensé que de verdad estabas bien! —Su madre tenía la voz entrecortada.

Minjun se retorció. Ese era el motivo por el que no se atrevía a decirle que lo que él lamentaba no era la falta de un ambiente propicio para concentrarse en los estudios, sino el no haber sido lo bastante inteligente para plantearse si estudiar realmente le habría dado una buena vida o si era el camino correcto para él; lamentaba no haber sido lo bastante inteligente para considerar el resto de los caminos posibles.

—No te preocupes, estoy bien.

—Ay, Dios mío... Tengo fe en ti, pero me siento mal.

—Lo sé.

—¿Tienes suficiente dinero?

—Sí.

—Si te quedas sin dinero, llámanos, no tengas miedo.

—Estoy bien.

—De acuerdo, no te molestaré más. Pero deja el móvil encendido, ¿vale?

—Sí.

Minjun siguió en la misma postura hasta mucho después de que la llamada hubiera terminado.

DE VEZ EN CUANDO, UNA BUENA PERSONA



Desde la conversación con Jimi sobre hacer daño a quienes la rodeaban, Yeongju estaba desanimada. Intentó estirarse, pero su cuerpo seguía en letargo. Había momentos como ese en los que, justo cuando se sentía un poco mejor, su pasado se desplomaba sobre ella al segundo siguiente. En un intento por escapar de sus pensamientos, se daba cachetes en las mejillas, caminaba arriba y abajo frente a la librería o tarareaba una canción, pero el respiro nunca duraba más que un breve instante.

Cerró los ojos con fuerza mientras las duras palabras de su madre gritaban en el vacío de su cabeza. Incluso al final de sus días, su madre no estuvo nunca de su lado. Iba a su casa al amanecer para preparar el desayuno, no para su hija, sino para él. Él aceptaba la comida en silencio y miraba cómo su suegra amonestaba a su esposa. Solo le preguntaba si estaba bien una vez que su madre se había marchado. Yeongju no se molestaba en responder que no debería hacerle esa pregunta. Simplemente asentía.

—¿Sabes cuánto daño nos has hecho a todos? —gritaba su madre mientras la zarandeaba por los hombros.

Cuando le contó que estaba en proceso de divorcio, estuvo a

punto de propinarle una bofetada. Desde ese día, Yeongju no había sido capaz de volver a verla.

«¿Qué le hice que fuera tan terrible?»

Cada vez que pensaba en el modo en que le había gritado su madre, Yeongju quería arremeter contra ella con todo su corazón y exigirle saber qué crimen había cometido. Pero no importaba cuánto intentara expulsar la furia, la espina permanecía clavada en su corazón, volviéndolo sensible al tacto, como si estuviera lleno de moretones. Su madre siempre le había hecho sentir que no había nadie en el mundo que estuviera de su lado. Cuando los pensamientos la abrumaron, se obligó a detenerse, desesperada por asirse a cualquier cosa que la sacara del fango. No era fácil, pero no tenía otra opción.

Por fortuna, Jungsuh estaba ese día en la librería. Una vez que se hubo asegurado de que no había nada que requiriera de su atención inmediata, Yeongju se sentó delante de Jungsuh y la observó hacer su labor de ganchillo. Después de donar sus piezas, Jungsuh había seguido apareciendo por la librería un día tras otro, principalmente para mirar al vacío. Sin embargo, unos cuantos días después, se embarcó en una actividad nueva: hacer punto. Cuando Yeongju le preguntó si estaba tejiendo una bufanda, Jungsuh respondió que no le gustaban las cosas que eran demasiado largas, y que, en su lugar, quería hacer una «bufanda corta pero lo bastante larga para dar solo dos vueltas alrededor del cuello».

Yeongju acarició con los dedos la lana gris, un color que no era ni muy brillante ni muy oscuro.

—El patrón es...

—El más sencillo que hay. Cuando eres primeriza en algo, hay que empezar por lo más básico. Una vez que lo hayas dominado, el resto de los patrones serán mucho más fáciles de aprender.

Yeongju asintió. Siguió acariciando la bufanda.

—Es un color bonito, combinará bien en cualquier ocasión.

Las manos de Jungsuh se movieron con rapidez sobre la lana cuando respondió:

—También me gusta empezar con colores básicos. Algo que vaya bien con cualquier conjunto de ropa.

Yeongju asintió de nuevo. Soltó la bufanda a medio hacer y apoyó la barbilla en su palma mientras miraba los dedos de Jungsuh. El flujo de la aguja al entrar, enrollar el hilo y volver a salir era tan regular como el latido de un corazón. Hasta que alguien la llamara, Yeongju quería quedarse sentada y observar a Jungsuh tejer. Si era posible, no quería perderse el momento en que terminara la bufanda, como si al compartir ese instante pudiera escapar del vacío de estar sola en el mundo.

Jueves, 22.23 h | Blog

A veces siento desesperanza al pensar que no valgo nada, en especial cuando hago sufrir a aquellos que me han colmado de cuidados, preocupación y amor. ¿El peso del sufrimiento que causas en los demás determina cuán innecesaria es tu existencia? ¿Soy una persona que solo hará daño a otras? ¿Simplemente soy ese tipo de persona? Mi corazón se paraliza ante esos pensamientos.

Soy solo un ser humano, común y corriente. No importa cuánto me esfuerce, no soy más que una persona común y corriente. Como soy normal, termino haciendo daño a los demás o poniéndolos tristes. Nos sonreímos al tiempo que nos lastimamos.

Leer *La guardiana de la luz* me reconforta. Un pequeño acto de bondad a ojos de los demás podría interpretarse como «Soy tu fan». Todos somos seres inadecuados, débiles y ordinarios, pero el hecho de que seamos capaces de ser amables un instante —por fugaz que sea— nos vuelve potencialmente extraordinarios.

En la novela, Kwon Eun, una estudiante de primaria, tiene un solo amigo: una bola de nieve que nieva durante un minuto y treinta segundos exactos cuando le das la vuelta. Kwon Eun es huérfana, vive sola y siempre tiene hambre. Como le dan miedo los sueños, teme dormir. Durante un minuto y treinta segundos mira la bola de nieve y, cuando termina la melodía, se mete bajo las mantas rogando tener una noche sin sueños. Temblando de miedo, la niña pide su deseo.

«Ruego que se congele el reloj de esta habitación y que se me detenga el aliento.» Cho Hae-Jin, *La guardiana de la luz*, Changbi, 2017, 27.

En la novela, «Yo», la representante de la clase —y narradora del libro—, me acerco a Kwon Eun. «Yo» soy aprensiva; la soledad y la pobreza de Kwon Eun me son ajenas, pero «me» siento culpable si ignoro su existencia. Un día, robo una cámara de vídeo de casa y se la doy, diciéndole que la venda para comprar comida. La cámara, que «yo» quería que ella vendiera, se convierte en una luz para esa niña que había anhelado la muerte.

«“¿Sabes qué es lo más asombroso que una persona puede hacer?”, me escribió en una carta. Negué con la cabeza mientras leía. “Alguien me dijo una vez —escribió— que salvar a una persona es un acto extraordinario que nadie puede lograr. Entonces..., pase lo que pase, recuerda esto. La cámara que me diste me salvó la vida.”» Cho Hae-Jin,

La guardiana de la luz, Changbi, 2017, 27-28.

«Yo» soy ordinaria. Como el resto de nosotros, que nos miramos en el espejo preguntándonos: «¿Eres feliz ahora?», pero a cambio solo recibimos silencio. Mientras crezco, me olvido de Kwon Eun. La próxima vez que me encuentre con ella, años después, no lograré reconocerla.

Me habré olvidado de que había una alumna pobre en mi clase, de que hablé con ella varias veces, o de que «yo» le di la cámara. Pero lo que «yo» hice quedó grabado en su mente. Gracias a mí, ella tiene la fuerza para seguir viviendo, «yo» soy la salvadora de su vida, una persona extraordinaria.

Mientras cierro el libro, pienso que debo dejar de pensar en mí como en una persona inadecuada. Aún tengo oportunidades, ¿no es cierto? Oportunidades para actuar con amabilidad, para hablar con compasión. Incluso un humano decepcionante como yo todavía puede ser, de vez en cuando, una buena persona. Esa idea me da fuerza y esperanza para los días venideros.

TODOS LOS LIBROS SON IGUALES



Yeongju no había visto a su madre en varios años, pero discutir con ella en su propia cabeza ya le resultaba bastante agotador. Debía hacer acopio de toda su fuerza para suprimir las oleadas de ira en su interior. Tenía los sentidos embotados mientras daba vueltas por la librería con indiferencia, sin percatarse de que también Minjun parecía estar de mal humor. Cuando se enfrascaba en sus propios problemas, no importaba lo empática que pudiera ser, no tenía ojos para los problemas de nadie más, incluso si los tenía justo delante.

Por el bien de la librería, debía serenarse. Había postergado tareas creyendo que tendría tiempo, y esas tareas habían pasado a convertirse en asuntos urgentes que había que solucionar ese mismo día. Llegó a las diez de la mañana y revisó el inventario, terminó las cuentas que había dejado de lado durante demasiado tiempo, hizo los pedidos de libros que debían enviarse y escribió las notas de presentación para los recién llegados, todo esto mientras lanzaba miradas nerviosas al libro del club de lectura de esa semana, que aún no había leído.

El día transcurrió en un revuelo de actividades, sin un momento de descanso. Puso a prueba sus habilidades de resolución

de problemas conforme se enfrentaba a las tareas metódica y eficientemente. Si sus antiguos colegas la hubiesen visto en ese momento, es probable que se hubieran burlado: «Sí, sin duda, esa es Yeongju. Los leopardos no cambian sus manchas con facilidad». Pero no había nadie de su pasado en su presente.

Entretanto, Jungsuh estaba sentada a la mesa, tejiendo una bufanda morada. Mincheol, que había acudido para su sesión semanal con Yeongju, miraba tejer a la mujer. Jungsuh pensó que era bonito que el adolescente con uniforme escolar la observara con gesto malhumorado mientras confeccionaba una bufanda. «Incluso si no tiene nada que hacer, estaría mejor viendo YouTube o algo así», pensó.

—¿Te gustan este tipo de cosas? —Fue Jungsuh quien rompió el silencio.

Mincheol, que la había estado observando como si le succionaran el alma, quitó con presteza los brazos de la mesa y repitió:

—¿«Este tipo de cosas»?

—Sé que he sido yo quien ha hecho la pregunta, pero tampoco sé del todo a qué me refiero. Solo lo he preguntado porque estás sentado aquí.

—Tengo que venir una vez a la semana a hablar con la tía de la librería. Solo así mi madre dejará de molestarme.

—Esa debe de ser Yeongju *eonnie*... No te haré preguntas sobre tu madre. Pues bien, si quieres mirar, eres libre de hacerlo. Y si quieres intentarlo, házmelo saber.

—¿Tejer?

—Sí, ¿quieres probar? —Jungsuh detuvo las manos.

Mincheol lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—Estoy bien, prefiero ver cómo lo haces.

—De acuerdo, como quieras.

Mincheol volvió a descansar los brazos sobre la mesa y observó cómo la bufanda morada se balanceaba rítmicamente. Le pareció que bailaba. Las manos de Jungsuh mantenían un tempo constante, y sus ojos también se movían al compás. A Mincheol le sorprendió descubrir el efecto calmante que le producía. Recordó

una vez en que había visto un vídeo de cocina de veinte minutos en YouTube donde el *youtuber* recolectaba ingredientes frescos de la naturaleza, los fermentaba durante un mes y, tras un complejo proceso de preparación, obtenía un plato que parecía delicioso. Lo asombró tanto que volvió a verlo varias veces. Ver tejer a Jungsuh le causaba la misma sensación.

El tejido rítmico le producía un efecto hipnótico, como un péndulo que va y viene, arrastrando su alma en el movimiento. Casi podía oír a la hipnotista susurrando: «Está bien, todo irá bien».

Poco después, comenzó a sentir los párpados un poco pesados. Justo cuando la somnolencia estaba a punto de vencerlo, se dio cuenta de algo y habló:

—Es la primera vez que veo a alguien hacer esto.

—¿El qué?

—Tejer.

—Es algo muy común en estos días.

Él la contempló en silencio un momento antes de hablar de nuevo.

—*Imo*.

—¿Yo también soy tu tía?

—Si no, ¿cómo me dirijo a ti?

Jungsuh se detuvo un momento y meditó la respuesta.

—No tenemos lazos de sangre, así que técnicamente no deberías llamarme *imo*. Tampoco me gusta que me llamen *noona*.[1] *Ajumma* es peor. Ese es el problema con nuestro país, tenemos muchos pronombres de segunda persona, pero ninguno es apropiado para nosotros dos.

—...

—Bueno..., ya que te refieres a Yeongju *eonnie* como *imo*..., pensándolo bien, a quién le importa si somos o no parientes. Los coreanos y la absurda importancia que damos a los lazos de sangre, como si no hubiera nada que no haríamos por el bien de nuestras relaciones consanguíneas, ¡incluso si eso significa convertirnos en monstruos! ¡Es que no hay sentido de la vergüenza! Hummm..., está bien, llámame *imo*.

—Vale...

—Bueno, ¿qué pasa?

—¿Puedo venir a verte tejer de nuevo?

La miró con solemnidad, como si se tratase de una pregunta muy importante. A Jungsuh le pareció bonito, y le lanzó una ojeada antes de asentir con la cabeza.

—Claro, pero tendrás que luchar por el asiento.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo estás ocupando el lugar de Yeongju *imo*.

Mientras Yeongju estaba hasta el cuello ocupándose de las tareas que había pospuesto, Minjun se sentía inquieto y no se molestaba en ocultarlo. Cuando no hubo más clientes en el café, se acercó a Yeongju para ofrecerle su ayuda, y cuando terminó lo que podía hacer, limpió cada rincón de la librería como si se tratase de una limpieza de primavera, luego volvió al café a limpiar la máquina, secó por segunda vez las tazas, movió de lugar las mesas y fue a los estantes para asegurarse de que los libros estuvieran ordenados. Yeongju se percató de todo lo que hacía, pero no pensó demasiado al respecto.

Yeongju terminó todas las tareas apremiantes y le quedaron solo los asuntos no tan urgentes. Ofreció un poco de fruta recién cortada a Minjun, Jungsuh y Mincheol antes de sentarse por fin. Mientras mordía los pedazos de manzana, pensó en cuántos ejemplares de *Destellos de la historia del mundo*, de Jawaharlal Nehru, debía pedir. Yeongju hacía todo lo que podía para no devolver libros a los proveedores, por lo que era muy importante pensar con cuidado antes de enviar los formularios de compra. Para libros como ese, del que no tenía ningún registro previo de ventas, debía arriesgarse a adivinar durante cuánto tiempo se acercarían los clientes a la librería preguntando por él.

Ese día había recibido una llamada justo en el momento en que abría la librería. La persona al otro lado de la línea le preguntó si tenían algún ejemplar de *Destellos de la historia del mundo*. Cuando ella dijo que sí, su interlocutor dejó su nombre y un número de contacto, diciendo que pasaría a recogerlo después del

trabajo. Tras colgar el teléfono, cogió un ejemplar y lo colocó en el estante con el resto de los títulos reservados. ¡Acababa de vender un ejemplar por primera vez desde que había adquirido el título para la librería, dos años antes!

Una vez concretada la venta, podía comenzar a pensar en pedir más. En el caso de ese libro, no tuvo que pensarlo demasiado, pues quería tenerlo disponible de nuevo. Justo cuando estaba tomando nota mental para recordar pedirlo una vez que el cliente lo recogiera, recibió otra llamada sobre el mismo libro. ¿Cómo era posible que no hubiera vendido un solo ejemplar en dos años y de pronto estuviera vendiendo dos en un solo día? Un pensamiento cruzó por su mente. Se sentó deprisa y buscó el título en internet. Bingo. Uno de los resultados era un artículo reciente sobre un programa de variedades en el que se mencionaba el libro.

De vez en cuando, un libro aparecía en alguna serie de televisión o en las redes sociales de alguna celebridad, o lo citaba un personaje famoso en un programa de entretenimiento. Cuando un libro adquiría relevancia de esa forma, sin duda más clientes irían buscándolo; a veces, incluso, de la noche a la mañana, esos títulos se convertían en bestsellers. Era cierto que los libros necesitaban ser «descubiertos», y Yeongju pensó que era positivo que los espectadores de televisión pudieran descubrir un libro nuevo de ese modo y lo leyeran sin importar de qué se tratase.

Sin embargo, dichos títulos presentaban una dificultad para los libreros. Yeongju no podía llevar a la librería cualquier libro al azar solo porque hubiera aparecido en una serie o porque le gustara a algún famoso. Para ayudarse a decidir de qué libros debía tener existencias, utilizaba los siguientes criterios:

1. ¿Es un buen libro?
2. ¿Quiero venderlo aquí?
3. ¿Encaja en la librería?

Esos criterios podrían parecer subjetivos, incluso habría quien los redujera a «caprichos de la dueña». Aun así, para ella eran importantes, porque le permitían disfrutar de su trabajo en la librería. Si seguía esos criterios, generalmente no tenía que pensar

demasiado antes de decidir, porque se trataba, como decían, de «caprichos de la dueña». Sin embargo, cuando se trataba de libros que se habían hecho famosos —como el de ese momento—, las cosas eran distintas. Había considerado, aun con algunas dudas (prometiéndose a sí misma que lo haría solo esa vez), añadir un cuarto criterio:

4. ¿Se venderá bien?

También había veces en las que quería pedir libros a pesar de que era poco probable que se vendieran bien. Dicho esto, la tentación de añadir el cuarto criterio era fuerte. Al abrir la librería, había caído en la tentación. Hubo una época en que pedía libros basándose en las listas de bestsellers, pero, como una persona que se ve arrastrada por grandes olas, no sabía hacia dónde se estaban encaminando ella o la librería.

—¿Tiene este título?

—No, no lo tenemos.

Había veces en que, cansada de repetir «No, no lo tenemos», pedía el libro, como se esperaba que hiciera, y se vendía bien. Pero cada vez que veía el libro en cuestión, se irritaba, como si estuvieran forzándola a comer algo que no le gustara y, por tanto, terminara odiando el plato y, del mismo modo, el libro. Decidió ceñirse a sus principios. Incluso si tenía que repetir decenas, no, cientos de veces «No, no lo tenemos», se dijo a sí misma que nunca cogería la salida fácil. En aquel momento trabajaba en adquirir buenos libros para ayudar a los clientes a «descubrir» buenas lecturas a las que nunca se hubieran visto expuestos.

Incluso cuando un libro fuera el mayor bestseller, si no le gustaba, no lo vendería. Y, si es que lo vendía, se aseguraría de no ponerlo en el lugar más visible de las estanterías. Creía que había una persona adecuada para cada libro, y era su responsabilidad encontrarla. Era posible que fuera injusta al elegir los libros que adquiría, pero todos los de la librería eran iguales ante sus ojos; quería darles a todos la misma oportunidad de ser vistos y comprados. Había veces en que un libro que no se había vendido

mucho, sorprendentemente, aumentaba sus ventas cuando lo cambiaba de lugar en la estantería. En una librería independiente, la disposición lo era todo.

Necesitaba pensar con cuidado. ¿Cuántas copias de *Destellos de la historia del mundo* debía pedir? Tal vez, por el momento, con dos bastaría, y los colocaría ambos en el mismo estante. Pensó que podía seleccionar una colección. En lugar de adoptar una visión eurocéntrica, *Destellos de la historia del mundo* examinaba la historia universal desde el punto de vista no occidental, y si podía conseguir otros libros que contemplaran la historia desde distintos puntos de vista, tal vez sería bien recibido por otros clientes. Decidió que la tercera balda de la segunda hilera sería el lugar perfecto; ahí era donde había acomodado otros ensayos densos al presentar colecciones en el pasado.

ARMONÍA Y DISONANCIA



Tras la conversación con su madre, Minjun perdió el entusiasmo e incluso el interés por la vida. Se tumbaba en la cama con apatía. Su postura en yoga era mala. La única parte del día en que se sentía estable —a duras penas— era cuando se plantaba delante de la máquina de café. Un sentimiento de culpa lo abrumaba. Cuando pensaba que para sus padres no había sido sino una decepción, lo invadía la infelicidad. A sus oídos, su madre solo había soltado reproches, como si lo reprendiera por vivir mal su propia vida. No, no podía ser. «Mamá no es ese tipo de persona», trató de convencerse Minjun.

Le sorprendía cómo había logrado aguantar durante tanto tiempo con lo fácil que era derrumbarse en un instante. Hasta el momento no le había ido mal: ganaba un sueldo modesto y gastaba con la misma modestia. Se sentía algo solo, pero desde que había comenzado a trabajar en la librería y tenía con quien hablar, la soledad era tolerable y nunca lo sobrecogía. Pensó que entendía ese sueño de infancia de Yeongju de querer estar rodeada de libros día y noche; también él sentía que la paz lo envolvía cada vez que entraba en su lugar de trabajo. Yeongju era una buena jefa, aunque en ocasiones se comportaba tanto como una *noona* que hacía que

Minjun olvidara que estaba trabajando.

Se le daba bien su trabajo, incluso era creativo. Tal y como Jimi le había dicho, el cielo era el límite cuando de mezclas de café se trataba. Granos cosechados en el mismo lugar y con el mismo método podían variar en sabor, y el café que se preparaba en una misma tanda también podía saber diferente. Una taza de café era, al mismo tiempo, producto de la naturaleza y del barista. Minjun pensaba que preparar café, de algún modo, se parecía a leer: cualquiera puede hacerlo y, cuanto más tiempo pasas realizando la tarea, más quieres pensar en ella. Una vez que caes en la madriguera del conejo, cuesta salir de ella. Comienzas a prestar más atención a los pequeños detalles y entras en consonancia con ellos de manera fortuita. Al final, lo aprecias todo, ya sea de la lectura o del café. A él le encantaba su trabajo, pero...

Habían pasado diez días desde su última visita a Goat Beans. Usó todas las excusas que se le ocurrieron y logró que entregaran los granos de café directamente en la librería. Uno de los tostadores se ocupó de la entrega en persona y se quedó un rato charlando con él. Cuando estaba a punto de irse, el tostador le dijo:

—Como tú no vienes, somos nosotros quienes tenemos que aguantar a la jefa quejándose de su marido. Parece que ha hecho algo para molestarla otra vez.

Minjun sonrió, pero permaneció en silencio.

—Ah, sí —recordó el hombre—, la jefa ha hecho una mezcla de las que te gustan. Pásate a probarla.

Hubo una pausa antes de que Minjun respondiera:

—Vale.

Se dijo que estaba mejor cuando pensaba que todos sus esfuerzos se habían ido por el desagüe. Al menos, en aquel entonces, podía rendirse sin arrepentimiento. Si había un punto crítico para el trabajo duro, él lo había superado. Solía pensar que si hubiera trabajado un poco más, tal vez si lo hubiera intentado solo una vez más... ¿Y si ya estaba en la marca del noventa y nueve por ciento? Luego comenzó a pensar que lo que se necesitaba para ir del noventa y nueve al cien por cien no era más esfuerzo, sino suerte. Sin suerte, siempre estaría estancado ahí, siempre a un solo

paso del éxito.

Tras ver una multitud de películas, se dio cuenta de algo muy sencillo: los personajes estaban siempre en una encrucijada. Lo que hacía que la trama avanzara eran sus decisiones, sus elecciones. ¿No ocurría lo mismo en la vida? Lo que impulsa la vida son las decisiones. Y entonces se percató de que no necesitaba rendirse, sino tomar una decisión: alejarse del camino que había estado transitando.

Después de ver *La vida de Seymour*, el documental sobre el pianista Seymour Bernstein, hiló mejor el pensamiento. Bernstein no se rindió en su vida como músico; simplemente eligió hacer algo diferente. Nadie a su alrededor comprendía por qué había decidido enseñar en lugar de tocar en público, pero él era imperturbable. Incluso a los ochenta años, dijo que nunca se había arrepentido de su decisión. Mientras veía el documental, Minjun decidió ser como Seymour: no arrepentirse de sus decisiones. Pero lo que necesitaba no era resolución, sino valor; valor para no dudar frente a la decepción de los demás, valor para apegarse a sus creencias y sus elecciones.

Desde el día en que le había dicho a Yeongju que no estaba de humor para ir a casa, comenzó a temer el final de la jornada. La inquietud era peor cuando estaba solo. También entonces arrastró los pies después de terminar y volvió a quedarse más horas en el trabajo. Yeongju, que había estado trabajando con su portátil con el ceño fruncido, no se había percatado de que seguía ahí. Minjun hizo algunos estiramientos —rotó los hombros, movió la cintura a la derecha y a la izquierda— mientras caminaba por la librería, mirándola de vez en cuando; daba golpecitos a las mesas de café e incluso abrió la puerta de entrada sin ningún motivo. Finalmente, cuando entró el aire frío del otoño y Minjun fue a cerrar la puerta, Yeongju levantó la vista y consultó el reloj.

—Minjun, ¿por qué no te has ido todavía?

Él caminó hacia ella.

—Ya he terminado por hoy. He acabado mi turno y ahora estoy curioseando en la librería del barrio.

Yeongju rio. «Parece que estos días Minjun dice menos

“bueno” o “tal vez”», pensó.

—Y yo que creía que la librería ya estaba cerrada a esta hora... —dijo ella levantando los dedos del teclado—. No deberías merodear por un negocio cerrado.

Dando golpecitos en el respaldo de una silla, Minjun pareció tomar una decisión y la cogió para llevarla hasta donde estaba Yeongju.

—¿Te molesto? —preguntó.

—¿Otra vez sin ganas de volver a casa? —le preguntó ella, y dio unas palmadas en el asiento para que se sentara a su lado.

—Sí, últimamente me siento así. —Minjun se sentó y echó un vistazo a la pantalla—. ¿Tienes mucho trabajo?

—Estoy haciendo la lista de preguntas para la presentación de libros de la semana que viene, pero estoy algo atascada.

—¿Cuál es el problema? —Se inclinó hacia delante para ver el documento abierto en la pantalla.

—He estado pensando en que no debería permitir que mis gustos personales determinen a quién invito a las presentaciones. Debería ser más objetiva y decidirlo basándome en el libro y en su contenido.

Él la miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Contacté con un editor para proponerle una presentación incluso antes de haber leído el libro. Comencé a leerlo solo después de que el autor hubiese accedido a dar la charla, y ahora me doy cuenta de que no sé nada sobre escritura. ¿Cómo puedo hacer preguntas sobre algo de lo que no sé nada? Me he esforzado todo lo que he podido y solo se me ocurren doce preguntas.

Minjun se fijó en el número 12 que Yeongju señalaba en la pantalla antes de desviar la vista hacia el libro abierto al lado del ordenador. El título, escrito en letras sencillas, decía: *Cómo escribir bien*.

—¿Por qué invitaste al autor de un libro que no has leído? —preguntó mientras lo hojeaba.

—Hummm... ¿Porque es carismático?

—¿Quieres decir que es atractivo? —Dejó el libro y se sacó el

móvil del bolsillo.

—Es que... su escritura es aguda y no le da miedo decir las cosas. Por eso me gusta.

Minjun escribió «Hyun Seungwoo» en el buscador de internet.

—¿Es decir, que te gusta porque es sincero? —preguntó mientras observaba la fotografía del autor.

Yeongju asintió ligeramente y tecleó el número 13.

Permanecieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Mientras ella volvía a mirar el número (y se reprendía a sí misma), él deambulaba por la librería, lidiando con la culpa que pesaba en su conciencia. Después de una larga pausa, Yeongju empezó a escribir. Al final, tras presionar repetidas veces la tecla de borrar, agregó una pregunta más a la lista.

13. ¿Cuán sincero ha sido en la vida?

«Oh, Dios. ¿Qué estoy preguntando?» Mantuvo pulsada la tecla de borrar y vio cómo desaparecían las letras. Reescribió.

13. Tengo curiosidad por saber si ha detectado algún error en mi escritura.

«¡No hay forma de que haya podido leer nada que yo haya escrito!» Volvió a presionar la tecla de borrar. Con frustración, sacó dos botellas de agua con gas de la nevera y le pasó una a Minjun. Él la cogió, pero siguió con la vista puesta en la ventana y la expresión vacía.

Yeongju lo miró y luego preguntó:

—¿Ha pasado algo?

Él abrió la botella de agua y tardó unos segundos en hablar.

—Me he acercado a ti porque quería hablar contigo, pero en realidad no sé qué decir.

Ella dio un trago.

—Eres muy callado.

—Tú y la jefa de Goat Beans sois las únicas personas que decís que soy callado.

—¡Oh! ¡Así que es verdad!

Minjun se quedó desconcertado ante su exclamación repentina.

—Jimi *eonnie* y yo hemos comentado que no hablas mucho con nosotras porque somos *ajummas*. Yo estaba segura de que eso no podía ser cierto, pero ¡resulta que sí lo es! —Yeongju le lanzó una mirada malévola mientras daba otro sorbo a su botella de agua.

—¿Qué? ¡No! —replicó él con nerviosismo—. ¿Y cómo que eres una *ajumma*? No hay tanta diferencia de edad entre nosotros.

—¿Estás diciendo la verdad?

—Claro...

—Bueno, te creo, por mi propio bien.

Al ver que Yeongju estaba bromeando, Minjun se relajó y se rio con suavidad. Tomó un largo trago de agua.

—¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Una que sea personal?

—Claro.

—¿Dónde viven tus padres?

—¿Mis padres? En Seúl.

Los ojos de Minjun se abrieron como platos.

—¿De verdad?

—Es un poco extraño, ¿eh? Su hija abre una librería, pero nunca la visitan ni la llaman. Tampoco parece que quede con ellos en mis días libres. Probablemente pensabas que vivían en el extranjero o en algún lugar alejado, en el campo, pero resulta que viven en Seúl. Estarás pensando: «Qué raro», ¿no?

Él asintió de manera casi imperceptible, como si no estuviera seguro de si era una reacción apropiada.

—Mis padres me dijeron que no querían volver a verme, sobre todo mi madre.

Minjun la miró con expresión inquisitiva.

—Cuando era niña —prosiguió ella— nunca di problemas, pero solo me llevó un instante causar los problemas de toda una vida. Si hubiera sabido que las cosas llegarían a este punto, habría hecho caso omiso del complejo de hija obediente hace mucho. He estado pensando que es culpa mía no haber ayudado a mi madre a desarrollar inmunidad. —Yeongju trató de relajar la expresión, que

siempre se endurecía cuando hablaba de su familia—. ¿Por qué me preguntas sobre mis padres?

Minjun dudó un momento.

—Mi madre me llamó hace unos días. Como siempre tengo el móvil apagado, fue la primera vez que hablábamos en mucho tiempo.

—¿Por qué apagas el teléfono?

—Porque me agobia saber que estoy a solo una llamada o un mensaje de texto de los demás.

—Ah, ya veo. ¿Y de qué hablaste con tu madre?

—De poca cosa. Comenzó a quejarse sobre mi vida y le dije que no se preocupara. Luego me dijo que buscara un trabajo adecuado pronto, así que le respondí que me haría cargo de mi propia vida.

—Ah, ya veo.

Cuando Minjun vio que su jefa lo observaba, se apresuró a añadir:

—Es solo su forma de hablar. No se refiere a que este trabajo no sea adecuado.

—Lo sé.

—Ni siquiera sabe qué hago ahora.

—No tienes que darme explicaciones.

Como Yeongju sonreía, Minjun siguió hablando.

—En los últimos días, he aprendido algo de mí mismo.

—¿El qué?

—He estado fingiendo ser un adulto cuando no lo soy. Estoy del todo desconcertado por lo que dijo mi madre. Es como si hubiera tropezado con un obstáculo invisible y luego me hubiera caído. El problema es que, aunque sé que puedo sacudirme el polvo y levantarme, me pregunto si está bien hacerlo. Me da miedo decepcionar a mis padres y no hacerlos felices nunca más. La culpa me está carcomiendo. No sé si está bien levantarse con calma y seguir adelante sin más.

—Crees que la vida que llevas ahora no es la que tus padres querrían para ti, ¿no es cierto? —pregunto Yeongju con suavidad. Podía identificarse con eso.

—Sí... No tengo fuerza de voluntad para vivir de manera independiente. Y eso me hace sentir decepcionado conmigo mismo.

—¿Quieres ser una persona independiente?

—Es algo así como mi sueño de infancia. No sé por qué, pero nunca me ha interesado ninguna profesión en concreto. No me interesaba ser médico, abogado ni ninguna otra cosa. Tampoco tener éxito ni ser famoso. Solo quería una vida estable. Es decir, que se me reconozca por mis habilidades o algo así está bien, pero eso es todo. Yo solo deseaba ser una persona independiente.

—Es un sueño interesante.

—No lo es. Es como si ni siquiera supiera cómo tener sueños adecuados.

Yeongju dio golpecitos a la botella sin prestar atención y se acomodó en su silla.

—Mi sueño era ser la dueña de una librería.

—Bueno, lo has conseguido.

—Tengo una librería, pero no me siento como si mi sueño se hubiera cumplido.

—¿Por qué?

Yeongju respiró hondo y miró por la ventana.

—Estoy satisfecha, pero... ahora me parece que los sueños no lo son todo. No digo que carezcan de importancia o que haya algo más por encima de ellos, pero la vida es demasiado complicada. El hecho de que hayas cumplido tus sueños no significa que vayas a ser feliz. Bueno, eso creo.

Minjun se quedó mirando las punteras puntiagudas de sus zapatos y asintió. Reflexionó sobre sus palabras. Quizá se sentía miserable precisamente porque trataba de simplificar una vida que debía seguir siendo compleja.

Mientras hablaban, con Minjun haciéndole preguntas de vez en cuando, Yeongju llegó a la decimoquinta pregunta de su lista.

—Jefa, ¿por casualidad conoces el documental *La vida de Seymour*? No es muy famoso, así que es posible que no hayas oído hablar de él.

Yeongju apartó los ojos de la lista (que ya iba por el número 16) y levantó la cabeza pensativa.

—Ah, ¿sobre Seymour Bernstein? —Yeongju lo pronunciaba como *Si-mour*.

—Oh, ¿*Se-yi-mour* es la misma persona que *Si-mour*?

Ella asintió.

—Hay un libro sobre Seymour. En el título traducido al coreano, su nombre en hangul está escrito como *Si-mour*. ¡Ah! Es verdad, oí que el libro es la continuación de la historia del documental. Supongo que tú hablas del documental. No, no lo he visto aún, pero quiero hacerlo. ¿Por qué?

—Ese abuelo...

—¿Te refieres a Seymour?

—Sí. En el documental dijo...

Minjun bajó la vista, aparentemente sumido en sus pensamientos, antes de alzar los ojos de nuevo hacia Yeongju.

—La disonancia antes de los momentos de armonía hace que la armonía parezca hermosa. Del mismo modo que la armonía y la disonancia existen una al lado de la otra en la música, la vida es igual. Que la armonía sea precedida por la disonancia es lo que hace que pensemos que es hermosa.

—Es un modo bonito de decirlo.

Minjun volvió a bajar la vista.

—Hoy he estado pensando en algo.

—¿En qué?

—¿Hay algún modo de que podamos saber con certeza si el momento que estamos viviendo es de armonía o de disonancia? ¿Cómo sé en qué estado estoy ahora mismo?

—Hummm..., no lo sabrás en el momento presente. Es cuando miras hacia atrás cuando obtienes una respuesta clara.

—Sí, entiendo lo que quieres decir, pero siento curiosidad. Me gustaría comprender mi vida en el momento presente.

—¿Cómo lo sientes tú?

Minjun parecía confundido.

—Creo que es armonía, pero el resto del mundo da la impresión de pensar que vivo en disonancia.

Yeongju, que había estado observando su expresión, sonrió con suavidad.

—¿Estoy viendo el lado armonioso de la vida de Minjun ahora mismo?

Él le devolvió la sonrisa.

—Eso si tengo razón.

—La tienes, estoy segura, y te lo aseguro.

Minjun rio de nuevo.

Los dos miraron por la ventana. Las luces de la librería proyectaban un suave resplandor sobre el estrecho callejón y sobre la gente que pasaba por él. Algunos andaban con prisa, pero aun así miraban la librería con curiosidad al pasar. Yeongju rompió el silencio.

—Cuando se trata de los padres..., creo que es más cómodo vivir la vida que tú quieres en lugar de una vida que no los decepcionaría. Por supuesto, es una pena que la persona más cercana a ti sea la que se sienta decepcionada, pero no es justo vivir tu vida de acuerdo con los deseos de tus padres. Yo solía vivir arrepentida, pensaba que no debería haber actuado del modo en que lo hice, que debería haber escuchado lo que me decían. Pero no hay nada que uno pueda hacer con el arrepentimiento, porque, incluso si pudiera retroceder en el tiempo, volvería a hacer las mismas cosas una y otra vez. —Yeongju no apartó la vista de la calle—. Vivo del modo en que vivo porque así es como soy. Debería aceptarlo. Dejar de culparme. Me lo he repetido, «No estés triste, ten confianza», muchas veces durante los últimos años, a modo de entrenamiento mental.

Las comisuras de la boca de Minjun se levantaron levemente mientras la escuchaba.

—Yo también debería hacer eso del entrenamiento mental.

—Hazlo. Deberíamos aprender a pensar bien de nosotros mismos.

—De acuerdo, no te molesto más —contestó Minjun. Se levantó y devolvió la silla a su sitio.

Cuando caminaba hacia la puerta, le dijo a Yeongju con tono dubitativo que no se quedara hasta muy tarde. Ella dibujó una gran «O» en el aire, dándole las gracias por su preocupación. Mientras caminaba, Minjun dio vueltas a lo que Yeongju le había dicho.

«Aprender a pensar bien de nosotros mismos.» Se giró, y el suave brillo de las luces parecía envolver la librería como una presencia protectora. Yeongju había compartido con él alguna vez los cinco motivos por los que cada barrio debería tener una librería independiente. En ese momento, pensó que él estaba contemplando el sexto motivo. Ver la librería desde fuera le hacía feliz.

¿CUÁNTO SE PARECE USTED A SU ESCRITURA?



Yeongju llegó a la librería media hora antes de lo habitual. No había terminado ni la mitad de las preguntas para la presentación del libro. No importaba si se trataba de una frase o un ensayo largo, escribir no le resultaba fácil. Ella solo sabía redactar planes de negocio. Desde que había abierto la librería, tenía que escribir varias publicaciones breves al día para las redes sociales y, cada dos días, un artículo más largo, como la sinopsis o la reseña de un libro. Le resultaba difícil cada una de las veces.

Se quedaba en blanco de pronto, como si se le escaparan las palabras. En ocasiones empezaba a escribir, pero al momento siguiente se daba cuenta de que apenas sabía nada sobre el tema. O podía tener una idea en mente, pero, de alguna manera, los pensamientos no cristalizaban en palabras.

Mirando el número 18 de la lista, se preguntó qué sería esa vez. ¿Era porque no sabía nada sobre el autor y su libro? ¿O que le costaba organizar sus pensamientos? Apoyó los dedos en el teclado, escribió una frase, insertó signos de interrogación y volvió a leer lo que había escrito. «¿Cómo responderá el autor a esto?», se preguntó. ¿Era una buena pregunta?

18. ¿En qué se centra cuando está leyendo o escribiendo? ¿En las

frases?

Había conocido al autor, Hyun Seungwoo, a través del director de un editor independiente. El editor le habló acerca de un incidente que se había extendido como la pólvora en la industria editorial y le envió enlaces a algunas publicaciones en blogs. Después de la primera publicación, el resto se leía como una serie de refutaciones y refutaciones a las refutaciones. El primer artículo era de un bloguero que, a pesar de tocar temas bastante áridos, contaba con más de diez mil seguidores. Su primera entrada, publicada hacía cuatro años, se titulaba «Fonología coreana 1». Había cuatro categorías: «Todo sobre la gramática coreana», «Esta es una mala frase», «Esta es una buena frase» y «Déjame editar tus frases». Lo que había detonado el incidente había sido la publicación de la categoría «Esta es una mala frase».

El bloguero ya había acumulado cientos de publicaciones citando ejemplos de malas frases de periódicos y libros cuando se centró en un libro en particular, que era una traducción de una obra extranjera. Redactó una entrada en el blog en la que citaba más de diez frases malas del libro, explicando debajo de cada oración qué era lo que tenía de malo. La controversia surgió cuando la publicación llamó la atención del director de la editorial que había publicado ese libro. En el blog oficial del sello, el editor publicó una entrada para desmentir las afirmaciones del bloguero, lo que desató una cadena de refutaciones. En la primera publicación del editor, criticó al bloguero su «falta de modales derivada de la ignorancia», a lo que añadió con inocencia que la «ignorancia» en cuestión era respecto al modo en que funcionaba la industria editorial, no en su comprensión de la gramática coreana.

En su refutación de la refutación, el bloguero escribió: «Aunque es un hecho desafortunado que la industria editorial se ve expuesta a fuertes vientos, no es excusa para que los lectores tengan que soportar oraciones escritas con mediocridad».

El editor respondió entonces: «¿Existe siquiera un libro perfecto sin una sola frase cuestionable? Si existe semejante libro,

por favor, ilumíneme al respecto».

El lenguaje mordaz exacerbó aún más la tensión. Poco después de la contestación del editor, el bloguero subió una nueva publicación a la categoría «Esta es una mala frase», como si hubiera estado esperando para atacar.

En la nueva entrada, eligió más de veinte frases pobremente escritas del mismo libro, categorizándolas del modo siguiente: «Pequeños errores que la gente comete al escribir», «Grandes errores de sujeto y predicado» y «Es gramaticalmente correcta, pero no sé qué dice la oración». Según la entrada del blog, había recopilado de forma metódica esas veinte frases y otras tantas más abriendo una página al azar y revisando las primeras cinco páginas que la seguían. Y no se detuvo ahí. Cogió un libro que estaba descatalogado y usó el mismo método: en ese caso, se encontró con solo seis frases, todas correspondientes a la categoría de «Pequeños errores que la gente comete al escribir», y añadió la explicación siguiente:

> Aunque soy un bloguero apasionado de la palabra escrita, a menudo me encuentro preguntándome en qué consiste una oración perfecta. Dicho esto, cuando un libro está lleno de frases extrañas o pobremente escritas, amarga la experiencia lectora. En cuanto a la pregunta de si existe un libro con oraciones perfectas, me niego a responder. En primer lugar, no es una pregunta que deba hacerse. Solo porque resulte imposible que un libro esté configurado únicamente a partir de frases perfectas, no creo que sea correcto que un editor deje de perseguir la perfección, y menos que lo haga de un modo tan altanero.

El acalorado intercambio se extendió como la pólvora en las redes sociales entre los miembros del sector, así como entre cualquiera que estuviera interesado en los libros. La mayoría se pusieron del lado del bloguero. Las entradas en el blog del editor se llenaron de burlas y comentarios sarcásticos que, con el paso del tiempo, fueron en aumento. Como si estuviera enfadado por la reacción del público, el editor comenzó a pedir al bloguero que eliminara sus publicaciones o se atuviera a una demanda, usando con descuido expresiones como «demanda por difamación» y «daños morales».

El bloguero respondió con calma que, de estar equivocado,

aceptaría con gusto la responsabilidad. Justo cuando parecía que la situación iba a empeorar aún más, el editor de repente dio marcha atrás: «Lamento haberme dejado llevar por las emociones y no haber reflexionado sobre mi comportamiento —escribió en un post —. Trabajaré con más ahínco para editar mejores libros en el futuro». Quienes siguieron la peripecia desde fuera se sintieron decepcionados porque terminara de forma tan abrupta, pero, a su manera, cerraron ese capítulo dando una palmadita virtual al editor y levantando la mano del bloguero en señal de victoria.

Si las cosas hubieran terminado ahí, habría pasado a ser un incidente memorable sin más, pero el editor no era una persona corriente. Dado que había admitido abiertamente la derrota, daba la sensación de que quería llegar al extremo y admitirla por completo. También se podría decir que tenía visión para los negocios... Subió una publicación al blog oficial de la editorial —su anterior campo de batalla— con una invitación formal y respetuosa al bloguero: «Por favor, edite nuestro libro». Cuatro meses después, publicaron una nueva edición de la traducción, cuya primera impresión se agotó de inmediato. Menos de un mes después, ya iban por la tercera reimpresión.

«Intenso truco de marketing, si es que lo fue»; así era como la industria editorial había visto el episodio. El editor mandó a Yeongju una fotografía del nuevo libro y le dijo: «Mi cerebro sabe que el bloguero tiene razón, pero mi corazón espera que gane el editor».

Desde entonces, Yeongju buscaba de vez en cuando el nombre del bloguero: Hyun Seungwoo. Solo había actualizaciones escasas e infrecuentes en torno a él, la mayoría con detalles vagos y sin mucha importancia. Contrariamente a lo que se esperaba, era un empleado corriente de una empresa corriente, aunque a sus seguidores les parecía interesante que tuviese el título de ingeniero. Les impresionaba el hecho de que la riqueza de conocimiento que había acumulado sobre la escritura fuera producto del estudio autodidacta. Seis meses antes, había empezado una columna quincenal en un periódico titulada «Lo que no sabemos sobre la escritura». Desde entonces, Yeongju había ido

a su encuentro, a través de las palabras, cada dos semanas.

Su prosa era sosegada pero aguda. A Yeongju le gustaba cuando los autores eran agudos, y eso era lo que perseguía cuando leía ensayos escritos por autores de fuera de Corea. Los autores coreanos que habían comenzado con cierto filo en sus escritos solían suavizarse con el tiempo, pero a los escritores extranjeros parecía importarles poco el modo en que eran vistos. La mayoría de las veces, los autores que (metafóricamente) señalaban a la humanidad con el dedo y gritaban: «¡Estúpidos!» no eran de Corea.

El origen de esta diferencia era el hecho de que a los coreanos se les criaba en una cultura en la que les enseñaban a ser conscientes de la mirada del otro, lo cual los hacía, a Yeongju incluida, más conscientes de la forma en que eran percibidos. Tal vez fuera eso lo que la atraía de la escritura de los autores extranjeros: que habían crecido en una cultura distinta y que eran diferentes en el modo de pensar, sentir y expresarse. Sin embargo, como lectora, no juzgaba. En lo que se refería a personajes de libros, ella lo aceptaba todo: las contradicciones, las deficiencias, la malicia, la locura e incluso la violencia.

Le gustaba el estilo de Hyun Seungwoo: no era ni exagerado ni extravagante. Escribía en un lenguaje deliberadamente sencillo, aunque un atisbo de emoción se colaba entre sus palabras sin adornos. En una época en la que la gente se mostraba por completo en internet, él revelaba muy poco de su vida privada, lo que amplificaba el aura de misterio. Se centraba en crear buen contenido, y parecía de los que preferían ser juzgados por sus habilidades (en su caso, la escritura). Probablemente ni siquiera estuviera obsesionado con ganar. Por supuesto, todo esto se basaba en las suposiciones de Yeongju.

Cuando Yeongju ejercía como anfitriona de charlas sobre libros, ya no era una librera; era una lectora que quería hablar con los autores y escucharlos de cerca. Cuando se publicó el libro de Seungwoo, supo que debía actuar deprisa. Se había enterado de la noticia de antemano, por lo que el día del lanzamiento se puso en contacto con la editorial para invitarlo a hacer una presentación. Recibió una respuesta afirmativa a las pocas horas, junto con una

nota del editor informándola de que sería la primera presentación del libro.

Yeongju miró a Minjun, que acababa de llegar, antes de escribir el número 19. Con las manos sobre el teclado, escribió con rapidez —sus dedos danzaron por las teclas como si de un piano se tratara— la pregunta que imperaba en su mente.

19. ¿Cuánto se parece usted a su escritura?

UNA FRASE POBRE DEBILITA UNA BUENA VOZ



Minjun pensó que el hombre de rostro cansado y cabello ondulado que acababa de entrar en la librería le resultaba familiar. ¿Quién era? Se hallaba plantado en la puerta, recorriendo la librería con la mirada antes de decidirse a entrar. Dejó la mochila en una de las sillas de la cafetería y se tomó su tiempo para observar el lugar desde la mesa.

Varios pedidos de café más tarde, Minjun alzó la vista y vio al hombre examinando el menú frente al mostrador. Al verlo de cerca, se dio cuenta de quién era: el autor al que admiraba la jefa. La estrella de la presentación del libro de ese día.

Seungwoo levantó la mirada, listo para pedir.

—Un café americano, por favor.

Cuando Seungwoo hizo ademán de darle su tarjeta de crédito, Minjun agitó la mano para rechazarla.

—Usted es Hyun Seungwoo, el autor, ¿no es cierto?

—¿Qué? Ah, quiero decir, sí.

Seungwoo parecía nervioso por que alguien lo reconociera.

—Ofrecemos una bebida de cortesía al autor de la presentación del día. Espere un momento, por favor, le prepararé el café.

—Ah, ya veo. Gracias. —Seungwoo esbozó una reverencia incómoda en señal de agradecimiento y se hizo a un lado para esperar su café.

Tenía el mismo aspecto que en las fotografías. Los autores que asistían a presentaciones de libros solían estar emocionados o nerviosos. Seungwoo, en cambio, parecía estoico, como en su foto de perfil. Minjun pensaba que la expresión que tenía en la foto era parte de la pose, pero daba la impresión de que así era en realidad: Seungwoo tenía un aire permanentemente cansado. Minjun se aventuró a suponer qué estilo de vida llevaba el autor, pues él había tenido ese mismo aspecto cuando padecía una falta grave de sueño porque andaba haciendo malabares con los estudios y trabajos a tiempo parcial en la universidad. Quizá sería adecuado llamarlo «aspecto-falta-de-sueño».

—Su café está listo.

Seungwoo observó a Minjun mientras se tomaba el café. Cuando Minjun desvió la vista, el escritor también volvió la cabeza. Yeongju caminaba en dirección a ellos y cargaba dos sillas.

Con los ojos puestos en ella, Seungwoo preguntó:

—¿Es la dueña de la librería?

—Sí, así es.

Minjun la siguió con la mirada mientras ella se volvía.

—¿Necesita algo más?

Cuando Seungwoo dijo que no, Minjun se acercó a ayudar a Yeongju con las sillas. Seungwoo continuó mirando mientras ellos hablaban, y vio que Yeongju se daba la vuelta de pronto y caminaba en su dirección. Se acercaba con una sonrisa brillante. Sus ojos se encontraron. Seungwoo hizo una reverencia a modo de saludo.

—Hola. Soy Hyun...

—Hyun Seungwoo, el autor, ¿verdad? —Le brillaban los ojos, de expresión dulce.

Seungwoo no podía actuar con el mismo entusiasmo, así que se limitó a asentir.

—Hola, soy Lee Yeongju, fundadora de la librería. Me alegro mucho de conocerlo, muchas gracias por aceptar hacer la

presentación del libro.

Seungwoo de pronto fue consciente del calor que irradiaba el café que sostenía entre las manos.

—Mucho gusto. Soy yo quien debería darle las gracias por la invitación —respondió.

El rostro de Yeongju se iluminó, como si el autor hubiese dicho algo extremadamente conmovedor.

—Gracias, es usted muy amable.

Seungwoo estaba tan nervioso por las maneras de Yeongju que ni siquiera pudo asentir en respuesta. Ella pensó que el hombre estaba un poco rígido, pero lo atribuyó a los nervios antes de una presentación y continuó hablando:

—La presentación está programada a las 19.30; sin embargo, por lo general esperamos unos diez minutos antes de comenzar. Usted charlará conmigo durante una hora antes de responder a las preguntas del público durante unos veinte o treinta minutos. Si lo desea, puede esperar en el café hasta que comience el evento.

—Está bien —respondió Seungwoo, y siguió contemplando a la librera. Se preguntó si estaría siendo grosero, pero, puesto que ella también lo miraba como si fuese lo más natural del mundo, él no pudo despegar los ojos.

Sin estar al tanto de sus pensamientos, Yeongju le sostuvo la mirada un momento antes de decir:

—Tengo que hacer algunas cosas. Ahora nos vemos.

Solo cuando ella se hubo ido, él se giró para mirar por la ventana. Su editor se dirigía hacia la librería. Seungwoo le lanzó otra ojeada antes de ir a la puerta para saludarlo.

—Está bien, iniciamos ya la presentación. Señor Hyun, ¿sería tan amable de presentarse?

—Hola. Soy Hyun Seungwoo, autor de *Cómo escribir bien*. Es un placer estar aquí.

Había más de cincuenta personas en el público, incluidas algunas que no se habían registrado previamente. Todos aplaudieron con entusiasmo. Yeongju había reunido todas las sillas

de que disponían, incluso su propia silla de trabajo y el sofá de dos plazas que solía estar al lado de las estanterías. Seungwoo y ella se sentaron uno frente al otro, a alrededor de un metro de distancia del público. Como las sillas estaban dispuestas en ángulo, no era necesario que volvieran la cabeza para hablar entre ellos.

Al principio, Seungwoo parecía un poco nervioso, pero recobró la compostura en poco tiempo. Hacía una pausa antes de responder a cada pregunta, con lo que daba la impresión de que siempre trataba de encontrar la palabra más adecuada y comprobaba si se había expresado con claridad. Hablaba despacio, pero no resultaba aburrido. Yeongju observó con interés la forma en que hablaba. Se parecía mucho a lo que había imaginado basándose en sus escritos, como si su personalidad de la vida real encajara a la perfección con su personalidad de escritor; ese semblante tranquilo, la expresión estoica, la ligera elevación de las comisuras de la boca cuando sonreía, sus labios, que le daban un aire considerado (aunque no hasta el punto de llegar a hacer algo que no le gustara). ¿Era por la forma de su boca?

Yeongju se sintió muy cómoda durante toda la charla, ya fuera formulando las preguntas o escuchando sus respuestas. Incluso cuando se enfrentó a aquellas preguntas más desafiantes, él permaneció tranquilo y ordenó sus pensamientos con calma antes de responder despacio, tal como lo estaba haciendo en ese momento.

Más de la mitad de los asistentes eran seguidores de su blog. A uno de ellos le había corregido un texto (Seungwoo y sus seguidores lo llamaron «podar las frases») y, según él, la experiencia había sido como una epifanía. La audiencia rio. Yeongju agregó que ella también era seguidora del blog y que había seguido el «incidente» desde el banquillo, lo que incitó otra ronda de risas. Después eligió sus palabras con cuidado e intentó pronunciar en voz alta la pregunta siguiente de manera que no resultase demasiado intrusiva:

—¿Puedo preguntarle cómo se sintió entonces? Creo que muchos de nosotros tenemos curiosidad.

Seungwoo asintió.

—Aunque intentaba parecer tranquilo en mi escritura, en realidad me sentía abrumado. Incluso me planteé cerrar el blog. Me incomoda escribir pensando en cuánto daño pueden provocar mis palabras a los demás.

—Ahora que lo menciona, creo que, tras el incidente, apenas ha actualizado la categoría «Esta es una mala frase».

—Sí, le dedico menos publicaciones.

—¿Es porque se sentía incómodo?

—Sí, también. Pero además no he tenido tiempo, estaba escribiendo este libro.

—¿Cuando el director de esa editorial se le acercó para ofrecerle editar la traducción, accedió usted de inmediato?

—No. —Inclinó la cabeza hacia un lado, como si intentara recordar el orden de los acontecimientos—. No soy editor profesional.

—¿Usted? ¿El autor que ha escrito un libro sobre escritura?

Yeongju rio y Seungwoo se corrigió de inmediato.

—Quiero decir que no es mi profesión. Tampoco había pensado nunca en editar un libro entero. Lo medité durante largo tiempo y me dije que sí, que lo intentaría. También porque lo sentía por el editor.

—¿Por haber criticado despiadadamente el libro?

—No. Ese libro se publicó sin el esfuerzo que merecía; no me arrepiento de haberlo señalado. —La lengua afilada de Seungwoo era más evidente al hablar que al escribir. ¿Era su tono lo que hacía que pareciese que todo lo que decía era obvio o se trataba de su aura?—. Pero sentí que mi modo de actuar estaba acorralando a otra persona, y eso sí lo lamento. Es un error que cometo a veces. —Miraba a Yeongju mientras hablaba—. Es un fallo que me cuesta trabajo superar. Siempre soy lógico, y, cuando la otra persona es emocional, intento compensarlo elevando la lógica, lo que puede dar a entender que soy rígido e inflexible. Soy consciente de este error e intento tenerlo en cuenta, pero a veces es difícil.

Yeongju observó con interés a Seungwoo mientras hablaba de sus debilidades durante la charla. Quizá esa honestidad era lo que hacía que no fuera aburrido, a pesar de que hablaba en serio. Echó

un vistazo a la hora antes de continuar con sus preguntas.

—¿En qué se centra cuando está leyendo o escribiendo? ¿Es en las frases?

—No, aunque muchos podrían pensarlo.

—¿Entonces?

—En la voz. La voz del autor. Si el autor tiene una voz fuerte, entonces, incluso si las frases son un poco torpes, la escritura parecerá poderosa. Las frases bien hechas también pueden mejorar una voz fuerte, hacerla brillar.

—¿Puede desarrollarlo un poco?

—Las frases escritas con mediocridad pueden distraer a los lectores de una voz tanto débil como anodina, haciendo que sea más tolerable, porque su atención estará centrada en las frases. De alguna forma, las frases mal pulidas camuflan la debilidad de la voz, haciendo que parezca más digerible.

—Y también funciona al contrario.

—Sí, las frases mal escritas a menudo ocultan una voz fuerte y, cuando eso ocurre, solo necesitas pulir esas frases para que la voz brille.

—Entiendo lo que dice. —Yeongju asintió mientras contemplaba a Seungwoo, quien le devolvió la mirada. Cuando sus ojos se encontraron, añadió—: Lo siguiente es algo que de verdad quiero preguntarle. Señor Hyun, ¿cuánto se parece usted a su escritura?

Los ojos de Yeongju brillaban del mismo modo en que lo habían hecho cuando se habían saludado. «Me está mirando con ese destello en los ojos justo ahora... ¿Significa algo?», pensó él. Sentía curiosidad, pero intentó devolver la atención a responder la pregunta.

—Es la pregunta más difícil de esta noche.

—¿De verdad?

—Me gustaría cuestionarla. ¿Hay alguien que pueda saberlo con seguridad? Incluso si soy la persona que lo escribió, ¿puedo yo, o cualquiera, estar seguro de si una persona es similar a su escritura o no?

Al oírlo, Yeongju se dio cuenta de que la forma en que ella

establecía una conexión entre la escritura y el autor cuando estaba leyendo podría ser algo ajeno a los demás. Pensándolo bien, se trataba simplemente de algo que la entretenía, sin más. Incluso podría interpretarse como una pregunta grosera o incómoda, como si estuviera diciendo: «No transmites las mismas vibraciones que tu escritura». Pero esa no era su intención en absoluto; Yeongju no quería avergonzar al autor.

—Hummm..., yo creo que es posible.

Seungwoo la observó con curiosidad.

—¿Cómo?

—Cuando leo algo de Nikos Kazantzakis, me formo una imagen de él. Por ejemplo, a él lo veo sentado junto a la ventanilla de un tren y mirando con solemnidad a través de ella.

—¿Por qué esa imagen?

—Le encantaba viajar. Y es un escritor que profundiza en la vida.

Seungwoo le sostuvo la mirada, pero no respondió.

—También creo, por ejemplo, que él no era de esos tipos habladores que chismorrean sobre la gente a su espalda.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Su escritura me lo dice.

«Su escritura...» Seungwoo meditó unos instantes, parpadeando repetidamente, antes de contestar.

—Hummm... Después de escuchar lo que ha dicho usted, creo que puedo responder lo siguiente: no me gusta mentir, así que me abstengo de contar demasiado y me esfuerzo todo lo que puedo para escribir lo que creo que es la verdad.

—¿Podría contarnos más al respecto?

—Al escribir, es fácil incurrir en falsedades sin querer. Por ejemplo, digamos que no he visto ni una sola película durante el último año. Un día podría llegar a la conclusión de que, si no he visto ninguna película, será que no disfruto de ellas. Más adelante, podría olvidar lo que pasó en realidad y creer que no me gusta el cine sin más. En mis escritos, podría incluir de manera inconsciente la frase «No me gusta el cine». No es una mentira ni un error, porque es lo que creo. Sin embargo, la verdad podría ser

que sí me gusta ver películas, pero he estado demasiado ocupado. Si reflexiono un poco más al respecto, tal vez desentrañe la verdad; de lo contrario, podría escribir una mentira sin querer.

—En ese caso, la oración correcta debería ser...

—No he visto ninguna película durante el último año, tal vez porque no he podido hacerlo.

La conversación fluyó sin problemas, animada por su química y por una audiencia comprometida. El público participó mucho durante el turno de preguntas y respuestas, y las preguntas abarcaron desde «¿Es su inteligencia un resultado de la naturaleza o de la crianza?», hasta «¿Está satisfecho con su propia escritura?», y la persona que preguntó esto último señaló un error en la línea veinticinco de la página cincuenta y seis. Seungwoo parecía particularmente interesado en el último comentario, y mantuvo una larga discusión con su interlocutor, tras la cual concluyeron que tenían diferentes estilos de escritura.

El público fue el primero en marcharse cuando terminó el evento, seguido al cabo de poco por Seungwoo y su editor. Minjun, que había vuelto a quedarse después de su jornada de trabajo, ayudó a Yeongju a recoger. Con todo prácticamente en su sitio, sacó dos botellas de cerveza del frigorífico. Sentados uno al lado del otro en la librería vacía, bebieron en silencio. Minjun se tomó su cerveza de un trago.

—¿Cómo te sientes tras haber conocido a tu autor favorito?

—Genial, por supuesto.

—Tal vez debería buscar yo un autor que me gustase también.

—Buena idea.

Mientras se bebía su cerveza, Yeongju trató de recordar si había cometido algún error durante la charla. Disfrutaría mucho transcribiéndola. Tenía que preparar la transcripción para las redes sociales a lo largo de la semana, y luego se pondría con los preparativos de la siguiente presentación literaria. Al menos por ese día, no se le antojaba una tarea ardua.

—Ese autor parece estar siempre agotado.

Yeongju soltó una carcajada. Riéndose para sí, recordó su cara de cansancio. Grave. Honesto. Atento a cada pregunta. Sus

respuestas sinceras. «Se parece mucho a su escritura», pensó.

UNA TARDE DE DOMINGO PARA DESCANSAR



En más de una ocasión, a Yeongju le habían aconsejado que se tomara libres los lunes en vez de los domingos. Vender libros era un trabajo principalmente de fines de semana, le habían dicho otros libreros. Ella había considerado seguir sus consejos porque, desde un punto de vista empresarial, tenían sentido; no obstante, también pensaba que era importante disfrutar de una parte del fin de semana. Algún día esperaba poder tener una semana laboral de cinco días, cuando la librería hubiese «encontrado su sitio» en la comunidad; entonces podría cerrar los lunes.

Sin embargo, ¿qué significaba que la librería «encontrara su sitio»? ¿Se trataba de que pudiera proporcionara un salario justo a su personal y al mismo tiempo ella ganara lo suficiente para sobrevivir? ¿O era cuestión de obtener grandes beneficios, como en cualquier otro negocio? No importaba de qué se tratase, pues la atormentaba un pensamiento terrible: que la librería nunca llegara a establecerse en la comunidad. En ese caso, ¿qué debería hacer ella? ¿Debería cerrar el negocio, como pretendía, o buscar otra manera de salvarlo?

A pesar de la preocupación por el futuro, los domingos seguían siendo maravillosos. Tenía todo el día para ella sola, desde

que se levantaba hasta que se acostaba. Yeongju era una persona extrovertida e introvertida al mismo tiempo; si bien disfrutaba de los clientes, el trato directo con ellos la agotaba. Había momentos en los que de pronto la invadía el deseo de refugiarse, a solas, en algún lugar. Los días en que debía pasar todo el día interactuando y socializando con la gente, a veces tenía insomnio por la noche. Necesitaba tiempo a solas, aunque fuera para sentarse en silencio durante una hora. Por eso los domingos eran sagrados para ella. Al menos, durante un día, podía huir de la ansiedad que le producía socializar.

Los domingos se levantaba a las nueve. Después de lavarse la cara, se preparaba una taza de café. Mientras se lo tomaba, pensaba en cómo pasar el día, aunque sabía que no haría gran cosa. Cuando llegaba el hambre, cogía lo primero que veía en la nevera y se sentaba a la mesa del salón a desayunar. Después del desayuno, todavía en la mesa, se descargaba alguna serie y se reía durante un par de episodios; así pasaba las horas siguientes, sin moverse del salón de su casa en todo el día, hasta que llegaba la hora de acostarse.

El apartamento de Yeongju tenía escasos muebles. En su habitación había una cama y un armario; el otro dormitorio estaba lleno de libros. En la cocina había un frigorífico en miniatura, para una sola persona, y, en la sala de estar, un escritorio enorme, una silla, una mesita auxiliar y una estantería baja y estrecha. Había considerado brevemente la sugerencia de Jimi de añadir al menos un sofá de dos plazas, pero al final decidió que estaba bien tal como estaba.

No veía la necesidad de llenar el espacio. El vacío también era un estilo. Dicho esto, había algo que le sobraba a su casa: iluminación. Solo en el salón había tres lámparas de pie: una junto a los grandes ventanales que daban al balcón, otra junto al escritorio y otra junto a la puerta de su dormitorio. Le gustaba cómo las luces proyectaban un suave resplandor sobre todo lo que alcanzaban.

Encima del escritorio había un ordenador portátil del mismo modelo que el que usaba en la librería. Cuando estaba en casa,

pasaba la mayor parte del tiempo en la mesa. Ese día, como cualquier otro domingo, se quedó allí sentada después del desayuno, buscando alguna serie que ver. No le gustaban las que se prolongaban muchos años, prefería las historias más cortas que se emitían solo durante unos meses. Cada vez que terminaba algo que estaba viendo se sentía como si sus emociones se reiniciaran.

En días como ese, en los que no podía encontrar una serie nueva que le apeteciese ver, Yeongju volvía a sus viejos favoritos. Le encantaban los programas de televisión producidos por Na Yeong-Seok PD. Todos trataban de buenas personas que mantenían excelentes conversaciones frente a un paisaje hermoso. Ver un contenido tan sincero y afectuoso le producía un efecto calmante. Su favorito entre los de Na PD era *Youth Over Flowers*, en particular los episodios en los que el elenco viajaba a África y a Australia. No estaba familiarizada con las celebridades, pero ver sus sonrisas juveniles y brillantes hacía que se sintiera reconfortada y en confianza.

Ver el programa la llevaba a extrañar sus días de juventud, cuando, a pesar de estar viva, carecía del vigor característico de esa etapa de la vida. Pensaba en la juventud como en un momento fugaz, una utopía inalcanzable, como los cielos despejados de Australia, las sonrisas encantadoras de ídolos jóvenes y guapos al reunirse en un viaje inolvidable. La juventud no era algo a lo que poder aferrarse. Le divertía pensar que añoraba una época que nunca había experimentado del todo.

Puso el primer episodio del viaje a África. Aunque era la tercera vez que lo veía, se quedó hipnotizada por el paisaje majestuoso y sonreía con los jóvenes famosos, que se lo pasaban bien mientras reían y se relacionaban a través de las actividades. Si hubiera estado allí, también habría querido escalar las dunas de arena y sentarse en la cima. ¿Cómo sería ver el amanecer o el atardecer desde allí? ¿Lo celebraría en voz alta? ¿O la soledad se apoderaría de ella? Tal vez se echase a llorar.

Después del cuarto episodio, miró por la ventana. Estaba poniéndose el sol. Eso era algo que extrañaba más incluso que su juventud, esa hora precisa del día en la que los últimos rayos se

proyectaban en el crepúsculo. Quería dar un paseo bajo el cielo cada vez más oscuro. Como la juventud, era un momento fugaz, pero no había necesidad de lamentarse: ese momento se repetiría al día siguiente, y al otro. Para acercarse más a la puesta de sol, llevó la silla junto a la ventana y se rodeó las rodillas con los brazos mientras contemplaba el atardecer de una noche de invierno.

Se había acostumbrado a pasar un día entero sin hablar. Cuando se fue a vivir sola por primera vez, al anochecer se esforzaba en emitir algunos sonidos como «Aaaaaah», antes de estallar en carcajadas por lo ridículo de su propio comportamiento.

Sin embargo, a esas alturas trataba el silencio como un día de descanso para su voz y se sentía muy cómoda. Cuando no hablaba, su voz interior se fortalecía, pues, aunque no hablaba en voz alta, se pasaba todo el día pensando y sintiendo. En lugar de sonidos, se expresaba a través de la palabra escrita. A veces incluso escribía tres ensayos en un solo domingo; textos que le pertenecían solo a ella y que nunca compartía con nadie.

La sala de estar se hallaba ya completamente a oscuras. Se levantó, encendió las tres lámparas y volvió a sentarse. Un rato después, se levantó de nuevo, fue a la estantería de delante de la mesita auxiliar y sacó dos libros. Hacía unos días, había comenzado a leer cada noche un relato de cada una de las dos colecciones de cuentos cortos: *Amor a plena luz del día*, de Kim Keum Hee, y *La sonrisa de Shoko*, de Choi Eunyoung. Solía empezar alternando entre ambos libros, y ese día era el turno de *Amor a plena luz del día*.

El sexto cuento del libro se titulaba «Esperando al perro»; contaba la historia de una madre que perdía al perro de la familia durante una caminata, y su hija regresaba del extranjero para buscarlo juntas. Un trauma pasado no resuelto —violencia doméstica y violación— obligaba a los personajes a enfrentarse a sus problemas mientras luchaban contra las sospechas y, finalmente, llegaba una confesión. A pesar de la dureza de la historia, el final era esperanzador. Cuando Yeongju terminó la última frase, volvió a la página anterior y, por primera vez ese día,

habló en voz alta para leer algunas frases.

—«Todas las posibilidades comienzan con algo pequeño (como el zumo de manzana que bebes todas las mañanas), pero es algo que puede cambiarlo todo.»

A Yeongju le encantaban esas historias. Historias de personas que atraviesan tiempos difíciles, que dan un paso detrás de otro mientras buscan consuelo en la luz que parpadea en el horizonte; historias de personas decididas a seguir viviendo a pesar del sufrimiento. Historias de esperanza, no del tipo imprudente o inocente, sino del último rayito de esperanza en la vida.

Leyó la frase en voz alta una vez y la repasó unas cuantas veces más antes de dirigirse a la cocina. Encendió la luz, cogió dos huevos de la nevera y los cascó en una sartén rociada con aceite de oliva. Mientras los huevos chisporroteaban, sacó un poco de arroz para llenar medio plato de sopa. Colocó los dos huevos fritos encima del arroz y echó por encima media cucharada de salsa de soja. Su comida favorita era el arroz con huevos y salsa de soja. Dos huevos eran perfectos; la cantidad exacta para cubrir cada grano de arroz con la yema cremosa.

Yeongju apagó la luz de la cocina y mezcló el arroz con una cuchara mientras caminaba de vuelta a la ventana y se sentaba en la misma posición en la que había estado hacía cinco minutos. Comenzó a cenar mientras miraba por la ventana. Luego cogió *La sonrisa de Shoko*. Con la boca llena de arroz con huevo, recorrió el índice con los ojos y eligió la sexta historia: «Michaela». Parecía que también esa era la historia de una madre y su hija. Cuando empezó a leer la primera línea, no se imaginaba que se pasaría llorando todo el relato.

Como cualquier otro día, se quedó dormida leyendo. Pasar un domingo de descanso como ese hizo que deseara poder hacer lo mismo un día más a la semana, aunque le reconfortaba la idea de no verse atrapada en la hora punta de la mañana del lunes y poder ir a trabajar sintiéndose feliz. Si la vida continuaba a ese ritmo, o, con suerte, un poco más relajada —si disfrutaba de un poco más de libertad—, Yeongju pensó que bien podría vivir el resto de sus días del mismo modo.

TIENES MAL ASPECTO, ¿QUÉ TE OCURRE?



Minjun hablaba de manera intermitente con los tostadores en Goat Beans mientras tenía las manos ocupadas en separar los granos de café buenos de los malos. Le habían invitado a tomar asiento para trabajar con más comodidad, pero él lo había rechazado y seguía de pie, con la espalda encorvada hacia delante.

—Jimi llega tarde —dijo Minjun a nadie en particular.

—Pasa una vez cada varios meses —respondió uno de los tostadores.

—¿Es que ocurre algo? —preguntó Minjun.

—Bueno, en realidad..., no lo sabemos. Solo llama y avisa de que llegará tarde —dijo el hombre mientras llevaba una silla para Minjun.

—Oh, gracias.

—¿No es a ti a quien le pasa algo?

—¿A qué te refieres?

El tostador señaló el espejo.

—¿No te has mirado últimamente?

Minjun rio, seguido por el tostador.

Se sentó y continuó apartando granos arrugados y descoloridos, que luego arrojaba al cubo de la basura. Los que ya

no se podían usar debían desecharse sin dudarlo. Si un grano malo se mezclaba con el resto, aunque fuera solo uno, el sabor del café resultaba decepcionante. Un solo grano bastaba para marcar la diferencia. Al igual que con los granos podridos, también había pensamientos que Minjun debía desechar. Bastaba un mal pensamiento para que su salud mental empeorara. Cogió un grano arrugado que parecía un ovillo y se quedó mirándolo. Deseó poder estirarlo. Lo intentó, pero el grano no cedió. Volvió a presionar con fuerza, y cuando estaba a punto de intentarlo por tercera vez, entró Jimi.

—¡Oh! Al fin. Pensé que no volvería a verte por aquí nunca más.

Minjun se sobresaltó cuando Jimi se le acercó. Intentó no mostrar su sorpresa, pero probablemente eso hizo que se pusiera rígido de una forma aún más antinatural. Era obvio que Jimi había estado llorando. Cuando sonreía, sus ojos se convertían en medias lunas hinchadas.

—Fuiste tú quien me dijo que viniera a recoger los granos. —Minjun trató de mantener una voz tranquila.

Jimi pasó junto a él para ver cómo llevaba el trabajo su personal. Revisó cuidadosamente cada uno de los pedidos, cogió un puñado de granos recién tostados y se los acercó a la nariz. Cuando se dirigió hacia la máquina tostadora, junto al molinillo, él asintió y dijo:

—Sí, es este.

—¿Cuánto le falta?

—Otros diez minutos.

Jimi dijo al tostador que la llamara cuando el café estuviera listo; él encogió los hombros en respuesta y señaló la puerta para indicar que se los llevaría él mismo. Jimi asintió con la cabeza y luego hizo señas a Minjun para que entrara en la oficina. Cuando salieron del área de tostado, Jimi se dio la vuelta y le escudriñó el rostro con preocupación.

—Tienes mal aspecto, ¿qué te ocurre?

—Ah. —Minjun se frotó las mejillas con la palma de la mano.

—No tienes luz en los ojos, ¿por qué pareces tan abatido?

Él la miró preocupado a su vez.

—Eso mismo me gustaría saber a mí, ¿sabes lo hinchados que tienes tú los ojos?

—¡Ah, es cierto! —dijo ella mientras se presionaba las palmas contra los ojos—. He estado llorando toda la mañana, ¡qué tonta! He olvidado mirarme en el espejo antes de venir. ¿Es muy obvio?

Él asintió.

—¿Crees que los demás también se han dado cuenta?

Minjun asintió de nuevo.

—Bueno, sea como sea, ya no me importa. Vamos.

En Goat Beans había varias máquinas de café —los modelos más populares de las cafeterías— para que los clientes pudieran probar los granos antes de comprarlos. Las máquinas también se utilizaban para hacer demostraciones prácticas a aquellos propietarios de cafeterías primerizos, como Yeongju, que llegaban sin ningún conocimiento sobre cómo preparar café o sobre los distintos tipos que existían. Con este esfuerzo adicional, Jimi creaba una relación cercana con sus clientes, que, una vez establecida, no se rompería fácilmente. Por eso Goat Beans contaba con varios clientes muy antiguos. Separados por una barra, Minjun se sentó fuera mientras que Jimi se quedó al otro lado. Se miraron el uno al otro a la cara y rieron entre dientes, lo que hizo que se sintieran mucho mejor.

—¿Ya no te gusta tu trabajo? —preguntó Jimi.

Él sonrió con languidez.

—No es eso. Me siento perdido.

—¿Perdido? —repitió ella.

—Según la jefa, los seres humanos deambulamos mientras seguimos intentándolo.

—¿Y de dónde ha sacado eso?

—De *Fausto*, de Goethe.

—Dios mío. ¿Cuándo se deshará de ese aire de sabelotodo? De no ser porque pasamos mucho tiempo juntas, me encantaría quitarle esas ideas a golpes.

Ambos estallaron en carcajadas al mismo tiempo.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Te estás esforzando y por eso te

sientes perdido? —continuó ella.

—Estaba intentando cambiar de tema, pero te niegas a soltarlo.

Jimi asintió.

—Sí, hay veces en las que solo queremos seguir adelante.

—¿Tú también te sientes así?

—¿Cómo?

—El motivo por el que llorabas. ¿También tú quieres seguir adelante?

Justo cuando Jimi se disponía a hablar, el tostador apareció con dos bolsas de café en grano al vacío: una de 2 kilos y otra de 250 gramos. Jimi señaló la más pequeña.

—¿Qué es esa bolsa? ¿Se la vas a dar a Minjun?

El hombre asintió con la cabeza y guiñó un ojo a Minjun antes de salir.

—¿Tiene algo en la boca? ¿Por qué no habla? —preguntó ella.

—Tú tampoco hablas —contestó Minjun, e imitó el gesto con el que Jimi llamaba a sus empleados.

—Sea como sea, nada me sale bien. Ese es su modo de vengarse, ¿eh?

Jimi se levantó y se dirigió al armario, sacó un filtro de papel, una cafetera Chemex, una jarra de cristal y un hervidor con cuello de cisne. Llenó el hervidor eléctrico con agua filtrada, lo encendió y luego levantó la tapa una vez que el agua hirvió. Mientras esperaba a que se enfriara un poco, puso un filtro de papel en la cafetera y la colocó encima de la barra.

—Hoy prepararemos un café con el método por goteo.

Sirvió el agua caliente del hervidor con cuello de cisne y preguntó:

—¿Recuerdas cómo se hace?

—Sí.

—¿Lo has intentado en casa?

—A menudo.

—Bien. Será como la última vez. Yo lo haré a ojo, pero deberías usar una báscula para ser más preciso. Si tienes preguntas, hazlas, ¿de acuerdo?

Jimi vertió un poco de agua caliente a través del filtro antes de agregar el café, finamente molido, sobre filtro humedecido. Sosteniendo con firmeza el hervidor, vertió despacio un poco más de agua sobre el café, para saturar los posos secos, mientras murmuraba casi para sí:

—Sí, se obtiene mejor sabor con un goteo manual. Es extraño…, porque una máquina es más precisa.

Minjun observó atento mientras ella vertía poco a poco el agua sobre el café en el sentido de las agujas del reloj, comenzando desde el centro de los granos empapados y moviéndose hacia fuera en círculos. Al terminar una ronda, hizo una pausa y dijo:

—Mira, mira la flor —antes de continuar con un segundo vertido desde el centro hasta el borde.

Minjun oía el lento goteo del café.

—Siempre me cuesta decidir cuándo parar de echar agua — dijo.

—Cuando el ritmo disminuye, es hora de parar —le explicó ella—. Si te gusta un sabor más ácido, continúa un poco más.

—Conozco la teoría, pero a veces me pregunto si alguien sabe de verdad cuál es el momento justo para extraer el mejor café.

—Todos nos lo preguntamos. Solo confía en tu instinto. La única forma de mejorar es prepararlo con frecuencia y beberlo con frecuencia. Y probar el café que preparan otras personas.

—Está bien.

—Confía en tu instinto, es muy bueno.

—A veces me pregunto si debería creerte.

Jimi rio mientras cogía dos tazas del estante.

—¿Qué tienes que pensar? Cree lo que quieras creer. —Le sirvió una taza antes de servirse un poco para ella—. Prueba esto y querrás creerme.

Ambos inhalaron el aroma del café, tomaron un sorbo y se miraron asombrados.

—¡Está delicioso! —exclamó Minjun al dejar la taza.

—Por supuesto —dijo ella, como si hubiera anticipado su reacción.

Estuvieron charlando un rato mientras tomaban sorbos de

café; fueron pequeñas conversaciones en el aquí y el ahora, con palabras que no sería necesario recordar mucho tiempo. Se produjo un momento de silencio, tras el cual, con la mirada fija en su taza, Jimi dijo:

—Quería seguir adelante.

Minjun levantó la vista y esperó a que continuara.

—Si con dejar de hablar del tema pudiera hacer que pareciera trivial... Pero no funciona como quiero. Mientras se trate de ese hombre, siempre me dolerá demasiado.

—¿Ha pasado algo?

—Lo de siempre. Pero esta vez mi reacción ha sido demasiado explosiva. Incluso yo misma lo creo. He estado a punto de darle una bofetada. —Jimi intentó sonreír, pero su expresión se desmoronó—. ¿Qué es la familia? ¿Qué tiene la familia que me hace perder el control por completo? Minjun, ¿tienes planes de matrimonio?

A pesar de estar en la treintena, Minjun nunca se lo había planteado en serio. A veces se le pasaba por la cabeza la idea, «¿De verdad puedo casarme?», pero nunca había ahondado en ello.

—No lo sé.

—Debes pensarlo con cuidado.

—Por supuesto.

—Yo no debería haberme casado. No debería haberme atado a ese hombre y haberlo convertido en mi familia. Era bueno como amante. Podríamos haber sido conocidos sin más. No es alguien con quien querría vivir, aunque no tenía forma de saberlo hasta que nos casamos.

—Eso es cierto.

—Este café está delicioso incluso tibio.

—Sí, sin duda.

Hubo un silencio antes de que Minjun hablara.

—Mis padres tienen una buena relación. Nunca han discutido, o al menos nunca delante de mí.

—Vaya, eso es toda una hazaña.

—No pensaba mucho al respecto cuando era joven, pero al crecer entendí lo increíble que es eso. Vivíamos como un equipo,

como tres compañeros del mismo equipo, unidos por la meta de ganar juntos alguna competición.

—Parece que tienes una familia armoniosa.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

Minjun dio un par de golpecitos al asa de su taza y alzó la vista.

—He estado pensando que no es bueno que una familia esté tan unida; creo que es necesario que haya cierta distancia. Por ahora, no sé si es la forma correcta de pensar, pero voy a aferrarme a la idea y veré adónde me lleva.

—¿Vas a aferrarte a la idea?

—Es algo que me dijo la jefa. Cuando tengas una idea, aférrate a ella, mira adónde te lleva y, a medida que pase el tiempo, descubrirás si tenías razón. Nunca decidas desde el principio si algo está bien o mal. La verdad, creo que está en lo cierto. Así que voy a aferrarme a esta idea y a actuar en consecuencia. No es mucho, pero tengo intención de mantener algo de distancia y no pensar en mis padres durante un tiempo.

Como Yeongju le había dicho, Minjun decidió centrarse en sí mismo por el momento.

Terminaron de beber. «¿Cómo es posible que el café tibio sepa tan bien?», se preguntó Minjun. Solo había dos respuestas posibles: buenos granos y buenas habilidades. Jimi dejó las tazas a un lado y se levantó.

—Es hora de que te vayas.

Minjun se levantó a su vez y guardó el café en su mochila. Hizo una seña de despedida a Jimi, pero justo cuando estaba a punto de marcharse, se dio la vuelta. Ella, que estaba limpiando la mesa, alzó la vista y arqueó las cejas.

—No sé si debería decirte esto, pero tal vez tú también deberías pensar con más detenimiento.

—¿Sobre qué?

—Sobre la familia. Convertirte en familia de alguien no significa que tengas que seguir siendo familia suya eternamente. Si esas personas no te hacen feliz, quizá no sean las adecuadas para

estar a tu lado.

Jimi permaneció en silencio. Le gustaba lo que Minjun acababa de decir; había reunido el valor para expresar algo que ella no se atrevía a pronunciar en voz alta. Sonrió e hizo un gesto de conformidad. Él sabía que no debería haberse atrevido a decir semejante cosa, pero cuando se fue de Goat Beans, no tenía remordimientos. Hacía mucho tiempo que quería decírselo.

CÓMO VEÍAMOS EL TRABAJO



Los miembros del club de lectura fueron entrando en la librería, algunos solos y otros por parejas. Los nueve, incluida Yeongju, formaron un círculo. Comenzando por el anfitrión, Wooshik, y yendo en el sentido contrario a las agujas del reloj, a todos se les dio algo de tiempo para «hablar de cualquier cosa». Uno por uno, compartieron algo sobre sus vidas: me he cortado el pelo; he empezado una dieta; he discutido con un amigo y no me siento muy bien; estoy un poco deprimido, creo que por la edad. Los demás responderían con palabras alentadoras: ese nuevo peinado te sienta bien, estás muy guapa; no es necesario hacer dieta; parece que tu amigo se equivoca; nosotros, los más jóvenes, también estamos deprimidos, así que no es por la edad.

Ese día, una vez más, Minjun no quería volver a casa todavía. Cuando se aseguró de que no había clientes que pudieran pedir café, acercó una silla y se sentó en el borde del círculo. Todos se movieron automáticamente un poco para dejarle espacio. Minjun agitó las manos para indicar que se sentía cómodo donde estaba, pero cuando el resto le hicieron gestos aún más insistentes, acercó la silla y se les unió. El libro sobre el que hablaban aquella tarde era *El rechazo del trabajo. Teoría y práctica de la resistencia al*

trabajo, de David Frayne.

—Comencemos. Si queréis hablar, levantad la mano. Como siempre, todo el mundo es bienvenido a intervenir con sus propios comentarios, pero, por favor, evitad interrumpir a alguien en mitad de una frase.

Nadie abrió la boca, todos estaban esperando. En el club de lectura no había presión para hablar. Hablaban si querían, y, si no, estaba bien que solo escucharan. Un momento después, una chica que rondaba los veinte años —la que había discutido con su amigo — levantó la mano.

—Se predice que habrá menos empleos en el futuro por culpa de la inteligencia artificial y la automatización, y eso me preocupa mucho. No puedo pasarme toda la vida con trabajos temporales. Tenía puestas mis esperanzas en que el gobierno hiciera todo lo posible para crear más empleo. En cuanto a cómo lograrlo, deberían ser ellos quienes elaborasen una estrategia. Pero aquí, en la página 13, hay un pasaje que dice así...

Al ver que todos abrían sus libros como si fuera una señal, Minjun se deslizó en silencio hacia las estanterías y regresó con un ejemplar. La chica leyó el pasaje en voz alta.

—«¿Qué tiene de bueno el trabajo para que la sociedad intente constantemente crear más? ¿Por qué, en la cúspide del desarrollo productivo de la sociedad, todavía se cree que es necesario que todo el mundo trabaje la mayor parte del tiempo?» Precisamente el otro día alguien aquí, en el club de lectura, dijo que los libros son como hachas. Cuando leí esta frase, sentí como si me hubieran golpeado en la cabeza con un hacha. Sí, ¿qué tiene de increíble el trabajo para que todos estemos obsesionados con conseguir uno? Lo que debería preocuparnos no es el trabajo, sino poder alimentarnos. He estado pensando que lo que el gobierno debería hacer no es crear más empleo, sino encontrar el modo de que los ciudadanos puedan subsistir.

Nadie dijo nada. Minjun ya estaba acostumbrado a los momentos de silencio que solían producirse. Al cabo de unos instantes, habló un hombre de unos cuarenta años (el que estaba a dieta).

—Necesitas trabajar para subsistir. Eso es lo que la sociedad nos ha inculcado, por lo que no puedo separar los dos conceptos. Leer el libro me hace sentir que subsistir sin trabajar es posible en teoría, pero aún me cuesta aceptarlo: es demasiado idealista. No obstante, el libro me ayuda a comprender mejor por qué pienso en el trabajo de cierta manera: por qué creo que es beneficioso para los seres humanos, por qué creo que los gandules son personas inútiles y por qué dediqué tanto esfuerzo a encontrar un buen empleo. ¿Soy el único que se siente vacío después de leer esto? Es como si el libro nos dijera que nuestros puntos de vista y nuestras perspectivas de trabajo actuales fueron moldeados de manera arbitraria por personas en el pasado, y aquí estamos, aceptándolos como si fueran verdades universales.

—También yo me siento vacía —dijo la mujer en la treintena que acababa de cortarse el pelo—. La ética laboral puritana también ha influido en el modo en que pensamos en el trabajo: lo colocamos en un pedestal moral. Quienes trabajan son miembros contribuyentes de la sociedad, los que no trabajan son inútiles. Es ridículo que la idea del trabajo duro como medio para obtener la salvación haya sobrevivido tantos siglos, a través del tiempo y el espacio, para ser transmitida a gente como yo, una persona no religiosa que vive en la Corea del siglo XXI y que se aferra precariamente a su trabajo. Incluso cuando era niña, estaba decidida a trabajar cuando fuera mayor. Me dije a mí misma: voy a ser una mujer con una carrera increíble. Me divorciaré de cualquier hombre que se atreva a interponerse entre mi objetivo y yo.

La mujer no religiosa hizo una pausa y luego continuó.

—El problema es que incluso los ateos se han vuelto fervientes defensores del trabajo y nos han grabado todas las maravillas del mismo en la mente: el trabajo es bueno para mí. Necesito trabajar duro. Soy afortunada de tener trabajo. Una vida sin trabajo es lo peor que puede pasarte.

—Pero eso no es malo, ¿no? —comentó Wooshik.

—Bueno, leer este libro me ha hecho sentir que no puedo decir ni eso.

—¿Qué parte del libro es? No recuerdo dónde lo leí —dijo la mujer que rondaba los cincuenta, la que se había lamentado de su edad.

Se oyó el susurro de las páginas. Minjun recordó lo que había aprendido sobre el trabajo con Max Weber y la ética protestante en una asignatura optativa en la universidad. La ética protestante ha sobrevivido a lo largo del tiempo, extendiendo su alcance no solo a la mujer no religiosa, sino también a él. Al igual que los protestantes, estaba dispuesto a trabajar con diligencia. Si bien no pensaba en el trabajo como una vocación, Minjun, al igual que el hombre en la cuarentena, pensaba que todo el mundo había nacido para trabajar.

—Aquí está. Página 52. Lo leeré en voz alta —dijo la mujer no religiosa—: «El problema aquí no son las oportunidades para la expresión y la identificación, sino que el empleador espera que los trabajadores se involucren plenamente en el trabajo».

—También encontré algo que guarda relación con eso al final de la página 56 —añadió la estudiante universitaria de primer año —: «Los trabajadores son, en otras palabras, transformados en "gente de la empresa". En Hefesto, la identificación con el trabajo se promovía a través de una retórica organizativa en torno a ideas como "equipo" y "familia", diseñadas para que los trabajadores tengan el sentimiento de devoción y obligación personal. Las ideas de "familia" y "equipo" sirven para replantear el lugar de trabajo como un campo ético y ya no como una obligación económica, con lo que se vincula a los trabajadores de forma aún más estrecha a los objetivos de la organización».

La universitaria se detuvo entonces.

—*Eonnie*, creo que eres lo que llaman una «persona de empresa». Toda tu identidad y tu valor están ligados a la empresa y trabajas como si fueras dueña de la misma. Aquí dice que las compañías utilizan palabras como *equipo* y *familia* para convertir a un empleado en una persona de la empresa. Me recuerda que hace poco ascendieron a mi cuñado a jefe de equipo, y lo felicité de todo corazón. Pero ahora me da miedo la palabra *equipo*. Me pregunto si también lo convertirán en una «persona de empresa».

—Pero yo no creo que cualquier persona que trabaje duro o a quien le guste su trabajo sea una persona de empresa. El libro tampoco adopta una postura del todo negativa ante el trabajo. Creo que la alegría de trabajar, y el desarrollo personal que implica, puede enriquecer nuestras vidas.

Minjun miró a Yeongju, que había hablado por primera vez.

—Dicho esto, el problema es que nuestra sociedad está demasiado obsesionada con el trabajo, y trabajar nos roba demasiadas cosas. Es como si resurgiéramos de las profundidades del trabajo para tomar un respiro, solo para terminar sintiéndonos terriblemente desgastados. Y cuando volvemos a casa después de una larga jornada de trabajo, ya no tenemos energía para un rato de ocio ni para disfrutar de nuestras aficiones. Creo que muchos de nosotros estamos de acuerdo con lo que dice la página 93: «Cuando pasamos proporciones significativas de nuestro tiempo trabajando, recuperándonos del trabajo, compensando por el trabajo o haciendo las numerosas cosas que son necesarias para prepararnos para el trabajo y luego para mantenerlo, se vuelve cada vez más difícil decir cuánto de nuestro tiempo es de verdad nuestro». —Yeongju continuó—: Lo que eso significa es que trabajamos demasiado. Y cuando eclipsa nuestra vida, el trabajo se convierte en un problema.

Minjun pensó en la primera vez que se había reunido con ella, cuando Yeongju subrayó su horario de trabajo. Probablemente no se refería a ese libro, se trataba de lo que ella pensaba que debía ser el trabajo. No debería abrumar a una persona, nadie puede llevar una vida feliz si está sobrepasado de trabajo.

—Estoy de acuerdo —intervino Wooshik—. Me gusta mi empleo. Después de un día de trabajo duro, me hace feliz disfrutar de una lata de cerveza con algún videojuego o leer algunas páginas de un libro. Pero, como ha dicho Yeongju, si el trabajo es demasiado, terminarás agotado sin importar lo interesante que sea. Si tuviera que vivir así, moviéndome solo entre casa y la oficina, aunque solo fuera durante una semana, probablemente me moriría.

—Y es peor si tienes hijos en casa —dijo el hombre al lado de Minjun—. Lamento sacar a los hijos a colación cuando estamos

hablando de trabajo, pero precisamente a causa del mismo, ni siquiera puedo cuidar a mi propio hijo. Mi esposa ha estado hablando de mudarnos al norte de Europa. No recuerdo si era en Suecia o en Dinamarca, pero al parecer hay algo a lo que llaman *papás latte*: un padre que termina de trabajar tan temprano como para poder disfrutar de un *latte* a la vez que pasa tiempo con sus hijos. Tanto mi esposa como yo salimos de trabajar después de las nueve. Mi suegra se queda ahora con nosotros, pero para cuando llegamos a casa está tan cansada que enseguida se va a la cama. Este club de lectura es el único hobby que se me permite tener. Mi actividad de recreo mensual. La vida es difícil.

—¿No podría resolverse todo trabajando menos? —preguntó una mujer de veintitantos con la intención de aligerar el humor.

Sonaron murmullos, algunos del círculo sonreían, otros parecían solemnes.

—Me encantaría trabajar menos. El problema es cómo hacerlo con la misma paga.

—Quizá sea posible en las grandes corporaciones, pero no en las pequeñas empresas.

—Y menos aún en esas compañías lideradas por una sola persona que dependen de trabajadores eventuales.

—Básicamente, en ningún lugar es posible.

—Sea como sea, ganar menos a cambio de trabajar menos es un no rotundo.

—Definitivamente es un no. No en un mundo donde cada pequeño coste aumenta y donde la única cosa que permanece estancada es nuestro salario. Y la idea de ganar aún menos...

—Me enfurece que los viejos de la torre de marfil cobren sumas astronómicas mientras que aquí estamos nosotros, ganando una miseria. Sinceramente, ¿no son las hormigas obreras como nosotros las que mantienen la empresa funcionando como un reloj?

—Es hora de hacer una revolución.

Percibiendo que la conversación estaba a punto de perder el rumbo, Wooshik levantó la mano.

—En resumen, la realidad es que el trabajo es el principal factor que contribuye en nuestros ingresos. Así pues, para subsistir

tenemos que trabajar.

El hombre en la cuarentena comenzó a decir que era mejor ganarse la vida lucrándose con propiedades inmobiliarias, pero al ver que la conversación podía desviarse, se centró de nuevo en el libro.

—Es por esto por lo que el autor escribió el libro. Porque nuestra sociedad está construida de manera que solo es posible subsistir si trabajas. Sin embargo, hay muchas personas que, por alguna razón, no encuentran trabajo. Quienes trabajan no pueden llevar una vida digna porque están agotados todo el tiempo; quienes no trabajan tampoco pueden llevar una vida digna porque no tienen dinero. El libro plantea que, si la gente trabajara menos, entonces podríamos redistribuir parte de ese empleo entre aquellos que no lo tienen, y eso es posible en teoría.

—Bueno, también es posible en la vida real. El problema son aquellos que no están dispuestos a renunciar a su parte del pastel —señaló la mujer no religiosa.

—Otro problema más.

Todos rieron entre dientes.

La discusión se había prolongado más de una hora. Los miembros, como si estuvieran algo cansados, comenzaron a charlar de manera informal. Teniendo en cuenta que Wooshik no intentaba intervenir, e incluso se unía a la conversación, no cabía duda de que era parte del flujo habitual. La mujer de cincuenta y tantos habló.

—Cuando era joven, pensaba que sacrificarme y complacer a los demás era parte de mi deber. Es bueno comprobar que hoy en día los más jóvenes piensan diferente.

—Bueno, no es que veamos las cosas de forma diferente, pero al menos necesitamos ver algo de esperanza al final de nuestros sacrificios. Sin embargo, hoy en día no hay ni una pizca, así que ya no vemos la necesidad de sacrificarnos —intervinieron los más jóvenes.

La señora mayor se sorprendió.

—¿Está tan mal la cosa? —preguntó mirándolos uno por uno, y ellos asintieron—. Qué triste que no haya ni un atisbo de

esperanza. —Y suspiró.

Minjun desconectó de la conversación y centró su atención en la introducción. En resumen, trataba de cómo el crecimiento del PIB per cápita es una mala medida para la propia felicidad, de cómo la expansión de la producción y el consumo no conduce automáticamente a una vida satisfactoria, del surgimiento de los *downshifters*, que derrocan el modelo de trabajo tradicional para perseguir la satisfacción en lugar del éxito. *Downshifters*..., el libro los definía como personas que renuncian a un trabajo bien remunerado o que dejan de trabajar por completo. Justo cuando Minjun se preguntaba si les sería posible ganarse la vida, habló un hombre que decía ser uno.

—Soy un *downshifter* en este momento, así que me identifico absolutamente con el libro.

El hombre carraspeó y continuó.

—Ha pasado alrededor de un año desde que dejé el trabajo en el que llevaba tres años para ayudar en el negocio de un amigo y ganar algo de dinero. Pasé deprimido los tres años que trabajé allí. Era un empleo que deseaba, pero, a pesar de conseguirlo, me sentía perpetuamente frustrado. Yo también trabajaba horas extras todo el tiempo y al final lo dejé. Porque, si no lo hacía, pensé que me volvería loco. Después de dejarlo, acepté un trabajo de media jornada en el que invertía unas cuatro horas al día y permanecí ahí cuatro meses. Solo fui feliz la primera semana. Cuando mis amigos me preguntaron: «Oye, ¿qué has estado haciendo?», tartamudeé y no pude dar una respuesta adecuada. Me gusta cómo este libro no solo habla de los beneficios de ser *downshifter*, sino también del dolor que hay detrás de la elección. Me reconforta saber que no soy el único que se siente como un idiota. Y me recuerda mi lema en la vida.

—¿Tienes un lema? —preguntó divertida la mujer no religiosa.

—Mi lema es: «Hay algo bueno y algo malo en todas las cosas». No importa de qué se trate, todo tiene dos lados, así que me digo que no debo subirme a una montaña rusa de emociones.

—Bueno, en ese caso, tu lema debería de ser: «No seas

demasiado emocional» —bromeó la mujer.

—¡Ajá! Tienes razón. —El hombre actuó como si le hubiesen hecho una gran revelación—. Sea como sea, lo que quiero decir es que ser un *downshifter* también tiene sus pros y sus contras. Es genial tener más tiempo para ti mismo, pero, por otro lado, no ganas mucho, y eso conlleva una gran frustración. No puedes permitirte ir a ningún sitio bonito, por no mencionar que no recibes ningún reconocimiento por parte de la sociedad.

—Es verdad que algunas personas se sienten así…, pero a la mayoría de los que eligen la vida de *downshifter* no les importa demasiado ir de vacaciones o ser reconocidos por la sociedad. El libro también lo menciona —dijo el hombre que estaba al lado de Minjun.

Todos asintieron.

—Pero ser *downshifter* puede no ser una elección personal —dijo Yeongju, levantando la mano para hablar—. Muchas personas no renuncian porque quieran. Tal vez no se encuentren bien o sufran emocionalmente. Hay mucha gente con problemas de depresión o ansiedad. El libro habla de lo terrible que es que la sociedad critique y juzgue a quienes no pueden trabajar porque no se encuentran bien, física o mentalmente. Como dice el libro, hay padres que siguen acosando a sus hijos, preguntándoles cuándo piensan conseguir un trabajo.

—Simplemente tenemos una fe ciega en lo que respecta a cómo vemos el trabajo —dijo el hombre que se encontraba al lado de Minjun—. Desde que somos jóvenes, siempre se nos pide que soportemos todo tipo cosas. No tengo ni idea de por qué. Tuve un compañero de clase que fue atropellado por una motocicleta camino de la escuela e, incluso cuando estaba magullado y sangrando, se negó a regresar a casa y continuó caminando hasta la escuela solo para obtener un premio por asistencia perfecta. Esa obsesión por soportarlo todo nos persigue hasta la vida laboral. Vas a trabajar incluso cuando estás enfermo, y en los días en que no puedes levantarte de la cama sin más, el miedo a faltar al trabajo te atormenta más que la propia enfermedad. Honestamente, es de sentido común descansar cuando no te sientes bien. Entonces, ¿por

qué somos así? Es por eso por lo que odio la idea de mantener alto el espíritu incluso cuando te sientes mal o estás ingresado en un hospital; se ha convertido en algo tan relevante que incluso se ha vuelto un cliché.

—Tienes razón, estamos permitiendo que nos exploten —dijo el hombre que aspiraba a ser *papálatte*.

Minjun siguió la discusión leyendo las páginas a las que hacían referencia los miembros del club. Estaba la historia de Lucy, que era feliz sin trabajar pero se sentía culpable por decepcionar a sus padres. Confesó, suspirando varias veces, que «solo siento que debería conseguir un trabajo para no sentir que estoy decepcionando a los demás». Pero añadió que no estaba segura de poder hacerlo.

Luego estaba Samantha, que dejó su trabajo como abogada de patentes para trabajar como camarera a tiempo parcial en un bar. Minjun leyó sus palabras dos veces, despacio. Fue la última frase en particular la que le habló: «Me sentía como si estuviera creciendo porque estaba haciendo cosas que había elegido conscientemente hacer por primera vez».

Se sentía como si estuviera creciendo. «De eso trata el trabajo, ¿no?», pensó Minjun.

La discusión terminó de manera armoniosa. En sus comentarios finales, Wooshik expresó su esperanza de que la sociedad progresase hasta un punto en el que las personas que obtenían felicidad del trabajo remunerado pudieran hacerlo, y aquellos que no lo hicieran lograran encontrar un camino alternativo. Todos aplaudieron. Eran casi las diez y media. Como todos ayudaron, lograron limpiar y recoger en menos de diez minutos. Los diez, incluido Minjun, salieron juntos de la librería. Al menos por ese día, se irían a la cama unidos por el mismo sentido de camaradería y solidaridad.

Yeongju y Minjun se despidieron en la esquina. Antes de girar hacia el callejón, Minjun la siguió con la mirada mientras ella caminaba hacia la calle principal. Por el momento, decidió que buscaría respuestas en los libros. Planeaba terminar el de David Frayne antes de pasar a *Del tener al ser*, de Erich Fromm, que

Frayne mencionaba.

Posteriormente, enamorado de los escritos de Fromm, Minjun leyó todas sus obras en orden cronológico. Aunque todavía tenía sentimientos encontrados, su sentido de la orientación era más claro. Ahora pensaba cómo debía vivir el momento presente. Y no se le había pasado por la cabeza hasta entonces.

ENCONTRANDO SU LUGAR



Como cualquier otro día, Jungsuh estaba ocupada tejiendo una bufanda. Mincheol contemplaba sus manos atareadas desde el otro lado de la mesa con la barbilla apoyada en la mano, como si contemplara la vastedad del océano. A su lado, Yeongju seguía distraída la conversación mientras leía lo que había escrito en su libreta.

—*Imo*, ¿tejer es interesante?

—Claro. Pero lo hago por la sensación de satisfacción.

—¿Sensación de satisfacción?

—El orgullo de terminar algo. Si buscara divertirme, jugaría a los videojuegos. Me encantaban los videojuegos cuando era más joven. ¿Eres bueno jugando?

—Más o menos.

Ante la indiferencia de Mincheol, Jungsuh se detuvo y levantó la vista.

—¡Ah! ¡Tú! Tal es el desconocimiento de lo que es la tortura de una vida carente de satisfacción. El vacío de trabajar hasta la extenuación. No queda nada: ¡una vida de agotamiento!

Ante su tono teatral, Mincheol se echó a reír. Ella se rio entre dientes, antes de volver a su estado habitual.

—Trabajé tan duro, tan intensamente..., pero al final del día el tiempo solo había pasado. Odiaba ese sentimiento. Espero que nunca lo experimentes. En lugar de eso, busca la satisfacción.

—Vale.

Yeongju escuchaba a medias sus bromas mientras organizaba las reflexiones que había puesto por escrito durante los últimos días. Había estado pensando qué significaba que la librería encontrara su lugar. Cuando su mente se quedaba en blanco, ponía en práctica lo que siempre hacía al escribir: buscar la definición. Esto fue lo que se le ocurrió: establecerse en un lugar; encontrar estabilidad en la vida. Estabilidad en la vida. «Sí. Para tener estabilidad, es necesario que la librería sea capaz de proveer el pan», pensó. Sin embargo, odiaba la idea de equiparar la estabilidad con el dinero contante y sonante. ¿Qué pasaría si cambiara un poco su forma de pensar? Para encontrar estabilidad, primero necesitaba llegar a más clientes.

Sus pensamientos se dirigieron a los vecinos del barrio. Si bien tenía varios clientes habituales, la mayoría solo habían ido por curiosidad cuando la librería abrió sus puertas por primera vez. Asimismo, había oído muchas quejas sobre lo difícil que era ser un lector constante. Solo tras abrir la librería se dio cuenta de lo difícil que era para la gente recuperar el hábito de la lectura, en especial para aquellos que no habían leído en mucho tiempo. Decirles «los libros son fantásticos, deberías leerlos» no era de ninguna ayuda. En cambio, quería acercarles la librería como espacio. Quería poner más espacio a disposición de más personas.

Después de haber tomado una decisión, la tarea inmediata que se le presentaba era limpiar el área contigua al café, la que habían estado utilizando como almacén. En medio de sus tareas habituales, Minjun y Yeongju fueron despejándola poco a poco; para los artículos que aún tenían algún uso buscaron un nuevo propósito en otras partes de la librería. La nueva área recibió el nombre de «La habitación del club de lectura». Planeaba reclutar de manera activa a más miembros para formar tres clubes de lectura, por el momento llamados simplemente «Clubes de lectura 1, 2 y 3». El nombramiento podía dejarse en manos de los

miembros más adelante. Al día siguiente publicaría el anuncio online a través del blog e Instagram, así como en los carteles de la librería. Ya había nombrado a los anfitriones de los clubes de lectura: Wooshik, la madre de Mincheol y Sangsu, un cliente habitual que leía más incluso que Yeongju.

Una vez que hubo dado los toques finales a la publicación del anuncio, Yeongju finalmente alzó la vista a los otros dos. Como había pasado todo el día enterrada en su libreta, el movimiento repentino hizo que le devolvieran la mirada.

—¿Puedo robaros un poco de vuestro tiempo? —les preguntó.

Los condujo hasta el centro de la habitación del club de lectura y explicó sus planes para amueblar el espacio.

—Aquí celebramos reuniones del club de lectura y los fines de semana también organizamos charlas sobre libros. Donde estáis ahora vosotros, habrá una mesa grande. Diez sillas deberían ser suficientes... Y supongo que necesitaremos un aparato de aire acondicionado. Aunque no puedo decidirme sobre el color de las paredes. ¿Qué opináis?

Siguiendo las instrucciones de Yeongju, los dos caminaron por la habitación para tener una idea del espacio. Era pequeño, pero acogedor. Ella tenía razón. La gran mesa y las sillas solas llenarían la habitación. Sin embargo, el espacio no parecía estrecho. Pequeño, pero no claustrofóbico. La cantidad justa de sitio para que las personas se prestasen atención unas a otras.

—No hay ventanas, pero con la puerta que da al patio trasero no debería resultar sofocante. Supongo que unos cuantos cuadros bonitos en la pared quedarían bien... Espero que la gente esté ansiosa por unirse a los clubes de lectura, aunque sea por disfrutar de este espacio... ¿Creéis que será posible? —murmuró Yeongju mientras se paseaba por la habitación.

—Yo creo que sí —dijo Jungsuh al tiempo que daba un suave golpe a la pared—. Yo estaba emocionada la primera vez que vine a la librería.

Yeongju se volvió hacia ella.

—Buscando el mejor lugar, visité casi todos los establecimientos del barrio, desde las grandes franquicias hasta los

cafés microscópicos. Este es el sitio que más me gustó, así que me puse cómoda. La música me encanta, no está demasiado fuerte. También adoro la iluminación. Y el hecho de que nadie me haya prestado mucha atención. El ambiente confortable me hizo volver una y otra vez. Cuando me tomo un respiro de mi labor y levanto la vista, me siento tranquila. Además, noto una sensación de seguridad al estar rodeada de libros.

Con el rabillo del ojo, Yeongju vio que Mincheol salía al patio trasero.

—¿Sensación de seguridad?

—Yo tampoco esperaba sentirme de este modo. Es la comodidad de saber que, mientras sea educada, nadie pasará por encima de mí. Era justo lo que necesitaba en aquel momento, y por eso he seguido viniendo, incluso aunque no venga a leer. Me he convertido parte del mobiliario.

Yeongju recordó que Jungsuh le había preguntado con qué frecuencia necesitaba pedir un café para no ser una molestia en la librería. Ahora entendía que había hecho todo lo posible por ser educada. ¿Era porque pensaba que los buenos modales eran la forma óptima de obtener la mayor libertad sin molestar a los demás? La mirada de Yeongju siguió a Jungsuh mientras caminaba por la habitación. Justo cuando estaba a punto de decir algo, Mincheol regresó.

—Creo que estaría bien dejar esta pared de color gris —dijo.

Jungsuh murmuró que estaba de acuerdo.

—Sí. ¿Quizá simplemente retocar la pintura donde hay marcas de desgaste?

—¿Es suficiente para que el espacio parezca atractivo?

—Pon mayor énfasis en la iluminación, como la de la zona principal —dijo Jungsuh, con lo que resolvía el problema de una tacada.

Cuando volvió a su asiento, Yeongju añadió «paredes grises» a sus notas. La preparación para los clubes de lectura iba por buen camino y, a partir del mes siguiente, planeaba proyectar películas un jueves cada quince días junto con las noches en que abrieran. Hacer malabares con el aumento de eventos nocturnos no sería

fácil, pero decidió intentarlo. Ya se plantearía cuánto tiempo podría seguir el ritmo más adelante. Mantener el equilibrio entre el trabajo y la vida personal ya era difícil, pero para entonces también debía añadir la obtención de beneficios a la ecuación. En los últimos dos años, Yeongju había visto cerrar una a una distintas librerías independientes. Algunas se desvanecían tras una carrera tranquila, mientras que otras se cerraban de un día para el otro. Entre ellas había librerías que habían cerrado cuando se les acabaron los fondos, mientras que otras lograban ganarse la vida a duras penas pero carecían de la resistencia para operar con la misma intensidad a largo plazo. Dado que también había varios nombres reconocidos entre dichas librerías, parecía que administrar solo con adrenalina y organizar numerosos eventos no era suficiente para obtener ingresos.

Regentar una librería independiente era como vagar por una extensión de tierra sin caminos marcados. No había un modelo de negocio infalible. Los dueños de las librerías vivían al día, con dudas acerca de hacer planes a largo plazo. Era por eso por lo que Yeongju le había dicho a Minjun que su trabajo podría terminarse al cabo de dos años. En aquel momento, como en ese, no tenía ni idea de hacia dónde se dirigía la librería.

A pesar del sombrío panorama, continuaron apareciendo librerías independientes en los barrios. Un pensamiento cruzó por su mente: quizá el modelo de negocio de una librería independiente estaba basado en sueños, sin importar si se trataba de sueños del pasado o del futuro. Quienes abrían una librería probablemente habían soñado con hacerlo en algún momento de su vida. Y cuando despertaran del sueño uno o dos años después, cerrarían ese capítulo. A medida que surgían más y más librerías, también crecía el número de soñadores. Las librerías que tenían diez o veinte años eran raras. Pero diez, veinte años después, todavía existirían librerías independientes.

«Tal vez sea casi imposible que una librería independiente encuentre su lugar en nuestro país», pensó Yeongju. Si era así, cualquier idea que tuviera estaba destinada a fracasar. «No», se corrigió. La excepciones existían en todos los ámbitos de la vida. Y

el acto de intentar tenía sentido (¡es importante darles sentido a las cosas!). Si se disfruta del proceso (¡aunque sea difícil!), los resultados no deberían ser lo principal. Más importante aún era que en ese momento Yeongju disfrutaba dando lo mejor de sí misma en la librería. Y eso debería ser suficiente, ¿verdad?

Hizo un alto en sus pensamientos y volvió a las tareas que la esperaban. Lo siguiente era enviar invitaciones para confirmar los oradores para los dos ciclos de seminarios que tenía planeado ofrecer los sábados. Al ver que había un interés creciente en la escritura, pensaba que los dos ciclos podrían cubrir distintos aspectos de la misma. Ya había decidido acercarse a los autores Lee Ahreum y Hyun Seungwoo para llevar a cabo un seminario cada uno. Escribió los correos y luego los envió.

—Eso es todo —murmuró.

Como si hubiese estado esperando ese momento, Mincheol la miró. Ella cerró el ordenador y dijo:

—Perdón por parecer tan ocupada.

Mincheol negó con la cabeza. Ella sonrió.

—Estás de vacaciones. ¿Tienes planes?

—Lo normal. Ir a clases de repaso, volver a casa. Bañarme y vuelta a empezar. Comer, baño, sueño.

—¿No hay nada en particular que te interese? —Yeongju pensaba que ya sabía la respuesta. No era como si a ella misma le hubiese ocurrido algo interesante cuando iba al instituto. Recordaba aquellos días con un sentimiento similar a la indigestión.

—Nada.

—Ah, ya veo.

—Pero... ¿de verdad todo el mundo necesita algo interesante? ¿Por qué no puedo llevar una vida mundana?

—Bueno, es cierto que obligarte a encontrar algo sería duro —musitó Yeongju.

—Mi madre es igual... No entiendo por qué veis una vida mundana como algo malo. A veces preferiría que me obligara a estudiar en vez de intentar buscarme algo interesante. ¿Acaso la vida no va de transitar a través de los movimientos de la vida

misma? Vivimos porque nacemos.

Yeongju no respondió de inmediato. En lugar de eso, primero recorrió la librería con la mirada para intentar asegurarse de que no había más clientes que necesitaran ayuda antes de centrarse de nuevo en el niño que acababa de llegar a la conclusión de que la vida no era nada espectacular.

—No te falta razón. Pero tener algo que te interese te ayuda a respirar.

Jungsuh, que estaba al lado de Mincheol, asintió en señal de aprobación. Una arruga cruzó la frente de Mincheol.

—¿A respirar?

—Sí, despeja las vías respiratorias y, cuando eso pasa, la vida parece mucho más tolerable.

Mincheol daba la impresión de estar sumido en un pensamiento profundo. A Yeongju se le ocurrió que ella nunca había adoptado una expresión semejante a la edad de Mincheol. Había sido una niña simple. Como él, pasaba todo su tiempo entre su casa y la escuela, pero ella siempre estaba preocupándose por los estudios —no, por la competencia— y por su futuro. Como odiaba preocuparse por los estudios, trabajaba aún más; como odiaba la competencia, se obsesionó con ser la mejor; como odiaba estresarse por su futuro, pasó la mayor parte del tiempo viviendo para su futuro. Al ver al chico que tenía delante, Yeongju sintió celos, pero, al mismo tiempo, se sentía feliz por él. Mincheol no lo entendía aún, pero ella pensaba que estaba viviendo bien su vida.

—Fatiga. Monotonía. Vacío. Desesperanza. Una vez que caes en cualquiera de ellos, es difícil salir. Es como caer a un pozo y acurrucarte en el fondo. Te sientes como si fueras la persona más innecesaria del mundo, la única que sufre.

Con los ojos fijos en el ovillo de lana, Jungsuh exhaló un suspiro profundo por la nariz. Durante un momento, Yeongju solo miró las manos de la mujer.

—Por eso leo —dijo, y se le suavizó la expresión—. Lo siento, ¿es aburrido cuando hablo de libros?

—Para nada —respondió Mincheol.

—Si hay algo que he aprendido de la lectura es que todos los

escritores alguna vez estuvieron ahí. En el fondo del pozo. Solo algunos lograron salir. Pero todos dicen lo mismo: terminaré dentro de nuevo.

—Entonces, ¿por qué tenemos que escuchar sus historias? Si cayeron y caerán de nuevo. —Mincheol parecía preocupado.

—Hummm..., muy fácil. Saber que no estamos solos en la miseria nos da fuerzas. Es como si creyera que soy la única alma miserable, pero de pronto pienso: «Ah, estamos todos igual». El dolor continúa pero, de algún modo, resulta más ligero. ¿Ha existido una sola persona que no haya caído en el pozo al menos una vez en la vida? Lo he pensado y mi respuesta es no.

Mincheol la escuchaba con expresión solemne. Ella sonrió.

—Luego me digo: «Es hora de salir de este letargo». Y, en lugar de acurrucarme en el fondo de mi pozo, estiro los brazos y las piernas y me levanto. ¡Oye! Este pozo no es tan profundo como suponía. Me río porque he vivido todo ese tiempo en la oscuridad. Luego, treinta y cinco grados a mi derecha, una leve brisa me acaricia el rostro. En ese momento agradezco muchísimo estar viva. El viento me sienta bien.

—No estoy seguro de entenderte, lo siento. —La arruga en la frente de Mincheol se volvía más profunda mientras parpadeaba confundido.

—Ah, es culpa mía. Estaba hablando para mí misma.

—Yeongju *imo*.

—¿Sí?

—¿Todo eso guarda relación con lo que decías de poder respirar?

—Sí.

—¿Cómo?

—El viento.

—¿El viento?

Ella asintió, sonriendo.

—A veces pienso en la suerte que tengo de poder disfrutar del viento. Cuando sopla la brisa de la tarde, le agradezco que me devuelva el aire y me permita respirar mejor. Dicen que en el infierno no hay viento, así que me siento bendecida porque donde

estoy ahora no será el infierno. Si me veo capaz de capturar un momento como este todos los días, seré lo bastante fuerte para seguir adelante. Los humanos somos complejos, pero a veces podemos ser muy simples. Podemos contentarnos con tener algo de tiempo, ya sean diez minutos o una hora, en el que sentir: «Ah, estoy tan feliz de estar viva, tan feliz de poder aprovechar y disfrutar este momento».

—Claro, claro —murmuró Jungsuh.

Mincheol le lanzó una mirada antes de devolver aquel rostro solemne hacia Yeongju.

—Ya veo... ¿Mi madre también cree que necesito tener un momento como ese?

—Bueno, no sé lo que cree tu madre.

—Entonces, *imo*, ¿tú qué crees?

—¿Yo?

—Sí.

—Bueno...

Yeongju le dedicó una sonrisa radiante.

—Creo que es bueno intentar salir de ese pozo oscuro. Nadie sabe qué es lo que va a pasar después, ¿por qué no intentarlo una vez? ¿No sientes curiosidad? ¿No quieres saber qué puede pasar después de salir de él?

QUERÍA DECIR QUE NO



Esos días llegaba a casa alrededor de las seis de la tarde. Para cuando Seungwoo terminaba de ducharse, preparar la cena, comer, descansar y lavar los platos, el reloj ya había dado las ocho. Era entonces cuando se convertía en una persona totalmente distinta. Mientras se quitaba el uniforme de empleado corriente de empresa, era como si también dejara de lado las responsabilidades del cargo, borrara los pensamientos y las acciones preprogramados y se deshiciera de la fachada de indiferencia. A partir de ese momento, cada segundo le pertenecía por completo. El tiempo era real.

En los últimos años, las horas antes de acostarse era cuando podía ser él mismo de verdad, sumergiéndose profundamente en algo que cautivaba su interés: la lengua coreana. Había pasado los últimos diez años inmerso en los lenguajes de programación, pero ya no era programador. En ese momento tan solo era otro empleado común y corriente de la empresa, que entraba y salía obediente de la oficina todos los días.

Sumergirse en el idioma coreano era agotador pero divertido. Disfrutaba de tener algo en lo que concentrarse de todo corazón, dedicándose a estudiar lo que le gustaba. La energía que gastaba en el trabajo la recuperaba en casa. Incluso había iniciado un blog

para compartir lo que había aprendido. Una vez que tuvo más confianza, empezó a aplicar sus conocimientos para examinar los escritos de otras personas. Poco a poco, fue teniendo más seguidores y comenzó a verse a sí mismo como un bloguero. Empleado de empresa de día, bloguero de noche. Habían pasado cinco años ya desde que había adoptado esa doble identidad.

Seungwoo nunca dejaba de sorprenderse de cómo sus seguidores, que ni siquiera conocían su rostro, lo apoyaban de manera incondicional dejando comentarios en su blog, promocionando su libro y compartiendo sus publicaciones. Con generosidad, dedicaban tiempo a alguien a quien no conocían. Parecía que la gente tenía una impresión favorable de él porque estaba aprendiendo por su cuenta acerca de la lengua coreana, escribiendo por iniciativa propia y compartiendo sus conocimientos en el blog sin esperar nada a cambio. Algunos le decían que se sentían motivados por su actitud ante la vida. Se sorprendió, dado que nunca había mencionado nada sobre su vida privada. ¿Es la palabra escrita un reflejo de la vida del escritor? Recordó la pregunta de Yeongju: «¿Cuánto se parece usted a su escritura?».

El rostro de Yeongju flotó de nuevo ante él, pero esta vez lo dejó estar sin más. Varias veces se había puesto nervioso por el modo en que había permanecido clara en su mente mucho después de la presentación del libro. No tenía idea de qué había en ella para que no pudiera dejar de recordarla. ¿Era el brillo en sus ojos al mirarlo? ¿La tranquilidad de sus palabras? ¿O era la melancolía de sus escritos, lo que contrastaba con su actitud viva y alegre? (Había leído el blog de la librería antes de conocerla.) ¿Era la forma en que su inteligencia brillaba cuando hablaba? ¿Su humor y su ingenio? Quizá fuera todo.

Si la dejaba ahí sin más cada vez que se le aparecía su rostro, seguramente, en algún momento, dejaría de pensar en ella. Después de todo, no había ninguna razón para que volvieran a encontrarse. No obstante, hacía unos días había recibido un correo electrónico de su parte. Su reacción inmediata había sido responderle con un rechazo cortés, pero hasta ese momento aún no

había hecho clic en el botón de enviar. Desde la perspectiva del remitente, probablemente era inaceptable no haber recibido contestación al cabo de una semana entera. Seungwoo sintió que ya no podía posponer la respuesta más tiempo. Abrió el correo electrónico y volvió a leerlo.

Apreciado señor Hyun Seungwoo:

Soy Lee Yeongju, de la librería Hyunam-Dong. No se ha olvidado de mí, ¿verdad? :) Tenemos a muchos clientes que preguntan por su libro. Una vez más, gracias por escribir un libro tan bueno.

Me gustaría saber si estaría usted interesado en dirigir unos seminarios sobre escritura. Estamos proyectando una serie de seminarios de dos horas cada sábado durante ocho semanas. Si está usted de acuerdo, creo que podría llamarse «Cómo editar oraciones».

Esos seminarios no están destinados a enseñar a escribir, sino a editar. Estaba pensando que podría utilizar su libro como parte del material. ¿Qué le parece?

Ya que *Cómo escribir bien* está redactado en dieciséis capítulos, tal vez podría estudiar dos capítulos por sesión. De este modo, no tendría que hacer mucho trabajo extra.

Me encantaría saber qué opina al respecto. ¿Está disponible los sábados?

Sería más cortés por mi parte hacerle una llamada, pero he pensado que eso solo sería presionarlo más, así que he decidido escribirle.

Lo llamaré cuando reciba su respuesta. Espero tener pronto noticias suyas.

Atentamente,

Lee Yeongju

Era un correo sencillo, pero lo leyó una y otra vez. Cada una de ellas le resultó fácil escribir en su mente la respuesta más adecuada: «Lo siento. No creo que tenga la experiencia suficiente para dirigir seminarios. Gracias por la invitación, pero debo declinarla. Que pase un buen día». El problema era que no se atrevía a escribirlo. Levantó las manos como si se preparara mentalmente para una tarea desafiante y colocó los dedos sobre el teclado. El siguiente paso fue escribir algunas frases: «Lo siento...». Quería decir que no. O, mejor dicho, debía decir que no. Desde el lanzamiento del libro, había estado haciendo presentaciones casi todas las semanas. Su editor le había dicho, en un tono que

claramente significaba: «¡Eh! ¡Deberías estar contento!», que era raro que un escritor novel recibiera tantas invitaciones a presentar libros, sobre todo con su primer trabajo. Sin embargo, no había forma de que Seungwoo levantara el ánimo. Parecía que en cada charla se le iba el día entero, después de lo cual pasaba aún más tiempo tratando de recordar si había dicho algo fuera de lugar. Para entonces, ya era hora de preocuparse por la presentación siguiente, por no mencionar las horas que pasaba respondiendo a las frecuentes llamadas de su editor y las solicitudes de entrevistas para periódicos. En otras palabras, publicar un libro le había costado a Seungwoo una parte importante de su tiempo personal. Y, con todo, ya no tenía tiempo para las cosas que de verdad quería hacer. Estaba desesperado por volver a la vida de antes del libro, simple como la aritmética de primer grado.

Por eso no podía ni debía aceptar encargarse de los seminarios. ¿Cómo iba a dirigir seminarios? Es más, no se trataba de un evento único, sino de un compromiso de ocho semanas. Lo correcto era rechazar la propuesta. Se aferró a esa determinación, listo para presionar la tecla «Y» de «Yo» con el dedo índice, pero se detuvo de pronto. Lo atravesó una oleada de curiosidad. El nerviosismo que se había apoderado de él durante las últimas semanas disminuyó y solo le quedó la curiosidad. En realidad, ¿qué había en Yeongju que había roto el equilibrio de su vida? Hacía largo tiempo que Seungwoo no se sentía de ese modo, con una punzada en el pecho cada vez que pensaba en ella. Era un sentimiento que había olvidado hacía mucho. Un sentimiento que pensaba que nunca volvería a experimentar.

¿Debía hacer caso a su corazón? Él no solía huir de sus sentimientos. Además, era curioso. Del tipo de curioso que busca respuestas. ¿Qué pasaría después de que respondiera? Lo pensaría cuando ocurriera.

Una vez que hubo tomado la decisión, dejó que su corazón lo guiara y escribió siete líneas.

Querida señorita Lee Yeongju:
Gracias por su propuesta.
Dirigiré los seminarios.

Sin embargo, solo tengo tiempo los sábados por la tarde.
Que pase un buen día.
Sinceramente,

Hyun Seungwoo

Sin revisar lo que había escrito, hizo clic en el botón de enviar.

EL SENTIMIENTO DE SER ACEPTADA



Una noche, Jungsuh se encontró entrando en el apartamento de Yeongju después de Jimi. En un principio, su plan era regresar a casa una vez que hubiera terminado de tejer, pero, antes de que se diera cuenta, ya casi era hora de cerrar la librería. Acabó saliendo junto con Yeongju y se toparon con Jimi en la puerta. Como si fuera lo más natural, Jimi la cogió del brazo y la arrastró a medias, al tiempo que le decía que le había encantado la labor de ganchillo y que, a cambio, quería hacer algo bonito por ella.

A Jungsuh le gustó el apartamento de Yeongju al instante. Con solo un escritorio como pieza central, la sala de estar resultaba algo vacía, pero la tranquilidad que emanaba del minimalismo lo compensaba con creces. La casa de Yeongju parecía una extensión de ella: algo solitaria, pero también una presencia tranquilizadora. En lugar de las luces del techo, Yeongju encendió una de las lámparas de pie mientras Jimi gruñía negando con la cabeza:

—Qué oscuro, ¡está demasiado oscuro!

—Me encanta tu casa —comentó Jungsuh cuando salía del baño, después de lavarse las manos.

—No es necesario que seas tan educada. No puedo creer que exista una casa como esta. —Jimi levantó la voz por encima del

sonido del agua mientras se lavaba las manos.

—No es por educación. De verdad creo que es perfecta para meditar y hacer punto. Justo aquí, frente a la pared.

Las dos *eonnies* se dieron la vuelta hacia el lugar donde señalaba. Era la pared al otro lado del escritorio, donde normalmente se tumbaban.

—Está bien, ese sitio para ti.

Jungsuh adoptó una postura contemplativa sobre el cojín que le había pasado Yeongju. En lugar de concentrarse en su respiración, observó a las dos *eonnies*. Estaban por completo en sintonía, como mejores amigas que a menudo salen juntas después de clase. Mientras Yeongju sacaba los cubiertos del armario superior, Jimi rebuscaba en el frigorífico aperitivos que combinaran con el alcohol y que llenaran lo suficiente. Terminó con tres latas de cerveza de 350 ml, una variedad de quesos, chips de fruta deshidratada, salmón ahumado, brotes de rábano y una botella de salsa que tenía un aspecto delicioso y parecía que iría muy bien con el salmón y los brotes. Desplegó una manta y la colocó en el suelo. Al principio, Jungsuh pensó que Yeongju no tenía ninguna mesita baja, pero rápidamente vio la mesa doblada junto al fregadero. «Ah, supongo que a estas *eonnies* les gustan los pícnics», se dijo.

—¡Salud!

La cerveza entraba bien. Yeongju cogió un pedazo de queso, Jimi mojó una loncha de salmón en la salsa y Jungsuh comió chips de mandarina para acompañar la cerveza. «Delicioso», pensó Jungsuh. Era su primer trago de alcohol desde que había renunciado al trabajo. Relajó los hombros, estiró las piernas y se apoyó en la pared mientras bebía y escuchaba la conversación. Yeongju y Jimi estaban tumbadas en el suelo como dos lados de un triángulo equilátero. Jungsuh imaginó que a veces se quedaban dormidas en esa posición. De manera ocasional se incorporaban de pronto para comer algo o dar un trago a la cerveza. La mayor parte del tiempo, volvían a tumbarse, pero a veces se giraban hacia ella para hacer un brindis. Jungsuh pensó que la cerveza sabía especialmente deliciosa ese día, y bebía con ganas.

A pesar de que apenas participaba en la conversación, las dos *eonnies* se volvían hacia ella de vez en cuando, dedicándole miradas que decían: «Tú también lo crees, ¿verdad?», o para pedirle su opinión. No importaba lo que dijera, ellas asentirían satisfechas ante sus reacciones. Jungsuh lo estaba pasando tan bien que, después de las diez y media, dejó de mirar el reloj.

—Me lo dijo Minjun —comentó Jimi en voz baja—. Creo que debo serenarme.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito algo de tiempo para pensar. Entretanto, dejaré de gritarle. Trataré de no discutir. No te lleves una decepción si no me oyes quejarme de que he tenido que gritarle.

—¿Por qué habría de llevarme una decepción?

—Y no te preocupes tampoco.

—¿De qué hay que preocuparse?

—Estaré bien.

—*Eonnie*, definitivamente no estoy preocupada.

Jungsuh se levantó y echó un vistazo a las dos *eonnies*, que en ese momento estaban bocarriba, mirando el techo en silencio. Caminó hasta el ventanal que daba al barrio y se maravilló por el hermoso paisaje. Una farola se alzaba con aplomo junto a la calzada, añadiendo un toque agradable al paisaje. Detrás había una hilera de casas bajas, salpicadas de luz que se filtraba desde las ventanas. Ver que se apagaban las luces, que parecían al alcance de la mano, de alguna manera la hizo feliz. Absorta en el momento, no se dio cuenta de que Yeongju se había deslizado hacia ella en silencio.

—Es bonito, ¿verdad? —Su tono era amistoso, como siempre.

—Sí, lo es —respondió Jungsuh con suavidad.

La envolvió un sentimiento muy curioso. El sentimiento de ser aceptada. Recordó con fuerza el momento en que había entrado por primera vez en la librería Hyunam-Dong. ¿Por qué? Que el mismo sentimiento, ese bonito sentimiento, hubiese vuelto a ella allí, en el apartamento de Yeongju, era a un tiempo triste e inesperado. Una melancolía hermosa. Finalmente se percató del quid de la cuestión.

—¿Cuándo comenzaste a meditar? ¿Fue hace mucho?

Las dos removieron sus recuerdos y se dieron la vuelta. Jimi estaba juntando las sobras en un solo plato para llevarse los platos vacíos. Cuando Jungsuh no respondió, Jimi la miró con la pila en las manos.

—Siento curiosidad acerca de por qué medita la gente... —Hizo una pausa—. Si ayuda, yo también quisiera intentarlo.

LA HABILIDAD DE DOMINAR LA IRA



Para explicar por qué había comenzado a meditar, Jungsuh necesitaba empezar con los motivos que la habían llevado a renunciar a su empleo.

—Dejé el trabajo porque estaba enfadada.

Apoyada contra la pared, tragó saliva y contó su historia. Había renunciado a principios de ese año, durante su octava primavera en el mercado laboral. Estaba frustrada por la ira sin dirección que la consumía a diario. La ira la abrumaba de pronto, ya fuera de camino al trabajo, mientras comía o delante del televisor, alimentando un deseo ardiente de destruir todo lo que se hallara en su campo de visión. Se hizo examinar en el hospital; el médico solo le dijo que tuviera cuidado con el estrés.

Jungsuh había comenzado a trabajar con contrato a tiempo parcial y, después de ocho años, seguían sin ser fija. Había creído de todo corazón en la palabra del jefe de su equipo de que, si trabajaba lo suficiente, le harían un contrato fijo. Y de ese modo lo había hecho lo mejor que había podido. Trabajó tanto como los empleados fijos. Al igual que ellos, se dejaba la piel en la empresa, trabajando hasta altas horas de la noche y llevándose a casa el trabajo que no había terminado. Los empleados fijos veían sus

esfuerzos y la animaban: «No te costará nada obtener un ascenso».

Sin embargo, nunca sucedió. El jefe de equipo le decía siempre que lo lamentaba y que la próxima vez sería la definitiva.

—Por aquella época me dijo algo acerca de tener una plantilla flexible y todo eso. No le presté mucha atención. Pero, dos años más tarde, cuando no me hicieron fija por segunda vez, recordé lo que había dicho. Busqué en internet y encontré numerosos artículos. Lo que ellos llaman «plantilla flexible» es básicamente que las empresas tengan vía libre para despedir trabajadores cuando quieran. Según esos artículos, las empresas solo pueden sobrevivir a la competencia feroz que hay en el mercado si despiden trabajadores para reducir la masa salarial. Al principio pensé que era solo una parte integral de la vida. Después de todo, recuerdo que, cuando era niña, mi padre solía decir: «Las empresas deben sobrevivir para que la gente viva. Solo cuando a las empresas les vaya bien, la gente podrá vivir bien». Según esa lógica, para que las empresas sobrevivieran, yo debía seguir siendo una empleada sin contrato fijo. ¿Y cómo me atrevía a quejarme, incluso aunque me despidieran y me echaran de la empresa? En ese momento pensé: «¿Qué diablos? ¿Es así como se supone que debe ser la vida?».

Jungsuh hizo una pausa para observar a las dos *eonnies*, que escuchaban con suma atención. Por un momento, pensó que había contado demasiado, pero el alcohol la empujaba a continuar. Por suerte, no había ni una pizca de aburrimiento en sus ojos. Jungsuh se estiró hacia delante para coger la cerveza y miró a las dos *eonnies*, una a una. Ellas levantaron sus latas y brindaron. Bebió un poco de cerveza antes de proseguir.

—Lo sentí como si me hubieran dado una bofetada, pero en ese momento no sabía muy bien qué era lo correcto. Así que lo dejé pasar. Luego, hace dos años, una amiga mía que era enfermera se fue a Australia a pasar unas vacaciones de trabajo. La enfermería es un trabajo vocacional, ¿verdad? Pero ella me dijo que había decidido irse a Australia porque odiaba su trabajo. Le pregunté por qué y me confesó que no era una empleada fija de la plantilla. El trabajo era difícil, pero con la decepción añadida de no

ser fija, se acabó la pasión. No había habido una sola noche en la que pudiera dormir bien durante los últimos años. Si la vida iba a ser dura de todos modos, su lógica era ir a algún lugar donde al menos hubiera un rayo de esperanza. De hecho, me dijo que hay muchos empleados temporales en el hospital. Las *ajummas* que limpian, los *ajusshis* del departamento de mantenimiento, los jóvenes guardias de seguridad. ¡Incluso los médicos! En ese momento me di cuenta. Toda esa tontería sobre la flexibilidad laboral era mentira. No tiene sentido afirmar que las empresas recurren a trabajadores subcontratados para puestos que podrían quedar obsoletos con el fin de facilitar su despido en el futuro. ¿Significa eso que ya no necesitaremos personal de limpieza, de mantenimiento, guardias de seguridad, enfermeras y médicos? ¿Qué es esa tontería de contratarlos por tiempo limitado porque sus empleos son inestables? *Eonnies*, este es mi octavo año trabajando en desarrollo de contenido. Durante los ocho años, fui no permanente. ¿Tiene sentido que, debido a esta fuerza laboral flexible, una empresa de creación de contenido contrate desarrolladores de contenido por tiempo limitado? Es simplemente intimidación y una forma de menospreciar nuestro valor.

Las dos *eonnies* asintieron.

—Así pues, me cambié a otra empresa del sector. Me negué a quedarme en un lugar donde no iban a ascenderme. Dicho esto, en la nueva empresa me hicieron también un contrato temporal, aunque, según ellos, se trataba de uno fijo. Eh. Si es un trabajo temporal, llámalo de ese modo, ¿no? ¿Por qué llamarlo «fijo»? Es solo un juego de palabras. En la nueva empresa, continuaron tentándome con lo del contrato fijo como si de un cebo se tratara. Me hacían trabajar horas extras, asistir a eventos adicionales y cargar con el trabajo de los demás. Todo el tiempo diciéndome que, si trabajaba lo suficiente, me harían fija. Tenía que ganarme la vida, así que fingí aceptar la perorata y trabajé hasta tarde, trabajé de más y trabajé en casa. Llegó un punto en el que comencé a odiarlo todo. Pero, aun así, tenía que esforzarme para hacerlo, y eso me hacía estar furiosa todo el tiempo.

Ser fijos no les daba derecho a delegar las tareas menores.

Aunque llevaban un pase de empleado personalizado colgado del cuello, mientras que Jungsuh solo tenía un pase de acceso general, los fijos, igual que ella, fichaban todas las mañanas y pasaban de puntillas por delante de los jefes cuando salían de la oficina. Sin embargo, había una clara diferencia entre ellos. Jungsuh estaba familiarizada con el conocido dicho de que los trabajadores son como piezas de repuesto de una máquina —normalmente engranajes—, atrapados en una rutina que nunca cambia. Se reemplazan con facilidad. No obstante, los trabajadores temporales ni siquiera tenían el derecho a ser piezas de la máquina. En el mejor de los casos, eran como el aceite que ayudaba a que los engranajes girasen. Una parte de partes. La empresa también los trataba como a entidades separadas. Eran como el agua y el aceite.

—Tras aquel incidente, lo odié todo. El trabajo. A los humanos. ¿Sabéis lo que pasó? Un día, el director me llamó para hablar conmigo. Había un nuevo proyecto y me dijo que lo diera todo de mí. Dijo que era el proyecto perfecto para mostrar mis habilidades y de qué estaba hecha. En mi mente, realmente no estaba pensando: «Si esto va bien, tal vez…». Dicho esto, aun así trabajé muchísimo porque me gustaba tener el control absoluto sobre el proyecto. Durante dos meses, derramé sangre, sudor y lágrimas. Hacía mucho que no disfrutaba tanto del trabajo. Al final de ese periodo, entregué mi trabajo al director. ¿Sabéis lo que hizo ese cabrón? Reemplazó mi trabajo por el de un subgerente imbécil famoso por su falta de cerebro… ¿Y sabéis lo que me dijo el director? Me ofreció una disculpa poco sincera y me dijo que fuera comprensiva. Me dijo: «Jungsuh, no te pueden ascender de todos modos, así que tómatelo como si estuvieras haciendo una buena acción».

Era una sociedad sin escrúpulos, y los comportamientos tóxicos se filtraban a todos los niveles. Muchos colegas se mostraban amables mientras pisaban a otros para ascender. Y aquellos que no pisoteaban miraban con indiferencia desde la banda. Detrás de su indiferencia había miedo: «¿Y si algún día doy un paso en falso y termino como esa persona?». Y para los empleados fijos, Jungsuh era «esa persona».

Lo más difícil para ella era haber desarrollado un odio intenso hacia la gente. Le hervía la sangre al oír la voz del director mezclada con una amabilidad burlona, y no sentía nada más que desprecio al ver a ese subgerente idiota. Cada vez que los veía riendo y charlando en el pasillo, no podía evitar pensar: «Esos bastardos no son mejores que yo. Están donde están solo por una cuestión de suerte, y ahora están haciendo toda esta mierda porque les da miedo perder su trabajo». Estar tan llena de desprecio y rechazo por la gente la hacía sentirse miserable, y eso alimentaba su ira. No podía concentrarse en su trabajo. El trabajo se convirtió en una tarea pesada. Sentía hastío por todo.

—No me reconocía a mí misma. La ira destruyó mi cuerpo. No podía dormir, a pesar de que estaba exhausta. Muchas noches me acostaba en la cama con los ojos abiertos, pese a que tenía que ir directa a la oficina por la mañana. Así que pensé en dejarlo. En fin, era un trabajo temporal, por lo que estaba segura de que podría encontrar otro. Cuando les dije a mis amigos que tenía planeado dejarlo, me dijeron que mejor me tomara unas vacaciones. Me negué. Si se hubiese tratado de una ira que pudiera apagarse con unos días en el extranjero, no se habría materializado en primer lugar. En algún momento tendría que volver a trabajar. Y la ira regresaría. No podía seguir yendo de vacaciones en verano y en invierno. Lo que necesitaba era paz en mi vida, la capacidad para controlar mi ira. Pensé en lo que podía hacer y se me ocurrió una respuesta: la meditación.

Yeongju pensó que sabía hacia dónde se dirigía la historia. El intento de Jungsuh de meditar era sentarse en la cafetería con una taza de café, pero, como no podía hacerlo, había terminado haciendo ganchillo. Tras haber descubierto el placer de crear cosas, comenzó a tejer. Los momentos intermedios en los que cerraba los ojos eran un intento de vaciar la mente.

—El lío de mi cabeza no desapareció con la meditación. Y la ira persistió. Incluso cuando trataba de cerrar los ojos y concentrarme en la respiración, la cara de ese director bastardo y la del subgerente imbécil (ahora, gerente imbécil) seguían flotando frente a mí. Leí en alguna parte que mantener las manos ocupadas

haría que esas distracciones desaparecieran. Lo intenté. Los pensamientos no se esfumaron, pero yo tenía la sensación de que había sido así, porque mi atención estaba en otra parte. Hay dos grandes ventajas de volver a la realidad después de un par de horas tejiendo. En primer lugar, has hecho algo. Y, en segundo lugar, te sientes renovada. Al menos no me enfurecía mientras tejía.

Las dos *eonnies* la escucharon hasta el final. Luego, se tumbaron de nuevo y la instaron a hacer lo mismo. Jungsuh se recostó en paralelo a la pared. Sentía que los nubarrones negros que había en su interior se dispersaban de la misma manera que cuando estaba tejiendo. Todo se difuminó un poco por los bordes, como si hubiera cruzado a otro reino. El sueño la llamó y se le cerraron los párpados. Adormilada, pensó: «Si puedo quedarme dormida así, es probable que me despierte de buen humor».

COMIENZAN LOS SEMINARIOS DE ESCRITURA



Seungwoo se dirigió a la librería ataviado con un suéter grueso y cargado con una mochila al hombro. Podría haber ido en coche, pero quería recorrer a pie, al menos una vez, el trayecto desde la parada de metro hasta la librería. Lo había notado durante su visita anterior, pero recorrer la ruta a pie esta vez le proporcionó la certeza de que la librería Hyunam-Dong no era un lugar con el que te tropezarías de camino a otro sitio. A menos que vivieras cerca, tenías que llegar a ella de manera deliberada. «¿En qué estaba pensando Yeongju (y por qué) cuando decidió abrir una librería en ese lugar?», se preguntó.

Era un barrio tranquilo. Hacía apenas diez minutos había caminado por una calle bulliciosa, pero en ese momento se sentía como un actor que se retira detrás del escenario al final de un espectáculo. Imaginó a los vecinos de aquel lugar andando con cestas de la compra en lugar de bolsas de plástico y le pareció que las personas que se cruzaban por la calle intercambiaban gestos silenciosos de saludo, o al menos se reconocían. Quizá el encanto de la librería, y lo que atraía a los clientes, fuera su ubicación, en ese pintoresco barrio en el cruce entre el pasado y el presente.

Tras una caminata de veinticinco minutos, Seungwoo llegó a

la librería. Se detuvo delante del letrero colocado en el exterior.

> ¡Al fin! La librería Hyunam-Dong presenta una serie de seminarios de escritura. Todos los sábados, aprende el arte de la escritura con Lee Ahreum, autora de *Cada día que leo*, y Hyun Seungwoo, autor de *Cómo escribir bien*.

Seungwoo aún no se había acostumbrado a su nueva identidad como autor —autor publicado, además— y sintió que se le sonrojaban las mejillas frente a las palabras del letrero. Hacía apenas unos años, no habría imaginado que algún día escribiría y publicaría un libro. En efecto, nadie podía predecir el futuro.

Al entrar, una vez más oyó melodiosos acordes de guitarra mientras sus ojos captaban el brillo cálido y amigable de la elegante iluminación. Aunque era su segunda visita, examinó la librería como si fuera nuevo en el lugar. En silencio, contó el número de personas que examinaban los estantes con aire tranquilo, hojeaban un libro o simplemente pasaban los dedos por las tapas. Poco a poco, giró la cabeza y su mirada se fijó en un punto. En su línea de visión apareció la espalda de un cliente que estaba haciendo una compra en el mostrador. Seungwoo permaneció en silencio, esperando que el cliente se moviera. La música melodiosa y el brillo amistoso de las luces se desvanecieron lentamente de sus sentidos. Estaba mirando a donde se encontraba Yeongju.

La dueña de la librería llevaba una camiseta de cuello redondo de color verde, que se había puesto debajo de un cárdigan de color caqui que le llegaba hasta la cadera. Combinaba todo eso con unos vaqueros cortos y completaba el *look* con un cómodo par de zapatillas blancas. Sus ojos siguieron al cliente mientras salía, antes de posarse sobre Seungwoo. Una sonrisa le iluminó el rostro. Seungwoo caminó hacia ella con calma, aunque, por dentro, estaba desesperado por encontrar un saludo apropiado. Cuando comenzó a preguntarse si alguna vez había existido algo semejante al saludo apropiado, su cerebro pareció calmarse de nuevo. Por supuesto, su expresión permaneció inescrutable, como siempre.

Yeongju salió de detrás de la caja registradora.

—Ha llegado temprano, ¿había poco tráfico?

Seungwoo tenía una respuesta apropiada para esa pregunta.

—Ah, he cogido el metro para venir, así que ha estado bien.

—¿No vino en coche la última vez?

—Sí, así es.

Una respuesta sencilla para una pregunta sencilla.

Al mirarla a los ojos, se preguntó si eran el motivo por el que estaba tan nervioso. Por supuesto, también cabía la posibilidad (no tan insignificante) de que estuviera inquieto por el seminario sin más. Como ingeniero de formación, Seungwoo rara vez tenía la necesidad de hablar frente a una multitud. Había participado en seminarios técnicos, pero lo único que tenían que hacer los oradores era hablar mientras el público escuchaba impasible. No era necesario que las conversaciones fueran interesantes, siempre que fueran objetivas y lúcidas. ¿Bastaría para el seminario de ese día? No estaba muy seguro de qué lado de sí mismo mostraría.

«Es probable que solo esté haciendo el ridículo.»

La idea lo puso menos nervioso. Durante las siguientes horas, seguramente estaría ansioso, ya fuera por ella o por la conversación. Estaba convencido de que sonaría incómodo, parecería incómodo. Ni siquiera podía ser su yo común y corriente, y mucho menos dar lo mejor de sí. En ese caso, bien podría acabar con la codicia de querer hacerlo bien. Mientras no le preocupara cómo lo veían los demás, ya había evitado con éxito el peor de los casos.

La sala a la que lo guio Yeongju era pequeña y acogedora. Podía oír débilmente la música que se filtraba desde el área principal, lo cual invitaba mucho más que un silencio opresivo. Yeongju encendió el ordenador y un proyector con mando a distancia. Al mismo tiempo, la pantalla que había al lado de la puerta descendió desplegándose con lentitud. Seungwoo se sentó a la mesa mientras ella buscaba el material que él le había enviado con antelación. Inclinada hacia delante, Yeongju presionó el teclado y le dijo que ella imprimiría el material, mientras que él era libre de dirigir los seminarios de la forma que quisiera. Si le apetecía tomar algo, podía pedirlo en el mostrador de la cafetería.

Una vez que hubo terminado con los preparativos, se sentó sonriendo frente a Seungwoo.

—¿Está nervioso?

¿Se le notaba en el rostro?

—Sí, un poco.

—La seminarista del curso del mediodía me ha dicho que el ambiente era mejor de lo que había esperado —comentó ella mirándolo desde el otro lado de la mesa—. El público ha llegado con una mente abierta y han absorbido todo lo que ella les ha dicho —concluyó con tono positivo.

«Es evidente que dice todo eso para tranquilizarme», pensó él.

—Ah, ya veo.

—Los participantes tenían que rellenar un cuestionario cuando se apuntaron a los seminarios. De los ocho participantes, seis tenían un ejemplar de su libro, dos son seguidores de su blog y tres han leído su columna. Según mi experiencia como anfitriona en charlas y presentaciones de libros, siempre hay un mejor ambiente cuando los participantes están familiarizados con la escritura del autor. Estoy segura de que hoy no será la excepción.

Si bien su ansiedad no desaparecería solo con las palabras de Yeongju, la escuchó en silencio. Quizá fuera cosa del contraste entre Yeongju tal como la conocía en ese momento y la que había vislumbrado en sus escritos. Su escritura era como un río tranquilo de aguas profundas, y él había pensado que quien los había redactado debía de ser alguien sereno y digno. Cuando la había conocido en persona, pensó en ella más como una hoja que como un río. Una hoja verde y sana danzando al viento y yendo hacia donde la llevara la corriente. Donde aterrizaba, murmuraba con suavidad, sus ojos brillaban con modales refinados y completa atención. Era ese contraste lo que despertaba su curiosidad.

Una vez concluidos los preparativos, Seungwoo levantó la vista y sus miradas se cruzaron. También había sentido anteriormente que Yeongju parecía no tener reparos en mirar a la gente a los ojos. Si había alguna incomodidad, era por parte de Seungwoo, y le correspondía a él romper el silencio. Intentó pensar en algo, pero pronto se rindió. Casi se rio de sí mismo. ¿Por qué

estaba tan nervioso y rígido? Ella solo estaba allí sentada, con los ojos brillantes de la emoción.

Mientras se sostenían la mirada, sus nervios parecieron desvanecerse. Ese momento en que estaban sentados frente a frente pareció adquirir un ritmo natural, y todo lo demás —su ansiedad durante las últimas semanas, su vacilación a la hora de enviar una respuesta, el nerviosismo de sus pensamientos, que se desviaban sin parar hacia ella— fue irrelevante. Su corazón se calmó y recuperó la compostura habitual. Rompiendo el contacto visual, dijo:

—Sinceramente, dudé mucho antes de aceptar. Hacerme cargo de los seminarios, quiero decir.

Yeongju sonrió, como si ya lo hubiera adivinado.

—Lo imaginaba. No recibí respuesta durante algún tiempo, así me dio miedo haberle hecho una propuesta descabellada. Cuando pensé en organizar los seminarios, me vino a la mente su cara.

Seungwoo se reclinó contra el respaldo de la silla.

—¿Por qué pensó en mí?

—¿No se lo dije? Soy fan de su trabajo. Adoro su prosa. Es por eso por lo que el día del lanzamiento de su libro actué con rapidez y, ¡eh!, fui la primera en invitarlo a hacer una presentación. —Yeongju dijo todo esto muy rápido, como si estuviera recordando un incidente maravilloso—. Pensé que los seminarios debería impartirlos un escritor fuerte, no me lo podía creer cuando aceptó la invitación. Me alegra ser dueña de una librería. No sabe lo feliz que me hace poder invitar a mis escritores favoritos a mi propio espacio. Desde que era joven siempre fui tan… —Yeongju sonrió con timidez ante su propio exceso de entusiasmo—. Estoy hablando demasiado de mí misma.

—En absoluto. —Seungwoo negó con la cabeza—. Es solo que no estoy acostumbrado a estar cara a cara con alguien que dice ser mi fan.

«Ah.» La boca de Yeongju estaba ligeramente abierta.

—Me contendré.

Él sonrió con suavidad.

—Me ha gustado el trayecto desde la estación.

—Es una distancia considerable. ¿Ha venido andando?

—Sí. Me sorprendí bastante cuando vine por primera vez. Me preguntaba por qué había elegido abrir una librería en lo más profundo de un barrio y por qué la gente venía hasta aquí. Creo que hoy he encontrado la respuesta en el trayecto.

—¿Y cuál cree que puede ser el motivo?

Él la miró un momento.

—Es como dar un paseo por las calles cuando estás en el extranjero. Miras con curiosidad a izquierda y a derecha, te asomas antes de doblar cada esquina. La emoción de lo que no es familiar, de lo desconocido. Es lo que hace que viajar sea tan atractivo. Mientras caminaba hasta aquí, se me ha ocurrido que tal vez la librería Hyunam-Dong fuera esa clase de destino para muchos.

Yeongju dejó escapar un suave suspiro, como si la hubieran conmovido esas palabras.

—Siempre agradezco que la gente venga hasta aquí, teniendo en cuenta que no es un lugar de fácil acceso. Si de verdad sintieran lo que ha descrito usted, estaría absolutamente encantada.

—Así es como me he sentido.

Con una sonrisa brillante y un brillo juguetón en los ojos, Yeongju se inclinó levemente hacia delante.

—¿Puedo preguntarle algo?

—¿Qué?

—¿Qué hizo que aceptara venir?

¿Cómo debía responder? Aún tenía que encontrar las palabras adecuadas para describir sus sentimientos, pero, al mismo tiempo, odiaba mentir. Primero hizo una pausa y luego respondió:

—Tenía curiosidad.

—¿Por qué?

—Por la librería.

—¿La librería?

—Algo de este lugar te hace querer entrar, me produce curiosidad saber qué es.

Por un momento, Yeongju reflexionó sobre sus palabras. Entonces, una expresión de comprensión apareció en su rostro.

¿Era lo que había dicho Jungsuh sobre cómo la energía de la librería la había convertido en una clienta habitual? ¿Significaba eso que la librería tenía muchas posibilidades de sobrevivir? ¿Estaba en el camino correcto? Se sintió bien. Comprobó la hora y se puso de pie.

—Mantendré sus palabras cerca de mi corazón. Es lo que siempre he deseado, que la librería se acercara a la gente. Gracias por el aliento.

Yeongju se percató de que era hora de que llegara el mensajero, salió y cerró la puerta detrás de ella. Seungwoo finalmente tuvo la oportunidad de observar el espacio, pequeño y acogedor. Había tratado de ocultar la verdad con cuidado, sin recurrir a mentiras, pero recordando su respuesta, lo que había dicho también era la verdad. Algo en la librería lo había cautivado. Le gustaba estar allí. No importaba cómo resultara el seminario más tarde, Seungwoo pensó que ese día ya había evitado el peor escenario.

TE DESEO LO MEJOR



Seungwoo no intervino para conseguir a Yeongju su propia columna en el periódico; sin embargo, fue a través de él como la periodista la conoció. A pesar de haber trabajado juntos durante bastante tiempo, solo la había visto una vez, únicamente porque seguía rechazando con cortesía sus invitaciones. No es que ella tuviera especiales ganas de conocerlo, pero como persona que estaba a cargo de su columna, tenía la responsabilidad de ponerse en contacto con él de vez en cuando. No obstante, a Seungwoo no le gustaba reunirse por formalidades, y tampoco le gustaba el inconveniente (para ambas partes) de tener que fingir que les interesaba compartir una pequeña charla.

Ella había entendido la personalidad de Seungwoo durante los primeros días de su relación laboral y eso le gustaba. Así tenía menos trabajo; sabía muy bien que, si no se acercaba a él, no habría manera de que fuera él quien propusiera una reunión. Sus artículos siempre llegaban a tiempo, cada quince días, y los borradores estaban limpios. Tampoco había necesidad de comprobar los hechos, ni de temas controvertidos que atrajeran a un grupo de desagradables guerreros del teclado. Seungwoo tenía un gran dominio de la lengua coreana, con lo que apenas

necesitaba retocar las frases. Su columna era como un barco que navega tranquilamente con el viento de cola.

Dicho esto, no podía interrumpir por completo el contacto con él, por lo cual de vez en cuando buscaba su nombre en internet para ver si había actualizaciones, y así fue como descubrió, en el blog de una librería, que Seungwoo estaba impartiendo seminarios de escritura. Además, habían programado una segunda edición de los seminarios. El Seungwoo que ella conocía no era alguien que aceptara semejantes encargos; seguramente pensaría que era algo muy problemático. ¿Por qué lo hacía ahora? ¿Librería Hyunam-Dong? ¿Era famosa? Llena de curiosidad, siguió el blog y lo consultaba de forma ocasional. Y así fue como conoció los escritos de Yeongju. Además, hubo una sincronicidad perfecta. Había estado buscando a alguien que se hiciera cargo de una columna de libros y, al ver que escribía un número cada vez mayor de libreros, pensó que ella también se uniría a la tendencia. Si bien sus escritos tendían a ser más subjetivos y personales, con un poco de ayuda en la edición, pensó que podría descubrir a una buena columnista.

Así fue como la periodista y Yeongju terminaron conociéndose un domingo por la mañana. Fueron necesarias varias llamadas para que Yeongju cambiara de opinión, por lo que, para disipar sus preocupaciones y para poner cara a los nombres, decidieron encontrarse. Sorprendentemente, Seungwoo se les unió también. Cuando habían hablado por teléfono hacía un par de días, la periodista mencionó a Seungwoo que era probable que Yeongju escribiera una columna para el periódico. Al contarle la historia de fondo, ella le dijo que gracias a él había descubierto a Yeongju y sus escritos. Él no pareció sorprendido. Cuando ella le habló de su próxima reunión el domingo, él murmuró una afirmación protocolaria. Sin embargo, justo antes de colgar, Seungwoo, con su serenidad habitual, preguntó si podía acompañarla y agregó que podrían aprovechar la ocasión para discutir una prórroga de su contrato. En ese momento la periodista pensó que sabía por qué Seungwoo había aceptado impartir los seminarios.

—Creía que no prorrogaría usted su contrato. ¿Qué le ha hecho cambiar de parecer?

La periodista estaba a punto de salir de la reunión del domingo por la mañana cuando de repente se volvió hacia él. Quería poner nervioso a Seungwoo, quien siempre parecía imperturbable, y creía que aquella era una oportunidad única. Le dedicó una sonrisa de complicidad sin quitarle ojo. Yeongju percibió la peculiar energía y lo miró con curiosidad desde un lado. Seungwoo se dio cuenta de que la periodista se había percatado, pero no dejó que se le notara. Manteniendo la expresión neutra y el tono uniforme, respondió:

—Creo que escribir será más placentero a partir de ahora.

La periodista soltó una breve risa y se puso de pie. La respuesta fue suficiente para no revelar sus sentimientos y, al mismo tiempo, decirle con claridad: «Sé que lo sabes». Era una respuesta tan equilibrada que decidió no molestarlo más. Bromeando acerca de las madres trabajadoras, que los fines de semana están más ocupadas, la periodista se despidió de ellos y les dio las gracias por su tiempo.

Cuando se quedaron solos, Yeongju y Seungwoo guardaron silencio. Un rato después, él preguntó:

—¿Te apetece que vayamos a almorzar?

En el centro de la mesa, apareció un guiso de abadejo bien caliente, rodeado de una variedad de guarniciones. Tras profesar su amor por el pescado, Yeongju lo había llevado a un restaurante especializado en estofado de abadejo. A Seungwoo no lo atraía especialmente el abadejo. Lo comía de manera ocasional con amigos cuando se les antojaba, suficiente para recordar que existía semejante pescado en el mundo.

Mientras observaba la variedad de guarniciones que acompañaban al estofado, pensó que el restaurante no parecía un lugar de aquellos donde la gente quitaba las espinas al pescado y se lo comía sin más. Observar la forma en que Yeongju comía fortaleció su convicción. En la mano izquierda sostenía un trozo de

alga sazonada, sobre la cual colocó un poco de arroz. Con los palillos, pellizcó un pedazo de carne de abadejo del tamaño de un bocado, lo sumergió en la salsa y lo puso encima del arroz junto con unos brotes de soja. Procedió a enrollar las algas secas antes de llevárselas a la boca y masticar felizmente con la boca llena. Riendo en silencio, Seungwoo cogió un poco de arroz con los palillos.

—¿Es habitual comer de esa manera? ¿Poniendo el pescado encima del alga?

Ella tragó el último bocado antes de responder.

—Hummm. También es la primera vez que yo lo como de esta manera.

En esta ocasión Seungwoo cogió los brotes de soja.

—Pues lo haces de un modo muy natural. Pensaba que era así como solías comer el estofado de abadejo.

Al ver que Seungwoo comía arroz y los platillos de acompañamiento pero evitaba el abadejo, ella le puso un trozo de alga en la mano.

—¿Cómo de difícil puede resultarte comer esto para que te parezca que existe un modo poco natural de hacerlo? —Yeongju rio mientras cogía un trozo de alga para ella—. Intenta hacer un rollito. Está delicioso.

Imitando los movimientos de Yeongju, Seungwoo añadió primero arroz, luego carne de abadejo y brotes de soja al alga antes de enrollarla y metérsela en la boca. Cuanto más masticaba, más fuerte era el sabor del umami y era, en efecto, y como ella le había dicho, delicioso. Yeongju hizo otro rollo para ella y esperó a que Seungwoo tragara.

—¿Qué te parece?

—Está bueno. —Seungwoo sirvió un vaso de agua y se lo ofreció a Yeongju—. Pero un poco picante.

—Sí, yo también lo creo.

No era ni mediodía cuando salieron del restaurante. Desde donde estaban, solo tardarían cinco minutos en ir andando hasta la estación de metro Sangsu de la línea 6. Sin decir nada, se encaminaron en esa dirección de manera automática.

—No te gusta el frío —dijo Seungwoo al ver que Yeongju se abrazaba con fuerza.

—No. Sinceramente, no lo sé. A veces tolero bien el frío, pero otros días se me mete en los huesos. Supongo que todo depende de mi estado de ánimo.

—Entonces, ¿cómo te sientes ahora?

—¿Ahora?

—Sí. Ahora que vas de camino a casa después de haber comido un delicioso estofado de abadejo. ¿Hace más frío de lo que esperabas o no tanto?

—Hummm... ¿Ves a esa persona de allí? —Yeongju señaló a un hombre que iba delante de ellos. El hombre, en la treintena, avanzaba a toda prisa con los brazos cruzados, como si no soportara más el frío—. Mira el grosor de su bufanda. ¿No crees que parece como si la bufanda se le tragara la cabeza? No creo que tenga tanto frío como él. ¿Quizá siento la clase de frío que puede aliviarse con una taza de té caliente? ¿Es una respuesta suficientemente buena?

Seungwoo se detuvo.

—En ese caso, ¿tomamos un poco de té caliente?

La casa de té tradicional que Seungwoo encontró en internet estaba a diez minutos a pie. Charlaron sobre que había pasado bastante tiempo desde su última visita a una casa de té y pronto llegaron al lugar. Yeongju consultó la carta y pidió un mogwacha; Seungwoo dijo que bebería lo mismo. Desde el primer sorbo ambos reconocieron el sabor, un sabor olvidado largo tiempo atrás.

Seungwoo tomó otro sorbo antes de hablar.

—Una vez fui a un viaje de negocios.

—¿Adónde?

—Atlanta, en Estados Unidos.

—Oh. Siento curiosidad por tu trabajo, pero no me había atrevido a preguntar.

—¿Por qué?

—¿Para no arruinar tu aura de misterio?

Ante su broma, Seungwoo se rio con suavidad. Los seguidores de su blog también le habían contado que parecía envuelto en un

velo de misterio.

—Hoy en día, no hablar de ti mismo te hace parecer misterioso. Solo soy un empleado corriente que va del trabajo a casa. Vivimos en un mundo donde todo el mundo revela demasiado de sí mismo.

Yeongju asintió.

—Tienes razón. Pero pensé que tal vez no responderías si te preguntaba algo con lo que no te sientes cómodo. Yo también soy así. Si hay algo de lo que no quiero hablar y alguien me pregunta al respecto, me enfado.

—No me enfadaré. Te lo prometo. —Seungwoo miró a Yeongju, con una expresión más relajada de lo habitual—. Antes era programador.

—¡Ah! ¡Un ingeniero de formación! ¿Y ahora?

—Cambié de departamento. Ahora me dedico al control de calidad.

—¿Por qué el cambio?

—Me cansé.

—¿Te cansaste?

—Sí. Estaba exhausto. Pero, hummm..., no era de eso de lo que quería hablar.

—Ah, es cierto.

—Iba a decir que ese viaje de negocios me llevó a Estados Unidos durante dos meses. Había tanto que hacer que apenas descansé. Un día estaba fuera haciendo trabajo de campo cuando me encontré con un restaurante coreano. En lugar de agua servían té de jazmín. Lo bebo ocasionalmente en Corea, así que en ese momento no pensé mucho al respecto. Pero cuando regresé a casa del viaje, el aroma del té permaneció en mi mente. A partir de entonces comencé a tomar té de jazmín en casa.

—¿Recreaste el sabor exacto del que bebiste en Estados Unidos?

—No.

—Oh.

—No pude recrear el sabor, pero beber té de jazmín me traía recuerdos del viaje.

—¿Qué clase de recuerdos?

Seungwoo tocó ligeramente la taza con las puntas de los dedos mientras miraba los ojos redondos de Yeongju.

—Por aquel entonces estaba atravesando una mala época. Casi todos los días pensaba en dejarlo todo y volver a casa. El restaurante con el que me topé me ofrecía consuelo. No estoy seguro de por qué, tal vez la energía o la amabilidad del dueño, pero el lugar me dio fuerzas y, gracias a eso, logré salir adelante.

—En efecto, parece un lugar por el que estar agradecido.

—Así es. El motivo por el que lo menciono es que...

—...

—Recordaré esta casa de té durante mucho, mucho tiempo. Es probable que recuerde este sitio muchas veces en el futuro.

—¿Estás atravesando una etapa difícil ahora mismo?

Seungwoo se echó a reír. Yeongju observó fascinada al hombre que se reía de tan buena gana. Cualquiera podría reírse así, pero de alguna manera Yeongju estaba paralizada, quizá porque era un lado de él que resultaba difícil de imaginar, o tal vez reír a carcajadas le sentaba mejor de lo que había pensado. El Seungwoo que tenía delante en ese momento parecía una persona diferente.

Viéndolo sonreír, Yeongju comentó:

—También yo he pensado en algo.

—¿En qué?

—Hace mucho trabajé para una compañía.

—¿Trabajaste para una compañía durante mucho tiempo?

—Más de diez años.

—¿Cuándo lo dejaste?

—Hace tres años.

—¿Y abriste la librería justo después?

—Sí, enseguida.

—¿Era algo que habías planeado antes de dejar el trabajo?

—No.

—Entonces, ¿cuándo se te ocurrió abrir una librería?

—Seungwoo.

—¿Sí?

—Me voy a enfadar… —dijo ella, interrumpiéndolo con una sonrisa.

Él guardó silencio de inmediato.

—Está bien, lo entiendo.

—Una noche terminé de trabajar a las once.

—¿Trabajabas hasta tarde a menudo?

—Sí, muy a menudo.

—Entonces no es de extrañar que quisieras dejarlo.

—Cierto… Esa noche tenía muchas ganas de tomarme una cerveza después de acabar.

—Una cerveza.

—Pero no cualquier cerveza, sino una cerveza de pie en un bar.

—¿De pie en un bar?

—Sí. La fatiga se iría si me sentaba, y odiaba eso. Quería tomarme la cerveza al borde del cansancio. Sentía curiosidad por saber si tendría un sabor distinto.

Seungwoo la miró divertido.

—¿Y cómo te supo esa cerveza?

—Como la miel.

—¿Significa eso que lograste encontrar un bar en el que estar de pie?

—Sí. Y estaba abarrotado, además, me quedé con el último sitio disponible. Fue una bendición beber cerveza de pie.

—La felicidad nunca está demasiado lejos.

—Eso era lo que quería decir.

—¿Sobre la felicidad?

—Sí, quería decir que la felicidad nunca está fuera de nuestro alcance. No está en el pasado lejano ni en el horizonte del futuro. La tengo justo delante. Como la cerveza de aquel día y como el té de hoy.

Yeongju le sonrió radiante.

—En ese caso, si estás buscando la felicidad, solo tienes que tomarte una cerveza.

Ella soltó una carcajada.

—¡Exacto!

—Y por esa dosis extra de felicidad, puedes cansarte hasta el límite y beber de pie.

—Muy cierto. —Ella rio de nuevo—. Yo... —De pronto adoptó un tono mucho más suave y dijo—: Yo creo que la vida se vuelve más fácil cuando sabes que la felicidad no está tan lejos de tu alcance.

Al ver el cambio de humor repentino de Yeongju, Seungwoo sintió la necesidad de preguntarle qué le hacía la vida difícil. Las personas que hablaban acerca de que la vida se volvía más fácil eran en su mayoría quienes estaban pasando por momentos difíciles. Estaban sufriendo, por lo que dedicaban tiempo a pensar en cómo hacerse la vida más fácil, cómo mantener la cabeza alta y seguir avanzando.

Para Seungwoo, la parte más difícil de una conversación era calibrar cuánto podía indagar y cuándo debía detenerse. ¿Cómo no traspasar la fina línea entre la curiosidad y la mala educación? Según su experiencia, una vez que empezaba a tener dudas al hacer una pregunta, era hora de parar. El hecho de empezar a cuestionarse si la pregunta era apropiada era una señal para no hacerla. Cuando no sabía qué decir, había llegado el momento de escuchar. Si cumplía con esas reglas, al menos no daría la impresión de ser un maleducado.

—¿Cuándo te sientes feliz?

Justo cuando había decidido escuchar en silencio, Yeongju le lanzaba una pregunta. Felicidad. Nunca había pensado en eso. Mientras que los hombres perseguían la felicidad de forma natural, Seungwoo se mostraba neutral al respecto. En lugar de en la felicidad, pasaba más tiempo pensando en la productividad. Para él, una vida feliz era quizá una vida en la que invertía bien el tiempo.

—Es una pregunta difícil, dado que no sé qué significa con exactitud ser feliz. Tú has dicho que alcanzabas la felicidad bebiendo cerveza. Creo que puedo entender el sentimiento. Si te sientes feliz en ese momento, entonces eso es felicidad para ti. Todo el mundo tiene una definición diferente de felicidad, y probablemente haya algo que se adapte a mí. Pero es una pregunta

desafiante. ¿Qué es la felicidad para mí? ¿Existe una definición apta para todos?

—Hay muchas escuelas de pensamiento sobre lo que es la felicidad. Según Ari..., oh, no importa.

Yeongju se reprendió a sí misma internamente: «¡Otra vez! ¡Otra vez, no!». Desde que había abierto la librería, le gustaba citar a autores o libros en las conversaciones, un hábito que había adoptado mientras se esforzaba con el fin de encontrar la mejor recomendación para los clientes que buscaban historias que pudieran ayudarlos a transitar por la vida. El hábito arraigó más hondo cuando empezó a escribir sobre libros. Cada vez que le cruzaba un pensamiento por la cabeza, por lo general iba acompañado de un libro que guardaba relación con él. Cuando hablaba, hacía referencia a alguna cita de manera natural, al nombre de algún autor o a una teoría en particular. A ella no le parecía aburrido, pero comprendía que podía incomodar a su interlocutor.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada.

—¿Qué era?

—Nada.

—Ari..., hummm, ¿ibas a hablar de Aristóteles?

Yeongju rodeó la taza con las manos, fingiendo que no sabía de lo que estaba hablando.

—¿Es la *Ética a Nicómaco*, de Aristóteles? He oído hablar de él, pero no lo he leído. Sé que el autor habla de la felicidad en su obra. Bueno, ¿qué dice sobre ella?

Yeongju estaba un poco avergonzada de que le leyeran el pensamiento, así que, en lugar de responder, tomó varios sorbos de té tibio. Detenerse en mitad de una frase parecía una tontería, al igual que sonrojarse en ese momento también era una tontería. Miró furtivamente a Seungwoo, quien la observaba tranquilo, esperando una respuesta. De alguna forma, daba la impresión de que estaba dispuesto a escuchar todo lo que ella decía, sin importar lo aburrido que pudiera ser. Decidió continuar.

—Entonces, Ari..., ¿cómo se llamaba?..., postula que la

felicidad está separada del placer. Para él, la felicidad alude a los logros alcanzados a lo largo de la vida de una persona. Si alguien quisiera ser pintor, tendría que esforzarse mucho para llegar a serlo. Si, años más tarde, lograra convertirse en un pintor de renombre, se consideraría que ha vivido una vida feliz. En el pasado, solía estar de acuerdo con su punto de vista. Nuestro estado de ánimo cambia todo el tiempo, por lo que la misma situación que nos hace felices una noche puede hacernos sentir abatidos al día siguiente. Por ejemplo, beber este mogwacha. Hoy te sientes feliz tomándotelo, pero existe la posibilidad de que mañana, sin importar cuánto mogwacha bebas, te sientas abatido. Los momentos de felicidad tan abstractos no son atractivos. Entonces pensé que, si los logros de nuestra vida determinan nuestro nivel de felicidad, valía la pena darlo todo. Tenía confianza en hacer todo lo posible. Al menos, así me sentía entonces.

—Quien oyera eso sentiría mucha envidia.

—¿El qué?

—Que tienes la confianza de esforzarte lo máximo posible.

—¿Y por qué iba a provocar eso envidia?

—Bueno..., a menudo dicen que ser capaz de esforzarse también es una habilidad en sí.

—Oh.

—¿Por qué cambiaste de opinión? ¿Por qué empezó a disgustarte la felicidad que mostraba ese tal Ari?

—Porque no era feliz. —Tenía el rostro sonrosado—. Los logros obtenidos a lo largo de toda una vida de arduo trabajo son asombrosos. Pero llegué a comprender que lo que decía Ari-como-se-llame es, básicamente, que hay que trabajar toda la vida para ganarse unos últimos momentos de felicidad. Para alcanzar la felicidad al final de la vida, hay que ser miserable una vida entera. Cuando lo pienso de esta forma, la felicidad se vuelve horrible. Es un sentimiento tan vacío apostarlo todo por un solo logro en la vida. Así que cambié de opinión y decidí perseguir el placer, el sentimiento de felicidad.

—¿Eres feliz ahora mismo?

Ella asintió levemente.

—Más que antes.

—Entonces es genial que cambiaras tu forma de pensar.

Yeongju miró a Seungwoo con incertidumbre, como si no supiera si, después de todo, era algo bueno.

—Te deseo lo mejor.

Los ojos de Yeongju se abrieron más aún.

—¿A mí?

—Sí. Te deseo que encuentres la felicidad. Espero que haya mucha alegría en tu vida.

Yeongju parpadeó varias veces y tomó un sorbo de té. Hacía mucho tiempo que nadie le dedicaba unas palabras tan alentadoras, y le gustó sentir cómo la envolvían de fuerza. Dejó la taza en la mesa y sonrió.

—Gracias. Por los ánimos.

Eran casi las cinco de la tarde. Se sorprendieron de lo rápido que había pasado el tiempo. Al salir de la casa de té, se dirigieron con naturalidad a la estación de metro. A la entrada, se detuvieron uno frente al otro.

—Lo he pasado muy bien —dijo Yeongju, justo cuando Seungwoo le tendía una botella de concentrado de té que había comprado mientras ella estaba en el baño. Sonriendo con alegría, cogió la botella, maravillada por su gesto considerado.

—Sé feliz cada vez que lo bebas.

—Lo haré.

Él asintió a modo de despedida y se dio la vuelta. Yeongju no apartó la vista de la espalda de Seungwoo mientras este se inclinaba un poco hacia delante cuando se levantó una repentina ráfaga de viento. Se guardó la botella en el bolso, dio media vuelta y bajó las escaleras hacia la estación, pensando en lo afortunada que era de haber conocido a alguien con la misma energía que la suya.

EL CLUB DE LECTURA PARA MADRES



Una vez que la madre de Mincheol descubrió cuáles eran los días en que su hijo solía acudir a la librería, decidió pasarse solo por las tardes entre semana o los sábados, pero cuando dio inicio el club de lectura, empezó a ir cada dos días para hablar con Yeongju y pedirle consejo.

Ese día, la madre de Mincheol compartía mesa con Jungsuh. Las dos damas solo habían intercambiado saludos silenciosos hasta el momento, pero cuando la madre de Mincheol vio a una pareja que buscaba una mesa vacía, se acercó a Jungsuh y le preguntó si le parecía bien si se sentaba con ella. Jungsuh, que estaba ocupada tejiendo una bufanda, se sobresaltó ante la repentina pregunta. Miró alrededor antes de hacerse a un lado, accediendo en silencio. Las dos mujeres se sentaron una al lado de la otra y charlaron ocasionalmente mientras cada una hacía su propio trabajo.

—Mincheol me contó que podía pasarse una hora entera observándote tejer. Ahora entiendo por qué. —Acarició la bufanda roja a medio terminar que había encima de la mesa.

—Yo también disfruto de cómo pasan las horas mientras tejo.

La madre de Mincheol se rio entre dientes.

Jungsuh levantó la vista y preguntó:

—¿Puedo preguntar en qué estás trabajando?

Sus manos se detuvieron mientras echaba una ojeada al ordenador portátil que la madre de Mincheol tenía delante.

—Ah. ¿Esto? —Parecía un poco avergonzada—. Soy la anfitriona de un club de lectura. Para hacer mi trabajo correctamente, pensé que primero necesitaba organizar mis ideas. Estoy intentando escribirlas, pero no me va nada bien. Debo hacerlo. Si no, me tropezaré con mis propias palabras.

La madre de Mincheol no lo había pensado mucho antes de aceptar asumir el rol. Después de todo, ¿qué dificultad podía entrañar que un grupo de *ajummas* del barrio se reuniera para charlar sobre libros? Había juntado a un grupo de cinco madres a las que había conocido en las clases del centro cultural, adonde iban a pasar el rato, y las animó a unirse al «Club de lectura 1» (más tarde rebautizado como «club de lectura para madres»). Su primer libro fue elegido por Yeongju y llevaba por título *Encuentro al anochecer*, escrito por Park Wan-Suh.

Los nervios hicieron acto de presencia en cuanto empezó la primera reunión. Quería hablar, pero se quedó en blanco, el corazón le latía salvaje y le temblaban las manos. Sin saber qué hacer, pidió a las integrantes del club que se presentaran mientras ella huía de la habitación. En el mostrador de la cafetería, pidió a Minjun un vaso de agua fría. Se lo bebió de un trago, cogió las manos de Yeongju y se quejó de estar perdida mientras daba golpecitos en el suelo con el pie. Prácticamente llorando, la madre de Mincheol dijo que no encontraba las palabras, como si le hubieran atravesado la boca como una brocheta. Yeongju le dio un apretón firme en las manos, le dijo que estaría bien, le aconsejó que siguiera el orden del día despacio; todas entenderían que la primera vez siempre es la más difícil.

La madre de Mincheol respiró hondo y abrió la puerta del club de lectura. Volvió a su asiento y hojeó sus notas a toda prisa. Mientras leía el orden del día, el corazón volvió a latirle con normalidad. Pensando en lo que le había dicho Yeongju —que no era posible ser perfecto desde el principio, que la gente lo entendería—, contuvo las lágrimas que amenazaban con

derramarse. Las demás, que ya habían completado la ronda de presentaciones, la miraron fijamente. Sus rostros, conocidos, le resultaban extraños. Entrelazó los dedos con energía debajo de la mesa e hizo acopio de fuerzas para hablar.

—Escuchen... Quiero decir... Comencemos con las presentaciones de verdad.

El resto parpadeó sin comprender. ¿No acababan de terminar las presentaciones? Ella hizo una honda inspiración y continuó, con la voz cada vez más firme.

—Hola a todas. Mi nombre es Jeon Heejoo. A todas ustedes, aunque me conocen desde hace algún tiempo, les resulta incómodo llamarme por mi nombre, ¿no es cierto? Durante las reuniones de nuestro club de lectura, me gustaría sugerir que todas nos llamemos por nuestro nombre. No quiero que se refieran a mí como «la madre de Mincheol». Quiero que me llamen por mi nombre: Heejoo. Hagamos otra ronda de presentaciones, no como esposa o madre de alguien, sino con nuestros nombres. Minjeong, Hayeong, Sunmi, Yeongsoon, Jiyoung, ¿qué tienen en mente estos días?

Algo más sucedió durante la primera reunión. Al principio, las integrantes se mostraban tímidas y agitaban las manos negándose a hablar, pero luego, todas querían hacerlo al mismo tiempo. Esas mujeres, que solían limitarse a hablar de sus maridos y sus hijos durante las reuniones, quedaron fascinadas de tener de pronto dos horas enteras para hablar de sí mismas. Rieron, lloraron y se tocaron unas a otras el brazo al tiempo que sacaban pañuelos y se abrazaban. Hubo empatía y una buena dosis de reprimenda mientras compartían sus vidas con las demás; con un poco de brusquedad, pero con cruda honestidad.

Esa noche, sintiendo aún la intensidad persistente del ambiente, Heejoo no durmió bien. Durante las primeras horas de la mañana, se encontró pensando en comprar un ordenador portátil. Quería estar mejor preparada para la siguiente reunión.

El club de lectura para madres celebraría pronto su cuarta reunión. Esta vez, sobre otro título de Park Wan-Suh. Todas las integrantes del club se habían convertido en grandes admiradoras

de la famosa autora y querían desafiarse a sí mismas a terminar de leer toda su bibliografía. Esta vez, Heejoo eligió el libro. Había leído un resumen en internet, y cuando lo compartió con el grupo, todas respondieron con entusiasmo. El título era *Mujer de pie*. Heejoo lo había leído una vez y escribía sus pensamientos en el ordenador mientras lo leía por segunda vez. De pronto, dejó de teclear y se volvió hacia Jungsuh.

—¿Mincheol ha mencionado que su madre lo haya descuidado últimamente? No le he prestado mucha atención. Ahora que estoy ocupada con mis propias cosas, paso menos tiempo pensando en él. Por supuesto, no lo ignoro por completo. Pero parece que dirigir un club de lectura ayuda a la hora de criar a un niño que no te escucha. Desvía mi atención, lo cual es muy bienvenido. Me estaba volviendo loca por su culpa.

Las dos mujeres llevaban horas sentadas una al lado de la otra, una tejiendo y la otra escribiendo. Con el rabillo del ojo, Heejoo vio que entraba un hombre en la sala del club de lectura. «¿Hay alguna reunión hoy?», pensó. Ah, claro. Los seminarios. El hombre debía de ser un autor. Unos minutos después, el hombre salió para pedirle una bebida a Minjun y luego caminó hacia Yeongju. Tenía aspecto cansado, el que imaginaba que tendría un autor. Heejoo pensaba que los escritores solían ser quisquillosos, pero al ver la forma en que asentía ante las palabras de Yeongju, el hombre no parecía encajar con ese prototipo. De lejos, solo por la posición de sus labios, parecía ser más bien tranquilo y con talento. Un rostro cansado, una figura delgada; bueno con las palabras, bueno en la conversación. Hummm. Un autor. Heejoo los miró a los dos y sonrió. Simplemente sonrió.

¿PUEDO VIVIR DE UNA LIBRERÍA?



Un mes después de que Yeongju empezara la columna, un periodista contactó con ella para hacerle una entrevista en calidad de propietaria de una librería. En un principio dudó, pero terminó por aceptar, pues pensó que sería buena publicidad para la librería.

Tras la publicación del artículo, algo cambió en la actitud de los clientes hacia ella. Inclinaban la cabeza a modo de saludo y algunos incluso se acercaban para hablarle como si fuera una amiga de toda la vida. A medida que aumentaba el número de clientes, también lo hacían las ventas. La sorprendió ver cómo una sola una entrevista podía provocar semejantes cambios. Si bien el impacto no fue tan inmediato ni tan obvio, también había gente que iba a visitarla porque habían leído su columna en el periódico. En el pasado, las personas que hablaban con ella en la librería generalmente le preguntaban por sus publicaciones en las redes sociales, pero ahora se le acercaban sobre todo por su columna de libros, ya fuera diciendo que les había gustado o pidiéndole que siguiera recomendando más lecturas. También hubo vecinos que acudieron por primera vez después de leer su columna. Una mujer, que parecía tener unos treinta y tantos años, dijo a Yeongju que alardeaba con sus amigos de que la columnista era la dueña de una

librería de su barrio. Le prometió que iría a menudo y, en efecto, Yeongju comenzó a verla cada pocos días a partir de entonces. La mujer parecía especialmente interesada en el mundo del mañana, pues compraba en su mayor parte libros sobre inteligencias artificiales y sobre el futuro de la humanidad.

Yeongju también comenzó a recibir encargos para escribir artículos. Por teléfono, las voces desconocidas de sus posibles clientes a veces le hacían encargos relacionados con temas ambiciosos, como el futuro de las librerías independientes, la muerte del lector o la importancia de los libros y su influencia en los hábitos de lectura. Rechazaba los temas que nunca se le habían pasado por la cabeza, pero los que deseaba explorar, como la importancia de los libros y su influencia, los aceptaba con gusto. Los escribía con cuidado y se enorgullecía de cada artículo, aunque sentía que debía exprimirse el cerebro. Pensaba que aquellos encargos eran una buena oportunidad para que más personas conocieran la librería. Al igual que los libros, las librerías necesitan dar a conocer su existencia para tener posibilidades de sobrevivir.

Gracias a las redes sociales, la librería Hyunam-Dong era conocida entre los amantes de los libros, o de las librerías, pero esos días Yeongju sabía que estaba llegando a un público más amplio. Si bien eran excelentes noticias para la librería, sentía la tensión creciente. El aumento de afluencia también significaba que Yeongju debía dedicar más tiempo a interactuar con los clientes. Asimismo, estaban los nuevos programas que había iniciado, además de lo que ya tenía que hacer a diario, cada semana y cada mes. Estaba empezando a perder el ritmo. «Oh, a este paso voy a estropearlo todo...» En cuanto tuvo ese pensamiento, supo que no podía continuar de ese modo.

Fue entonces cuando recibió una propuesta inesperada de la persona más inesperada. Sangsu, de mirada aguda, después de haber observado con precisión que Yeongju era el centro de todas las operaciones de la librería, se le acercó un día.

—¿Cuáles son las horas de mayor ajetreo?

Sangsu, que dirigía uno de los clubes de lectura, estaba un poco por encima de Yeongju en cuanto a lecturas. Leer dos libros

en un día no era problema para él.

—¿Eh?

—Quiero saber en qué momento del día te sientes más agobiada. —Sangsu era un tipo taciturno, su cabello corto y de punta complementaba su voz ronca.

—No s...

—Piensa.

Yeongju lo pensó bien.

—Creo que las últimas tres horas antes del cierre.

—Está bien. Te ayudaré durante esas tres horas.

—¿Qué?

—Te estoy pidiendo que me contrates a tiempo parcial. Es una solución sencilla, ¿por qué no lo habías pensado?

Sangsu pidió el salario mínimo a cambio de ocuparse de la caja registradora. Le pidió a Yeongju que no le encargara tareas adicionales, argumentando que una persona dedicada en exclusiva a la caja ya le facilitaría mucho las cosas. Le dijo que estaría leyendo cuando no hubiera nadie en el mostrador; si eso le molestaba, podía buscar a otra persona en su lugar. Yeongju le pidió una hora para considerarlo. Cuando transcurrió la hora, se acercó a Sangsu, que estaba leyendo en un rincón.

—Seis días a la semana, tres horas al día, tres meses para empezar. ¿Qué opinas?

—Trato hecho.

Sangsu cumplió su palabra. Se sentaba detrás del mostrador y leía, pero cuando se acercaba un cliente, procesaba el pago sin problemas, como si lo hubiera hecho innumerables veces. Una vez que no había clientes, devolvía su atención al libro. Sin embargo, él mismo decidió ir más allá de las funciones que se había asignado. Le gustaba alardear cuando se trataba de libros. Cada vez que un cliente se le acercaba para pedirle una recomendación, fingía quejarse, pero en realidad hacía alarde de sus grandes conocimientos y, de alguna manera, el cliente siempre terminaba comprando un par de libros adicionales. A partir de entonces, entre los clientes habituales de la librería, Sangsu se ganó el largo apodo de El-*ajusshi*-gruñón-a-tiempo-parcial-que-sabe-mucho.

A medida que la librería Hyunam-Dong ganaba popularidad más allá del barrio, personas que soñaban con abrir sus propias tiendas comenzaron a ponerse en contacto con Yeongju. Algunas incluso se trasladaban hasta la librería. Cuando resultó evidente que había más de un par de posibles propietarios de librerías, Yeongju decidió dar una charla. Un evento único era mucho menos agotador que una serie de eventos. Además, era también una buena forma de difundir el nombre de la librería en poco tiempo. Dos compañeros propietarios de librerías se unieron a ella para la charla un martes a las ocho de la tarde. Aparecieron una decena de potenciales propietarios de librerías. Como era de esperar, las preguntas más básicas encabezaban su lista: «¿Puedo vivir de una librería?». Ninguno de ellos esperaba ganar mucho dinero vendiendo libros. Era su sueño y estarían satisfechos con ganarse la vida de forma modesta haciendo algo que les gustara. El dueño de la Librería A intervino y anunció tímidamente que era la primera vez que hablaba de ese tema.

—Es comprensible que sea lo que más interés les despierte. En mi caso, apenas me las apaño. Después de descontar el alquiler del local, los gastos de suministros y demás, me queda alrededor de un millón y medio de wones al mes. Y si le sumamos el alquiler de mi apartamento y los gastos correspondientes... Bueno, pueden hacerse una idea. Hace seis meses decidí regresar a casa de mis padres. Me emancipé a los veinte años, pero a los treinta y siete vuelvo a vivir con ellos... Me detendré aquí. Por favor, piénsenlo bien: tener una librería no es ningún sueño romántico. No obstante, si están decididos a abrir una, les diré lo siguiente: háganlo. Deben hacerlo para no arrepentirse en el futuro.

La dueña de la Librería B fingió sollozar, como queriendo decir que esa era también la historia de su vida. Sin embargo, lo que ella tenía que decir era un poco más positivo.

—En primer lugar, seré honesta y diré que a veces gano más que A, a veces menos. Si creo que no gané lo suficiente el mes pasado, organizo más eventos el próximo para atraer a más clientes. Y, cuando la cosa se complica mucho, reduzco la cantidad de eventos durante un tiempo para descansar un poco antes de

volver a prepararme. Como cualquier otro propietario de una librería, una de mis mayores inquietudes es cuánto tiempo podré mantener el negocio en marcha. Quienes quieran abrir una librería tendrán estas preocupaciones y otras también. No obstante, si deciden que una librería no es para ustedes y quieren dedicarse a otra cosa, eso conllevará otra serie de preocupaciones. Lo que intento decir es: hagan lo que hagan, deberán enfrentarse a desafíos. Incluso si no es una librería, tendrán preocupaciones en cualquier negocio que abran, y si trabajan para una empresa, también tendrán las suyas. Al final, todo se reduce a esto: «¿Qué clase de trabajo quiero hacer, a pesar de todas las preocupaciones?». Yo elijo preocuparme mientras dirijo una librería.

Después fue el turno de Yeongju.

—Empezaré confesando que todavía me preocupan muchas cosas. Algo que me gustaría recalcar es que es necesario tener suficientes ahorros para mantener la librería, pues cabe suponer que no generará beneficios en seis meses o un año. Sé que es difícil; se trata de una cantidad enorme de dinero. Pero es importante contar con un colchón financiero, puesto que una librería necesita tiempo para darse a conocer. Por descontado, tampoco está garantizado que se vaya a encontrar un equilibrio en el plazo de un año. En mi caso, voy por el tercer año y todavía me preocupa su estabilidad.

El propietario de la Librería A asintió.

—Este es mi quinto año y me pasa lo mismo. En lugar de pensar si la librería ha encontrado su sitio, mi objetivo es hacer que aguante más tiempo. Pero eso no significa que ninguna librería independiente haya encontrado su equilibrio.

Poniendo los ojos en blanco, B mencionó algunos nombres: las librerías que tenían ingresos decentes debido a la variedad de actividades que ofrecían; las librerías vistas como una atracción local y que los participantes anotaron rápidamente en sus teléfonos o en una libreta. Los tres libreros se turnaron para compartir su experiencia, a lo que siguió un turno de preguntas que finalizó pasadas las diez.

Por aquellos días, Mincheol se presentaba en la librería dos veces por semana sin que lo obligaran. En ocasiones, regresaba primero a casa del colegio para quitarse el uniforme y así evitar destacar entre los clientes. Como Yeongju estaba ocupada ese día, Minjun se encargó de charlar con él. Mientras que la librería se iba llenando, el número de mesas en la cafetería se mantenía sin cambios, por lo que no hubo un gran aumento en su carga de trabajo. Estaba algo más ocupado, pero no era como si todos los pedidos de café llegaran al mismo tiempo. Mincheol dio unas cuantas vueltas por el café y, al ver una pausa entre clientes, se acercó a Minjun.

—¿Yeongju está muy ocupada últimamente?

—Sí.

—¿Y por qué no la ayudas?

—Tengo que hacer el café.

—¿Tu contrato dice que solo tienes que hacer café?

—Sí. ¿Por qué? ¿Te parezco poco empático?

—Un poco. Pero, si está escrito en tu contrato, yo no puedo decir nada.

Minjun rio ante la sinceridad de su respuesta.

—La jefa se trae muchas cosas entre manos ahora mismo, pero es porque está intentando hacer crecer el negocio. Por eso está sobrepasada de trabajo.

—¿Y por qué hace eso?

—Dice que es un experimento.

—¿Experimento de qué?

—Para ver lo lejos que puede llegar.

—Hummm... Bueno, está bien mantenerse ocupado.

Minjun dedicó una mirada rápida a Mincheol mientras cogía una taza de café.

—Estás diciendo cosas que no piensas. En realidad no piensas que estar ocupado sea bueno, ¿verdad?

—Todo el mundo está ocupado. Todos vosotros.

—Pero tú no.

—Supongo que soy la excepción.

Minjun asintió sin prestar atención.

—Sí, no es malo ser la excepción.

—Ah, ¿no?

—Vale, deja de hablar y prueba esto —dijo Minjun, al tiempo que le servía una taza.

—No me gustan las cosas amargas.

—No está amargo. Tú pruébalo.

Durante su tiempo libre, Minjun había estado practicando cómo preparar café por goteo, y normalmente acorralaba a Mincheol o a Jungsuh para que hicieran de catadores. Como había empezado a tomar café en su primer año de instituto, Mincheol ya era inmune a la cafeína.

—Parece que aún no soy un humano completamente desarrollado, porque no tolero las cosas amargas —bromeó el chico.

A partir de ese día, Mincheol se convirtió en su cliente más difícil de complacer; es decir, el mejor cliente. Minjun se pasaba el tiempo experimentando con formas para eliminar el amargor del café. Esta vez, finalmente tenía la sensación de haberlo logrado.

—Es algo dulce.

—¿Está bueno?

—No sé qué se considera bueno. Pero resulta agradable —dijo Mincheol—. Noto como si se me derritiera en la boca.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tal vez porque es suave?

—Entonces, ¿quieres decir que es tan suave que parece que se derrita?

Minjun se sirvió un poco de café y dio un sorbo.

—En fin, está muy bueno. *Hyung*,[1]tus habilidades están mejorando.

—Mis habilidades siempre han sido excelentes —respondió Minjun, y dio otro sorbo.

—No, no es cierto.

—Sí lo es. Es solo que no podía hacer un café como a ti te gusta. Ahora también he domesticado tus papilas gustativas.

—Eh, eso no suena bien.

Refunfuñando, Mincheol tomó otro sorbo de café. Minjun observó al chico, que estaba hablando más que nunca, y sugirió una fecha para su siguiente cata.

—Pasado mañana a la misma hora, ¿estás libre?

—Bueno.

Aunque Mincheol actuaba como si todo le fuera indiferente, nunca había rechazado una invitación de Minjun.

—Te prepararé una taza aún mejor la próxima vez.

—Solo lo sabremos cuando la pruebe.

Mincheol apuró el resto del café y dejó la taza.

—Me voy. Voy a despedirme de Yeongju *imo*.

Mientras Minjun recogía las tazas, miró en dirección a Yeongju.

—Está bien, si puedes pillarla desocupada un momento.

Mincheol se paró a un lado con paciencia mientras esperaba a que Yeongju terminara su llamada. Mientras ella levantaba una mano para disculparse, continuó allí de pie, como si estuviera decidido a esperar. Cuando por fin terminó, se acercó a él y le preguntó cómo estaba. Mincheol respondió diligentemente a sus preguntas.

—Es como si mi madre estuviera escribiendo una tesis últimamente.

Yeongju estalló en carcajadas mientras lo acompañaba a la puerta. Él hizo una reverencia corta y —tal vez porque hacía demasiado frío— salió encorvado. Yeongju lo vio alejarse y contempló la idea de organizar un evento para adolescentes, pero se detuvo a tiempo. No, ya tenía demasiadas cosas entre manos.

EL BARISTA SÍ ESTÁ LOS LUNES



- El barista NO está los lunes
- Hoy no está disponible el menú de cafetería
- Tenemos bebidas sin café

#elbaristatrabajacincodíasalasemana
#calidaddevida_barista #conciliación

Los lunes, que eran el día de descanso de Minjun, la cafetería no servía cafés. Para evitar confusiones, Yeongju publicaba un anuncio en el blog y las redes sociales cada lunes por la mañana. A esas alturas, de no ser por los nuevos clientes, nadie pedía café los lunes. Incluso en las raras ocasiones en que alguien lo intentaba, una vez que ella explicaba el motivo, todos apoyaban la necesidad del barista de conciliar la vida laboral y la personal. Se podría decir que se había convertido en parte de la cultura de la librería. Por tanto, Yeongju se mostró exasperada cuando fue el propio Minjun quien rompió el equilibrio.

Cuando Minjun llegó por primera vez un lunes por la tarde y pidió quedarse un par de horas, Yeongju inicialmente pensó que estaba bien hacer una excepción ese día. Minjun le había explicado que necesitaba a alguien que lo ayudara a catar sus cafés, y en casa no había nadie que pudiera hacerlo. Incluso a pesar de que se le acercaba cada media hora con una taza de café recién hecho,

Yeongju no podía echarlo. Gracias a la sobredosis de cafeína, no pegó ojo esa noche.

Perder una noche de sueño no era el problema. El mayor problema era Minjun, que siguió apareciendo en la librería los lunes siguientes. Varias personas se turnaron para ser sus catadores y, sospechosamente, daba la impresión de que habían concertado las citas con anterioridad. Jungsuh llegaba al café casi al mismo tiempo que Minjun para beber taza tras taza, y, si no era ella, era Heejoo. Y si no Heejoo, Mincheol. Si no eran ellos, Sangsu se convertía en su conejillo de Indias. Minjun observaba sus reacciones con atención, como si examinara una radiografía. Un ligero cambio en la expresión se traduciría en deleite o decepción en su rostro. «¡Esa mirada en sus ojos...! ¡Es como si se volviera loco tratando de medir sus reacciones! ¿Cómo voy a exigirle una explicación cuando lo veo así?», pensó Yeongju.

La preocupaba la confusión de los clientes. Los que estaban familiarizados con los «lunes sin barista» sabían perfectamente que Minjun era el barista en cuestión. Varias veces, había visto a los clientes comprobar sus teléfonos para asegurarse de que no se habían equivocado de día. Algunos preguntaban si podían tomar café, mientras que otros entraban y lo pedían sin más. Yeongju, confundida porque sus anuncios semanales de los lunes estaban volviéndose absurdos, decidió buscar una solución.

—Jefa, ¿te estoy poniendo las cosas difíciles? Solo permíteme seguir haciendo esto unos cuantos lunes más. Siento que ya casi lo tengo.

Minjun se le había acercado la semana anterior, pues había notado que estaba molesta. Fue entonces cuando Yeongju tomó la decisión.

—Minjun, ¿intentamos esto?

- El barista SÍ está los lunes (hoy)
- Café por goteo disponible en la librería Hyunam-Dong
- 50 por ciento de descuento de 15.00 a 19.00 horas
- También está disponible el menú sin cafeína

#evolución_baristalibreríahyunamdong
#venytomacafé #noesunapromociónsemanal

Después de que comenzara el evento, en la librería se produjo otro cambio: un aumento significativo en los clientes habituales del café.

TE AYUDARÉ A ECHARLE UN VISTAZO



Yeongju vivía ansiosa todos los días, luchando por lidiar con el repentino aumento de tareas sin cometer ningún error. Incluso cuando sonreía, el cansancio en su rostro era evidente.

—Aun así, gracias a Sangsu, mi carga de trabajo se ha aligerado mucho.

A pesar de sus palabras, Yeongju seguía teniendo demasiadas cosas que hacer. Estaba escribiendo la introducción para el evento del libro de ese mes cuando Jungsuh la llamó.

—*Eonnie*, es obvio que estás luchando por mantenerte a flote.

Yeongju se echó a reír.

—¿En serio? Pensé que lo disimulaba bien.

Ante su actitud frívola, Jungsuh se puso seria.

—¿Tienes mucho que hacer? Necesitas tomarte un respiro, *eonnie*.

Yeongju la miró.

—No es tan grave —dijo con sinceridad, cambiando el tono de broma para indicar que agradecía su preocupación—. Es solo que la tensión ha subido un poco. Digamos que no hace mucho era un nivel seis, que seguramente podría mantener durante otros seis meses, o incluso dos años. Pero hoy en día es como un ocho, así

que es probable que no pueda continuar con semejante intensidad. ¿Cuánto tiempo crees que puede soportar la gente este nivel de tensión? No mucho, ¿verdad? Si tratas de seguir así, tu cuerpo y tu mente podrían colapsar. Muchas personas lo han intentado, pero... —Respiró hondo, como tratando de recalibrar sus ideas—. Aún no he llegado al punto en que piense que explotaré en cualquier momento. No es posible predecir el flujo de clientes de una librería. Justo cuando crees que está comenzando a haber una mayor afluencia, la gente deja de venir. Para siempre. Adiós. El periodo de gran actividad pasará pronto. He empezado algunos proyectos, así que por ahora tengo las manos ocupadas, pero en poco tiempo el público se olvidará de nuevo de la librería. Cuando llegue ese momento, volveré a estar en el nivel seis.

«Hummm.» Jungsuh no sabía muy bien qué decir.

—Dicho así, no puedo decidir si es mejor un seis o un ocho. Sea como sea, me alegra oírlo.

—¿Oír qué?

—Que no hay necesidad de preocuparse por aquellos que saben lo que están haciendo. Me alivia no tener que estar preocupada por ti.

Yeongju la cogió por los hombros y le dio un apretón, como para asegurarle que estaba bien.

—Hay otra cosa. Últimamente no he estado leyendo. No tengo tiempo. Ahora que lo digo en voz alta, no poder leer parece un verdadero problema.

A las nueve de la noche, Yeongju cerró la puerta de la librería y se sentó con Seungwoo, que estaba revisando su artículo. Se había acostumbrado a observar su expresión estoica desde un lado, a pesar de que en el pasado había tenido la sensación de ser muy pequeña junto a él.

A medida que se acercaba la fecha límite para enviar su primer escrito al periódico, Yeongju se había visto al borde de un ataque de pánico. Había terminado el artículo un par de días antes, pero era incapaz de decir si tenía la calidad suficiente para que lo publicaran en un periódico. Resultaba extraño. Como lectora podía discernir con facilidad la buena escritura de la mala, incluso si era

un juicio subjetivo. Pero cuando se trataba de su propia escritura se sentía perdida por completo. No tenía ni idea —como si fuese analfabeta— de si esa pieza podía o no publicarse en algún sitio.

Lo había leído una vez. Dos. Una y otra vez. Justo cuando estaba convencida de que no era lo bastante bueno para aparecer en público, recibió un mensaje de texto de Seungwoo. «¿Cómo va la escritura?» Era un mensaje breve y sencillo; no obstante, ella respondió expresando su maraña de sentimientos en una verbosa respuesta. Seungwoo respondió con otro mensaje corto: «Te ayudaré a echarle un vistazo». Ella aceptó el ofrecimiento.

Al día siguiente, Seungwoo fue a la librería. Yeongju le entregó el borrador con temor. Escribir era difícil, pero mostrárselo a otra persona era peor. Cada vez que publicaba algo en su blog, se le desbocaba el corazón. En esta ocasión se trataba de un periódico real. Y además, ¿a quién tenía delante? El experto en escritura que había librado una guerra pública con el director general de una editorial. ¿Cómo juzgaría él su escritura? Al observar su perfil, no advirtió ni un indicio en su expresión o su lenguaje corporal que le diera una pista sobre lo que estaba pensando. Cuando terminó de leer la última frase, dejó el papel y buscó un bolígrafo en su bolsa. Solo entonces habló.

—Marcaré las partes que deben editarse. También incluiré la razón por la que las he marcado.

Ella todavía no tenía ni idea, a juzgar por su expresión, de lo que pensaba del artículo.

—Mi escrito... ¿está bien? —preguntó sin percatarse de lo derrotada que sonaba.

—Sí, está bien. Entiendo lo que intentas decir.

¿Era normal decir una cosa así si el artículo era decente?

—No es muy bueno..., ¿verdad?

Se sentía como una hormiga en una sartén.

—Es bueno. Siento las emociones en tu escritura y casi puedo ver las imágenes en mi cabeza. El funcionamiento cotidiano de una librería. Comparto tu ansiedad mientras esperas a que entren los clientes.

Ella escudriñó su rostro, tratando de discernir si solo estaba

siendo educado o si hablaba desde el corazón. Como siempre, era indescifrable. O, mejor dicho, solo permanecía tranquilo. Al menos, por su gesto, no parecía un artículo terriblemente vergonzoso de leer. Yeongju decidió tomárselo por el lado positivo.

Pero cuando Seungwoo cogió el bolígrafo y comenzó a resaltar partes del texto sin piedad, empezó a preguntarse si se había engañado. Para ella, al menos, parecía despiadado. Junto a los fragmentos subrayados, con su cuidada caligrafía, Seungwoo escribió una breve explicación de cada error. Diez minutos más tarde —que a ella le parecieron una hora—, todavía estaba en el primer párrafo. Varios pensamientos cruzaron la mente de Yeongju. La determinación de aceptar fríamente que su escritura era espantosa se vio empañada por la decepción por que Seungwoo fuese tan quisquilloso con todo, pero cuando llegó al cuarto párrafo, los pensamientos contradictorios se fusionaron en uno solo: «¿Por qué se esfuerza tanto en esto?».

Durante casi una hora entera, se concentró en su artículo en silencio. A esas alturas, la decepción había dado paso a la comprensión de que, para Seungwoo, ofrecer su ayuda significaba ofrecer algo que haría con sumo cuidado y esfuerzo. Debía de haber sido esa tenacidad suya la que lo había llevado a lograr todo lo que había logrado. Y su rostro siempre cansado probablemente también era el resultado de esa intensidad. Por cortesía, ya que él estaba esforzándose mucho por ella, Yeongju se sentó a su lado y también trabajó un poco. Cuando se percató de que él iba por el último párrafo, cogió dos botellas de cerveza del frigorífico, las destapó y pasó una a Seungwoo, que estaba profundamente concentrado. De repente levantó la vista, sorprendido al ver la cerveza.

—Perdón por hacerte esperar. Ya casi termino —dijo al tiempo que la cogía.

Cuando por fin acabó, lo primero que le dijo fue que no se enfadara por las partes subrayadas. «A menos que seas un escritor profesional, este nivel de corrección es habitual», le indicó, y añadió que había algunas cosas que había marcado a pesar de que eran errores menores que podría haber pasado por alto.

—El flujo del discurso es lógico en general, así que no he tenido que hacer demasiadas modificaciones al respecto —adujo intentando tranquilizarla. Sin embargo, inmediatamente agregó—: De vez en cuando, había partes que no eran lógicas. Una vez que estén corregidas, quedará bien.

Al principio Yeongju estaba confundida, pero después de escuchar su explicación, se dio cuenta de que solo tenía que reescribir una frase para resolver el problema. Durante la hora siguiente, ambos revisaron las correcciones juntos. Finalmente, llegaron a la última frase.

—«Los clientes son esperados.» La conjugación es un poco extraña.

—¿Por qué? —empezó a decir Yeongju—. Oh, cierto…, está en pasiva… —En cuanto descubrió el error, se interrumpió.

—Así es.

Seungwoo le hizo una breve explicación sobre los verbos en pasiva.

—Usamos la forma pasiva cuando el sujeto se somete a una acción. Entonces, *comer* pasa a ser *comido*. Pero usar la forma pasiva con el verbo *esperar* hace que parezca que el sujeto, los clientes, estaban pasando por la acción de esperar, lo cual resulta extraño. Por tanto, debería decir: «Esperé a los clientes».

—Ah, ya veo. Pero…

—¿Sí? —Seungwoo la alentó a proseguir.

—Si lo escribo de esta manera, no parece expresar adecuadamente mi sentimiento de espera a los clientes.

—¿A qué te refieres?

—La sensación de esperar sin querer hacerlo. La ansiedad inconsciente y el anhelo no parecen transmitirse.

Examinó las frases antes de volver a levantar la vista.

—Intenta leer el artículo desde el principio. Tus frases transmiten con claridad los sentimientos que buscas expresar. Estás pensando que hay que poner énfasis en esta frase, ¿verdad? No es necesario. Esas emociones se han transmitido lo suficiente a lo largo del texto. De hecho, es mejor no dar rodeos con esta frase.

Yeongju leyó con atención el artículo desde el principio,

centrándose en si sus sentimientos habían quedado plasmados realmente. Mientras tanto, él la esperaba en silencio jugueteando con su bolígrafo. Un rato después, ella asintió.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Así es.

—Muchas gracias. Si hubiera sabido que esto te quitaría tanto tiempo, no te habría pedido ayuda.

—No hay ningún problema. Lo he pasado bien.

—¿Cuándo estás libre? Me gustaría invitarte a comer por las molestias.

—No es necesario —dijo Seungwoo mientras dejaba el bolígrafo—; en lugar de eso, déjame revisar tus artículos unas cuantas veces más.

Yeongju arqueó las cejas. ¿Ese trato no terminaba beneficiándola más a ella?

—Si corregimos juntos tus trabajos unas cuantas veces más, aprenderás a hacerlo tú sola. Entonces no te sentirás tan ansiosa ni pondrás en duda tus frases.

—Tú estás muy ocupado, ¿por qué no lo reviso sola la próxima vez? Si sigo ansios...

Pensando que había abusado de su tiempo, Yeongju intentaba rechazar su oferta, pero él la interrumpió con suavidad en mitad de la frase.

—No estoy ocupado, así que no debes sentirte como una carga. Una vez que hayas terminado con el próximo artículo, no te agobies por corregirlo sola; envíamelo de inmediato. —Sin darle tiempo a reaccionar, añadió—: ¿Entendido?

—De acuerdo, está bien. Gracias.

Yeongju enseguida envió la versión corregida a la periodista. Si no podía entregar algo mejor de lo que tenía en ese momento, más le valía apartarlo de su vista y de su mente. Seungwoo prefería no beber porque había ido en coche, de modo que charlaron mientras ella se terminaba su cerveza. Volviendo al tema de la espera, decidieron compartir cada uno lo que habían estado esperando con más ansia en la vida.

—Clientes —dijo Yeongju enfáticamente, el agudo anhelo de

los últimos años capturado en las dos sílabas.

Tras pensarlo un poco, Seungwoo respondió:

—No se me ocurre nada.

Eso provocó que Yeongju lo tildara de tramposo al instante. Desde el momento en que cruzaron la librería hasta que apagaron las luces, cerraron la puerta y salieron, la conversación no se detuvo ni un momento.

Al cabo de unas semanas, se encontraron de nuevo saliendo juntos de la librería. Se despidieron y se encaminaron en direcciones opuestas, pero, unos pasos más tarde, Seungwoo se detuvo. Al darse cuenta, Yeongju miró por encima del hombro justo cuando él se giraba hacia ella. Sorprendida, se detuvo en seco y se dio la vuelta también.

—¿Recuerdas cuando hablamos de esperar? —preguntó Seungwoo.

Ella asintió.

—Tengo curiosidad por algo —prosiguió.

Los ojos de Yeongju se abrieron de par en par.

—Respondiste «clientes», ¿no es cierto? Dejando a los clientes a un lado, me preguntaba si hay algo más que esperes en este momento.

A Yeongju no se le ocurría nada, así que respondió que no.

—Aquel día, también yo te dije que no se me ocurría nada. La verdad es que soy vagamente consciente de lo que estoy esperando. Pero creí que no debía revelar mis sentimientos tan pronto. En lugar de eso, debía descubrir poco a poco qué era exactamente lo que quería.

Yeongju lo miró de hito en hito; su expresión dejaba claro que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Él no apartó la vista en ningún momento.

—En este momento, lo que anhelo…

Los dos se hallaban frente a frente, a cuatro pasos de distancia.

—… es el corazón de alguien.

Seungwoo sonrió con suavidad mientras Yeongju lo miraba fijamente, tratando de comprender lo que acababa de decir.

—Aquel día me acusaste de ser un tramposo. Aunque sea tarde, me gustaría deshacerme de esa etiqueta, por eso te lo digo ahora. Vuelve a casa sana y salva, ¿de acuerdo?

Durante un momento prolongado, Yeongju lo vio alejarse, antes de girarse en dirección a casa. «"El corazón de alguien." ¿Qué ha querido decir? ¿Por qué me ha dicho eso?» Recordó fugazmente a Seungwoo regalándole el concentrado de té. Y diciendo que esperaba que encontrara la felicidad. ¿Por qué bailaban esas imágenes en su mente? No lo sabía. Hizo una pausa y se volvió hacia su figura de espaldas antes de seguir adelante, sumida en sus pensamientos. Se puso el gorro de piel que llevaba en la mano.

CON HONESTIDAD Y SINCERIDAD



Yeongju estaba charlando con Mincheol cuando Seungwoo se pasó por la librería una noche después del trabajo. Ella se levantó de su asiento y los dos hombres terminaron compartiendo mesa. Yeongju presentó a Seungwoo como «un autor» y a Mincheol como «un sobrino del barrio». Sin preocuparse por tener que compartir mesa, Seungwoo se puso cómodo y comenzó a leer el artículo. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que el chico que tenía delante no estaba haciendo nada, empezó a sentirse un poco incómodo. Es más, el muchacho no le quitaba ojo.

—¿Te gusta estar ahí sentado sin hacer nada? —Seungwoo lanzó la pregunta sintiendo la obligación de hablar con el chico, que se limitaba a mirarlo fijamente.

—Sí.

—Bueno, podrías ver YouTube o algo así.

—Eso puedo hacerlo en casa.

Al oír su respuesta, asintió levemente con la cabeza y volvió a su trabajo. Esta vez, fue Mincheol quien trató de entablar conversación.

—¿Disfruta usted escribiendo?

En realidad, Mincheol no estaba mirando a Seungwoo sin

motivo: estaba tratando de encontrar el mejor momento para iniciar una conversación. Había pasado por un calvario por culpa de una tarea de escritura: la condición más reciente que le había puesto su madre. Hacía unas semanas, Heejoo le había dicho que, a menos que escribiera una redacción cada quince días, tendría que ir a clases de repaso después de la escuela y estudiar hasta la medianoche. Él había intentado rebelarse amenazando con dejar de acudir a la librería. «Sí, seguro», había replicado ella sin pestañear. Sabía que su hijo esperaba con ansia las visitas a la librería. Y, como las academias de repaso eran tan horribles como la escuela normal, Mincheol no tuvo más remedio que aceptar hacer las redacciones. Heejoo mencionó el requisito con un tono de voz que sugería: «Esto no es negociable». Necesitaba «escribir como es debido».

—No —contestó Seungwoo sin alzar la vista.

—Aun así, me parece alucinante. A mí escribir me resulta superdifícil y, en cambio, para usted es un trabajo.

Los ojos de Seungwoo permanecían en el papel mientras subrayaba el texto aquí y allá.

—Escribir no es mi trabajo.

—Entonces, ¿en qué trabaja?

—En una empresa.

Mincheol no pareció molestarse por las respuestas breves de Seungwoo y continuó interrogándole. De pronto, preguntó al escritor si estaba libre en ese momento. Desconcertado, Seungwoo levantó la vista. Mincheol explicó que tenía algo que preguntarle, pero que, si Seungwoo estaba ocupado, no lo molestaría. El muchacho se dio cuenta de que, de alguna manera, estaba siendo más atrevido y locuaz de lo habitual, tal vez porque estaba hablando con un escritor. Era como si un autor fuera quien podía ayudarlo a resolver su mayor desafío en ese momento, algo en lo que no podía trabajar solo.

Seungwoo hizo una pausa para pensar un instante antes de dejar el bolígrafo sobre la mesa. Al ver cómo apoyaba la espalda en la silla, Mincheol sonrió e inmediatamente le lanzó otra pregunta.

—¿Qué trabajo hace en la empresa?

—Un trabajo normal.

—Hummm... —Mincheol dudó un momento, con una expresión aún más solemne que la de antes—. Entre la escritura y su trabajo en la empresa, ¿cuál le gusta más? ¿Y en cuál es mejor?

Esta vez fue Seungwoo quien dijo:

—Hummm...

¿Qué era lo que quería saber ese chico? ¿Por qué lo observaba con tanta intensidad? A ese paso, parecía que la conversación seguiría durante un buen rato. Miró a Mincheol a los ojos.

—¿Puedo preguntar por qué me haces todas estas preguntas?

—Guarda relación con algo que me ha estado atormentando —dijo el muchacho.

¿Debería dedicarse a algo que le gustara o a algo en lo que fuera bueno? Quería encontrar la respuesta. Esa era la pregunta para la redacción que le había planteado su madre, y, al mismo tiempo, era algo que él también quería descubrir por sí mismo.

Hacía algún tiempo, el único maestro de la escuela que le caía bien, y que daba clases de coreano, había dicho a los alumnos: «Para encontrar la felicidad, haced aquello que os guste. Todos deberíais encontrar algo que os guste hacer, algo que os entusiasme. En lugar de perseguir lo que la sociedad valora, haced lo que os guste. Si lográis encontrarlo, no vaciléis, no importa lo que piensen los demás. Debéis ser valientes».

Según Mincheol, sus palabras conmovieron a muchos de sus compañeros de clase. Uno de ellos había quedado embelesado por su audacia, porque el profesor había reconocido que los niños tienen sus propios pensamientos. Alzando la voz, había instado al resto: «Vamos, pensadlo. ¿Quién más nos diría eso? ¿Dónde encontraremos a un maestro que nos diga que hagamos todo lo contrario de lo que quieren nuestros padres? Sus palabras son audaces. ¿Y recordáis el viejo dicho? ¡Las palabras audaces son lo que debemos guardar en nuestro corazón!».

Las palabras del profesor habían conmovido a sus compañeros. Entretanto, Mincheol se sintió ansioso por primera vez en la vida: «¿De verdad? ¿Tengo que hacer algo que me guste? No se me ocurre nada. No hay nada que me guste o que me

emocione en particular». Para él, todo era lo mismo. A veces encontraba algo interesante, pero enseguida se aburría. Nunca se había entusiasmado con nada —algo que se muriera por hacer— ni había nada que odiara tanto que preferiría morir antes que hacerlo. Tampoco era particularmente bueno en nada. Era común y corriente en todo en la vida, sin más. ¿Cómo se suponía que debía afrontar una vida en la que no había nada que le gustara o en lo que fuera bueno? Se sentía perdido.

Seungwoo creía que comprendía la lucha interna de Mincheol y su curiosidad. No se trataba solo de una angustia adolescente; muchos seguían con esas preguntas a los treinta o los cuarenta años. De hecho, hacía tan solo cinco, Seungwoo había estado debatiéndose en torno a la misma duda. A pesar de tener los labios resecos y los ojos hinchados, se aferraba con tenacidad a su trabajo porque no podía dejarlo ir. Estaba haciendo algo que le gustaba, ¿cómo iba a dejarlo? Sin embargo, no era feliz. Al mismo tiempo, lo preocupaba la posibilidad de arrepentirse en un futuro si renunciaba a lo que le gustaba.

—Me siento muy frustrado. Otros profesores nos dicen que hagamos las cosas bien y punto. Nos ponen en fila según nuestras calificaciones y sueltan: «¡Mira, aquí es donde estás!», y nos avergüenzan diciéndonos que podemos hacer más, que podemos hacerlo mejor. Sin embargo, no importa lo bien que lo hagamos, pues seguimos estancados en una fila. No tiene sentido. Así pues, pensé que era mejor ignorar lo que me dicen esos profesores. Pero, en cambio, no podía ignorar lo que decía mi profesor de coreano. ¿O sí? —La arruga entre las cejas se le hizo más profunda, y parecía aún más cabizbajo—. No soy bueno en nada, no hay nada que me guste. Antes no tenía nada de nada, pero últimamente he estado pensando que venir aquí no es demasiado aburrido: charlar con las tías, con Minjun *hyung*, ayudar a probar el café y ver tejer a Jungsuh *imo*.

—No creo que lo que sientes sea frustración, sino ansiedad.

—¿Qué? —Mincheol levantó la vista.

—Me parece que tienes ansiedad al pensar que debes descubrir rápidamente qué es lo que te gusta o lo que haces bien.

Mincheol evitó la mirada de su interlocutor mientras murmuraba:

—Ah, ¿sí? Hummm..., es verdad. —Luego volvió a centrarse en Seungwoo—. Es como si tuviese que encontrar ese algo cuanto antes.

—¿Por qué tienes prisa? No tienes que apresurarte. Si no te aburre venir aquí, ven más a menudo. Sé quien eres en este momento y todo irá bien.

Mincheol agachó la cabeza de nuevo, como si estuviera luchando con sus pensamientos.

—¿Crees que encontrar algo que te guste te hará más feliz? —preguntó Seungwoo.

Mincheol meneó la cabeza ligeramente.

—No lo sé. Pero si es lo que dice nuestro profesor, supongo que será cierto.

—Ser feliz haciendo algo que disfrutas..., sí, es posible. Estoy seguro de que existen personas así. Por otro lado, también hay personas que se sienten felices cuando hacen algo que se les da bien.

Mincheol frunció el ceño.

—¿Está usted diciendo que depende de cada individuo?

—Hacer lo que te gusta no te garantiza la felicidad. A menos que también estés en un ambiente excelente, entonces tal vez... En ocasiones lo más importante es el ambiente. Si estás en un entorno inadecuado, lo que te gusta puede convertirse en algo a lo que deseas renunciar. Lo que quiero decir es que no todo el mundo encaja en el molde de encontrar la felicidad simplemente descubriendo lo que le gusta. Eso es demasiado simple, por no decir ingenuo.

Desde que iba al instituto, Seungwoo había soñado con convertirse en programador. Y lo hizo. Se incorporó como desarrollador de software a una empresa que fabricaba teléfonos móviles. Al principio, estaba encantado de poder dedicar todo su tiempo a hacer algo que le gustaba. Ni siquiera se quejaba cuando tenía que trabajar hasta tarde. Pero en su tercer año en la empresa, el cansancio hizo acto de presencia. El hecho de que disfrutara de

su empleo —y fuera bueno en él— se convirtió en una cárcel. El trabajo no se distribuía de manera equitativa. Los que eran buenos tenían que asumir más responsabilidades. Cada dos días trabajaba hasta tarde; cada dos meses, realizaba viajes de negocios. Aguantó y aguantó hasta que un día tiró la toalla. Ese día, cuando se le ocurrió que el hecho de que le gustara el trabajo y verse obligado a trabajar en un entorno poco solidario eran cosas totalmente diferentes, solicitó que le cambiaran de departamento. De la noche a la mañana, renunció a lo que le gustaba. Dejó de programar. Se negaba a trabajar horas extras. Y, desde entonces, nunca se había arrepentido de su decisión.

—¿Significa eso que sucede lo mismo con las cosas que se te dan bien? Si el ambiente no te permite disfrutar del trabajo que se te da bien...

—Sí, es la misma lógica. —Seungwoo asintió.

Mincheol seguía con el entrecejo fruncido.

—Dicho esto, no puedes simplemente sentarte y culpar de todo al contexto.

—Entonces, ¿qué deberíamos hacer?

—Nadie puede predecir el futuro. Para saber si te gusta un trabajo, debes probarlo.

Seungwoo había pasado cinco años haciendo lo que le gustaba y otros cinco en un trabajo haciendo lo que no le gustaba. Si tuviera que decidir qué vida era mejor... Hummm. Si tuviera que elegir, elegiría esa última. No era porque el trabajo fuera menos complejo o porque pudiera tomárselo con calma: hacer cosas que no le gustaban lo hacía sentir vacío. Sin embargo, había llenado ese vacío sumergiéndose en la lengua coreana, lo que lo había llevado hasta donde estaba en ese momento. La vida es demasiado complicada y vasta como para que te juzguen solo por tu carrera. Puedes ser infeliz haciendo algo que te guste, del mismo modo que es posible hacer lo que no te gusta pero obtener felicidad de algo distinto por completo. La vida es misteriosa y compleja. El trabajo desempeña un papel importante en la vida, pero no es el único responsable de nuestra felicidad o de nuestra miseria.

—¿Me está usted diciendo que no piense y simplemente haga

lo que sea?

Estaba frustrado, por lo que las palabras salieron de Mincheol con despreocupación.

—Eso no es algo malo —respondió Seungwoo—. Tú prueba algo y, quién sabe, tal vez te guste. Puede ser algo con lo que te topes de manera accidental pero que termines queriendo hacer el resto de tu vida. ¿Quién sabe? Nadie sabe qué pasará a menos que lo intentes. En lugar de angustiarte por lo que debes hacer, piensa en esforzarte en lo que sea que estés haciendo. Es más importante dar lo mejor de ti en cualquier cosa que hagas, por pequeña que parezca. Todo tu esfuerzo acabará sirviendo de algo.

Mirando al chico, que lo observaba con los ojos muy abiertos, Seungwoo dejó escapar un «Aaah». No era fácil de entender para los adultos mayores de treinta años, mucho menos lo sería para un adolescente. Trató de encontrar otra manera de explicarlo. Primero, decidió sugerir algo tangible que Mincheol pudiera hacer de inmediato.

—Muy bien, para resumir lo que hemos hablado: ahora mismo tienes una redacción que escribir. Así que no pienses en nada más. Solo concéntrate en el texto y trabaja en él.

Mincheol suspiró.

—Cuando empieces a escribir, tal vez descubras afición por la escritura.

—Lo dudo mucho.

—No lo sabrás hasta que empieces. No decidas el futuro antes de que suceda.

Mincheol miró con tristeza a Seungwoo.

—Me va a estallar la cabeza. Ahora mismo hay incluso más pensamientos que antes dándome vueltas en la mente... Se supone que tengo que escribir sobre si debo hacer lo que me gusta o en lo que soy bueno. Pero no he llegado a ninguna conclusión.

—Bueno, si no lo sabes, di eso.

—¿Está bien no tener una conclusión definitiva?

—Al forzar una respuesta, corres el riesgo de cerrar los oídos a lo que te dice tu corazón, malinterpretar tus sentimientos o, peor aún, engañarte a ti mismo. Escribe cómo te sientes de verdad. Estás

pensando y estás preocupado por todas esas cosas ahora, ¿verdad? Dilo. O simplemente puedes quejarte de no tener una respuesta; esa también es una solución. Lo que vas a hacer ahora no es solo escribir una redacción. Vas a considerar cuidadosamente lo que quieres hacer en la vida. En ese caso, no deberías apresurarte en dar una respuesta.

Mincheol se rascó la cabeza con un dedo.

—Creo que entiendo lo que dice.

—No siempre tenemos por qué estar relajados o aliviados. A veces, es necesario aferrarse a la frustración de las situaciones, a la complejidad de las cosas, mientras piensas y reflexionas.

—Para aferrarse a esos sentimientos...

—Así es.

—Señor, ¿qué debo hacer para escribir como es debido? Mi madre me dijo que tengo que escribir esto como es debido.

Levantando el bolígrafo, Seungwoo respondió:

—¿No te lo he dicho ya? Escribe con honestidad. Escribe con esfuerzo. Con honestidad y sinceridad. Entonces, cualquier cosa que surja estará escrita como es debido.

CONCENTRARSE EN EL CAFÉ CUANDO SE PREPARA EL CAFÉ



Después de la clase de yoga de la mañana, Minjun regresaba a casa para darse una ducha rápida antes de dirigirse a Goat Beans. Hacía poco que había empezado a aprender a tostar con la esperanza de que comprender el proceso lo ayudase a potenciar los sabores de su brebaje. También había asumido la labor de preparar el café de la mañana para Jimi y sus empleados, teniendo en cuenta sus preferencias individuales. La tostadora era mucho más adecuada para practicar que la librería. Tenía acceso fácil a una variedad de granos y, si algo no estaba disponible, podía convencer a Jimi para que se lo llevara.

Todos en Goat Beans se tomaban muy en serio su café; era lo que atraía a Minjun allí todos los días. Podían estar bromeando en el momento anterior, pero una vez servido el café, el humor cambiaba. Proporcionaban información detallada a cada paso (al absorber el aroma, al hacer girar el líquido oscuro en la boca y al dar el primer sorbo). Los tostadores también aprendían, a través de su café, cómo se comportaban los granos y cómo podrían perfeccionarse aún más las técnicas de tostado. Siempre que había algo diferente en el café, se aseguraban de señalarlo. Dándole

palmaditas en los hombros, Jimi le dijo:

—Si puedes marcar la diferencia a través de la práctica y no por mera suerte, serás un barista bastante decente.

Minjun estaba decidido a no desviarse de su camino. Había aprendido que, si odiaba la vacilación y la incertidumbre, todo lo que tenía que hacer era aferrarse a algo para mantenerse concentrado. Así lo hizo. Se aferró al café. Tras deshacerse de las distracciones, lo abrazó con todo el corazón. Quería ver adónde lo llevaría, hasta dónde podía llegar. Era un pensamiento simple, tan simple que casi resultaba embarazoso, pero le dio fuerzas.

No tenía ningún objetivo en mente mientras preparaba el café. Cada vez, se limitaba a hacerlo lo mejor que podía. Aun así, podía sentir que sus habilidades se desarrollaban; su café estaba mejorando. ¿No era suficiente? Pensó que le bastaba con crecer a ese ritmo. ¿Era importante convertirse en el mejor barista del mundo? ¿Significaría algo la gloria si tuviera que trabajar hasta la extenuación para conseguir el título? Por un momento, se preguntó si se trataría de frustración, pero no lo era. Simplemente aspiraría a una meta más asequible o, de hecho, prescindiría de ella. Se concentraría en dar lo mejor de sí en su trabajo: haría el mejor café que pudiera preparar. Decidió pensar solo en su mejor marca personal.

Dejó de mirar demasiado hacia el futuro. Para él, la distancia entre el presente y el futuro eran unos cuantos goteos; el futuro que tenía bajo su control. Mientras caía el chorro de agua, pensaba en cómo saldría el café. Ese era todo el futuro que se permitía observar.

Por supuesto, había momentos en los que se sentía frustrado porque sus mayores esfuerzos estaban puestos en un futuro a tiro de piedra. Esos días, se estiraba y se ponía de pie, como si intentara prolongar el futuro: una hora, dos horas o un día. Definía el pasado, el presente y el futuro dentro de los límites del tiempo que estaban bajo su control. No había necesidad de pensar más allá de eso. «¿Dónde me veo dentro de un año?» Saber esas cosas estaba más allá de la capacidad humana.

En una ocasión, compartió esos pensamientos con Jungsuh.

Ella lo entendió de inmediato, e incluso lo ayudó a dar un paso más allá.

—Es como concentrarse en el café cuando preparas café, ¿no es cierto?

—Pues..., quiero decir..., sí.

—Ese es el principio básico de un estilo de vida espiritual: existir de forma plena en el momento. Es lo que estás haciendo.

—¿Un estilo de vida espiritual?

—A lo que la gente se refiere cuando dice «Vive el momento». Es fácil de decir, pero ¿qué significa realmente estar en el momento? Significa sumergirte por completo en lo que sea que estés haciendo en ese instante. Si estás respirando, significa concentrarte en inhalar y exhalar; si estás caminando, concentrarte en cada paso que das hacia el frente, y si estás corriendo, centrarte en los movimientos de brazos y piernas. Centrarse en la acción única del momento y dejar de lado el pasado y el futuro.

—Ah...

—Adoptar una actitud madura ante la vida es saber vivir el momento.

—Ah, ¿sí?

—Claro.

Jungsuh miró a Minjun, quien parecía haberse sumido en sus pensamientos.

—Aprovecha el día —dijo de repente, como imitando algún diálogo.

Él se rio de su aire teatral y respondió:

—*Carpe diem*.

—Justo como lo que el señor Keating dijo a sus alumnos: «Encontrad vuestro propio camino, vuestra propia manera de esforzaros, vuestro ritmo, vuestra dirección. ¡Lo que queráis!».

Jungsuh lo reconfortó mucho aquel día. Antes de hablar con ella, tal vez habría escogido centrarse en el futuro inmediato solo porque no podía ver más allá de él. Era una elección de última instancia. Pero ese día Jungsuh le dijo que su actitud hacia la vida tenía sus raíces en las tradiciones religiosas. Como ella le había sugerido, quizá iba camino de convertirse en una persona más

madura. ¿Significaría eso que su vida hasta el momento no había sido solo un esfuerzo inútil? De ser así, supondría un alivio. Sus esfuerzos no habrían sido en balde.

Ese día, Jungsuh le dijo:

—Supongo que por eso tu café es aún mejor ahora.

Estaba elogiando la película *El club de los poetas muertos*, que había vuelto a ver, cuando de pronto cambió de tema y le dijo lo feliz que se sentía por él. Mientras tomaba el primer sorbo de café frío, también le explicó:

—Si te concentras en la limpieza cuando haces la limpieza de primavera, tu casa estará impecable. Lo mismo ocurre con el café. Si te concentras en él mientras lo preparas, resultará aún más delicioso. Sigo pensando en el modo en que ves una taza de café como la distancia entre el presente y el futuro. Me gusta. Y tu café es de verdad delicioso.

Sus palabras le dieron fuerza y aumentaron su confianza. La razón por la que podía mantenerse firme en su convicción no era solo que estaba aferrado al café, sino porque personas como Jungsuh, Yeongju, Jimi y los demás lo apreciaban. El café que preparaba era como un esfuerzo colaborativo con las personas que lo rodeaban. Se trataba de un sabor único para él y para la gente de Goat Beans y la librería. Con todas las buenas energías unidas, no había forma de que el café saliera mal.

A partir de ese día, se añadiría al menú habitual el café de filtrado por goteo. Decidieron empezar con tres granos de diferentes regiones. De ser posible, Minjun quería ofrecer diferentes sabores cada mes, pero como siempre decía Yeongju, era importante que las cosas encontraran primero su lugar. Minjun esperaba que se corriera la voz de que la librería Hyunam-Dong hacía un café delicioso, que su café estuviera a la altura de las expectativas de quienes se acercaran especialmente a probarlo, que los sabores se fusionaran con la energía de la librería y que el aroma persistiera para calentar los corazones de sus clientes.

Era la primera vez que aspiraba a lograr algo con su café. «Sí que he cambiado un poco», pensó.

¿QUIÉN ERA EL HOMBRE QUE HABÍA IDO A BUSCAR A YEONGJU?



Los cuatro compartieron mesa. Seungwoo y Mincheol estaban allí primero, sentados uno frente al otro. Un rato después se les unió Jungsuh, y luego Minjun se sentó con una taza de café. Mientras Seungwoo revisaba el artículo, Jungsuh tejía y hacía comentarios a Minjun sobre el café; Minjun escuchaba con atención. Mincheol, como de costumbre, contemplaba las manos de Jungsuh y hacía preguntas ocasionales a cada uno de los tres.

De vez en cuando, las conversaciones se entrecruzaban en la mesa. Jungsuh sentía curiosidad por saber qué había recibido Seungwoo a cambio de editar los escritos de Yeongju *eonnie*; Mincheol preguntó sin rodeos a Minjun si de verdad le parecía bien estar sentado con ellos cuando Yeongju andaba tan ocupada; Seungwoo pidió a Mincheol que le dejara echar un vistazo a su redacción; Minjun quería saber cuál era la nota más evidente que Jungsuh distinguía en el café y si le gustaba o no. Entretanto, sentado detrás del mostrador, Sangsu leía tranquilamente su libro más reciente mientras atendía a los clientes, y en las estanterías, Yeongju revisaba los registros de ventas y decidía dónde colocar los libros que había pedido ese día.

Entonces sucedió. Justo cuando Minjun puso las manos encima de la mesa, listo para levantarse tras recibir comentarios satisfactorios sobre su café, vio que la puerta se abría y entraba un hombre. Parecía estar buscando algo en la librería, hasta que su mirada recayó en Yeongju. Un atisbo de reconocimiento le iluminó los ojos, pero permaneció de pie en la entrada, observándola. A juzgar por las emociones que cruzaban sus cejas y el suave gesto de sus labios, daba la impresión conocerla bien. ¿Era amigo de la jefa? Minjun se volvió hacia Yeongju, que estaba ocupada ordenando libros en los estantes. Fue solo entonces cuando pareció notar al fin la mirada persistente. Poco a poco, dejó los libros que llevaba en las manos. Al ver su expresión, Minjun se echó hacia atrás en su silla. Sus rostros se habían endurecido cuando sus miradas se cruzaron.

Cuando Minjun se recostó en el asiento, Jungsuh y Mincheol se giraron hacia él. Al ver sus ojos fijos en otra parte, se volvieron para seguir su mirada. Seungwoo, con el bolígrafo todavía en la mano, también observaba a Yeongju y al extraño. Ella decía algo al hombre, pero era como si no pudiera decidir si sonreír o llorar. Yeongju dio media vuelta con lentitud y se dirigió a ellos. Su expresión se desmoronó de inmediato, y la fatiga que había estado conteniendo se desbordó, robando el color a sus mejillas. Había una sonrisa plasmada en su rostro; sin embargo, cuando habló con Minjun, le temblaban las comisuras de los labios. Aun así, su voz era tranquila.

—Minjun, voy a salir un rato.

Estaba a punto de alejarse cuando Seungwoo se levantó y la llamó.

—Yeongju. —Ella se dio la vuelta—. ¿Estás bien?

Al ver la preocupación en su rostro, supo que no había logrado controlar las emociones. Se obligó a esbozar una sonrisa débil.

—Sí, estoy bien.

Después de que Yeongju y el hombre salieran de la librería, los otros cuatro retomaron en silencio lo que habían estado haciendo. ¿Quién era el hombre que había ido a buscar a Yeongju

y por qué se había puesto ella tan pálida? Como ninguno tenía la menor idea, se abstuvieron de hacer especulaciones. Minjun regresó al mostrador de la cafetería. Seungwoo, con el semblante muy serio, continuó trabajando en las correcciones. Mientras tanto, Jungsuh sujetaba una correa a la bolsa ecológica que había tejido, y Mincheol, con la barbilla apoyada en la palma derecha, continuaba mirando las manos de Jungsuh como si nunca se cansara de observar su trabajo.

Cada vez que la puerta principal se abría, todos alzaban la vista de manera simultánea para comprobar si Yeongju había regresado. Ya llevaba dos horas fuera. Incapaz de soportarlo más tiempo, Jungsuh se acercó a Minjun y le propinó un codazo para que la llamara, pero él negó con la cabeza y sugirió que esperaran un poco más. Entonces, veinte minutos antes de cerrar, Yeongju entró con la misma expresión que tenía al irse. Cualquiera podía darse cuenta de que tenía los ojos ligeramente hinchados. Forzó una sonrisa.

—¿Estabais esperándome? Muchas gracias. Minjun, ¿todo bien en la librería? Jungsuh, ¿ya has terminado tu bolsa ecológica? Y Mincheol, ¿por qué sigues aún aquí? Vamos, ve a casa y a dormir. Seungwoo, lo siento. No creo que pueda salir hoy. Te invitaré a cenar la próxima vez, lo prometo. Lo siento mucho. Gracias a todos. Bueno, voy a limpiar antes de irme a casa.

Los cuatro murmuraron una respuesta con aspecto preocupado. A su manera, ya fuera recolocando los libros en los estantes, cerrando las ventanas o alineando las mesas y las sillas, intentaron ayudar discretamente. Yeongju, que había dicho que quería ordenar rápido la librería, estaba aturdida, sentada a su escritorio, reorganizando los artículos con aire distraído. Cerró el portátil, volvió a colocar el material de oficina en el lugar que le correspondía y hojeó su libreta. Al recordar lo que había sucedido antes, ahogó un sollozo y, por un momento, cerró los ojos. Su rostro se puso rígido y enseguida trató de adoptar una expresión neutra. Mientras luchaba por mantenerse firme, Minjun se acercó a ella y se sentó a su lado.

—No ha pasado gran cosa mientras estabas fuera —le dijo—.

Ha venido un cliente poco razonable, pero Sangsu ha sabido manejarlo bien.

Ella asintió.

—Estupendo. Es bueno saber que todo está bien. —Y con su tono bromista de siempre añadió—: He estado anclada en la librería porque pensaba que este lugar se derrumbaría sin mí. Creo que ahora soy libre de hacer novillos alguna que otra vez.

Minjun negó con la cabeza.

—Te necesitamos aquí. Puede que salir te resulte tentador, pero ni lo sueñes.

Yeongju se rio con suavidad.

Jungsuh, Mincheol y Sangsu se habían retirado en silencio; Yeongju estaba sentada y aturdida. Solo Seungwoo permaneció en la mesa, revisando el texto una y otra vez mientras le lanzaba ojeadas ocasionales. Una vez que Minjun terminó de recoger, volvió a sentarse a su lado. Como si hubiera estado esperando, ella empezó a hablar.

—Estaba pensando en el día de la inauguración de la librería. Siempre he vivido de una forma bastante caótica, pero ese día fue un auténtico torbellino. Solo la cuarta parte de los estantes estaban llenos. Había estado tan concentrada en los preparativos de la librería que ni siquiera se me había ocurrido un nombre. La llamé librería Hyunam-Dong de forma un poco precipitada. Al principio me arrepentí. Sonaba muy común. Pero ahora me encanta. Parece que la librería lleve mucho tiempo asentada en el barrio.

Hizo una pausa.

—Por aquel entonces, lo único que quería era tomarme un respiro y volver a la lectura. Uno o dos años... Quería descansar y hacer algo que me gustara. Pensé que estaría bien incluso si no obtenía beneficios.

—En cierto modo lo suponía, al ver cuánto me estás pagando —dijo Minjun mientras intentaba imaginar la librería con solo una cuarta parte de la colección actual—. Pero mírate ahora. Siempre estás ocupada. No creo que estés descansando.

—Hummm, no recuerdo exactamente cuándo cambiaron mis objetivos, pero fue después de que llegaras tú. Un día me dije que

quería que esta librería siguiera funcionando durante mucho tiempo. Pero continuaba preocupándome qué hacer para sostener el negocio, y mi ansiedad aumentó; fue entonces cuando dejé de dormir.

—¿Has descubierto cómo mantener este sitio en funcionamiento?

—No, todavía no. Y tengo un poco de miedo. Cuanto más ocupada estoy, más pienso en el pasado. En aquel entonces, cuando todo era caótico y frenético, odiaba mi vida. La odiaba tanto que lo abandoné todo y escapé. Lo dejé todo y a todos atrás. Ya no soportaba vivir así, por lo que hice caso a mi corazón y lo tiré todo por la borda.

Minjun notó que iba apagándosele la voz. Ladeó la cabeza y la observó en silencio. Seungwoo se echó la mochila al hombro derecho y caminó hacia ellos, luego entregó una hoja de papel a Yeongju en silencio. Como sabía que ella contestaría que bien, no le preguntó cómo estaba. Yeongju cogió el papel y se puso de pie.

—Gracias, pero hoy... —Su tono era de disculpa.

—Lo has dicho hace un momento. No te preocupes.

Echó un vistazo al papel, que estaba lleno de correcciones y notas suyas.

—Gracias, de verdad.

Aquello que la preocupaba se acrecentó en su rostro; tenía los ojos tristes y enrojecidos. Seungwoo pensó que esa expresión le resultaba familiar. Revelaba la misma melancolía que había vislumbrado en sus escritos antes de conocerla en persona. Por aquel entonces, él no había sido capaz de relacionar su personalidad alegre con la impresión que le había producido lo que escribía. En ese momento lo supo. Era probable que el incidente de ese día proviniera de la raíz de su tristeza. ¿Quién era el hombre? Quería saber más, saber qué había sucedido y qué significaba todo eso para ella. Pero reprimió su curiosidad y se limitó a mirarla en silencio. Inclinó ligeramente la cabeza y estaba a punto de despedirse cuando Yeongju lo llamó.

—Seungwoo.

Tenía una nota de determinación en la voz. Él se dio la vuelta.

—El hombre que ha venido antes. ¿No tienes curiosidad por saber quién es?

La expresión débil de su rostro no concordaba con su tono.

—Sí —respondió Seungwoo, tratando de mantener la voz neutra.

—Es un amigo de mi exmarido.

Intentó no dejar que la sorpresa se reflejara en sus ojos mientras la observaba fijamente.

—Ha venido a saludarme de parte de mi exmarido y a ver cómo estaba.

—Ah…, ya veo.

Seungwoo bajó los ojos mientras intentaba procesar sus palabras.

Yeongju lo siguió con la mirada mientras él se despedía una vez más. En el momento en que abrió la puerta y salió, ella se desplomó en la silla, como si se hubiera quedado sin la última gota de energía. Junto a ella, Minjun permanecía sentado en silencio.

SOLTANDO EL PASADO



Esa noche, después de un esfuerzo hercúleo para ducharse y cambiarse, Yeongju se acostó en la cama. Tenía el cuerpo y la mente completamente agotados. Sin embargo, el sueño la evitaba. El rostro borroso de Chang-In aparecía y desaparecía frente a ella.

Yeongju se incorporó, cogió el libro que tenía en la mesilla de noche y se dirigió a la sala de estar. Se sentó junto a la ventana y lo abrió por la página donde lo había dejado. Intentó leer, pero no recordaba nada. Decidió volver al principio del libro. Apenas logró repasar algunas frases antes de cerrarlo y abrazarse las rodillas. Se apoyó la barbilla en las manos mientras miraba por la ventana. En la calle, un hombre y una mujer, probablemente amigos, charlaban al pasar. Verlos le recordó la conversación con Taewoo de aquella tarde. Cuando el rostro de Chang-In resurgió de entre sus recuerdos, trató de detenerlo, pero se dio cuenta de que ya no era necesario. Ese día podía pensar en él cada vez que se le pasaba por la cabeza... Había recibido su permiso para hacerlo.

Taewoo era amigo de Chang-In. Y de Yeongju. Los dos hombres habían ido juntos a la universidad antes de empezar a trabajar en la misma compañía. Fue allí donde ella conoció a Taewoo. En sentido estricto, había sido él quien le había

presentado a Chang-In. Un día, mientras estaban tomando un café en el *office* entró Chang-In, de modo que Taewoo hizo las presentaciones. Si Chang-In no se hubiera fijado en ella ese día, probablemente no se le habría acercado la siguiente vez que se encontraron para un nuevo proyecto. A medida que se le aproximaba poco a poco, confesó que era la primera vez que tomaba la iniciativa de hablar con una chica, llamarla por teléfono para invitarla a comer y sugerirle que salieran. A Yeongju le pareció bonito cuando le contó todo eso con torpeza, así que aceptó salir con él. Un año después, se casaron.

Tenían muchas cosas en común. Ninguno tenía experiencia en asuntos del corazón, y sus relaciones fallidas del pasado habían seguido caminos similares y habían terminado con una nota similar. Se rieron de cómo sus anteriores parejas los habían dejado porque estaban hartos de desempeñar un papel secundario en sus carreras. Se alegraron de que, al estar igual de ocupados y enfocados en sus respectivas carreras, no hubiera necesidad de disculparse. Cuando uno de ellos tenía que cancelar una cita para volver al trabajo, la otra persona nunca se enfadaba. No podrían, no cuando el otro habría hecho lo mismo. Después de un cómodo noviazgo, se casaron, por supuesto. No había nadie más que pudiera entenderlos tan bien, pensaban.

Si bien tenían la misma mentalidad profesional, no competían por quién iba más rápido; perseguían el éxito de la mano. Las veces que se encontraban en la cafetería de la empresa superaban de largo las veces en que se veían en la cocina de su propia casa. Si bien no tenían idea de lo que el otro pensaba de la vida, estaban familiarizados con los proyectos en los que ambos trabajaban, con el éxito de los proyectos y los papeles que desempeñaban. Sus conversaciones eran pocas, pero la confianza era mucha. En el trabajo siempre se trataban con la mayor de las consideraciones. Fuera de él, se gustaban y se respetaban como pareja. Nadie habría pensado que podrían llegar a romper. Hasta el día en que Yeongju comenzó a cambiar.

Yeongju odiaba dramatizar lo que le había sucedido. Los empleados de la empresa que sufrían agotamiento eran más de una

docena. Cualquiera podía despertarse un día y, sin más, tener miedo de ir a la oficina. Estaba segura de que no era la única que lo había experimentado. Un día, en medio de una reunión, sintió como si le apretaran el corazón. Quería decir algo, pero tenía la mente envuelta en una especie de niebla y sintió que se le derretían las piernas. Los síntomas volvieron a aparecer varias veces y, en una ocasión, notó que le faltaba tanto el aliento —como si alguien le rodeara la garganta con las manos— que salió huyendo del edificio.

Pensando que estaba estresada por el proyecto en el que había estado trabajando, que los síntomas eran una manifestación del cansancio, continuó soportando el malestar durante varios meses más. Un día, justo cuando estaba a punto de salir de casa para ir a trabajar, se derrumbó de pronto y se echó a llorar. No había manera de que pudiera llegar a la oficina. A Chang-In le sorprendió aquel arrebato, pero después de decirle que fuera al hospital a que la examinaran si no se encontraba bien, se marchó a la oficina. Por primera vez en mucho tiempo, Yeongju se tomó un día libre y se dirigió al hospital. El médico le preguntó cuándo había sido la última vez que se había ido de vacaciones. Ella respondió que no lo recordaba. Inconscientemente, no quería decirle que, incluso durante sus últimas vacaciones, había estado trabajando.

El médico le recetó unas pastillas para aliviar la ansiedad y le indicó que supervisaría su evolución. Mirándola con ojos amables, le dijo que había estado viviendo con ansiedad durante mucho tiempo, pero, como no se había dado cuenta, su cuerpo le estaba enviando aquellas señales. Le sugirió que se tomara un descanso, aunque fuera solo unos días. Los hombros se le doblaron y se derrumbó delante de él. No por lo que le había dicho. Fue la bondad en sus ojos. ¿Hacía cuánto tiempo que no recibía una muestra tan tierna de preocupación?

Desde la perspectiva de Chang-In, debió de resultar desconcertante ver el cambio de ciento ochenta grados que había dado Yeongju. Sin duda debía de haberse sorprendido al ver a Yeongju, que en otros tiempos brillaba por su confianza, convertida en una niña perdida de la noche a la mañana. Ella le

pidió que se quedara a su lado, obligándolo a sentarse y a escucharla. Quería hablar de lo que le estaba pasando. Necesitaba un oído atento. Sin embargo, Chang-In estaba ocupado. Solo pudo disculparse y decirle que le concedería tiempo más tarde. Yeongju podía ver las cosas desde la perspectiva de su marido. Sin embargo, estaba resentida con él. Él se preocupaba por ella, pero nunca había sido afectuoso. Y con ella sucedía lo mismo. Su matrimonio no estaba basado en el afecto. Como él nunca estaba disponible, Yeongju no tuvo más remedio que resolverlo por sí misma y tomar sus propias decisiones. Redujo su carga de trabajo y, cuando pudo, agotó sus vacaciones anuales. Al tener más tiempo, empezó a pensar en el pasado. Como le había dicho el médico, había estado viviendo con ansiedad. ¿Cuándo había empezado todo? Quizá el primer año de instituto. Yeongju creció amando los libros y el tiempo de juego con sus amigos, pero las cosas habían cambiado cuando entró en el instituto. Si bien fue en parte porque el negocio de su familia se había ido a pique de la noche a la mañana, la razón más importante había sido que ella había estado absorbiendo la ansiedad de sus padres durante los tres años que habían pasado tratando de reconstruir la empresa. Sus padres siempre parecían rondar por ahí con expresión tensa y el rostro pálido mientras se desesperaban a causa de su fracaso. Ella absorbió su ansiedad y, cuando era adolescente, siempre estaba al borde del abismo. Al pensar en cómo ella misma también podría llegar a fallar si daba un solo paso en falso, se aferró a su escritorio. Pero incluso entonces, la ansiedad la hacía temblar.

Yeongju recordó sus días en el instituto, todas las veces en que se dirigía emocionada hacia las casas de sus amigos solo para detenerse de pronto, volver y encaminarse hacia la sala de estudio, presa del pánico. Lo mismo sucedía en la universidad. Tenía muy pocos recuerdos en los que estuviera divirtiéndose con sus amigos. Si bien la gente se acercaba a ella debido a su personalidad brillante, gradualmente se distanciaban cuando se daban cuenta de que nunca tendría tiempo para ellos.

Yeongju siempre intentaba ir por delante en todo. Ni siquiera necesitaba hacer un esfuerzo deliberado. Incluso sin ser consciente

de ello, trabajaba y estudiaba arduamente. Vivía como un robot que no conocía el descanso.

Cuando Chang-In estaba en el trabajo, Yeongju pasaba el tiempo en casa pensando en cómo debería vivir su vida a partir de entonces. Primero, dejaría su empleo. Cuando informó a Chang-In de su decisión unos días después, él se sorprendió, pero lo aceptó. Sin embargo, no era suficiente. Yeongju también quería que él dejara su trabajo. Si la vida de Chang-In continuaba por el mismo camino, sentía que sería como vivir con su yo del pasado; cada vez que lo miraba, notaba que la garganta se le cerraba y el corazón se le contraía mientras le brotaban las lágrimas. Chang-In tenía que renunciar, por ella. Él rechazó su petición, por supuesto. Durante meses discutieron a menudo por sus diferencias de opinión, hasta que un día ella sugirió que terminaran la relación.

Todos los que conocían a la pareja la reprendieron. ¡Ningún marido en el mundo aceptaría una petición tan ridícula! Sería mejor que Yeongju renunciara sola y se fuera de viaje a algún sitio. Podía entender por qué todos se pusieron del lado de su marido. Ella misma se sentía como la mala de la película, tanto para consigo misma como para con Chang-In.

La oposición más fuerte provino de su madre. Comenzó a ir todos los días a su casa para cuidar de su yerno. Se preocupaba por prepararle a él un abundante desayuno, mientras que a Yeongju le arrojaba maldiciones que su hija nunca le había oído. Criticaba a Yeongju por ser la única mujer que quería separarse porque su marido era muy trabajador. Si decidía seguir actuando del mismo modo, no quería volver a verla. Le dijo que podía ir a buscarla cuando cambiara de opinión. Esas fueron las últimas palabras que le dirigió su madre porque, a partir de ese momento, Yeongju no volvió a contactar con ella.

El divorcio se desarrolló sin gran fanfarria. Ella lo resolvió todo, en nombre del siempre ocupado Chang-In. Él escribió todo lo que ella le dijo, estampó su sello en los documentos tal como ella le indicó y se presentó cuando ella se lo pidió. Incluso cuando se dirigían a su última visita al juzgado, Chang-In aún no podía entender lo que estaba sucediendo. Hasta el final, se sintió como

un espectador que observaba cómo se desarrollaban las cosas. Solo después de que finalizara el divorcio la miró fijamente, con los ojos vacíos.

—Así que me dejas para poder encontrar la felicidad. Bien. Sé feliz, entonces. Debes estar feliz, porque ahora el miserable seré yo. No sabía que alguien pudiera sufrir tanto viviendo conmigo. Ni que yo fuera la fuente de tu miseria. Olvídate de mí, entonces. Olvídame y olvida todos los recuerdos que compartimos. No vuelvas a pensar en mí nunca más. No te atrevas a recordar nuestro tiempo juntos ni los momentos que compartimos. Nunca te olvidaré. Viviré mi vida guardándote resentimiento. Te recordaré como la mujer que me hizo sufrir. No te atrevas a presentarte ante mí otra vez. No volveremos a vernos nunca.

Las lágrimas corrían por el rostro de Chang-In. Era como si el peso de todo lo hubiera golpeado en aquel instante.

Por primera vez desde aquel día, Yeongju recordó su última conversación. Como si se hubiera abierto una compuerta, gritó a todo pulmón. Había sentido tanta pena por Chang-In que no había podido llorar como era debido en todo ese tiempo. Era como si no se hubiera permitido dejarse llevar por completo y solo hubiera roto a llorar cuando ya no era capaz de contener las lágrimas. Pensó que tenía que obligarse a olvidar porque él se lo había pedido. Lamentó no poder decirle que lo sentía; lo había hecho todo tan mal que ni siquiera podía decir que estaba equivocada. Ese día, Chang-In había enviado a Taewoo para decirle que ya estaba bien recordar, que estaba bien que llorara tanto como quisiera.

—Me encontré con tu columna en el periódico —le dijo Taewoo. Habían ido a un café cerca de la librería—. Le dije a Chang-In que la leyera y él lo hizo sin decir nada. Después del divorcio, solía enfurecerse si mencionaba algo sobre ti. Al parecer, leía tu columna de vez en cuando, así como todo lo que había en tu blog y redes sociales. Parece que se ha calmado y ha dejado atrás el pasado. Hace unos días me dijo que te buscara y te transmitiera sus palabras. Quería decirte que él también tuvo la culpa de muchas cosas. Después del divorcio, reflexionó sobre sí mismo y se

dio cuenta de que nunca te había preguntado por qué estabas pasando por un momento difícil. Simplemente pensó que con el tiempo estarías bien. Confesó que estaba irritado porque dejaste el trabajo y tiraste por la borda todos los proyectos en los que te habías esforzado. La gente de la oficina también le contó algunas cosas desagradables. Dice que pensaba que, al no transmitirte el estrés que estaba recibiendo en el trabajo, ya estaba mostrando cariño y preocupación por ti. Pero se dio cuenta de que no era así.

—Yo habría hecho lo mismo de haber estado en su lugar —dijo Yeongju mientras jugueteaba con su taza—. Todo sucedió de repente. Si Chang-In hubiera actuado como lo hice yo, yo también me habría irritado. Fue culpa mía. Él hizo nada malo. Por favor, díselo.

—No puedes saber si hubieras hecho lo mismo. Quizá no —repuso Taewoo con una sonrisa—. Chang-In dice que escribes bien.

Taewoo cogió su taza y bebió un sorbo de café antes de marcharse. La miró a los ojos.

—Ha percibido la tristeza en tus escritos. Deberías ser feliz haciendo lo que te gusta, pero escribir es triste. Dice que odiaría que él fuera la razón por la que la ambiciosa y confiada Yeongju ha desaparecido. Por eso pensó que debería hacerte saber que su vida es mejor de lo que imaginaba. A veces todavía te guarda rencor, pero no se siente miserable. No sé si debería decirte esto...

Vaciló y dio otro sorbo al café.

—Me dijo que tú y él erais grandes socios. Pero los socios solo pueden permanecer juntos cuando sus objetivos son los mismos. Como vosotros dos compartíais los mismos objetivos, permanecisteis uno al lado del otro. Pero una vez que alguien se desvía en una dirección diferente, no queda más remedio que separarse. Esas fueron sus palabras. Separarse. Dijo que, si de verdad te hubiera amado, habría hecho lo que tú quisieras. Pero no pudo hacerlo, y lo lamentó. Sin embargo, como no te costó mucho dejarlo, probablemente tú tampoco lo amabas tanto. La separación fue posible porque ambos os considerabais socios. Quería que te lo dijera.

Ella no reaccionó ante sus palabras.

—Dijo que cortaste el contacto con todo el mundo de tu pasado cuando te fuiste. Pero ya no es necesario que lo hagas. Dijo que nosotros también deberíamos seguir manteniéndonos en contacto. Cuando oí eso, me enfadé mucho. Puedo pensar por mí mismo. ¿Quién se cree que es? Y tú. ¿Quiénes sois vosotros dos para decidir si tú y yo podemos vernos o no?

Yeongju esbozó una sonrisa lánguida.

—Yeongju.

—¿Sí?

—Lo lamento.

Ella lo miró con los ojos enrojecidos.

—Fui demasiado duro contigo. Pensé que habías abandonado a Chang-In con demasiada facilidad y estaba muy enfadado. Un matrimonio debe resolver todos los problemas unido. Eso era lo que pensaba. Pero más tarde me di cuenta de que estaba pensando más en Chang-In que en ti. No había considerado lo terriblemente herida que estabas en aquel entonces. Aunque esta disculpa te llega demasiado tarde, lo siento.

Yeongju se secó las lágrimas y bajó la vista.

—Chang-In dijo que le gustaría volver a verte dentro de tres años. Ese será el momento en que regresará de la oficina de Estados Unidos. Le va muy bien en el trabajo, como siempre. Dice que nació para trabajar. Después de que lo dejaras de forma tan abrupta, comenzó a hacerse chequeos médicos regulares. Está perfecto de salud, física y mentalmente. Ah. Dice que no es necesario que os veáis dentro de tres años, si alguno de los dos está casado o tiene un nuevo amante. Porque sería incorrecto con respecto a la nueva persona de vuestras vidas. Lo más importante es que, si ambos seguís solteros, nunca consideréis la posibilidad de volver a estar juntos. Dijo que no tiene esos sentimientos en absoluto. Nunca podrá superar del todo cómo lo trataste al final.

Yeongju sonrió. Recordó que Chang-In solía construir un muro a su alrededor cuando se trataba de las mujeres.

Luego ella le contó a Taewoo cómo había terminado abriendo una librería y cómo la había administrado a lo largo de los años.

—Mi sueño de infancia era tener una librería —dijo—. Y

después del divorcio, en lo único en lo que pude pensar fue en abrir una.

Estaba desesperada por volver a ser la brillante y alegre niña de instituto que amaba los libros más que cualquier otra cosa. Quería volver a empezar desde allí. Eso era todo en lo que podía pensar.

Inmediatamente después del divorcio, Yeongju comenzó a buscar una ubicación para la librería. Se decidió por Hyunam-Dong, por el carácter *hyu* 휴, proveniente del *hanja* 休, que significa «descanso». En cuanto lo supo, puso toda la ilusión. Nunca había estado en el vecindario, pero le daba la impresión de ser un lugar donde había muchas personas a las que conocía desde hacía largo tiempo. Originalmente, su plan era tomarse las cosas con calma. Pero una vez que tenía una meta, era como si estuviera pisando el acelerador. Visitó con diligencia a agentes inmobiliarios para buscar propiedades disponibles y solo tardó unos días en encontrar la ubicación actual. Le dijeron que se trataba de una vivienda de una sola planta, pero el propietario anterior había abierto allí una cafetería, que luego quebró. El espacio permaneció vacío algunos años. En el momento en que lo vio supo que era el indicado. Había mucho trabajo de reforma por hacer, ya que había estado abandonado durante años, pero eso significaba que podía personalizar cada rincón. Del mismo modo que reconstruiría su vida, estaba decidida a dar a aquel lugar una nueva oportunidad.

Al día siguiente, firmó el contrato y, al mismo tiempo, encontró un *officetel*[1]cercano con unas vistas excelentes. Podía permitírselo porque había estado trabajando casi sin descanso desde que se graduó, y además tenía el dinero que Chang-In y ella se habían repartido cuando vendieron la casa conyugal. La reforma solo duró dos meses. Yeongju participó en todo el proceso, desde la selección del contratista y la discusión del diseño hasta la elección de los materiales. El día de la inauguración de la librería, se sentó en una silla y miró por la ventana. En ese momento, el peso de todo lo que había sucedido cayó sobre ella y se derrumbó. Todos los días, entre nuevas lágrimas, ordenaba libros, atendía a los clientes y preparaba el café. Cuando por fin volvió en sí, la librería

ya tenía más clientes y retomó la lectura como en sus años de instituto. Era como si hubiera estado a merced de olas revoltosas, que la dejaban aturdida al empujarla y tirar de ella en diferentes direcciones, hasta que, por fortuna, aterrizó en un lugar que le encantaba.

En la librería cobró fuerzas, pero, al mismo tiempo, la culpa que sentía por Chang-In seguía creciendo. La culpa por terminar su relación de manera unilateral, la culpa por no poder disculparse adecuadamente, la culpa por no haberle dado tiempo, la culpa por no buscarlo después del divorcio. Él le había dicho que no volviera a acercarse nunca, pero ella no sabía si en realidad debía disculparse con él en persona. Ese día, Chang-In le había enviado un mensaje alto y claro: «Te he pedido disculpas, así que estaría bien que tú también te disculparas». Y hasta ahí llegaría su relación. En adelante, podría pensar en él tanto como quisiera. Sus pensamientos regresaron al pasado, desentrañando todos los sentimientos que había estado reprimiendo. Las imágenes y los recuerdos le atravesaban el corazón, pero pensó que ya era lo bastante fuerte para afrontarlos. Había gastado demasiada energía reprimiendo cosas y todo se había alojado profundamente en su interior. En adelante, sería capaz de dejarlas ir. Incluso si las lágrimas volvían, era algo que tenía que superar. Para aprender a soltar. Cuando llegara el momento de poder recordar el pasado sin llorar, por fin podría levantar la mano y aferrarse felizmente al presente. Y apreciarlo.

COMO SI TODO ESTUVIERA BIEN



A pesar del incidente del día anterior, el ambiente en la librería seguía siendo el mismo. Durante las horas punta, había un ligero frenesí, pero cuando llegaba la calma, era hora de disfrutar de un buen plato de fruta. Entretanto, hubo un par de episodios menores. Cuando Yeongju se encontraba sola al mediodía para preparar la librería para la jornada, entró Heejoo. Nunca había ido antes de que abriera.

Sorprendida, Yeongju le preguntó si había sucedido algo, pero Heejoo se limitó a mirarla con los ojos entrecerrados sin decir nada. Heejoo la había ayudado a superar los momentos difíciles cuando la librería abrió sus puertas. En ese momento daba la impresión de que estaba allí para hacer una nueva comprobación, como si temiera que Yeongju volviera a ser la misma de antes. Yeongju observó sus ojos vigilantes y rio de buena gana. Aparentemente aliviada, Heejoo le hizo algunas sugerencias para el club de lectura antes de irse. En la puerta, se detuvo.

—Llámame si necesitas algo —dijo.

Por la tarde, Jungsuh apareció con dos pedazos de la tarta de queso favorita de Yeongju.

—¿Y esa tarta de queso? —preguntó.

Jungsuh, con su voz única y musical, le dijo que se la comiera cuando tuviera hambre.

—Gracias —contestó Yeongju.

Jungsuh se despidió dedicándole una brillante sonrisa.

De hecho, la persona que fue de mayor ayuda para Yeongju —aunque es probable que no se diera cuenta— fue Sangsu. A su manera, la ayudaba a aligerar su carga de trabajo. Al ver que un cliente trataba de acercarse a ella, lo miraba fijamente hasta que sus ojos se encontraban. Cuando eso ocurría, el cliente normalmente acababa yendo hacia Sangsu y, absorbido por su estilo particular de coloquialismo literario, terminaba saliendo de la librería con al menos uno o dos libros.

Gracias a que Sangsu guardaba el fuerte, Yeongju pudo concentrarse en la lista de preguntas para la siguiente presentación, que sería unos días más tarde. Por primera vez, proyectarían una película. El plan era verla desde las siete y media hasta las nueve, antes de pasar a comentar la película, así como la novela en la que se basaba, hasta las diez de la noche. Como habían invitado a un crítico de cine a dirigir la sesión, en esa ocasión Yeongju podría participar principalmente como oyente.

Había hablado por teléfono con el crítico una vez y la conversación había aumentado su confianza para experimentar con un nuevo formato. Lo encontró alegre y con buenas habilidades de conversación. Lo más importante era que parecía ser del tipo que disfrutaba hablando sobre temas que lo apasionaban.

En cualquier caso, Yeongju había preparado un par de preguntas basadas en la novela. Más tarde, cuando viera la película, incluiría otras para comparar los dos medios. Murmurando las preguntas para sí, iba editándolas con un bolígrafo. De la nada, Minjun se acercó a ella y echó un vistazo su lista. Alarmado, preguntó:

—¿Es la lista de preguntas para la próxima charla?

—¿Eh? Sí, sí.

Yeongju levantó la mirada ante la brusca pregunta.

—¿El título es *Después de la tormenta*?

—Así es. —Yeongju se rio al percatarse del motivo por el que

Minjun parecía sorprendido.

—¿Vendrá el guionista? —Los ojos de Minjun se abrieron con incredulidad.

—No. Nuestra librería aún no está a ese nivel.

—Entonces, ¿quién vendrá?

Minjun siguió a Yeongju hasta su escritorio mientras hablaban.

—El anfitrión será un crítico de cine.

—Ah, ya veo. Claro. No será posible que venga el director, Kore-Eda.

Minjun se sentó a su lado y examinó furtivamente el rostro de Yeongju.

—¿Has visto sus películas? —dijo Yeongju mientras abría un documento de Word en el portátil, ajena a la mirada fija de Minjun.

Tenía los ojos un poco hinchados, pero mucho mejor aspecto, y el color había regresado a su rostro. La hinchazón no era tan grave como la del día anterior. Con gesto aliviado, respondió:

—Por supuesto, soy muy fan suyo. He visto casi todas sus películas.

—Con solo leer sus libros, no entiendo por qué su trabajo se considera una obra maestra. —Yeongju se encogió de hombros mientras hacía clic en una frase para corregirla.

—¿No has visto ninguna película de Kore-Eda?

Ella negó con la cabeza.

—Supongo que tú sí has visto esta película...

—Sí, la vi el año pasado.

—¿Y qué tal?

—Bueno, ¿cómo podría decirlo? Es el tipo de película que me hace pensar. Me hizo reflexionar acerca de si me he convertido en el adulto que quería ser y qué significa vivir la vida persiguiendo tus sueños.

—¿Y cuál fue tu conclusión?

Yeongju transcribía metódicamente las frases que había escrito en papel.

—Si mal no recuerdo, la madre del protagonista masculino

dijo que solo puedes alcanzar la felicidad si renuncias a algo. Durante mucho tiempo no pudo escribir una novela, ¿no es cierto?

Ella asintió.

—Aunque no escribía, seguía persiguiendo el sueño de terminar una novela, por lo que se sentía miserable. No es raro entonces que su madre llegara a esa conclusión: «A causa de ese desdichado sueño suyo, mi hijo se siente infeliz». Al ver esa escena, me encontré estando de acuerdo con la madre, en lugar de sentir lástima por el chico. Es cierto. Los sueños pueden hacerte sentir miserable.

Yeongju se detuvo con los dedos apoyados en el teclado.

—Pero su madre también le dijo esto: «Si persigues un sueño imposible, no puedes sentir felicidad todos los días». Y tiene razón. Pero si te sientes feliz persiguiendo el sueño, eso también es una forma de felicidad, ¿no?

Ella lo miró un momento antes de que sus dedos continuaran bailando por el teclado.

—Creo que todos somos diferentes —respondió Minjun—. Depende de lo que valore cada uno. Hay personas que lo darían todo por alcanzar sus sueños. Aunque hay muchas más que no pueden hacerlo.

—Minjun, ¿de qué lado estás?

Él pensó en los últimos años de su vida.

—Del de la última opción, creo. Si bien podría ser feliz persiguiendo un sueño, me parece que tengo más posibilidades de ser feliz después de abandonarlo. Solo quiero disfrutar de la vida.

—¿Es por eso por lo que estamos en sintonía? —Yeongju apoyó las manos en el portátil y le sonrió.

—Pero, jefa, tú sí que has alcanzado tus sueños.

—Eso es cierto. Y disfruto de lo que tengo ahora.

—Entonces, la conclusión es que no estamos en sintonía —bromeó Minjun, trazando una línea imaginaria entre ellos.

Ella se encogió de hombros, riendo.

—No me gustan mucho los sueños desposeídos de placer. ¿Sueños o placer? Si tuviera que elegir, elegiría el placer. Dicho esto, mi corazón aún se emociona con la palabra *sueño*. Una vida

sin sueños es tan seca como una vida sin lágrimas. Hay una frase de Hermann Hesse en *Demian* que dice: «Pero ningún sueño dura para siempre, cada sueño es seguido por otro, y uno no debe aferrarse a ningún sueño en particular».

—Oír eso me da esperanzas de que esta forma de vida también puede ser aceptada —dijo Minjun, incorporándose con lentitud.

Yeongju levantó la mirada.

—¿Qué forma de vida?

—En primer lugar, navegar por aquello que la vida tiene para ofrecer. Luego, vivirlo persiguiendo tus sueños. Y finalmente, vivir la vida para la que estoy mejor preparado y disfrutarla todo lo que pueda.

—Eso estaría bien. Oh, Minjun.

La mirada de él seguía a un cliente que se dirigía al mostrador de la cafetería sin despegar la vista de su teléfono. Cuando Yeongju lo llamó, Minjun se volvió hacia ella.

—El crítico de cine que viene es de la misma universidad que tú. La misma facultad y la misma promoción.

Minjun puso los ojos como platos.

—¿De verdad? ¿Cómo se llama?

—Yoon Sungchul.

Minjun no podía creer lo que oía, pero, de pronto, todo pareció cobrar sentido.

—Espera. ¿Cómo sabes la universidad en la que estudió, y también, por si fuera poco, el año de su graduación?

—Fue él quien se acercó a mí para proponerme una charla sobre un libro basado en el trabajo del director Hirokazu Kore-Eda. E incluyó esos detalles en su propuesta.

—¿Qué? Seguro que escribió todo tipo de cosas al azar en la propuesta. —Minjun se rio con incredulidad.

—Sí. Definitivamente demasiada información.

Yeongju se había reído entre dientes al leer la propuesta, preguntándose qué clase de persona incluiría tantos detalles. Ella le respondió enseguida dándole las gracias por su maravillosa idea y asegurándole que trabajaría para encontrar una fecha adecuada.

Aunque acababa de enterarse de su nombre, de alguna manera confiaba en él. Por la forma en que le había escrito, se percató de que sentía una gran pasión y tenía un gran conocimiento del trabajo del director. Más importante aún, con solo leer algunas líneas de su propuesta, supo que se había esforzado mucho en redactarla. Si había dedicado tanta energía a una propuesta, probablemente era el tipo de persona en quien podía confiar y confiarle la responsabilidad.

—¿Lo conoces bien? —preguntó Yeongju.

—Sí, muy bien —respondió él, al tiempo que se acercaba a toda prisa al cliente, que ya casi estaba en el mostrador de la cafetería.

VAMOS A GUSTARNOS



Yeongju metió el letrero plegable en forma de «A» que estaba fuera de la librería y cerró la puerta. Miró a Seungwoo, que estaba parado delante de un estante de novelas, y se acercó a él. Seungwoo le mostró el libro que acababa de coger (*Zorba el griego*, de Nikos Kazantzakis, el autor al que había hecho referencia durante su primer encuentro) antes de devolverlo a su sitio.

—Mencionaste a Kazantzakis durante la charla, y esa misma noche fui a casa y releí este libro. Si te soy sincero, la primera vez que lo leí no me emocionó especialmente. Solo lo terminé porque todos decían que era bueno —dijo, examinando los libros en el estante antes de volverse hacia ella.

»Esa vez lo disfruté mucho más, tal vez gracias a la persona que me trajo de vuelta al libro. Puedo entender por qué la gente adora a Zorba. Ahora que lo pienso, yo no he sido como Zorba en mi vida, ni siquiera un momento. Probablemente son las personas como yo las que acaban admirando a Zorba.

Sus ojos se encontraron.

—¿Tú también eres de los nuestros? —preguntó Seungwoo mientras se dirigía al sofá.

Yeongju se sentó a su lado y se acurrucaron cómodamente

bajo las luces. En ese momento, Seungwoo se sentía como si las preocupaciones de los últimos días se hubieran esfumado con un solo movimiento de la mano.

—Mientras leía el libro sentí curiosidad, ¿cambiaste a causa de Zorba? Y si lo hiciste, ¿en qué sentido? ¿O lo admirabas sin más?

Yeongju pensó que conocía el motivo de su pregunta. Parecía haberse dado cuenta de que había sido feliz y despreocupada alguna vez, pero, de algún modo, se había encerrado en la jaula que había construido ella misma. Seungwoo tendría la esperanza de que se liberara de la jaula y viviera tan despreocupada como Zorba. Una vida diferente de la que tenía. Una vida que no fuera una prisión. Una vida donde no fuera cautiva de sus propios pensamientos. Una vida no encadenada al pasado. Ella respondió con algo de sarcasmo.

—Para mí, Zorba solo es una de las muchas libertades que existen en el mundo. Amo la libertad que representa, pero nunca he querido vivir como él. De hecho, ni se me ha pasado por la cabeza. Nací para ser como el narrador de la historia, como alguien que admira a Zorba. Yo soy esa.

Seungwoo asintió y dijo:

—Pero si admiras a alguien, ¿no quieres parecerte a esa persona? ¿Y no aspiras a ser como ella, aunque sea solo un poco?

—Eso es verdad. Intenté ser como él. Creo que también disfrutarías de esa escena en particular de la novela.

Seungwoo se volvió hacia ella.

—¿El baile?

—Sí. Cuando estaba leyendo pensaba: «Que también pueda vivir esto. Bailar incluso cuando esté decepcionada. Bailar incluso cuando fracase. Dejarme llevar. Reír y seguir riendo».

—¿Y lo lograste?

—A medias. Pero yo no nací para ser como Zorba. A veces a mi risa la siguen las lágrimas. Puedo caerme en mitad del baile. Pero volveré a levantarme para bailar. Y para reír. Intento vivir así.

—Es una gran vida.

—¿Tú crees?

—Eso parece.

Lo miró y rio.

—¿Por qué? ¿Mi vida da la impresión de ser muy frustrante? ¿Como si viviera atrapada en el pasado?

Él negó con la cabeza.

—No es eso. Todos estamos encadenados a nuestro pasado. Solo quería orientar tus pensamientos en una dirección que me beneficiase.

Hubo un corto silencio.

—¿Cómo?

—Como Zorba.

—¿Qué quieres decir?

—Amar sin esfuerzo.

—¿Amar? ¿Sin esfuerzo? —replicó ella, riéndose, pero él no se rio.

—Solo para mí. Estoy siendo codicioso.

Un silencio se interpuso entre ellos.

—Tengo una pregunta para ti. ¿Puedo hacértela? —inquirió Seungwoo.

Yeongju asintió, como si adivinara de qué se trataba.

—Ese amigo de tu exmarido. No intentó acosarte ni nada parecido, ¿verdad?

Yeongju sospechaba que le preguntaría por su exmarido, pero eso no era en absoluto lo que esperaba. Soltó una risa sonora.

—No, es una buena persona. Además, también es amigo mío.

—Muy bien, me alegra oírlo. Se te veía muy molesta ese día.

—Puedo entender por qué pensaste eso —respondió ella, tratando de mantener la alegría en su voz.

Seungwoo no dijo nada y se recostó en el sofá. Aunque al momento se incorporó.

—Hay algo más sobre lo que siento curiosidad.

—¿También tengo que responder a eso?

Su tono seguía igual de animado. Seungwoo no era capaz de distinguir si Yeongju ocultaba sus sentimientos bajo esa fachada.

—¿Por qué me dijiste quién era ese hombre?

Sus ojos se encontraron. Los de Yeongju enseguida reflejaron

la expresión que tenía cuando le había hablado de la existencia de su exmarido. Triste. Azorada. Definitivamente estaba enmascarando sus sentimientos. Ahora estaba seguro.

—Porque no quería mentir. —La voz de Yeongju permanecía impasible.

—¿Qué quieres decir?

—Guardar silencio también puede ser una forma de mentir. A veces, no decir nada no supone ninguna diferencia. Pero a veces se convierte en un problema.

—¿En qué momento pasa eso? —repuso Seungwoo con calma.

—Cuando la otra persona tiene sentimientos especiales.

Ante sus palabras, Seungwoo se reclinó en el sofá y se hizo eco de sus palabras.

—Sentimientos especiales.

Silencio. Y de nuevo fue Seungwoo quien lo rompió.

—Leí tus escritos antes de conocerte.

Ella giró la cabeza y lo escrutó como si preguntara: «¿En serio?».

—Mientras los leía, sentí curiosidad por la persona que eras. Cuando nos conocimos, eras diferente de lo que imaginaba. ¿Recuerdas el día que me preguntaste cuánto me parezco a mi escritura? —Seungwoo continuó, mirando a Yeongju a los ojos—: Yo quería hacerte la misma pregunta. ¿Tú te pareces a tu escritura? A mi modo de ver, no creo que sea lo mismo, pero quería saber cómo te sientes.

—Deberías haberlo preguntado.

—No quería ponerte nerviosa, porque te habría dicho que no creo que seas similar a tu forma de escribir. Habría odiado ponerte nerviosa. Creo que fue entonces cuando comencé a albergar esos sentimientos especiales.

En silencio, Yeongju lo miró antes de desviar la vista al frente. Entretanto, Seungwoo seguía observándola.

—Pero he cambiado de opinión —dijo él—. Creo que podrías ser como tu escritura. No, olvida eso... Estoy seguro de que te pareces mucho a tu escritura. Un poco marchita.

—Un poco marchita —repitió Yeongju, riendo suavemente.

—Un poco marchita porque es triste. Sin embargo, tienes una sonrisa en el rostro. No puedo decir lo que estás pensando y eso me hace sentir aún más curiosidad.

El frío se había disipado. Incluso el abrigo de invierno más ligero era demasiado cálido. La mayoría de la gente vestía su chaqueta más fina o la llevaba en las manos. Había vuelto la temporada de usar camisetas. Al otro lado de la ventana, detrás del sofá, la gente que pasaba llevaba ropa ligera. Probablemente iban de camino a casa después de un largo día. Al pasar por delante de la librería, miraban de manera distraída hacia dentro.

Seungwoo dijo su nombre:

—Yeongju.

—¿Sí?

—Me vas a seguir gustando.

Ella se volvió de golpe hacia él.

—Sé por qué me hablaste de tu exmarido. Estás diciéndome que me mantenga alejado.

—¿Qué quieres decir con mantenerte alejado? Esa no es mi intención. —Yeongju parecía nerviosa.

—Yeongju —Seungwoo dijo su nombre con más firmeza, observándola fijamente—, ¿cuánto tiempo estuviste casada?

Esta vez, ella lo miró sorprendida.

—Yo tuve una novia durante seis años. Fue mi relación más larga. Estuvimos cerca de casarnos.

—Eso no es lo que estaba diciendo. —Yeongju no intentó esconder sus sentimientos encontrados al hablar—. Te hablaba de mi exmarido para que te resultara más fácil... seguir adelante.

—No voy a seguir adelante. ¿Qué importa si estuviste casada? —Seungwoo hablaba con calma.

—No es porque estuve casada por lo que creo que no podemos estar juntos... Tienes razón. No hay nada malo en estar divorciada. El divorcio no es para tanto. Pero Seungwoo...

Continuó mirándola con la misma calma.

—No es el hecho de que me divorciase; lo más importante es el motivo del divorcio. Por qué decidí hacerlo.

Seungwoo guardó silencio y el rostro de Yeongju se sonrojó al

pronunciar las palabras siguientes.

—Fui yo quien pidió el divorcio. Le hice mucho daño a mi exmarido. Terminé la relación de manera egoísta pensando solo en mis deseos. Lo amaba. Definitivamente, a mi manera. Pero en algún momento comencé a ponerme a mí misma por delante de él. En lugar de renunciar a mi forma de vida para amarlo, lo abandoné para dedicarme a mí. Me pongo a mí misma en primer lugar y quiero mantener la vida que tengo. Soy la clase de persona que puede volver a dejar a alguien por su propio bien, por su propia vida. No soy la persona que querrías tener cerca.

Se sonrojó de forma intensa mientras él continuaba mirándola en silencio.

Yeongju parecía pensar que la responsabilidad del divorcio era toda suya. Se había etiquetado como alguien sumamente egoísta y egocéntrico, y por eso pensaba que era posible que volviera a herir a otra persona. De modo que no deseaba amar nunca más. Pero Seungwoo nunca había conocido a nadie que no hubiera hecho daño a otra persona, ni había conocido a una persona completamente desinteresada que colocara siempre a los demás por encima de sí misma. Él no era diferente. En sus relaciones pasadas, había hecho daño a la otra parte y le habían dicho lo egoísta que había sido. Al mismo tiempo, también había resultado herido y había pensado que la otra persona era egoísta. Nadie era diferente en eso y, en el fondo, era probable que Yeongju también fuera consciente de ello.

Sin embargo, daba la impresión de que no era capaz de superarlo; no podía olvidar el hecho de que había abandonado a alguien y esa persona había sufrido por sus acciones. O tal vez se sentía abatida porque se había dado cuenta de la clase de persona que era. Seungwoo pensaba que podía entender cómo se sentía. Si a él le hubiera pasado lo mismo, tal vez también habría actuado como lo había hecho Yeongju.

—Está bien. Sé lo que estás tratando de decirme —dijo, reprimiendo lo que en realidad tenía en la punta de la lengua.

—Gracias por entenderlo. —Yeongju intentó ocultar sus sentimientos.

—¿Te he hecho sentir mal porque albergo sentimientos hacia ti? —Seungwoo la miró con ternura.

—Claro que no, pero… —Ella negó con la cabeza.

—Dejemos esta conversación por hoy.

Sin mirarla, se levantó y se dirigió a la puerta. Ella lo siguió. En la puerta hizo una pausa y se dio la vuelta. Le gustaba incluso contemplarla sin más. Y le dolía percatarse de ello. Sentía la urgencia de abrazarla y frotarle la espalda con suavidad. Quería decirle que todas las personas viven su vida hiriendo a los demás y, también, siendo heridas. En la vida, la gente se junta y a veces rompe la relación. Yeongju solo estaba teniendo en cuenta una parte de su vida, y seguramente también lo sabía. Sin embargo, se guardó las palabras para sí y le dijo sin alterarse:

—Me gustaría continuar con los seminarios. ¿Tú preferirías que los dejase?

Yeongju negó con la cabeza.

—No, claro que no. Pero es solo que yo…

Lo escrutó como preguntándole si de verdad estaba bien.

—Lo siento —dijo Seungwoo.

Ella lo miró sin entender por qué se disculpaba.

—Siento que te he puesto en una posición difícil.

Yeongju no sabía qué decir, así que se limitó a observarlo. Durante un largo momento, se sostuvieron la mirada. Finalmente fue él quien habló.

—Yeongju, no estoy pidiéndote que te cases conmigo. Solo te estoy diciendo que nos permitamos gustarnos.

Una vez que había dicho lo que quería decir, Seungwoo se despidió con una reverencia y abrió la puerta. Las luces del exterior le alumbraron el camino. Mientras tanto, Yeongju se quedó al lado de la puerta durante largo rato.

UNA VIDA RODEADA DE BUENAS PERSONAS



Minjun nunca había visto ese lado de Jimi: aplaudía y echaba la cabeza hacia atrás mientras reía a carcajadas. Frente a ella y Yeongju, Sungchul hablaba animadamente, como si se sintiera revitalizado por sus reacciones. Minjun intentó recordar si Sungchul había sido tan locuaz en el pasado, pero se encogió de hombros. No tenía sentido pensar al respecto. Si lo hubiese sido, Minjun habría pensado que los leopardos no cambian sus manchas; si no, probablemente pensaría que, como era de esperar, las personas cambian con el tiempo.

Hacía una hora, Jimi había entrado en la librería diciendo que ese día no iba a trabajar. Como no tenía adónde ir y no quería volver a casa, decidió pasarse por la librería. Cuando lo dijo, parecía la misma de siempre. De ahí que, cuando hizo su anuncio, Minjun se sintiera como si le hubiesen propinado un fuerte golpe en la cabeza:

—Voy a divorciarme.

Tras pronunciar esas palabras, tomó con calma un sorbo de café y luego otro y otro, felicitando a Minjun por el sabor. Entretanto, él aún estaba perplejo. No sabía muy bien cómo reaccionar, así que optó por quedarse quieto con el rostro muy

rígido, como si estuviese enfadado. Jimi le lanzó una mirada antes de dar otro sorbo.

—Esa expresión es perfecta. No sabes cómo reaccionar, ¿verdad? Yo tampoco. No sé cómo debería sentirme. Por eso he decidido no sentir nada por ahora.

Minjun no encontró respuesta para eso. En su lugar, le rellenó la taza con cuidado y ella murmuró algo en señal de agradecimiento. Al igual que su expresión, la voz de Jimi era la misma de siempre. Era imposible saber que le había pasado algo. No cuando estaba riendo al lado de Yeongju.

La película había empezado. Los treinta participantes se habían sentado para la proyección de *Después de la tormenta*, del director Hirokazu Kore-Eda. Una vez que terminó de recoger en el café, Minjun se unió a ellos, justo en la parte de atrás. A lo largo de toda la película, el protagonista masculino, Ryota, se comportaba como un inútil. Cuando salieron los créditos, era como si hubieran formulado una pregunta al público: «¿Nos hemos convertido en la persona que queríamos ser?».

A pesar de que era la segunda vez que la veía, todavía le llamaba la atención que a Ryota se le diera realmente mal vivir. Suspiró ante la típica representación de un hombre que vive solo en medio de un gran desastre; sin embargo, puesto que era parte de la configuración del personaje de Ryota ser malo en la vida en general, no parecía tanto un estereotipo. A Ryota se le daba mal incluso la única cosa que era valiosa para él: escribir una novela.

Después de la película, Yeongju y Sungchul se colocaron frente al público para prepararse para el coloquio. Mientras tanto, los pensamientos de Minjun seguían centrados en la película y en la razón por la que a Ryota se le daba tan mal la vida. Era su primera vida. La primera vez que soñaba con ser novelista, la primera vez que lo abandonaba la esposa a la que amaba, la primera vez que se convertía en padre de su amado hijo. Era por eso por lo que su comportamiento era torpe y su habla, nula. Era por eso por lo que parecía tan desconsolado.

Al ver a Sungchul responder las preguntas que Yeongju le planteaba, Minjun cayó en la cuenta de que esa también era su primera vida. A veces las películas le hacían abrir los ojos a lo que debería haber resultado evidente. Sintió que lo recorría una corriente de electricidad. Porque esta es nuestra primera vida, tenemos muchas preocupaciones y ansiedades. Porque es nuestra primera vida, es preciosa. Porque es nuestra primera vida, nadie sabe lo que pasará en los próximos cinco minutos siquiera.

Sungchul hablaba con suavidad, como si fuera un presentador de noticias que lee el *prompter*. Fue elocuente al explicar al público cómo se reflejaba la filosofía de vida del director en su trabajo. Al mirar sus ojos brillantes, Minjun sintió una punzada en el pecho. Ver a una persona disfrutar de lo que le encanta hacer te alegra el corazón. Y como esa persona era un amigo, su corazón rebosaba de felicidad.

Minjun quedó con Sungchul el mismo día que Yeongju le había mencionado el nombre de su amigo. Lo llamó enseguida, de camino a casa; buscó su número sin problemas y presionó el botón de llamada como si hubieran hablado por última vez el día anterior. Cuando Sungchul respondió diciendo: «¡Hola! ¿Dónde estás?», ambos se echaron a reír. Sungchul fue a buscarlo de inmediato.

Aquella noche, se quedaron en casa de Minjun y charlaron hasta el amanecer, mientras se servían tragos el uno al otro de las botellas de *soju* que había comprado Sungchul, aliviando la incomodidad y la distancia del tiempo.

—Es bueno que no haya encontrado un trabajo corporativo —dijo Sungchul cuando le contó cómo había terminado por convertirse en crítico de cine.

—No estás afiliado a ninguna organización, ¿cómo puedes llamarte a ti mismo crítico de cine? —se burló Minjun.

Sungchul respondió sin inmutarse:

—Porque hago críticas de películas. Entonces, soy crítico de cine.

Continuó explicando lo que a Minjun le gustaba llamar su «lógica retorcida»:

—Mira. No hay diferencia entre mi forma de escribir y la de algún otro crítico que dice ser reconocido por tal o cual.

—¿Y?

—Esa gente simplemente juega bajo sus propias reglas.

—¿Y?

—¿Un crítico de cine que trabaja para alguna revista establecida es mejor que yo viendo películas? ¿Escribe mejor que yo? No hay garantía de eso. La gente solo piensa que su escritura es buena porque se publica en una revista, y si hay quien dice: «Oh, este tipo escribe bien», entonces a esa persona, en la mayoría de los casos, se la considerará buena escritora. ¿Sabes lo común que es que las impresiones se formen de esta manera?

—¿No es lo mismo que decías la otra vez? ¿Cómo es que no has progresado nada en todos estos años? Sigues estancado en la lógica de cómo una película se convierte en un éxito de diez millones de espectadores gracias a tres millones de espectadores.

—Lo que estoy diciendo es que no existe un criterio absoluto en este mundo. Por supuesto, hay quienes son obviamente buenos y también quienes son obviamente malos. Pero cuando dos personas son más o menos iguales, todo se reduce a quién tiene una tarjeta de presentación más brillante. Mira cómo escribo. Así es como se escribe.

—¿Quién dice eso?

—¡Yo! Yo, que he leído cientos de críticas de cine, ¡yo lo digo! Ese es el estándar de la escritura. Espera un poco. Cuando sea famoso, la gente dirá que mi escritura ha subido de categoría.

—Oye, ¿por qué te importa tanto todo eso?

—Bueno, en pocas palabras, soy un crítico de cine que escribe reseñas de películas. No necesito que nadie me otorgue el título. Si yo digo que lo soy, entonces lo soy. Es suficiente, ¿y no es de eso de lo que se trata la vida?

Sungchul hizo una pausa y, como si algo le hubiese hecho cosquillas, se echó a reír.

Luego dio un golpe a Minjun en el brazo y exclamó:

—¿Sabes cuánto he echado de menos discutir contigo? ¿Cómo has estado? ¿De verdad seguirás siendo barista?

—Eso creo. —Minjun apuró el chupito.

—¿Es algo que tenías ganas de hacer?

—No.

—¿Y te va bien con eso?

—¿Hay algo que quisiera, además de encontrar trabajo? Quería entrar en una buena compañía, vivir una vida estable con un salario decente. Pero eso no resultó. No debería seguir aferrándome a la esperanza.

—¿Es que crees que es demasiado tarde?

Minjun se quedó pensativo durante un momento.

—¿Tal vez? No lo sé. Pero me desagradaba buscar trabajo. Ahora estoy pasándolo bien. Es suficiente, ¿y no es de eso de lo que se trata la vida?

Asestó una palmada en el brazo a Sungchul y continuó:

—Hacer café es un arte. Es trabajo creativo. La misma cosecha de granos puede tener un sabor distinto hoy y mañana. Depende de la temperatura, la humedad, mi humor y la atmósfera de la librería. Me hace feliz encontrar el equilibrio entre todos esos elementos.

—Alabemos todos al sabio.

—Cállate.

Sungchul miró a Minjun. En efecto, había pasado mucho tiempo.

—¿No fue difícil?

—No fue fácil, pero actué como si estuviera bien. A pesar de que no llegó el momento que había estado esperando, no creo que mi vida sea un fracaso.

—No eres un fracaso.

Minjun estalló en risas.

—Por aquel entonces, me dije a mí mismo que no debía sacar conclusiones precipitadas para descubrir el significado de las cosas. Decidí no pensar demasiado en la vida. En cambio, dediqué tiempo a comer bien, ver películas, hacer yoga y preparar café. Empecé a interesarme por otras cosas además de mí y, cuando volví a reflexionar, me di cuenta de que, después de todo, mi vida no era un fracaso.

—Eso es.

—Ahora que lo pienso, recibí mucha ayuda de los demás.

—¿De quiénes?

Apoyándose contra la pared, Minjun miró a Sungchul.

—De la gente a mi alrededor. Cuando intentaba mostrarme indiferente, me seguían la corriente. A pesar de que yo no decía nada, parecía que podían percibir mis sentimientos, así que ninguno trató de armar alboroto para consolarme o preocuparse por mí. Sentí que me aceptaban tal y como era. Y nunca tuve que batallar para explicarme o rechazar mi forma de ser. Y ahora que soy un poco mayor comienzo a pensar de esa manera...

Sungchul resopló y rio al mismo tiempo.

—¿Por qué te comportas como un anciano sabio? Muy bien, te lo preguntaré. Bueno, ¿qué es lo que piensas ahora?

—Una vida rodeada de buenas personas es una vida exitosa. Puede que no sea un éxito tal como lo define la sociedad, pero, gracias a las personas que te rodean, cada día es un día de éxito.

—Caray... —exclamó Sungchul—. Eso me gusta. Si me ves repetirlo en mis escritos, no protestes.

—Por favor, tienes tan mala memoria que lo olvidarás en muy poco tiempo.

—Eh, eh... Es por eso por lo que no es bueno encontrarse con Kim Minjun. Me conoces demasiado bien.

Riendo, Sungchul brindó por Minjun.

—Entonces, ¿crees que somos buenos el uno para el otro? —preguntó Minjun mientras hacían entrechocar los vasos.

—Tú eres el problema. Yo ya soy una buena persona.

—Entonces no hay ningún problema. Yo nací siendo una buena persona.

Ahora que lo miraba, no había ni rastro del Sungchul que había estado borracho unos días antes, arrastrando las palabras. Todas sus frases eran sencillas, claras y concisas. Parecía relajado y feliz. Por primera vez, Minjun pensó que su amigo era guapo. No porque lo fuera realmente, sino porque brillaba.

Apartó la vista de Sungchul y miró a Yeongju, que estaba al lado, y a Jimi, que se encontraba sentada entre el público. Reían

entre dientes cuando Sungchul decía algo interesante y asentían con la cabeza cuando contaba algo con tono serio. Sus sonrisas parecían sacar a relucir la elocuencia de Sungchul. Eran las mismas sonrisas que habían otorgado a Minjun el regalo del tiempo. Era hora de aceptar lentamente la vida y creer que podía seguir avanzando incluso cuando tropezaba y cometía errores en el camino.

Minjun quería enviar las mismas sonrisas a aquellas dos mujeres que en ese momento actuaban como si todo estuviera bien. Quería hacerlo por las personas que lo rodeaban. Había estado de muy buen humor durante los últimos días. Era como si un pensamiento que había nacido poco a poco hubiera llegado a florecer por sí solo. Como si el Minjun del pasado y el Minjun del presente finalmente se hubieran unido por primera vez en mucho tiempo. El Minjun del pasado lo aceptaba tal y como era, y el Minjun del presente aceptaba al que había sido. Parecía que la vida hubiese cerrado el círculo.

Se quedaron charlando casi toda la noche y, a la mañana siguiente, Sungchul, que se había despertado antes, comenzó a sacudir a Minjun para despertarlo. Cuando abrió los ojos, Sungchul le dijo:

—Quiero preguntarte algo antes de irme.

Minjun se incorporó.

—¿Qué?

—¿Qué ha pasado con los agujeros?

—¿Los agujeros?

—Sí. Me contaste que hiciste todos los botones pero estabas estancado porque la camisa no tenía ojales. ¿Qué ha pasado?

Minjun sacudió la cabeza intentando despabilarse. Miró a su amigo con expresión pensativa.

—Fácil. Me cambié de camisa. Esta vez hice los ojales antes de confeccionar los botones a medida. Ahora la camisa está abotonada.

—¿Qué? ¿Eso es todo?

—En algún lugar del mundo, habrá personas que hagan ojales grandes y que luego esperen a que vengan a ayudarlos a hacer los

botones que encajarán en ellos. Ya sé lo que estás pensando. ¿Estás pensando que el sistema sigue como estaba y que no tiene sentido si unas cuantas personas amables se ayudan entre sí? Tienes razón. Pero, como te dije ayer, necesito tiempo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tiempo para descansar, tiempo para pensar, tiempo para hacer lo que me gusta, para reflexionar.

Sungchul asintió en señal de comprensión. Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Esta vez era Minjun quien tenía una pregunta.

—¿Y tú? ¿Cómo lo hiciste?

—¿El qué?

—Tú también sacabas buenas notas. Pero ¿cómo podías ver tantas películas? ¿Cómo es posible que fueras capaz de encontrar tiempo para hacer las cosas que te gustaban incluso estando tan ocupado?

—De verdad, eres muy tonto —dijo Sungchul mientras daba golpecitos con los dedos en el lavamanos—. Es obvio que era porque me gustaba hacerlo. ¿Qué otra razón podría haber?

—¿Eso es todo? —respondió Minjun, aún envuelto en las sábanas.

Riendo, Sungchul agitó la mano para despedirse. Cuando se puso los zapatos, se dio la vuelta hacia Minjun, que se desperezaba con los ojos cerrados.

—Iré a la librería mañana después del trabajo. Será mi guarida de ahora en adelante.

Sin abrir los ojos, Minjun le dijo adiós con la mano.

UNA PRUEBA DE SENTIMIENTOS



Un día que Minjun llegó a Goat Beans más temprano de lo habitual, vio a Jimi sentada sola, jugueteando con unos granos de café. Al verlo, ella cogió el café molido que estaba sobre la mesa.

—Usa esto para preparar la bebida de hoy —le dijo.

Como un cachorro manso, Minjun hizo lo que le habían pedido. Jimi saboreó el café despacio y, en silencio, dejó la taza encima de la mesa. Minjun se tomó su café sin decir nada mientras observaba lo que hacía ella. Estaba mezclando los granos y, aunque no daba la impresión de tener un propósito, tampoco parecía que estuviera haciéndolo de manera arbitraria.

—Si sigo mezclando estos al azar..., tal vez algún día descubra un café que sea más delicioso que cualquier cosa que haya probado en la vida —murmuró Jimi en voz baja, sin levantar la vista.

Al darse cuenta de que Minjun estaba aún más callado de lo habitual, Jimi dijo:

—Si tienes algo que decir, dilo.

—No es nada.

—Suéltalo sin más.

—Es culpa mía...

Ella lo miró de reojo.

—¿De qué hablas?

—¿Es por lo que dije aquel día?

—Nooo...

Jimi negó con la cabeza con incredulidad.

—¿Por eso tienes tan mala cara? Ahora y el otro día también.

Minjun volvió a avergonzarse y endureció su expresión.

—Quiero decirte algo. Gracias a ti, logré ver mi matrimonio de manera objetiva. Te estoy agradecida. Gracias a ti, pude poner fin a una relación que se había prolongado dolorosamente durante demasiado tiempo.

A pesar de sus palabras, él seguía tenso.

—Fue un error intentar aceptar algo que no podía funcionar en absoluto. Ese episodio me hizo darme cuenta de que ser capaz de acabar con las cosas que no funcionan es una forma de vivir bien. Hay muchísimas historias de personas que no pueden poner fin a las cosas por miedo, por el qué dirán y por la posibilidad de arrepentirse en el futuro. Yo era así. Pero ahora siento un alivio inmenso.

Jimi se volvió hacia Minjun y apoyó el costado izquierdo en el respaldo de la silla, sonriendo. No había nada diferente en su sonrisa. Respiró hondo, exhaló y comenzó a contar su historia.

—Después de que hablaras conmigo, me di cuenta de que necesitaba tiempo. Era hora de reevaluar mi relación con mi esposo. Por lo tanto, dejé de protestar y de regañarlo. Dejé de quejarme de él todo el tiempo. Lo recibí con una sonrisa cuando volvía a casa, aunque fuera a las tres de la mañana, y sonreí como si no pasara nada cuando su ropa apestaba a un perfume desconocido. Al día siguiente seguí sonriendo, incluso después de que él convirtiera nuestra casa en una pocilga. Decidí observarlo, mirar nuestra relación de manera objetiva. Es lo único que hice, pero ese hombre empezó a cambiar. Dejó de llegar después de medianoche y me juró que nunca me había sido infiel. Y cuando yo volvía a casa después del trabajo, estaba toda ordenada. Yo no sabía qué pensar. Durante las noches siguientes, comí con incomodidad la comida que él me preparaba y comencé a preguntarme si así sería la vida para nosotros en adelante. Si no le

hubiera hecho esa pregunta, seguramente habríamos seguido viviendo de ese modo.

Jimi hizo una pausa. Giró la cabeza y miró más allá de las tostadoras y la ventana. Su estación favorita estaba en su máximo esplendor. Primavera.

—Mientras me comía la cena que había preparado ese hombre, le pregunté: «¿Por qué me tratas tan bien últimamente?». Me dijo que, como estaba siendo amable con él, me trataba de la misma manera. Entonces le pregunté: «¿Antes actuabas de ese modo porque no te trataba bien?». Él respondió que sí. Le pregunté de nuevo: «¿Actuabas así a propósito porque te trataba mal?». Vaciló un momento y lo admitió. Le pregunté cuándo había empezado a montar ese circo y por qué era la única forma que se le había ocurrido. Me dijo que era porque yo había pisoteado su orgullo. Le había dicho a bocajarro que era un vago que no servía para nada. Estaba enfadado y quería rebelarse convirtiéndose en una versión aún peor de sí mismo. Fue en ese momento cuando decidí divorciarme. Todo terminó en ese instante.

Jimi apuró el último trago del café tibio. Tenía los ojos rojos.

—Te conté que quería quedarme soltera, ¿verdad? Cuando era joven, cada vez que había una reunión familiar, mis tías se quejaban de sus maridos. Básicamente, se quejaban de cómo se partían la espalda para limpiar el desorden que ellos dejaban. Después de contraer matrimonio, un hombre que tiempo atrás parecía genial se convertía en un inmaduro de la noche a la mañana. Un niño al que su esposa necesitaba apaciguar y dar comodidad, satisfacer todos sus caprichos y sus fantasías. Me dijeron que el ego de sus maridos era tan grande que, si las esposas decían algo que ellos no querían oír, se encogían o se enfadaban. Todas mis tías estaban hartas de ese comportamiento. Pero las personas mayores a mi alrededor decían que todos los hombres eran así. Que todos los maridos eran iguales. Que simplemente había que ser más complaciente y vivir con ello. No obstante, yo odiaba esa idea. ¿Por qué tenía que casarme con una persona que era como un hijo? ¿Por qué siempre debía ser yo quien se acomodara a las necesidades de los demás? Entonces decidí

quedarme soltera. Pero conocí a ese hombre y me enamoré de él. Te lo he dicho antes, ¿verdad? Fui yo quien lo engatusó para que se casara. Esa noche me di cuenta de algo. Yo también me casé con un hijo que pensé que era un marido. Estaba viviendo con un niño. La verdad me quedó clara. Me sentía tan, tan, tan miserable viviendo con él. Estaba sufriendo por su culpa. Me ardía el corazón de dolor. Cuando descubrí que todo era teatro, no había manera de que pudiera seguir viviendo con él. A la mañana siguiente le dije: «Vamos a divorciarnos».

Jimi miró a Minjun con una expresión más serena.

—Cuando despotricaba sobre él delante de ti, no me daba cuenta de que estaba haciendo exactamente lo mismo que me hacían mis tías a mí cuando era joven. Lo siento mucho, Minjun. Espero no haberte desanimado de la idea del matrimonio.

Él negó con la cabeza.

—No contabas solo cosas negativas sobre él. Entre todas las maldiciones, también me dijiste que no era una mala persona —respondió Minjun con calma.

El rostro de Jimi se sonrojó aún más.

—Mis tías también hacían eso. Maldecían y maldecían a sus maridos, pero al final sostenían que no había nadie como ellos.

Los dos se rieron en voz baja.

—Gracias por escucharme todo el tiempo y no mostrar nunca una pizca de impaciencia.

—Siempre estaré aquí. Si necesitas a alguien que te escuche, llámame. —Minjun hizo un gesto de llamada con la mano para aligerar el ambiente y Jimi respondió con un gesto de aprobación.

Cuando Yeongju llegó a su apartamento, había dos mujeres en cuclillas al lado de la puerta. Por las bolsas que sostenían, parecía que Jimi había comprado los bocadillos, mientras que Jungsuh había quedado a cargo de la cerveza. Una vez dentro, comenzaron a sacar de las bolsas la comida y las bebidas de manera automática y a poner los platos. Y, como si lo tuvieran planeado, se tumbaron en el suelo al mismo tiempo, estirando las extremidades con los

ojos cerrados.

—Qué bien se está aquí —murmuró Yeongju.

—Totalmente.

—Y que lo digas.

Después de recargar las pilas en el suelo durante un rato, se incorporaron y atacaron los bocadillos.

Jimi sumergió su cuchara en el pudin de *yuzu*[1]y miró a Jungsuh.

—He oído que es difícil encontrarte estos días. ¿Has estado ocupada?

Jungsuh dio un bocado a su pudin de vainilla.

—He estado yendo a entrevistas de trabajo.

Los ojos de Yeongju se agrandaron mientras retiraba la tapa de plástico de su pudin de queso.

—¿Entrevistas? ¿Volverás a trabajar?

—Por supuesto, tengo que hacerlo —respondió Jungsuh como si nada mientras parpadeaba—. Dinero. Dinero. ¡El dinero es el problema! —exclamó, apoyando la cabeza contra la pared.

—Siempre es el dinero —dijo Jimi.

—¿Has descansado lo suficiente? —preguntó Yeongju.

Jungsuh hurgaba en su pudin como si hubiera perdido el alma. Pero cuando se sentó erguida, sus ojos se enfocaron de nuevo. Asintió.

—Por supuesto. Y he aprendido a controlar mis sentimientos. Pase lo que pase, creo que podré superarlo.

—Oh, es genial. Cuéntanos más. —Jimi agitó la cuchara en el aire, alentando a Jungsuh a que continuara.

—Incluso si estoy enfadada, no me siento tan abatida. Siempre puedo tejer o meditar. Seguirá siendo duro, pero estoy segura de que podré superarlo. Seguramente habrá gente de mierda en mi lugar de trabajo. Volveré a ser una empleada y habrá gente que me menosprecie en el trabajo. Pero esa gente ya no es importante para mí en absoluto. Paz interior. Encontraré mi propia paz. Mantendré los pasatiempos de los que disfruto y seguiré conociendo a gente buena como vosotras dos. Intentaré luchar y ganar contra este duro mundo.

Las dos *eonnies* aplaudieron y profirieron vítores. La conversación se desvió hacia sus rutinas para aliviar la tensión. Yeongju dijo que ella solía salir a caminar o se ponía a leer; Jimi charlaba con alguien o dormía todo el día. Jungsuh intervino diciendo que ella cantaba muy bien y visitaba los *noraebang*[2]con frecuencia para cantar y aligerar el estrés. A Jungsuh se le descolgó la mandíbula cuando oyó que la última vez que Yeongju había visitado un *noraebang* había sido hacía más de diez años, e inmediatamente las convenció para que visitaran uno ese fin de semana. «Muy bien, iremos juntas el fin de semana», dijeron mientras hacían chocar sus vasos.

—¿Qué hay entre ese autor y tú? —preguntó Jungsuh al tiempo que dejaba su lata de cerveza en el suelo.

Yeongju parpadeó y fingió no tener idea de lo que hablaba Jungsuh. O, mejor dicho, se mostró sorprendida de que Jungsuh pudiera saber algo. Pensó que quizá su mente le estaba jugando una mala pasada y decidió fingir ignorancia. Sin fijarse en su silencio deliberado, Jungsuh continuó:

—*Eonnie*, ¿le gustas a ese autor?

Yeongju estaba atónita. Esta vez fue Jimi quien intervino.

—¿Quién? ¿Qué autor? Hay tantos autores que entran y salen de esa librería suya. ¿Cuál es? ¿Ese hombre dice que le gusta Yeongju?

—Eso parece. El otro día, cuando Yeongju *eonnie* volvió pálida, ese escritor perdió incluso más color en la cara.

Jimi escudriñó a Yeongju y preguntó:

—¿Fue el día que vino el amigo de tu exmarido?

Ella acarició la lata de cerveza en silencio, sin despegar la vista del suelo. Al advertir que el rostro de Yeongju estaba algo pálido, Jungsuh y Jimi se miraron y, en silencio, acordaron dejar el tema.

Para aligerar el ambiente, Jungsuh les habló de su entrevista de trabajo la semana anterior. Se había mantenido imperturbable cuando el entrevistador le había preguntado por el intervalo de un año en su currículum y le había contestado que había pasado el año entero tejiendo y meditando. Su imitación de la expresión

boquiabierta del entrevistador hizo que las dos *eonnies* se rieran a carcajadas. Después de comer hasta saciarse, las tres se tumbaron cómodamente en el suelo. De repente, Jimi estiró el brazo para coger la mano de Yeongju.

—Gracias por este día. Sé que querías que nos reuniéramos para hacerme sentir mejor. Si alguna de vosotras está pasando por un momento difícil, hacédmelo saber. Iré corriendo.

Yeongju le apretó la mano ligeramente.

—Eres bienvenida aquí todos los días. Puedes quedarte a dormir esta noche.

—Yo también tengo mucho tiempo —intervino Jungsuh mirando al techo.

—Eh. Hummm... Y sobre ese autor... —Yeongju hizo una pausa y se volvió hacia Jimi—. No puedo creer que esté diciendo esto, pero espero que conozca a una mujer mejor que yo. Es decir, entre nosotros no hay nada.

—¿Qué? —Jimi se incorporó de un salto y tiró de Yeongju para que se sentara también—. No puedo creer que esté oyendo a alguien decir eso. Incluso en los dramas ya dejaron de usarse frases tan anticuadas. ¿Esperas que conozca a una persona mejor que tú? ¿Qué te hace pensar así? ¿No estaba al tanto de tu situación cuando te dijo que le gustabas?

—No soy una buena persona con quien tener una relación —respondió Yeongju con ligereza, e intentó volver a tumbarse, pero Jimi la sujetó.

—¿Por qué no? Eres inteligente, eres graciosa. Sabes cómo hacer que la gente se sienta cómoda y eres buena siendo una sabelotodo. Es mucho más encantador que esas personas que únicamente repiten «¡No lo sé!».

Yeongju agarró la mano de Jimi un momento antes de soltarla.

—No estoy segura de mis sentimientos.

Recordó unos sábados atrás, cuando Seungwoo, a punto de irse después del seminario, le había entregado un libro: *Nosotros en la noche*, de Kent Haruf.

—Estaba pensando en algo como ese tipo de relación —dijo.

Esa noche, Yeongju dudó un momento antes de abrir el libro fino y elegante y leerlo del tirón hasta el amanecer. La novela hablaba de la soledad de los años crepusculares de la vida y el amor agridulce que surgía entre un hombre y una mujer. Al principio se sorprendió. ¿Por qué le había dado Seungwoo un libro sobre la vejez? Pero, al leer las frases que él había subrayado, entendió el mensaje: «Me gusta pasar tiempo contigo, me gusta hablar contigo. Así que no temas enamorarte. Cuando te sientas sola y cuando odies estar sola, ven a mí. Si vienes, mi puerta siempre estará abierta para ti».

Seungwoo le estaba diciendo que esperaría.

Jimi golpeó el suelo mientras murmuraba:

—Hummm, no estás segura de tus sentimientos...

Al ver que Jimi no tenía una respuesta, Jungsuh intervino.

—Esto exige una prueba, ¿no? Si no sabes cómo te sientes, entonces debemos poner a prueba tus sentimientos.

—¿Cómo? —preguntó Jimi.

—*Eonnie*, piensa en esto. Ese día, ¿habrías preferido que su rostro palideciera por tu culpa o que actuara como si no fuera asunto suyo? Cuando tienes ganas de llorar, ¿quieres que él esté triste contigo o que se muestre indiferente? Si te pasara algo bueno, ¿te gustaría que estuviera para animarte o no? Trata de pensar en ello. Si prefieres que no actúe como si no fuera de su incumbencia, entonces también sientes algo por él.

A Yeongju le pareció una bonita idea; sus labios se curvaron en una sonrisa. De inmediato, Jimi le dio una palmada en el brazo, como si no fuera el momento de sonreír.

—Me gusta que seas una persona lógica. Pero a veces la lógica no hace grandes personas, porque siempre pondrás la lógica por encima de tu corazón. Y afirmarás que no conoces tus sentimientos cuando, en realidad, sí los conoces.

Yeongju seguía sonriendo. «¿De verdad conozco mi corazón?» Pensó en la expresión de los ojos de Seungwoo cuando le había confesado sus sentimientos. Y cuando había dicho que debían permitirse gustarse. ¿Se había sentido feliz de oírlo? ¿Se le había acelerado el corazón? Quizá Jimi tuviera razón. Ya sabía la

respuesta; ya conocía su corazón. «¿Es importante? ¿Mi corazón es importante?» No podía dar una respuesta a Seungwoo. ¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer? Yeongju no tenía ni idea.

UN LUGAR QUE ME HACE SER MEJOR PERSONA



Minjun, ¿recuerdas lo que te dije el día que nos conocimos? Te dije que no sabía si podría mantener la librería abierta durante más de dos años. Te lo dije desde el principio porque pensé que te ayudaría a planificar el futuro. Pero, mira, ya casi llevamos dos años juntos.

No tengo ni idea de cómo pasó el tiempo el primer año, cuando abrí la librería. Hyunam-Dong era un desastre sin ti. Por suerte, aunque cometí errores una y otra vez, no fueron tan obvios. O, mejor dicho, no hubo muchos clientes que advirtieran mis errores. Si quieres saber cómo eran las cosas por aquel entonces, pregúntale a la madre de Mincheol. No hay nada que ella no sepa sobre la librería.

Durante los primeros meses, ni siquiera me molesté en intentar atraer a más clientes. Me sentía como si yo fuera la clienta, una clienta que todos los días pasaba el rato en la librería sin saber qué hacer. Todos los días abría y cerraba a la hora en punto; el tiempo restante, me sentaba a pensar y a leer. Y a repetirlo todo de nuevo. Me pasaba cada día recogiendo las cosas que había perdido por el camino, una o dos cada vez. Nada más

abrir la tienda, yo era un cascarón vacío, pero, poco a poco, unos seis meses después, ese vacío se disipó.

Empecé a mirar la librería con los ojos de una empresaria. Una parte de mí quería dirigirla como si fuera un sueño hecho realidad; era, en efecto, el momento y el lugar para mis sueños. Sin embargo, me di cuenta de que necesitaba ver la librería desde otra perspectiva. Incluso si no tenía ni idea de cuánto tiempo podría mantenerla en funcionamiento —dos años, tal vez tres—, quería seguir y, por lo tanto, necesitaba mantener activos los «intercambios». Una librería es un espacio donde se lleva a cabo un intercambio de libros y todo lo relacionado con ellos; ese intercambio se realiza con dinero. Es tarea de la propietaria de la librería garantizar que dichos intercambios florezcan. Me lo recordaba todos los días, como si escribiera un diario. Empecé a promocionar activamente la tienda. Me esforcé para asegurarme de que no se perdieran sus características únicas. Y en el futuro seguiré haciéndolo.

Cuando empezaste a trabajar aquí, la librería acogió un nuevo tipo de intercambio: el intercambio de tu trabajo por mi dinero. Suena un poco rígido, ¿no? Como si estuviera poniendo distancia entre nosotros. ¡Por supuesto que no! Fue a través de ese intercambio como nos unió el destino; pasamos tiempo juntos y tuvimos un impacto en la vida de los demás. Como estos intercambios ocurrían simultáneamente en la librería, mis responsabilidades crecieron. Tuve que trabajar más para ganar más dinero y pagar más salarios. Mientras trabajábamos juntos, sembré una esperanza. Espero que a través de tu labor mis esfuerzos se reconozcan y valoren. En el futuro trabajaré más si cabe para poder pagarte más. ¿Entiendes por qué sigo diciendo «en el futuro»?

Estoy agradecida de tener a alguien que trabaje para mí. Sin ti, la librería Hyunam-Dong no estaría donde está ahora. No tendríamos a esos clientes que venían a leer y terminaron seducidos por el aroma del café, ni tendríamos a los clientes habituales que vienen solo a tomar el café que tú preparas. La calidad de nuestro café no es lo único que ha cambiado gracias a ti.

¿Alguna vez te he dicho que tu diligencia es un ejemplo que seguir para mí? Es verdad. Ver a un colega en el mismo espacio de trabajo tan concentrado en su tarea es una gran motivación. Al observar tu forma de trabajar durante un par de días, confié plenamente en ti. En este mundo peligroso (!), poder confiar en alguien más que en uno mismo es un motivo de alegría. Estoy segura de que estarás de acuerdo, ¿verdad?

Estoy agradecida de que trabajes para mí. Al mismo tiempo, sigo pensando en lo fantástico que sería si también trabajaras para ti mismo. De esa forma, encontrarías significado en lo que haces. Mi experiencia me ha enseñado que, incluso si trabajo para otra persona, necesito trabajar para mí misma. Trabajar para mí significa que me esforzaré al máximo en lo que hago. Y, más importante aún, en no perderme nunca, no importa si es en el trabajo o fuera. Hay algo más que no debes olvidar. Si eres infeliz o estás insatisfecho con tu vida laboral y cada día que pasa es una miseria sin sentido, es hora de buscar algo distinto. ¿Por qué? Porque solo tenemos una oportunidad en la vida y la estamos viviendo ahora. Minjun, ¿qué clase de vida llevas mientras pasas tu tiempo aquí, en la librería? No te estás perdiendo, ¿verdad? Estoy algo preocupada por eso. Seguramente puedes adivinar por qué me siento así. Porque fui alguien que siguió trabajando a pesar de que se perdió. Me arrepiento muchísimo de no haber tenido una vida laboral sana. Pensaba en el trabajo como si fuera una escalera. Una escalera para subir y llegar a la cima. Ahora veo el trabajo como si fuera comida. Alimentos que necesitas todos los días. Alimentos que marcan la diferencia en mi cuerpo, mi corazón, mi salud mental y mi alma. Hay comida que te echas a la boca y comida que comes con cuidado y sinceridad. Quiero ser alguien que pone mucho cuidado al comer cosas sencillas. No por los demás, sino por mí misma.

En la librería me he convertido en mejor persona. He intentado poner en práctica las cosas que he aprendido en los libros en vez de dejar que sean simplemente historias dentro de las páginas. Soy egoísta. Me queda un largo camino por recorrer antes de convertirme en una gran persona, pero trabajando aquí he

aprendido a dar y a compartir. Sí, soy alguien que tiene que decidirse a compartir y a dar. Sería bueno nacer con un corazón generoso, pero por desgracia no soy así. En el futuro, me esforzaré por ser mejor persona. Las cosas buenas de los libros no deberían quedarse solo en la tinta y el papel. Quiero que lo que sucede a mi alrededor sean buenas historias que puedan compartirse con los demás. Por eso me gustaría pedirte un favor.

Quiero retirar mis palabras de nuestro primer encuentro. Quiero tratar de regentar la librería durante más tiempo. Hasta ahora he adoptado una actitud pasiva ante muchas cosas. Tenía miedo de que, si trabajaba demasiado, estaría viviendo como lo hacía en el pasado. Me daba miedo ver la librería como un trabajo y solo como un trabajo. Sinceramente, hay momentos en los que desearía poder seguir entrando y saliendo como una invitada, que fue lo que hice los primeros seis meses. Debido a esos pensamientos y sentimientos, en ocasiones vacilé. Tuve dudas sobre si mantener este lugar funcionando. Pero de ahora en adelante quiero dejar de vacilar. Me encantan esta librería y la gente a la que he conocido aquí. Me encanta estar aquí. Quiero mantener vivo este lugar.

Encontraré un equilibrio entre estos pensamientos y sentimientos contradictorios mientras dirijo la librería. Creo que puedo hacerlo. La librería es parte de la sociedad capitalista, pero es, al mismo tiempo, el lugar de mis sueños. Espero que pueda continuar durante mucho tiempo. Quiero vivir mi vida pensando en la librería y en los libros. Y mientras abordo estas preocupaciones, espero que tú estés a mi lado. ¿Qué opinas, Minjun? ¿Trabajaremos juntos durante más tiempo? ¿Quieres incorporarte a la librería como empleado fijo?

NOS VEMOS EN BERLÍN



Minjun aceptó la propuesta de Yeongju sin dudarlo. Los dos se sentaron a la mesa y firmaron un nuevo contrato. Con las manos sobre el pecho, Yeongju lo observó mientras firmaba el documento.

—Ahora ya no puedes renunciar a tu trabajo tan fácilmente.

Minjun entregó el contrato a Yeongju.

—¿No te has enterado? Renunciar está de moda entre los empleados fijos.

Rieron.

Fue después de la visita de Taewoo cuando comenzó a pensar en los pasos siguientes. Hasta entonces era casi una costumbre pensar que la librería cerraría tarde o temprano. Ahora había decidido labrarse activamente un futuro para ella. Una vez que cambió su forma de pensar, se dedicó a poner en práctica los planes 1, 2 y 3. El plan 1 consistía en mantener a su lado a aquellos en quienes confiaba; el plan 2 era viajar. Se tomaría un mes libre para visitar librerías independientes de todo el mundo, con la esperanza de hallar inspiración para la transformación de la librería Hyunam-Dong. Quería visitar librerías independientes con una larga tradición, quería saber qué las mantenía en marcha.

Sus esfuerzos podían fracasar y Yeongju lo sabía bien. Incluso

si pasaba un año entero y no solo un mes estudiando otras librerías, era posible que la librería Hyunam-Dong no durara ni un año más. Dicho esto, incluso si solo le quedaba un mes, decidió no pensar en cómo no funcionaría, sino concentrarse en encontrar esperanza en el camino que seguir. La librería solo podría cambiar si las personas que la dirigían experimentaban primero los cambios. Así que era importante que los cambios comenzaran con Yeongju. Esperanza. Ella avanzaría en la dirección de la esperanza.

Un mes antes de su viaje les contó sus planes a Minjun y a Sangsu. Decidieron mantener el ritmo del mes de junio al mínimo indispensable: Minjun y Sangsu trabajarían a tiempo completo, ocho horas, cinco días a la semana, y pondrían en pausa las charlas, los eventos y los seminarios. Jungsuh y Wooshik acordaron ayudar siempre que pudieran. Jungsuh se haría cargo de los pedidos online, mientras que Wooshik se pasaría después del trabajo y ayudaría con lo que fuera necesario.

Cuando Yeongju anunció sus planes de viaje en Instagram y en el blog, junto con el calendario de la librería para junio, varios clientes llamaron para enviarle sus buenos deseos. Escogió un puñado de libros, pensando que podría seguir haciendo reseñas durante el viaje de un mes. Se trataba de recopilaciones de ensayos o novelas que se desarrollaban en las ciudades que planeaba visitar. Era uno de los métodos de lectura más eficaces: visitar los lugares del libro y leerlos desde allí. Pasaría horas leyendo sobre Nueva York, Praga y Berlín en las ciudades mismas. ¿Había una forma más romántica de leer que esa?

En medio del trabajo, intentó imaginar su viaje: visitar librerías de distintas ciudades guiada por Google Maps, descubriendo el encanto y el carisma de cada una mientras soñaba con recrearlos en su propia librería. Se imaginó merodeando por las librerías, tomándose descansos en cafés antes de dirigirse al destino siguiente. Un mes entero haciendo lo mismo. Su meta principal era visitar las librerías, pero había otra cosa que hacía que el corazón le palpitara con fuerza. Era su primer viaje sola, la primera vez que tendría unas vacaciones de verdad.

Desde la ventanilla del autobús que se dirigía al aeropuerto,

el verano de Seúl pasaba como un rayo. El rostro de su madre se cruzó por su mente, pero Yeongju cerró los ojos y borró la imagen. Sabía por qué estaba tan enfadada con ella. Su madre era alguien que odiaba el fracaso tanto como lo temía. Para ella, el divorcio era la mayor derrota que una mujer pudiera experimentar. Odiaba —y temía— la desgracia. Por eso la había abandonado. Su madre se mostraba débil ante el fracaso, y simplemente había hecho a su hija lo que cualquier persona débil haría. A una madre así, Yeongju no quería explicarle que estaba equivocada, que el mundo había cambiado y, sobre todo, que su hija no era ningún fracaso. No quería ser ella quien diera de nuevo el primer paso.

Reclinada en su asiento, Yeongju estaba mirando por la ventana cuando le vibró el teléfono. Era Mincheol.

—Hay algo que de verdad quería decirte —dijo, y parecía avergonzado.

Sin apartar la vista del paisaje, Yeongju preguntó de qué se trataba.

—He decidido no ir a la universidad —declaró.

Ella guardó silencio un momento antes de hablar.

—Ya has tomado una decisión. Bien por ti. Todavía tienes mucho tiempo por delante —añadió—. En el futuro, aún puedes dedicarte a lo que quieras.

«Es lo que dice todo el mundo, pero también es la verdad», pensó.

—Vale —respondió Mincheol—. Ah, he terminado de leer *El guardián entre el centeno* —añadió.

A Yeongju se le iluminó el rostro de inmediato, como si tuviera a Mincheol justo delante.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó.

—Aburrido —respondió riendo con suavidad.

—¿Qué? ¿Lo has leído solo para decirme que en realidad es aburrido?

—No, no... —La voz de Mincheol sonaba nerviosa a través del teléfono—. Quiero decir que no es interesante. Pero por algún motivo creo que el protagonista es como yo, aunque no tenemos nada en común. Ni nuestras personalidades, ni nuestra forma de

actuar. Todo es diferente. Sin embargo, sigo pensando que somos similares. ¿Es porque estamos hartos del mundo? ¿O es porque nos falta interés por las cosas? Es reconfortante saber que no soy el único que se siente así. Al final del libro, quería ser el guardián entre el centeno, para atrapar a los niños si empiezan a caerse por el acantilado. ¿Recuerdas esa parte?

—Sí.

—Fue esa parte la que me hizo tomar la decisión, cuando entendí que está bien no ir a la universidad. No puedo explicar por qué, pero así es como me siento. No tiene lógica..., pero de alguna manera me sentí como si me estuviera diciendo que está bien no ir.

—Lo entiendo. —Yeongju asintió como si él pudiera verla.

Mincheol se sorprendió.

—¿En serio? ¿De verdad lo entiendes? Ni yo mismo puedo entenderlo.

—Sí, de verdad que lo entiendo. Muchas veces he tomado decisiones mientras leía un libro. Entiendo lo ilógico que parece en apariencia.

—Ah... Estaré bien, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Por tomar una... decisión ilógica.

—Por supuesto. Aunque sea ilógica, la respalda tu corazón. Así es como yo lo entiendo.

—¿Mi corazón?

—Sí.

—¿Mi corazón ha tomado la decisión sobre mi futuro?

—Así es.

—Ah..., vale..., eso me hace sentir mejor. Que haya sido mi corazón el que ha elegido.

—Sí. Estarás bien.

Yeongju le oyó respirar hondo a través del teléfono. Poco tiempo después, su voz sonó más alegre.

—De acuerdo. Que tengas un buen viaje, Yeongju *imo*. Nos vemos en la librería.

—Bien. Cuídate.

—Vale. Y gracias.

—¿Por qué me das las gracias?

—Me ha ayudado mucho ir a la librería. He disfrutado hablando contigo.

—Eso es maravilloso.

Yeongju estaba a punto de guardarse el teléfono en el bolso cuando notó que vibraba de nuevo. Pensando que era Mincheol otra vez, miró la pantalla. Seungwoo. Leyó el nombre con sentimientos encontrados. Seungwoo había guardado silencio cuando ella le había contado sus planes de viajar. Como los seminarios habían terminado en mayo, no tenía que preocuparse por pensar en cómo el viaje de Yeongju afectaría a su agenda. Hacía casi un mes que no se veían. Ella lo encontraba solo a través de su columna, y tal vez a él le ocurría lo mismo.

Mientras sus pensamientos vagaban, concluyó la llamada. Entonces el teléfono volvió a vibrar. Yeongju contestó de inmediato. Hacía mucho tiempo que no oía su voz.

—Soy Seungwoo.

—Sí.

—¿Vas camino del aeropuerto?

—Sí, así es.

Durante un momento solo hubo silencio. Luego él dijo su nombre.

—Yeongju.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntar dónde estarás la última semana de junio?

—¿La última semana de junio?

—Sí.

—En... Alemania.

—¿En qué parte de Alemania?

—Berlín.

—¿Has ido antes a Berlín?

—No.

—Yo estuve allí durante dos meses. Por trabajo.

—Ah..., ya veo.

—¿Te parece bien si voy a Berlín esa semana?

—¿Eh? —Se había quedado en blanco.

—He pedido vacaciones esa semana. Pensé que podría ser tu compañero de viaje. ¿Qué opinas?

—Yo...

Al captar la vacilación de su voz, Seungwoo respondió con calma:

—¿Prefieres que no vaya?

—Es muy precipitado. —Yeongju intentó esconder sus nervios.

—Ya veo..., entiendo. Por supuesto, es normal que te sientas así. Pero quería preguntar, al menos.

Durante un largo momento se hizo el silencio. Seungwoo pensó que era hora de terminar la llamada, de modo que dijo:

—En ese caso, que tengas un buen viaje. Bueno, voy a colgar...

De algún modo, Yeongju sintió que sería la última vez que oiría la voz de Seungwoo a través del teléfono. Miró por la ventanilla. Las luces del aeropuerto brillaban a lo lejos.

—¿Yeongju?

—¿Sí?

—Estás muy callada. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Vale. Colgaré, entonces.

—Ah. Seungwoo... —Yeongju se apresuró a llamarlo.

—Sí.

Ella no quería poner fin a la llamada. Por alguna razón sentía que, si dejaba que acabara en ese momento, nunca podría volver a verlo. Pero ¿qué debía decir a continuación? Decidió ser honesta. La honestidad es siempre la mejor respuesta ante la incertidumbre.

—No sé si es buena idea que vengas a Berlín. Justo el otro día alguien me dijo: si no conoces a tu corazón, ponlo a prueba. Pero no sé cómo. No sé qué hacer ahora mismo.

—Déjame ayudarte.

—¿Cómo?

—Imagina esto. Ahora mismo imagina que tú y yo vamos caminando por las calles de Berlín. Vamos de librería en librería, paramos para comer y brindamos con cerveza. Imagínatelo.

Durante un rato, no, treinta segundos. Imagínalo durante treinta segundos.

Yeongju hizo lo que le había dicho Seungwoo. Trató de imaginar la escena, concentrándose en cada momento: tomando té con Seungwoo, charlando durante las comidas, brindando. Él caminando junto a ella por la calle. Entrando juntos por primera vez en una librería, hablando sobre libros y libreros. A veces era ella la que hacía preguntas; otras veces, él. Leyendo uno al lado del otro y charlando sobre libros. Él estaría escribiendo y, junto a él, ella lo interrumpiría de broma. Él le contaba un chiste mientras ella leía, lo que la haría reír. Intentó representar esas escenas en su cabeza... Lo disfrutaría. No le desagradaba estar con Seungwoo. No. Se encontró deseándolo. Quería estar con él, hablar con él.

—¿Qué tal? ¿Te ha aburrido lo que has visto?

—En absoluto —respondió ella con honestidad.

—En ese caso..., ¿puedo ir? —preguntó vacilante.

—Está bien. Nos vemos en Berlín. —Su expresión estaba relajada.

—De acuerdo, allí estaré —dijo Seungwoo justo cuando el autobús entraba en el aeropuerto.

¿QUÉ MANTIENE VIVA UNA LIBRERÍA?



UN AÑO DESPUÉS

Mientras tomaba un sorbo del café que había preparado Minjun, los ojos de Yeongju estaban fijos en las frases de la novela. Mincheol, que solo conocía a J. D. Salinger, había elegido el libro por la sencilla razón de que era fino. Mientras Yeongju se abría paso entre *Franny y Zooey*, de Salinger, en su mente, gruñía: «¡Te está bien empleado!». Si bien era breve, no era una lectura fácil. Dudaba que fuera a disfrutarlo demasiado.

En ese momento, solo Yeongju y Minjun estaban en el trabajo, pero al cabo de quince minutos llegaría Sangsu. Hacía seis meses, Sangsu se había unido a Minjun como el segundo empleado a tiempo completo de la librería. Cuando Yeongju le pidió que pasara de ser un empleado de media jornada a uno de tiempo completo, lo primero que Sangsu le preguntó fue acerca de la longitud de su cabello. Si tenía que cortarse el pelo, no quería ampliar el contrato.

Yeongju respondió:

—Está bien, ahora eres uno de los nuestros.

Como de costumbre, fue brusco cuando aceptó la propuesta,

pero cuando llegó en su primer día oficial como empleado fijo, tenía el rostro sonrojado. Unos días más tarde, Yeongju descubrió el motivo. Sangsu dejó entrever que era la primera vez que trabajaba como empleado fijo a jornada completa.

El día después de que Sangsu se uniera oficialmente a la librería, apareció otra novedad en la tienda: un pequeño estante lleno de libros que él había leído. En la parte superior, un cartel decía: «Las lecturas de Sangsu, ratón de biblioteca». Al lado, en letra más pequeña, se leía: «Por favor, léelos y debate con Sangsu».

Al pasar a trabajar a jornada completa, solo tenía tiempo para leer un libro al día. Dicho esto, seguía siendo fiel a su nombre e impresionando a los clientes con su conocimiento de los libros. Los clientes habituales de la librería acudían ya a Sangsu de forma natural en busca de recomendaciones de libros, y muchos sentían curiosidad por lo que estaba leyendo en ese momento. Cuando se percató, Yeongju decidió crear un pequeño rincón para él.

Tres meses antes, Mincheol también había empezado a trabajar a tiempo parcial en la librería. Una vez que decidió no matricularse en la universidad, hizo un viaje de tres meses a Europa y no regresó hasta la primavera. Había sido Heejoo quien le había sugerido el viaje; fue la condición para permitir que se saltara la preparación universitaria. Heejoo adujo que era mejor para él experimentar un mundo desconocido que pasarse todo el tiempo encerrado en su habitación. Mientras Mincheol estaba fuera, Heejoo contó a Yeongju, triste y emocionada a partes iguales, que el dinero que había ahorrado para la matrícula de la universidad ya no tenía sentido, por lo que la familia había decidido que se usaría para hacer vacaciones por turnos. Una vez que Mincheol volvió, Heejoo viajó con su esposo, quien había pedido una excedencia en el trabajo. En ese momento estaban de viaje alrededor del mundo.

Menos de una semana después de su regreso, Mincheol había ido a la librería a buscar a Yeongju. Con un aspecto más bronceado y maduro, le había pedido que lo contratara a tiempo parcial. Ella aceptó de buena gana y, al día siguiente, Mincheol comenzó a trabajar dos veces por semana en la librería, durante tres horas al

día. Pero Yeongju tenía una condición. Debía unirse al evento para empleados de la librería Hyunam-Dong, donde los cuatro leían un libro al mes juntos.

El evento también estaba abierto a cualquier persona interesada. El primer día de cada mes, anunciaban «El libro del mes para el personal de la librería Hyunam-Dong» en Instagram y en el blog. Y el último jueves del mes, celebraban una reunión del club de lectura para hablar del libro. Al principio solo se les unieron un par de personas. Pero para entonces, el número de personas había aumentado paulatinamente, y el mes pasado eran quince. Ese mes, iban a hablar de *Franny y Zooey*, de Salinger.

¿Cuál era el mayor cambio que había experimentado la librería en el último año? Yeongju no hizo ninguna modificación inmediata cuando volvió de su viaje de un mes. En cambio, continuó apegándose al *status quo* durante dos meses antes de comenzar a implementar los planes que había hecho durante ese tiempo. Decidió que el encanto de la librería Hyunam-Dong residiría en la densidad y la diversidad de su colección. Su idea era centrarse en seleccionar libros con profundidad, aunque pudiera resultar un poco complicado para los clientes. En cuanto a promover la diversidad, se decidió que la librería dejaría de vender bestsellers.

Los bestsellers siempre habían sido un tema de discordia para ella. A menudo se sentía frustrada al observar los títulos que ascendían en el ranking de los más vendidos. No porque los libros en sí tuvieran algún problema. Una vez que un libro entraba en la lista de los más vendidos, seguía allí durante mucho tiempo. Poco a poco, Yeongju se convenció de que los bestsellers eran la razón por la que la industria editorial había perdido su diversidad.

Estar frente a la sección de bestsellers de las principales librerías era como observar que la industria editorial se inclinaba hacia unos pocos títulos. ¿De quién era la culpa? De nadie. Tan solo era un reflejo de una sociedad que no leía. Ante esta realidad, lo que los libreros debían hacer, aunque solo desempeñaran un papel pequeño, era presentar una gama diversa de libros a los clientes. Mostrarles que el mundo editorial no se reducía a unos

cuantos bestsellers o autores importantes. Dejarles claro que había muchos más libros y autores increíbles esperando a ser descubiertos.

Para que eso sucediera, Yeongju decidió excluir los bestsellers de la librería. Si había un libro que se convertía en un éxito de la noche a la mañana gracias a que una persona famosa lo mencionaba en la televisión, ella ya no traería más ejemplares después de que se agotaran las existencias. No porque no fuera un buen libro, sino para defender la diversidad. En tales casos, buscaría libros con temas similares y los almacenaría. Los clientes que entraran buscando el título serían redirigidos hacia esos libros.

No estaba segura de si ese nuevo enfoque funcionaría para los clientes, pero una cosa era segura: Sungchul estaba completamente encantado.

—Un libro se convierte en un éxito de ventas porque es un éxito de ventas.

Le dijo a Yeongju que experimentaba un sentimiento de camaradería al ver cómo sus industrias se enfrentaban a los mismos problemas. «Que más gente conozca más libros buenos y películas buenas», le gustaba decir. Esa era la tercera parte del plan que Yeongju había elaborado incluso antes de su viaje: deshacerse de los bestsellers.

La librería también acogió con agrado otros cambios, tanto grandes como pequeños, pero en cierto sentido no cambió mucho. Ya fuera en el pasado o en el presente, la librería reflejaba la filosofía y la perspectiva de Yeongju. Una de las conclusiones clave de su viaje fue que las librerías independientes en el extranjero tenían su propia personalidad distintiva, una personalidad que reflejaba la de sus propietarios. Para que la personalidad de la librería brillara, necesitaba ser valiente. Para que su valentía llegara hasta los clientes, necesitaba ser sincera. Valentía y sinceridad.

Si lograba reunir el coraje para poner sus pensamientos en acción sin perder la sinceridad, tal vez la librería Hyunam-Dong podría seguir viviendo como las librerías que había visitado. Si podía reflexionar y mejorar continuamente, tal vez la librería

tendría una vida más larga. Lo más importante era que no debía olvidar sus raíces: que en el fondo era una amante de los libros. Si a ella y a sus empleados les encantaban los libros, ¿no se transmitiría también ese amor? Si los libros eran el medio a través del cual los cuatro se comunicaban, bromeaban, forjaban amistades y amor, ¿no sentirían los clientes lo mismo? Si la gente comenzaba a creer que había algo en la vida que solo las personas que leen pueden descubrir, historias en este mundo que solo las personas que leen pueden contar, ¿no se sentirían seducidos para hojear las páginas de un libro? Yeongju quería vivir su vida leyendo libros y presentándolos a otros, para que, cuando la gente entrara en busca de una historia, ella pudiera ayudarlos a encontrar lo que necesitaban. El día de hoy sería una continuación del de ayer. Rodeada de libros, Yeongju se pasaba el día conversando, trabajando y escribiendo sobre libros. Entre tanto ajetreo y bullicio, encontraba tiempo para comer, charlar y reflexionar sobre la vida. Momentos felices junto a momentos tristes. Y cuando llegaba la hora de cerrar, pensaba: «Hoy me ha ido bastante bien», y salía de la librería sintiéndose feliz. Durante los diez minutos que tardaba en ir a casa, hablaba por teléfono con Seungwoo, tal vez incluso durante un poco más de tiempo después de llegar. Ducha. Descansar. Quizá Jimi, que se había mudado al apartamento de encima del suyo, pasaría por allí con Jungsuh detrás y disfrutarían de una cerveza juntas por primera vez en mucho tiempo. O tal vez estaría sola en casa, un poco melancólica por haber perdido la gran vista desde su ventana. Ahora que era responsable del salario de más empleados, había tenido que mudarse a un apartamento con una vista más sencilla. Pero, conforme avanzara en la lectura que había dejado el día anterior, su humor mejoraría. Al cerrar el libro se iría a la cama. «Un día bien empleado es una vida bien vivida.» Pensando en la frase que había leído en algún lado, se quedaría dormida.

Nota de la autora

Es 2018. El verano está a la vuelta de la esquina. Como de costumbre, estoy sentada a mi escritorio con la vista fija en el fondo blanco de la pantalla. Han pasado seis meses desde que me convertí en escritora. Por aquel entonces, me desesperaba al pensar cuánto me faltaba para ser una buena ensayista. Aun así, pensando que al menos debería seguir escribiendo, me aferraba a mi escritorio día tras día.

¿Debía intentar escribir una novela?

No recuerdo con precisión qué mes, día, hora y minuto me llegó el pensamiento, pero recuerdo haber abierto un nuevo documento unos días después. Solo tenía tres cosas en mente: una librería con el carácter *hyu* («descanso»), a Yeongju, la dueña de la misma, y a Minjun, el barista. Comencé a escribir. Todo lo demás se ordenó a medida que avanzaba la novela. Cada vez que surgía un nuevo personaje, le daba un nombre y una personalidad. Si no tenía idea de qué iba a ocurrir después, ponía a un personaje nuevo a hablar con los más viejos y, de algún modo, ellos parecían conducir la historia, de manera que la siguiente escena venía a mí de manera natural.

Escribir una novela ha sido sorprendentemente agradable. Pensaba que la escritura sería un proceso laborioso que me arrastraría y me anclaría al escritorio. Pero ha sido distinto. Me despertaba cada mañana ansiosa por continuar con el diálogo desde donde lo había dejado. Por la noche, con los ojos secos y la espalda rígida, me levantaba con renuencia de la silla, consciente de mi propia regla de no trabajar más de la cuenta. Durante el tiempo que pasé escribiendo esta novela, me preocupé más por las

vidas de los personajes que por la mía. Mi vida giraba en torno a las historias que contaba.

Si bien no planeé la trama antes de empezar, sí sabía cuál era la atmósfera que quería crear. Quería escribir una novela que evocara el ambiente de las películas *Restaurante Kamome* (basada en la novela japonesa del mismo nombre, de Yōko Mure), y de *Little Forest* (basada en el manga japonés homónimo, de Daisuke Igarashi). Un espacio al que podemos escapar, un refugio de la intensidad de la vida cotidiana, donde no podemos ni detenernos para tomar un respiro. Un espacio para protegernos de las duras críticas que nos impulsan a hacer más, a ir más rápido. Un espacio para acurrucarnos cómodamente durante un día. Un día sin que nada nos robe la energía, un día para reponer lo perdido. Un día que comenzamos con emoción y terminamos con satisfacción. Un día en el que crecemos, y del crecimiento brota la esperanza. Un día dedicado a mantener conversaciones significativas con buena gente. Lo más importante, un día en el que nos sintamos bien y nuestro corazón palpite con fuerza. Quería escribir sobre ese día y las personas que lo habitan.

En otras palabras, quería escribir lo que quiero leer. Historias de personas que encuentran su propio ritmo y dirección, personas que creen en los demás y esperan a su lado mientras atraviesan momentos difíciles, llenas de preocupación. Historias de aquellos que apoyan a los demás, que celebran los pequeños esfuerzos y la resolución en una sociedad que humilla a las personas —y todo lo relacionado con ellas— una vez que se caen. Historias que brindan consuelo, que dan una palmada en el hombro a aquellos que han perdido la alegría de vivir, tras haberse esforzado demasiado para hacer las cosas bien.

No estoy segura de que esta novela haya salido como esperaba, pero muchos lectores me han dicho que el libro les ha brindado calor y consuelo. Del mismo modo, sus generosas reseñas me han fortalecido, como si se hubiese formado una conexión entre individuos aislados.

Es posible que uno no se percate de inmediato, pero todos los personajes de la novela están dando pequeños pasos hacia delante,

ya sea aprendiendo algo nuevo o haciendo un cambio en sus vidas. Sus acciones pueden estar lejos de alcanzar lo que la sociedad considera un éxito, pero están creciendo y cambiando a través de sus esfuerzos constantes, alejándose varios pasos del lugar donde comenzaron. No les importa el modo en que los demás juzgan su posición, ya sea alta o baja, buena o mala. El hecho de que hayan avanzado y estén felices donde están es suficiente. El criterio para medir la vida de uno está dentro de uno mismo. Y eso es suficiente.

Incluso si no es todos los días, o con frecuencia, hay momentos en la vida en los que llegamos a pensar: «Esto es suficiente». En ese instante, toda la ansiedad y las preocupaciones se desvanecen, dejándonos con la comprensión de que hemos hecho todo lo posible para llegar a donde estamos. Estamos satisfechos y orgullosos de nosotros mismos. Si la librería Hyunam-Dong es una acumulación de esos momentos de la vida, espero que muchas más personas puedan crear un espacio similar para sí mismas.

Para vosotros, que pasáis el día allí, estoy aquí, deseándoos lo mejor.

Hwang Bo-Reum
Enero de 2022

Referencias literarias

La elegancia del erizo, Muriel Barbery, Seix Barral, 2007. Traducción al español de Isabel González-Gallarza.

«Animal triste»: *Animal triste*, Monika Maron, S. Fischer, 1996.

El guardián entre el centeno, J. D. Salinger, Alianza Editorial, 1997. Traducción al español de Carmen Criado Fernández.

«Una mirada a Eurasia»: 유라시아 견문 *(Yurasia Gyeonmun)*, Lee Byeong-Han, Seohae Munjib, 2016.

Amy e Isabelle, Elizabeth Strout, Seix Barral, 2017. Traducción al español de Juan Taufur.

«Tribus morales»: *Moral Tribes: Emotion, Reason, and the Gap Between Us and Them*, Joshua Greene, Penguin Press, 2013.

«La guardiana de la luz»: 빛의 호위 *(Bichui Howi)*, Cho Hae-Jin, Changbi, 2017.

«Destellos de la historia del mundo»: *Glimpses of World History*, Jawaharlal Nehru, Penguin Books, 1934.

«Amor a plena luz del día»: 너무 한낮의 연애 *(Neomu Hannajui Yeonae)*, Kim Keum-Hee, Munhakdongne, 2016.

«La sonrisa de Shoko»: 쇼코의 미소 *(Syokoui Miso)*, Choi Eunyoung, Munhakdongne, 2016.

Fausto, Johann Wolfgang von Goethe, Austral Editorial, 2018. Traducción al español de Miguel Salmerón.

El rechazo del trabajo. Teoría y práctica de la resistencia al trabajo, David Frayne, Editorial Akal, 2017. Traducción al español de Cristina Piña Aldao.

Del tener al ser, Erich Fromm, Ediciones Paidós, 2013. Traducción al español de Eloy Fuente Herrero.

Ética a Nicómaco, Aristóteles, Alianza Editorial, 2014. Traducción

al español de José Luis Calvo Martínez.

«Encuentro al anochecer»: 저녁의 해후 *(Jeonyeogui Haehu)*, Park Wan-Suh, Munhakdongne, 1999.

«Mujer de pie»: 서 있는 여자 *(Seo Inneun Yeoja)*, Park Wan-Suh, Seygesa, 2003.

Demian, Hermann Hesse, Alianza Editorial, 2011. Traducción al español de Genoveva Dieterich.

Zorba el griego, Nikos Kazantzakis, Editorial Acantilado, 2015. Traducción al español de Selma Ancira Berny.

Nosotros en la noche, Kent Haruf, Literatura Random House, 2016. Traducción al español de Cruz Rodríguez Juiz.

Franny y Zooey, J. D. Salinger, Alianza Editorial, 2019. Traducción al español de Carmen Criado Fernández.

«Restaurante Kamome»: かもめ食堂 *(Kamome shokudō)*, Yōko Mure, Gentōsha, 2006.

«Little Forest»: リトル・フォレスト *(Ritoru Foresuto)*, Daisuke Igarashi, Kodansha, 2002-2005.

Notas

POR FAVOR, RECOMIÉNDEME UN BUEN LIBRO

1. Pastelitos de arroz dulces tradicionales de Corea. *(N. de la t.)*

2. Término coreano que se utiliza para dirigirse, de forma respetuosa, a un hombre de mediana edad. *(N. de la t.)*

UN MOMENTO PARA EL SILENCIO, UN MOMENTO PARA CONVERSAR

1. Palabra coreana de uso similar a *ajusshi*, pero para dirigirse a mujeres de mediana edad, tanto casadas como en edad de casarse. *(N. de la t.)*

GOAT BEANS

1. En coreano, significa «hermana mayor» y se utiliza, solo entre dos mujeres cercanas, para dirigirse a una mujer mayor que la mujer que habla. *(N. de la t.)*

BOTONES SIN OJALES

1. Bebida destilada coreana, tradicionalmente hecha a partir de arroz. Su contenido alcohólico suele variar entre el 10 % y el 25 %. *(N. de la t.)*

2. También conocido como «estofado del ejército», es una sopa coreana tradicional de origen humilde que suele llevar fideos, vegetales y ternera picada, carne enlatada o salchichas. *(N. de la t.)*

3. Forma tradicional coreana de comer en la que se envuelven diversos

ingredientes en hojas crudas de vegetales, como lechuga o col. La palabra *ssam* significa «envolver» en coreano. *(N. de la t.)*

EL SORTEO DEL GANCHILLO

1 Significa literalmente «tía» en coreano, aunque también se usa para referirse de manera respetuosa y cariñosa a una mujer mayor que no es un miembro de la familia. *(N. de la t.)*

TODOS LOS LIBROS SON IGUALES

1. En coreano significa «hermana mayor», y la utilizan los hombres para dirigirse a una hermana mayor o, en un contexto informal y cercano, a una mujer mayor que ellos. *(N. de la t.)*

¿PUEDO VIVIR DE UNA LIBRERÍA?

1. En coreano significa «hermano mayor», y lo utilizan los hombres para dirigirse a un hermano mayor o, en un contexto informal y cercano, a un hombre mayor que ellos. *(N. de la t.)*

SOLTANDO EL PASADO

1. En Corea del Sur, un *officetel* es un edificio multipropósito que cuenta con espacio residencial y comercial. Las viviendas son una suerte de estudios diseñados para poder vivir y trabajar al mismo tiempo. *(N. de la t.)*

UNA PRUEBA DE SENTIMIENTOS

1. Cítrico de sabor parecido al pomelo y tamaño parecido a la mandarina que crece en Asia Oriental. *(N. de la t.)*

2. Locales que alquilan salas de karaoke privadas, muy populares en Corea del Sur. *(N. de la t.)*

Bienvenidos a la librería Hyunam-Dong
Hwang Bo-Reum

Título original: 어서 오세요, 휴남동 서점입니다
Título de la edición en inglés: Welcome to the Hyunam-Dong Bookshop

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en un diseño original de Carmen R. Balit

Publicado originalmente por Clayhouse Inc.
La edición en español se publica por acuerdo con Clayhouse Inc, a través de BC Agency, Seúl

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2024

ISBN: 978-84-670-7478-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta